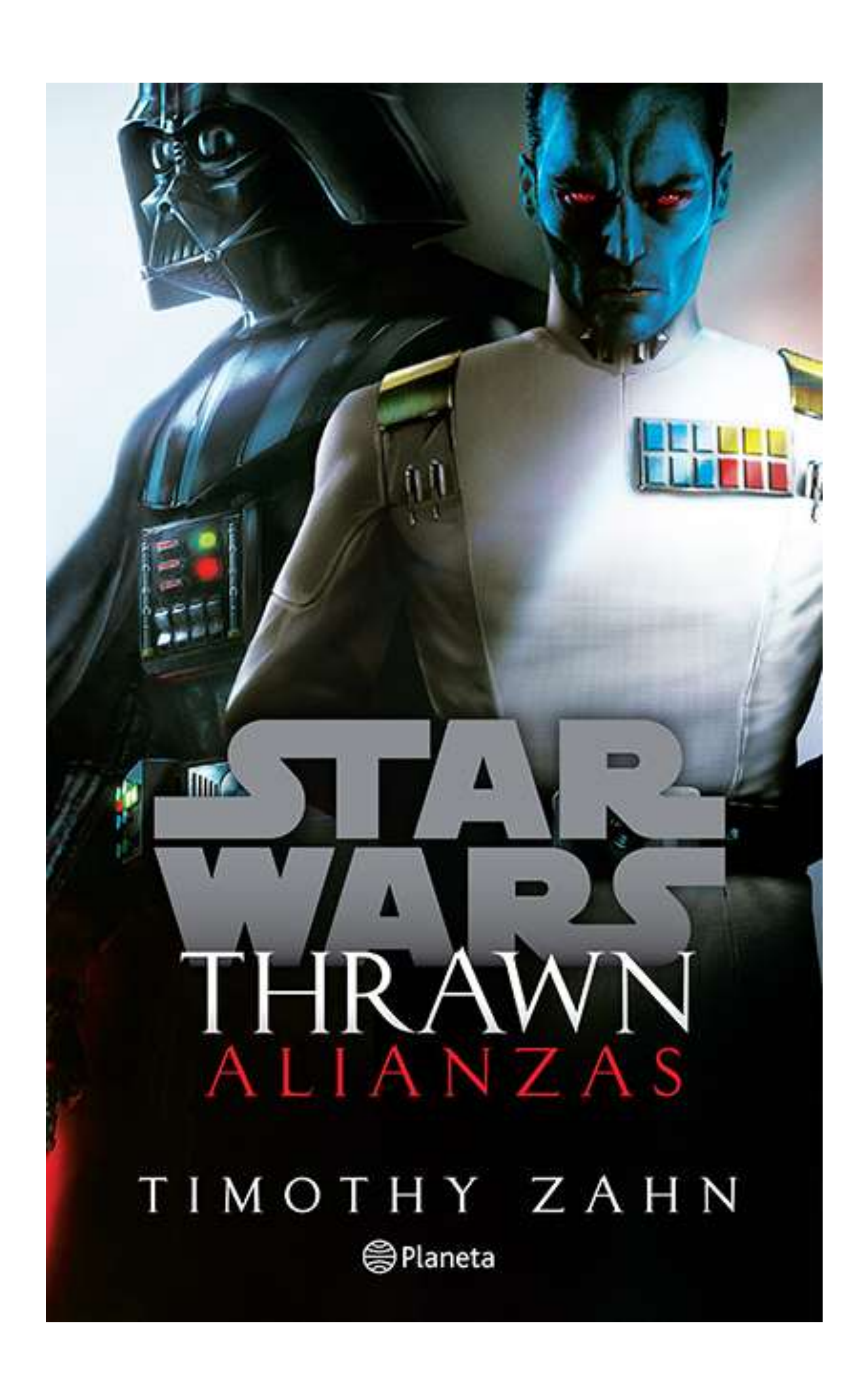
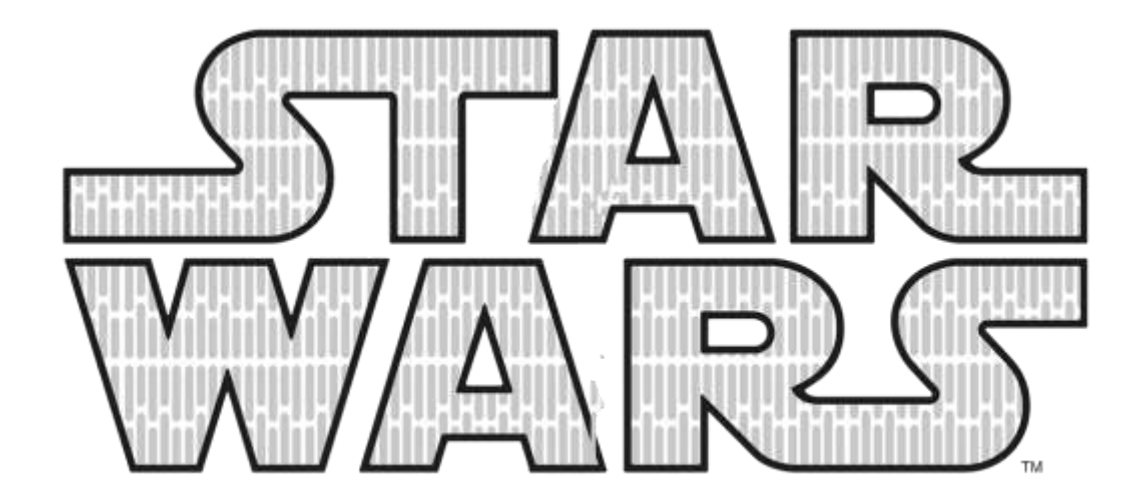

STAR
WARS
THRAWN
ALIANZAS
TIMOTHY ZAHN
Planeta

He sentido una perturbación en la Fuerza.

Son palabras sombrías bajo cualquier circunstancia, pero aún más cuando son pronunciadas por el Emperador Palpatine. En Batuu, en el borde de las Regiones Desconocidas, está gestándose una amenaza para el Imperio. Su existencia es apenas visible, sus consecuencias apenas imaginables. Pero es lo suficientemente perturbadora para que el líder imperial ordene una investigación a cargo de sus agentes más poderosos: el despiadado Lord Vader y el brillante estratega, el Gran Almirante Thrawn. Ambos compiten por la aprobación del Emperador al mismo tiempo que tienen opiniones opuestas en varios asuntos imperiales (como el proyecto Estrella de la Muerte); sin embargo, este par inusual se unirá para una misión crucial. Pero el Emperador sabe que no es la primera vez que Vader y Thrawn unen sus fuerzas. Además, detrás de esta orden real hay más de lo que ninguno de los dos sospecha.

Hace una vida, los caminos del General Anakin Skywalker de la República Galáctica y el Comandante Mitth'raw'nuruodo, oficial de la Ascendencia Chiss, se cruzaron por primera vez. Uno estaba en una desesperada misión personal, el otro tenía motivos desconocidos… y ocultos. Pero tras enfrentar una tormenta de peligros en aquel mundo lejano, formaron una alianza improbable en la que ninguno sabía lo que le esperaba.

Ahora, juntos una vez más, se encuentran en camino al planeta donde alguna vez lucharon uno al lado del otro. Ahí, se enfrentarán con dos desafíos: una prueba de lealtad al Imperio… y un enemigo que podría amenazar incluso a su fuerza unida.


STAR WARS
TM



Thrawn
Alianzas

Timothy Zahn



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Star Wars: Thrawn: Alliances*

Autor: Timothy Zahn

Arte de portada: Two Dots

Traducción: Eloy Pineda Rojas

Publicación del original: julio 2018

2 años antes de la batalla de Yavin (la parte de Antes sería 19 ABY)

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

05.07.19

Base LSW v2.22

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para todos aquellos que alguna vez se han preguntado si formaban equipo con la persona equivocada…

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

PRÓLOGO

AHORA

—He sentido una perturbación en la Fuerza.

El Emperador Palpatine hizo una pausa para extender sus pensamientos hacia los dos hombres que estaban parados ante su trono, a la espera de sus reacciones.

No. No eran *hombres*. Por supuesto que no. Los hombres eran criaturas insignificantes y lamentables, adecuadas solo para ser gobernadas, intimidadas o enviadas a morir en la batalla. Estos eran mucho más que meros hombres.

Un gran almirante chiss, un genio de la estrategia y la táctica. Un Lord Sith, implacable y poderoso en la Fuerza.

Palpatine sabía que lo estaban observando; a su manera, cada uno trataba de comprender por qué los habían convocado. El Gran Almirante Thrawn examinaba la voz, el rostro y la postura corporal de su Emperador. Lord Vader, en cambio, se extendía con la Fuerza hacia su maestro.

Palpatine podía sentir todo eso y, además, la tensión entre ellos, sus dos sirvientes más útiles. La tensión no se debía simplemente a que cada uno deseara ser el único que quedara al lado de su maestro en el centro del poder imperial, aunque evidentemente esa era una de las razones. Había más, mucho más.

Thrawn había sufrido recientemente una importante derrota cuando permitió que se le escapara de entre los dedos un pequeño grupo de rebeldes a los que había atrapado con éxito en el planeta Atollon. Ese fracaso le había ganado el desprecio de Vader.

Thrawn, a su vez, se oponía fuertemente al proyecto de la Estrella de la Muerte, que gozaba del favor de Vader, el Gran Moff Tarkin y el propio Palpatine; presionaba, en cambio, por su correspondiente y valioso proyecto de defensores TIE en Lothal. Hasta ahora, la oposición de Thrawn no había alcanzado el grado de resistencia abierta, pero el Emperador sabía que solo era cosa de tiempo. Vader también lo sabía.

Palpatine no los había traído aquí para ofrecerles una oportunidad de reconciliación y, sin duda, tampoco para mediar personalmente en el conflicto. Había otras consideraciones mucho más profundas.

Thrawn había jurado lealtad al Imperio, pero esa lealtad no se había puesto a prueba por completo. Vader permanecía al lado de Palpatine como aprendiz del Maestro Sith. Pero su vida anterior entre los jedi no podía simplemente ignorarse ni desecharse a la ligera. Ahora, con esta intrigante perturbación en la Fuerza, se presentaba la oportunidad de lidiar con ambas situaciones.

Palpatine levantó la vista brevemente hacia el alto ventanal de la sala del trono. El destructor estelar *Chimaera* era visible a lo lejos, una punta de flecha apenas discernible que flotaba muy por arriba de los edificios y rascacielos de Coruscant. Por lo general, no

se permitía que las naves militares de ese tamaño se acercaran más allá de una órbita baja. Pero Palpatine deseaba que la nave estuviera presente durante esta reunión, como un recordatorio sutil a ambos sirvientes de lo que se le había concedido a Thrawn, y lo que podría arrebatársele.

Vader habló primero, como Palpatine estaba seguro de que lo haría.

—Tal vez percibió al forajido Jedi Kanan Jarrus —sugirió—. O a la criatura que el Almirante Thrawn asegura que encontró en Atollon.

Palpatine sonrió ligeramente. Por supuesto que no había percibido a Jarrus. Desde hacía mucho tiempo, se había detectado, codificado y desechado esa perturbación en particular, hecho que Vader conocía muy bien. La sugerencia no era más que un recordatorio para Thrawn (y Palpatine) de la humillante derrota del chiss.

Thrawn no tuvo reacción visible al comentario de Vader, pero Palpatine percibió un endurecimiento en su actitud. Ya le había prometido al Emperador que se encargaría de Jarrus y los rebeldes Phoenix que tan recientemente se le habían escapado. Buena parte de su fracaso se había debido a factores que no estaban bajo el control de Thrawn; esa era la razón por la que Palpatine no le había quitado la Séptima Flota.

Sin embargo, Vader no tenía paciencia para ningún tipo de fracaso, sin importar cuáles fueran sus razones o excusas. Por ahora estaba esperando, pero se encontraba más que preparado para entrar a resolver ese problema en particular si el gran almirante fracasaba.

—Esta perturbación no viene de ellos —explicó Palpatine—. Es algo nuevo. Diferente. —Miró a uno y otro de sus sirvientes—. Algo que requerirá que trabajen juntos para descubrirlo.

Una vez más, ninguno mostró una reacción visible, aunque Palpatine percibió la sorpresa de ambos. Su sopresa y también su protesta por reflejo. ¿Trabajar *juntos?* Esta vez fue el chiss quien habló primero.

—Con el debido respeto, Su Majestad, creo que mi deber y mis habilidades se aprovecharían mejor en cualquier otro lugar —afirmó—. Los rebeldes que escaparon de Atollon deben ser rastreados y eliminados antes de que se reagrupen y se unan a otras células.

—Estoy de acuerdo —expresó el Emperador—. Pero la Séptima Flota y el Comandante Woldar pueden encargarse de eso sin ti, por ahora. El Gran Moff Tarkin también se unirá al comandante mientras se prepara una nueva misión para él.

Palpatine percibió una vacilación en las emociones de Vader, tal vez una esperanza de que Thrawn creyera erróneamente que estos eran el momento y el lugar correctos para plantear una vez más sus objeciones al proyecto de la Estrella de la Muerte. Palpatine hizo una pausa que le brindó al gran almirante la oportunidad de hacer justo eso.

Sin embargo, Thrawn permaneció en silencio.

—Mientras Woldar y Tarkin encuentran a los rebeldes y se encargan de ellos —continuó el Emperador—, tú y Lord Vader tomarán tu nave insignia para afrontar este otro asunto.

—Comprendido, Su Majestad —accedió Thrawn—. Puedo señalar que el Gobernador Tarkin está menos familiarizado que yo con esta célula rebelde en particular. Tal vez una solución más eficiente sería que se le ofrezca a Lord Vader uno de mis destructores estelares y que busque esta perturbación por su cuenta.

Palpatine sintió una súbita agitación de ira en su aprendiz ante la precipitada elección de palabras que había hecho Thrawn. A un Lord Sith no se le *ofrecía* una nave. *Tomaba lo que quería cuando lo quería.* Sin embargo, al igual que Thrawn, Vader sabía cuándo guardar silencio.

—Me sorprendes, Almirante Thrawn —intervino Palpatine—. Hubiera esperado cierto entusiasmo por viajar cerca de tu hogar.

Los ojos rojos y brillantes de Thrawn se entrecerraron, y Palpatine percibió en él una súbita cautela.

—¿Perdón, Su Majestad?

—La perturbación está localizada en el límite de tus Regiones Desconocidas —informó el Emperador—. Al parecer, está centrada en un planeta llamado Batuu. —De nueva cuenta, percibió una reacción ante el nombre. Esta vez en ambos—. Creo que han oído de él.

Los ojos de Thrawn seguían entrecerrados, la expresión de su rostro de piel azul evidenciaba un remolino de recuerdos.

—Sí —murmuró—. He oído de él.

Como, por supuesto, también había oído Vader. Era el lugar donde él y Thrawn habían interferido hacía mucho tiempo, aunque sin saberlo, en uno de los planes de Palpatine. Una vez más, Vader permaneció en silencio.

—Muy bien, entonces —concluyó Palpatine—. Tú, almirante, irás al mando. —Miró a Vader—. Tú, Lord Vader, te encargarás de la perturbación.

—Sí, Su Alteza —confirmó Thrawn.

—Sí, maestro —aceptó Vader.

Palpatine se inclinó hacia atrás, hundiéndose en las profundidades de su trono.

—Entonces vayan.

Los dos sirvientes se dieron vuelta y caminaron hacia la puerta entre las dobles filas de guardias imperiales con capas rojas que silenciosamente flanqueaban el camino. Palpatine los miró irse: el chiss, con su uniforme blanco de gran almirante; el sith, vestido de negro, con su larga capa arremolinándose detrás de él.

La solución a este acertijo en particular los necesitaba a ambos, pero lo más importante era que abordaría las persistentes preguntas de Palpatine.

Sonrió ligeramente. Era hora de que Thrawn enfrentara su futuro y Vader su pasado.

PRÓLOGO

ANTES

Anakin Skywalker frunció los labios.

—Nop —respondió—. Nunca he oído de él.

—No hay razón para ello —indicó Padmé Amidala, mientras negaba con la cabeza. Aquel día no se había recogido el cabello, y sus trenzas brillaban tenuemente cuando se movía. A Anakin siempre le había gustado ese efecto—. Está en el límite del Borde Exterior, justo al lado de las Regiones Desconocidas.

—¿*Por qué* es importante?

—No lo sé —admitió Padmé—. Todo lo que tengo es el mensaje de Duja de que tropezó con algo que está pasando en algún lugar del área de Batuu y cree que debemos investigarlo.

—*Algo* está pasando en *algún lugar* —repitió Anakin—. No es exactamente el informe de inteligencia más sólido que he escuchado.

—Eso es lo que creen también todos en el Alto Mando. —Padmé hizo una pausa, y Anakin percibió una mezcla de inquietud y obstinación que crecía en ella—. Por eso voy a ir personalmente a ver qué pasa.

Anakin conocía tan bien a su esposa que había adivinado a dónde llevaría eso. Aun así, sintió algo parecido a un golpe en el estómago.

—¿Sola? —preguntó, aunque, una vez más, no había necesidad.

—Por supuesto que no —respondió Padmé—. Duja ya se encuentra allí, ¿recuerdas? Oh, no me mires así.

—Así, ¿cómo?

—Como un… —Hizo una pausa apenas perceptible mientras, por instinto, se recordaba a sí misma dónde estaban todos los demás en el complejo de oficinas y confirmaba que no había nadie que pudiera escucharlos—… esposo. O al menos como un jedi protector —añadió con una sonrisa traviesa.

Anakin le regresó la sonrisa. Hubo una época en la que él no había sido nada más que eso para ella. Aunque, aun entonces, él quería ser algo más.

—Bueno, *soy* un jedi protector, ya lo sabes —comentó—. No hay razón por la que no deba parecerlo ni hablar como tal. —Apretó los dientes por un momento, mientras se esforzaba por contener sus crecientes emociones como los instructores jedi le habían enseñado—. Por desgracia, también soy un General Jedi, y está por presentarse una batalla que se supone que debo liderar. Si tan solo…

Se interrumpió. Si tan solo Ahsoka no hubiera abandonado la Orden Jedi. Pero lo había hecho y se le extrañaba mucho, no solo por sus habilidades en la batalla. Tal vez Padmé estaba pensando lo mismo y extrañaba a la joven padawan de Anakin casi tanto

como él. Al menos, comprendía lo suficiente para no preguntarle si alguien más podría sustituirlo en la inminente batalla.

—Saldrá bien —dijo, en cambio—. Has conocido a algunas de mis anteriores doncellas. Sabes lo bien entrenadas que están en combate y espionaje.

—¿Duja es decente en eso?

—Una de las mejores —le aseguró Padmé—. Una vez que estemos juntas, el protector del enemigo será quien deba preocuparse.

—Tal vez. —Anakin alzó una ceja—. No es una de tus mejores frases, por cierto.

—Lo sé —concedió Padmé—. Tengo que guardar todas esas para el Senado. —Suspiró—. Anakin, ¿crees que esta guerra terminará algún día?

—Por supuesto —contestó Anakin automáticamente, con un entusiasmo que en realidad no sentía. Porque era una pregunta que todos se estaban haciendo. ¿Alguna vez *terminaría*?

Ya había durado más de lo que él esperaba. Tal vez más de lo que cualquiera de ellos había esperado. Hasta ahora, el Canciller Palpatine había evitado que las cosas se desmoronaran y mantenía a la República concentrada y firme, pero ni siquiera él podía hacerlo eternamente. ¿O sí?

Muchos habían muerto. Demasiados. Pero Anakin se había prometido que Padmé no sería una de ellos.

—¿Cuándo regresarás? —quiso saber.

—No lo sé —respondió Padmé—. No hay demasiados hipercarriles estables en esa área, así que tomará algún tiempo llegar allí.

—¿Quieres que busque una ruta para ti? —preguntó Anakin—. Tal vez en los archivos jedi haya algo mejor que los mapas estándar.

—No, está bien —contestó Padmé—. Alguien podría toparse con un registro de tu búsqueda y no quiero que nadie más sepa que voy allí. Puedes ahorrártelo para cuando vengas a unirte a nosotras: entonces realmente necesitaremos que llegues a toda velocidad.

—Créeme que lo haré. —Anakin movió la cabeza de un lado a otro—. No sé, Padmé. En realidad no me gusta que te quedes sin posibilidades de contacto tanto tiempo.

—A mí tampoco me gusta —admitió—. La holorred nunca ha funcionado muy bien estando tan lejos, ni siquiera antes de la guerra, y dudo que llegue a mejorar. Aun así, en la región operan cinco servicios de mensajes privados, de modo que, aunque sea con un poco de retraso, podré enviarte información. —Estiró la mano y le tocó el brazo—. Estaré bien, Ani. De verdad.

—Lo sé —reconoció Anakin.

No lo sabía, por supuesto. Podría proteger a Padmé en Coruscant, por lo menos parte del tiempo. No podría hacerlo si estaba en un alejado extremo de la nada. Pero Padmé ya había tomado una decisión, y Anakin sabía que sería inútil seguir discutiendo. Las antiguas doncellas de su esposa le eran fieramente leales, y esa lealtad era correspondida.

Si Duja estaba en problemas, o simplemente los había descubierto, ahora que le había pedido ayuda a Padmé no habría poder en la galaxia que pudiera mantenerlas separadas.

—Tan solo prométeme que me informarás lo que pasa en cuanto puedas —pidió, y tomó la mano de Padmé con la suya. La *izquierda*, por supuesto, la de carne y hueso. A ella no pareció importarle nunca la diferencia, pero Anakin no la olvidaba.

—Lo haré —lo tranquilizó ella—. Un viaje rápido, una evaluación veloz y directa a casa. Tal vez esté de regreso antes que tú.

—Te tomaré la palabra —le advirtió—. Y hablando de tomar…

Dio un paso para acercarse a ella, y por un momento permanecieron en un abrazo prolongado, un pequeño oasis de paz y quietud entre la violenta tormenta de arena que seguía azotando a toda la galaxia. Pequeño y demasiado breve.

—Me tengo que ir —afirmó Padmé recargada en su hombro, y luego se apartó con suavidad.

—Y yo —replicó él con un callado suspiro—. Te voy a extrañar.

—Yo también. —Padmé le lanzó otra sonrisa, más cansada que traviesa esta vez—. Al menos tendrás a Obi-Wan para que te haga compañía.

Anakin hizo un gesto exagerado.

—No es exactamente lo mismo.

—Lo sé. —Regresó junto a él para darle un beso rápido—. Pasaremos tiempo juntos cuando regresemos. Tiempo *de verdad*.

—Es lo que siempre dices. —Pero también era lo que él siempre decía—. Ten cuidado, Padmé, y regresa a salvo.

—Tú también, Anakin. —Estiró el brazo y le acarició la mejilla—. Recuerda que *tú eres* quien va a la guerra. Yo tan solo voy a ver a una vieja amiga.

—Sí —murmuró él—. Tienes razón.

La batalla resultó como tantas otras: ganancias minúsculas aquí, pérdidas minúsculas allá, y tanto las ganancias como las pérdidas terminaron siendo engullidas por el correspondiente remolino de muerte y destrucción.

Padmé no había regresado cuando las agotadas fuerzas volvieron a Coruscant. Tampoco había enviado mensaje alguno. Anakin revisó el servicio que dijo que usaría, luego consultó a todos los que operaban en esa parte del Borde Exterior. Nada. Revisó el conjunto de los registros recientes que llegaban de manera rutinaria a Coruscant para revisión y archivo, buscándola por nombre, diseño de nave, descripción física y hasta por las joyas que solía portar. Aún nada. Pidió al Concejo Jedi que le permitiera ir a buscarla él mismo, pero el Conde Dooku había reanudado sus actividades y le negaron el permiso. Otra batalla, una rápida esta vez, y estuvo de regreso en Coruscant.

Aún no había mensajes, pero esta vez su búsqueda de documentos arrojó una coincidencia. Habían encontrado la nave de Padmé, o una de la misma clase y tipo,

abandonada en Batuu. Los cazadores locales que la habían encontrado dijeron que parecía desierta. Padmé Amidala, senadora y antigua reina de Naboo, se había esfumado.

CAPÍTULO 1

Había pasajeros y *pasajeros*, pensaba la Comodoro Karyn Faro mientras permanecía en el centro de la pasarela de mando del *Chimaera*. Darth Vader era definitivamente uno de los últimos.

Faro frunció el ceño ante el paisaje estelar que estaba fuera del puente. En su opinión, ningún tipo de pasajero encajaba en una nave imperial como aquella. Si Vader quería recorrer el Imperio, debería conseguirse una nave propia. O tal vez en eso se había convertido ahora el *Chimaera*. Evidentemente, Vader no había perdido tiempo para instalarse y hacer cambios.

Por encima del murmullo de una conversación tranquila, Faro escuchó el sonido de las puertas del puente de popa. Se dio vuelta y un stormtrooper con armadura blanca entró en su campo de visión. Echó un vistazo alrededor, sin prisa, y luego avanzó hacia Faro.

Ella frunció el ceño un poco más. Hablando de cambios indeseables en la rutina del *Chimaera*… Volvió a relajar el ceño antes de que el otro se detuviera con brusquedad frente a ella.

—Comodoro Faro —la saludó con la tiesa formalidad que ella había llegado a esperar de los oficiales stormtrooper—. Soy…

—Sí, el Comandante Kimmund —lo interrumpió con la misma formalidad.

Él no hizo gesto alguno y, por supuesto, si hubo algún parpadeo de sorpresa este quedó oculto por el protector facial del casco. Pero a Faro no le cupo duda de que se había sorprendido. La unidad blanco sobre blanco y su correspondiente designación de rango eran casi imposibles de adivinar sin las mejoras ópticas de los stormtroopers, pero Faro dominaba la técnica desde hacía mucho.

—¿Qué puedo hacer por usted? —continuó.

—Necesito que hablemos acerca del posicionamiento y la colocación prioritaria de nuestro transporte —indicó Kimmund. Tampoco había sorpresa en su voz. Se había recuperado de prisa—. La jefa de su hangar principal está presentando problemas para obedecer órdenes.

Mentalmente, Faro sacudió la cabeza. Sí, eso sonaba a la Teniente Mayor Xoxtin. La mujer tenía una manera precisa e idiosincrática de hacer las cosas, y a menudo se necesitaba un montacargas imaginario para moverla.

Por desgracia, su familia pertenecía a la élite de Coruscant y, aún más, era amiga cercana del asesor mayor del Emperador en asuntos del Borde Medio. Xoxtin se salía con la suya y hacía las cosas a su manera simplemente porque pocos oficiales navales tenían el temple para soportar la presión necesaria. Por fortuna para Kimmund, Faro era una de esas pocas.

—Hablaré con ella personalmente —prometió a Kimmund—. ¿Dónde quiere que se coloque su transporte exactamente?

—El lambda de Lord Vader debe estar, por supuesto, en el Número Uno —indicó Kimmund—. El *Darkhawk* debe estar en el Número Dos.

Eso no dejaría al lambda personal del Almirante Thrawn un lugar más alto que el Tres. Era una evidente violación del protocolo naval apropiado, y Kimmund seguramente lo sabía. Aun así, Thrawn había instruido a sus oficiales para que cooperaran lo más posible con sus invitados (esa fue su palabra), y no parecía que una nave pudiera salir al espacio desde el Número Tres tan rápido como una que estuviera en el Uno. Se encontraba un poco más lejos de la sala de preparación y, por tanto, había que caminar un poco más. Para Thrawn seguramente eso no supondría un problema.

En realidad, tener al *Darkhawk* allí iría muy bien con el otro carguero indescriptible que estaba actualmente en el Número Cuatro, la nave civil que Thrawn había liberado de los piratas un par de años antes y que usaba cada vez que necesitaba anonimato. El transporte de la Primera Legión era muy parecido: un viejo carguero separatista de la era de las Guerras de los Clones, con un exterior decrépito, aunque había sido reacondicionado con las mejores armas, escudos y sistema de sensores de evasión que la tecnología del Imperio podía proporcionar. A pesar de la amenaza y el brillo de Lord Vader, sin mencionar su aspecto, reconocible al instante, era evidente que también comprendía el uso de la sutileza. Eso, o le gustaba tener cerca una nave separatista capturada para recordar a todos qué lado había ganado.

—Muy bien —confirmó a Kimmund—. Veré que se haga.

—Gracias, comodoro —se despidió Kimmund. Se puso brevemente en posición de firmes, luego se dio vuelta y regresó por la pasarela de mando.

Faro lo miró alejarse, mientras sentía el remolino de cálculos que era una parte frustrante de la vida de una oficial del Imperio. La familia de Xoxtin era poderosa, pero Kimmund era el jefe de la Primera Legión, la unidad de élite que Lord Vader había extraído de la igualmente renombrada 501 para que sirviera como fuerza personal de stormtroopers. En teoría, el hombre que era la mano derecha del Emperador triunfaría sobre el resto de la enmarañada red política, pero solo si, cuando la situación entrara en crisis, Vader se dignaba intervenir a favor de Faro. Por desgracia, era conocido por mantenerse lejos de las disputas políticas, y no había garantía de que recordara siquiera la insignificante ayuda que Faro le había prestado aquí. Por otra parte, Xoxtin siempre le guardaría resentimiento.

Nunca había un buen momento para ese tipo de actos de equilibrio. Pero este en particular era bastante malo. Faro había sido ascendida a comodoro apenas seis semanas antes, con la promesa de que el Cuerpo Especial 231 sería suyo en cuanto su comandante actual fuera ascendido a una de las flotas más grandes.

Pero esa promesa, y su cuerpo especial, aún tenían que materializarse. Además, como la inexplicable desaparición del Comandante Eli Vanto de la Séptima Flota aún alimentaba el molino de los rumores, Faro ya no estaba segura de dónde habría de estar

su futuro. En esta coyuntura, molestar a Xoxtin y su familia podría resultar fatal. Sin embargo, le había hecho una promesa a Kimmund. Más importante aún era dejar que un subordinado se saliera con la suya al ignorar órdenes: aunque se tratara de un subordinado con tan buenos contactos como Xoxtin, sentaba un mal precedente.

Miraba por el ventanal, repasando mentalmente sus opciones en la confrontación, cuando el cielo moteado del hiperespacio se convirtió abruptamente en franjas de estrellas que luego volvieron a convertirse en astros: el *Chimaera* había arribado.

Solo que no habían llegado al destino planeado. En vez de eso, se encontraban en medio de la nada, literalmente hablando.

Las estrellas brillaban por el ventanal, y sus posiciones coincidían con las de la pantalla de navegación, confirmando los cálculos de la Comodoro Faro.

«Lord Vader está parado apenas fuera de la vista, inmóvil, y solo su laboriosa respiración indica su lugar. La respiración manifiesta cierta variación. De igual manera, su postura corporal contiene una tenue gama de pensamientos y emociones. Pero hay poco que interpretar allí. Poco que comprender. Poco que anticipar».

Faro surgió a la vista.

—Se ha revisado dos veces el hiperdrive, almirante —informó. «Sus músculos faciales están tensos. La voz contiene un grado de ansiedad más elevado de lo normal»—. Los técnicos creían que podían ser los amortiguadores aluviales, pero han sido descartados. He ordenado una segunda revisión, pero hasta ahora todo está perfecto.

«Mientras habla, sus ojos permanecen correctamente sobre su almirante, pero sus músculos contienen una tensión que indica que está combatiendo la necesidad de volver su atención hacia Lord Vader y dirigirse a él. No desea que él esté presente en la pasarela de mando, pero su expresión contiene reconocimiento de que no tiene otra opción».

—Entonces la culpa debe de ser de la tripulación del *Chimaera* —afirmó Vader.

«Da unos pasos al frente. Su voz manifiesta impaciencia».

—Con el debido respeto, Lord Vader, no creo que sea así —intervino Faro. «Sus ojos se dirigen a Vader. La rigidez de su postura se incrementa. Su voz manifiesta precaución y un poco de miedo, pero también determinación»—. Este hipercarril se usa muy poco, y sus parámetros y límites están mal definidos. Creo que es más probable que hayamos llegado a la sombra de alguna masa previamente desconocida.

—Por supuesto —replicó Vader. «El tono vocal baja ligeramente. Eleva la mano a la cintura, engancha los pulgares en el cinturón»—. ¿Dónde está la masa misteriosa?

«Los músculos de la garganta de Faro se endurecen brevemente».

—Aún no la localizamos, Lord Vader —respondió ella. «La vista regresa a su almirante»—. Tengo a nuestros mejores operadores de sensores trabajando en el problema, señor.

—Tal vez los que son *mejores* para usted no están a la altura de los estándares de servicio al Imperio —sugirió Vader.

—Los oficiales y tripulantes del *Chimaera* son más que adecuados para sus tareas, Lord Vader —informó Thrawn—. Comodoro, si en verdad hay una masa caprichosa que nos afecta, tal vez movernos un poco hacia delante nos apartará de su sombra y efecto.

—Sí, señor —afirmó Faro. «La tensión en el rostro y la voz se relaja de manera notoria»—. Timón, llévenos hacia delante a dos terceras partes de la potencia. Escáneres, sigan buscando objetos.

—Además de otras naves —puntualizó Thrawn.

«La expresión de Faro manifiesta desconcierto».

—¿Otras naves, señor?

—¿Espera que quedemos bajo ataque? —interrogó Vader.

—Es posible, aunque improbable —respondió Thrawn—. Sin embargo, mi preocupación es que, sin importar lo que nos haya sacado del hiperespacio, otras naves hayan sido afectadas de manera similar. Necesitamos estar al pendiente de colisiones u otros encuentros.

—La Comodoro Faro acaba de explicar lo poco que se viaja por este hipercarril —le recordó Vader. «Sus palabras son ligeramente cortantes»—. ¿Realmente espera que un tráfico de dos naves a la semana represente un peligro?

—Eso es lo que aparece en las gráficas de navegación —sugirió Thrawn—. Tal vez haya cambiado el perfil de tráfico desde que se hicieron esas anotaciones. Evidentemente, el tráfico de naves era más escaso la última vez que estuvimos aquí.

—¿Estuvo aquí antes, señor? —preguntó Faro. «La expresión y la voz manifiestan sorpresa»—. No lo sabía.

—¿Hay alguna razón por la que deba saberlo, comodoro? —interrogó Vader.

—Mis disculpas, almirante —se excusó Faro. «Habla de prisa. La voz manifiesta más ansiedad».

—No es necesario que se disculpe, comodoro —comentó Thrawn—. Fue hace muchos años, durante las Guerras de los Clones.

—Ya veo —expresó Faro. «La ansiedad está desapareciendo. La voz y la expresión manifiestan ahora interés»—. No estaba al tanto de que se encontrara en la República en esa época.

—El pasado es el pasado —indicó Vader—. Todo lo que importa son el presente y el futuro —«Se da vuelta; su larga capa se arremolina; el sable de luz, medio oculto, destella bajo la luz brillante. Las manos permanecen enganchadas en el cinturón por un momento, y luego baja los brazos a los costados. Los dedos se curvan ligeramente»—. Estaré en mis oficinas. Infórmeme cuando retomemos la marcha.

—Por supuesto, Lord Vader —aseguró Thrawn.

—También informe a su noghri que tiene prohibido el acceso al *Darkhawk* de mi legión —añadió Vader—. El Comandante Kimmund lo ha atrapado dos veces en el interior. La próxima será la última.

—Comprendido, mi señor —afirmó Thrawn—. En ocasiones, Rukh demuestra exceso de celo cuando intenta estar al tanto de todo lo que ocurre a bordo del *Chimaera*. Se lo informaré.

—No era necesario que estuviera a bordo en absoluto —indicó Vader. «El tono de su voz se hace más grave»—. Si sus habilidades en el combate y el rastreo fueran tan buenas como usted afirma, debió quedarse para ayudar a que Woldar y Tarkin cacen a Jarrus y los rebeldes. —«Su cabeza se inclina ligeramente»—. ¿O teme por su seguridad personal después de sus confrontaciones en Atollon?

«Los músculos faciales de Faro se endurecen. Su postura corporal manifiesta nueva tensión».

—Al contrario, Lord Vader —replicó Thrawn—. Con usted y la Primera Legión a bordo, la seguridad del *Chimaera* está más que garantizada, pero tal vez haya tareas que requieran de la presencia de todos nosotros, incluido Rukh, antes de que esta misión se complete.

—La misión habrá terminado antes de lo que cree —vaticinó Vader—. Encontraremos la perturbación, me encargaré de ella y regresaremos a Coruscant.

—Comprendido —afirmó Thrawn.

—¿Bien? —«Vader gira unos cuantos grados para quedar frente al ventanal»—. A toda velocidad, almirante. Deseo ver exactamente qué es lo que ha llamado la atención del Emperador.

—Pero supuesto, mi señor —respondió Thrawn—. Igual que yo.

Después de la primera vez que Kimmund echó a Rukh del *Darkhawk*, había ordenado al trooper Sampa que instalara sensores de intrusión en todos los accesos. Uno de los sensores se disparó con éxito la segunda vez que Rukh subió subrepticiamente a bordo, lo que permitió a los stormtroopers comisionados atraparlo y echarlo mucho más rápido.

Kimmund estaba observando el avance del *Chimaera* (o, más precisamente, su falta de avance) en las pantallas repetidoras de la sala de preparación de la Primera Legión, cuando el sensor hizo sonar la alerta una vez más.

Dos minutos después estaba en el hangar, con su armadura completa y el rifle bláster a la mano, mientras apostaba consigo mismo, en silencio, dónde lo llevarían las circunstancias y el capricho a colocar su primer disparo exactamente. Llegó al *Darkhawk* y rodeó la proa. Encontró al diminuto noghri de pie, en silencio, sobre la cubierta, que sobresalía cinco metros del vehículo, bajo la mirada vigilante del Sargento Drav y la trooper Morrtic. Kimmund observó que esta última sostenía un casco adicional de stormtrooper a su lado.

—¿Dónde lo encontraste? —interrogó Kimmund.

—Justo aquí, señor —respondió Drav, con tono sombrío—. Parado fuera de la escotilla.

—Fingió que tan solo había salido a dar una caminata —añadió Morrtic.

Kimmund se concentró en el noghri. Corto y humanoide, de piel gris y con una fila de pequeños cuernos que subían desde la frente, le devolvió la mirada al comandante de stormtroopers con su ceño fruncido habitual. Los brazos le colgaban de manera casual a los costados, pero Kimmund lo había visto practicar con el bastón de combate amarrado a la espalda y sabía que podría agarrarlo a una velocidad cegadora. Como había tres stormtroopers dispuestos en triángulo alrededor de él, Kimmund casi deseó que lo intentara. Sobre todo porque había una cierta expresión en el ceño de Rukh que estaba muy seguro de que era presunción.

—¿Y bien? —exigió una respuesta.

—¿Y bien? —repitió Rukh con voz áspera.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Esta es la nave de mi señor —indicó Rukh—. Puedo ir a donde desee.

—La *Chimaera* es la nave del Gran Almirante Thrawn —corrigió Kimmund con tono ácido—. El lambda de Lord Vader y el *Darkhawk* no lo son. Se te ha advertido que permanezcas lejos.

—Sus soldados le dirán que no he subido a bordo —afirmó Rukh—. Hable con ellos. Pregúnteles.

Kimmund desplazó su atención hacia Drav.

—¿Y bien?

—Llegamos aquí diez segundos después de que sonó la alarma —concedió el sargento—. Si *estaba* dentro, pudo entrar, hacerlo sonar y huir.

—¿De verdad? —preguntó Kimmund, mientras volvía a mirar a Rukh—. Entonces, ¿estamos tratando con bromitas escolares?

—Estamos tratando con palabras —afirmó Rukh—. Estas son las mías: la seguridad de mi señor es mi misión. No permitiré que la amenacen desconocidos.

—Difícilmente somos desconocidos —afirmó Kimmund con rigidez—. Somos la Primera Legión, los stormtroopers personales de Lord Vader. Todo el Imperio nos conoce.

—Puede que los conozca todo el Imperio —comentó Rukh—. Yo no, pero los conoceré.

—Hazlo —sugirió Kimmund—. Tan solo recuerda que la próxima vez que te atrapemos en nuestros transportes, *dispararemos* a matar.

—Pueden intentarlo —concedió Rukh—. No tengo mala voluntad hacia ustedes, pero haré mi trabajo.

Le hizo a Kimmund una marcada reverencia, obviamente sarcástica, se dio vuelta y se alejó sobre sus cortas piernas hacia la salida de la bahía del hangar.

—¿Debemos seguirlo, señor? —Drav esperaba órdenes.

—No —respondió Kimmund—. Por desgracia, tiene razón. Thrawn le ha dado paso libre por el *Chimaera*. Espero que Lord Vader haya tenido oportunidad de aclarar las

cosas relacionadas con *nuestras* naves. —Señaló el casco que Morrtic tenía en la mano—. ¿Qué es eso?

—Es lo que usó para disparar la alarma —respondió Morrtic, mientras levantaba el casco para inspeccionarlo más de cerca—. Al parecer, se paró aquí afuera y lo lanzó por la escotilla hacia el campo del sensor.

Kimmund frunció el ceño y manipuló las mejoras ópticas de su propio casco. ¿Era de…?

—¿Es de Jid?

—Sí, señor —confirmó Morrtic con amargura—. Y sí, todavía estaba en el taller de electrónica de popa esperando la actualización de su intercomunicador.

—Entonces ¿cómo entró Rukh y lo tomó?

Morrtic miró a Drav.

—Ni idea, señor —admitió Drav.

—*Ni idea.*

—No usó ese electrobastón suyo para hacer cortocircuito en los sensores —intervino Morrtic—. Los revisé.

—¿Qué me dicen de ese maldito truco de encubrimiento personal? —interrogó Kimmund—. ¿Sampa ya descubrió siquiera cómo funciona esa cosa?

—Claro, le echó una mirada a las especificaciones —explicó Drav—. Es muy parecido a un desfasador óptico de Sinrich, pero tiene un diseño totalmente distinto. Parece que está limitado a tres minutos por cada carga, no funciona en seres humanos (necesita la conductividad de la piel de doble capa de los noghris o algo así) y, una vez que se ha activado, no cubre ninguna cosa que se agregue.

—Esa última es la clave —afirmó Morrtic—. Sampa armó un dispositivo que esparce un fino rocío de brillo que refleja microondas cuando se disparan los sensores de peso del piso. Una vez que Rukh tiene eso encima, deberíamos ser capaces de rastrearlo allá donde vaya.

—Estupendo —exclamó Kimmund—, así que eso significa que nunca subió a bordo. Felicidades.

—Sí —contestó Morrtic, mientras jugueteaba con el casco de Jid en las manos—. Subiremos ahora a la nave y encontraremos el agujero que hizo.

—Sí, lo harán —comentó Kimmund mordaz. Miró el casco descarriado—. Porque la próxima vez que me cruce con él, alguien va a morir. De preferencia que sea Rukh, pero si no es él, será quien lo deje pasar. Y no seré *yo* quien lo haga. Será Lord Vader.

Paseó la vista por el hangar mientras se esforzaba por no levantar su rifle y disparar al insolente noghri por la espalda en ese mismo instante.

—Así que corre la voz, sargento. Que lo sepan todos.

El *Chimaera* viajó dos horas por el espacio real antes de que Thrawn ordenara a Faro que probara de nuevo el hiperdrive. Una vez más, falló.

—Es casi como si hubiera un crucero interdictor en algún lugar cercano, señor —le comentó Faro a Thrawn mientras el destructor estelar seguía su viaje por el espacio real a través de la oscuridad punteada por estrellas—. Aunque no hay manera de que pueda ser tan grande como para tener este tipo de potencia sin entrar en el rango de alcance de los escáneres.

—A menos que esté encubierto. —Una voz profunda surgió detrás de ellos.

Faro se crispó. Vader había pedido que le notificaran cuando el *Chimaera* hubiera sorteado el misterioso bloqueo. Ella creyó que eso significaba que el Señor Oscuro permanecería en otro lugar hasta que llegara ese mensaje. Al parecer, se había aburrido.

—Mi señor —Thrawn saludó a Vader con tono tranquilo—. Creo que estará de acuerdo en que es imposible accionar un generador de gravedad y un dispositivo de encubrimiento al mismo tiempo. Cada uno de los campos actúa contra el otro.

—Tal vez se ha descubierto una nueva técnica —replicó Vader—. Es posible que la ciencia de las Regiones Desconocidas sea diferente de la nuestra.

—Evidentemente, las tecnologías pueden ser diferentes —admitió Thrawn—. Es menos probable que la propia ciencia lo sea. Hay ciertas leyes que resultan universales.

—Tal vez —concedió Vader—. No obstante, parece que estamos en un punto muerto. ¿Qué solución propone?

Thrawn guardó silencio un momento más. Faro observó que su mirada se desplazaba del paisaje estelar al mapa regional y el diagrama de acercamiento de su hipercarril actual.

—Si no es posible seguir la ruta existente, debemos abrir una propia —indicó—. Comodoro Faro, cambie el curso cuarenta grados a babor.

—¿Hay otra ruta de la que el Imperio no esté al tanto? —inquirió Vader.

—Ninguna que conozca en esta región —respondió Thrawn—. Nuestras opciones son enviar una nave exploradora para que nos trace una ruta o avanzar nosotros mismos con esos saltos cortos. La última parece la opción más eficiente.

—Eso tomará tiempo —advirtió Vader, con un tono de amenaza velada—. Las instrucciones del Emperador fueron que procediéramos a toda prisa.

—Seguir el hipercarril ha resultado menos que exitoso —insistió Thrawn—. Continuar como hasta ahora probablemente costará más tiempo.

—A menos que ya estemos al final del bloqueo.

Thrawn inclinó la cabeza.

—¿Timón? —gritó—. Haga el salto a la velocidad de la luz.

—Sí, almirante.

Faro se dio vuelta hacia el ventanal, preparada para lo que viniera. Las estrellas se incendiaron formando franjas estelares y, con el descenso del tono explosivo del hiperdrive, que indicó un salto fallido, volvieron a convertirse en estrellas. Faro sabía que era mejor no maldecir enfrente de sus superiores. Aun así, estuvo a punto de hacerlo.

—Interesante —murmuró Thrawn. Si la falla lo había perturbado, no lo mostró ni en la voz ni en el rostro—. Comodoro, lleve el *Chimaera* cuarenta grados a babor.

—Sí, señor —confirmó Faro—. ¿Puedo hacer una sugerencia?

—Su almirante le ha dado una orden —exclamó Vader.

—Adelante, comodoro —indicó Thrawn con calma.

Faro sintió un nudo en la garganta. El comentario de Vader, que reforzaba la orden de Thrawn, era en sí mismo una orden adicional. ¿Thrawn se limitaría a ignorarla?

—He hecho algunos cálculos, señor —continuó ella de prisa, mientras se preguntaba si Vader la iba a interrumpir. O algo peor—. Viajar a Batuu salto por salto tomará aproximadamente treinta y nueve horas. Si, en cambio, viajamos a Mokivj, podemos tomar un hipercarril diferente de allí a Batuu, con un ahorro de catorce a quince horas.

Thrawn inclinó la cabeza.

—Muéstremelo.

Faro hizo que la ruta se desplegara en la pantalla de visualización mientras se preparaba para la inevitable pregunta de Vader sobre qué tipo de carril podría conectar dos mundos menores como esos. Sería una pregunta completamente válida. Los mapas de navegación mostraban que existía ese camino, pero estaba aún menos definido (sin mencionar que estaba menos transitado) que ese que el *Chimaera* estaba siguiendo hacia Batuu. Si los mismos datos erróneos que los habían desviado del hipercarril a Batuu también afectaban a la ruta de Mokivj a Batuu, podrían terminar en la misma situación en que se encontraban ahora. Sin embargo, por una vez el Señor Oscuro pareció quedarse sin palabras.

—Una excelente sugerencia, comodoro —la felicitó Thrawn—. Ponga rumbo a Mokivj.

—Sí, señor.

Faro se dio vuelta a la estación del timón, se quedó viendo a los ojos al oficial que estaba sentado allí y asintió. Él le regresó el movimiento de cabeza para mostrar que reconocía la orden, y la enorme nave de guerra empezó a girar a estribor.

—Once —afirmó Vader.

Thrawn se dio vuelta hacia él.

—¿Perdón?

—Un ahorro de once horas, cuando mucho —continuó Vader.

—Estoy de acuerdo —lo secundó Thrawn—. Aun así, valdrá la pena.

—Tal vez —comentó Vader—. Ya veremos.

Como Vader esperaba, tenía razón. El viaje a Mokivj salto por salto se llevó tres horas más de lo que la Comodoro Faro había estimado, lo que resultó exactamente en el ahorro de tiempo que él había calculado. Vader no había querido viajar a Mokivj ni verlo, pero ahora que estaban aquí y tenían el planeta a la vista…

—Análisis, comodoro —pidió Thrawn en voz baja, mientras el *Chimaera* rodeaba el planeta hacia el punto de entrada a su hipercarril de destino.

—Es un misterio, señor —explicó Faro, mirando su datapad con el ceño fruncido—. No conozco otro tipo de catástrofe que haya sido capaz de causar un tipo de devastación tan extendida más que el golpe de un cometa o una enorme erupción volcánica. Pero no encuentro evidencia de ninguno de los dos.

Vader miró por el ventanal. Donde alguna vez hubo praderas y bosques exuberantes, había ahora planicies y desiertos sin vida a lo largo de una gran franja de la superficie del planeta; solo algunos parches de verdor ofrecían un desafío vacilante a la devastación que los rodeaba. Las nubes cubrían gran parte del cielo, pero no eran blancas y ligeras ni estratos grises de nubes de lluvia, sino masas crecientes que no prometían nada más que oscuridad y frío al bloquear la luz solar.

—Tal vez fue un cataclismo peor que un cometa —sugirió Thrawn—. Comandante Hammerly, ¿cuántas lunas está reconociendo?

—¿Lunas, señor? —preguntó Hammerly con desconcierto.

Vader se dio vuelta para encararla. De nuevo, uno de los subordinados de Thrawn cuestionaba las órdenes del almirante. Tal vez era hora de hacerles un recordatorio de la necesidad de la obediencia instantánea e incuestionada.

—Sí, señor: lunas —agregó Hammerly rápidamente.

Vader miró a Thrawn. No había indicios de que pensara castigar a la comandante, ni siquiera con un regaño verbal, por poner sus órdenes en entredicho. En realidad, parecía meramente decidido a esperar la respuesta. Mentalmente, sacudió la cabeza con desprecio. Tal vez la falta de una disciplina adecuada del almirante con sus subordinados era la razón por la que los rebeldes de Atollon se le habían escapado.

—Debe de haber diez —continuó Thrawn—. Seis son relativamente pequeñas, pero cuatro tienen el tamaño suficiente para que su gravedad interna las haya convertido en esferas.

—¿Qué importancia tiene eso? —interrogó Vader. Enganchó los pulgares en el cinturón, con lo que sintió de nueva cuenta la presencia del sable de luz que colgaba allí.

—No hay muchas cosas más que llamen la atención mientras recorremos el sistema —señaló Thrawn—. Además, tengo curiosidad por saber qué tan completos están los archivos del *Chimaera*.

Era una respuesta razonable, dada en un tono eminentemente razonable, pero a Vader no se le engañaba. Todo lo que hacía el Gran Almirante Thrawn obedecía a una intención, un plan, una motivación o un ardid oculto. Una vez más, sintió la presencia de su sable de luz.

—Disculpe, almirante, pero no es eso lo que nos arrojan las lecturas —indicó Hammerly, con el ceño fruncido ante el tablero—. Cuento seis lunas, y solo una de ellas es esférica.

—Las otras cuatro lunas deben de estar al otro lado del planeta —sugirió Vader mientras experimentaba una sensación de impaciencia. Eso era *obvio*.

—Creo que no, mi señor —comentó Thrawn—. Observe la capa superpuesta de gravedad-interacción que la Comandante Hammerly ha colocado sobre la pantalla de visualización. Indica que no hay otras masas importantes en el sistema planetario.

Vader miró la capa superpuesta. No podía hacer los cálculos por sí mismo (para eso estaban los droides), pero las conclusiones de la oficial de sensores estaban desplegados en la parte inferior de la pantalla.

—¿Está sugiriendo que las lunas faltantes cayeron a la superficie?

—No es muy probable —respondió Thrawn, con una intensidad tranquila en la voz—. Cuatro masas de ese tamaño hubieran convertido a Mokivj en un infierno abrasador de terremotos y lava.

«Como Mustafar», tomó nota Vader en silencio.

—Entonces, ¿dónde están?

Thrawn movió la cabeza lentamente de un lado a otro.

—Es un misterio que debemos resolver.

—No —exclamó Vader.

Un súbito silencio descendió sobre el puente.

—¿Perdón, mi señor? —La voz de Thrawn se encontraba bajo un cuidadoso control.

—No estamos aquí para resolver misterios al azar —señaló Vader con firmeza—. Estamos aquí para buscar la perturbación que el Emperador percibió. Eso y nada más.

—Por supuesto —concordó Thrawn—. Pero es posible que descubramos que ambas están conectadas.

—¿Lo *están*?

—No lo sé, mi señor —contestó Thrawn.

Vader lo observó durante un buen rato mientras trataba de leer la mente de ese alienígena, pero si había una duplicidad oculta detrás de sus brillantes ojos rojos, no logró percibirla.

—Entonces, sigamos nuestro camino —sugirió.

—Por supuesto, mi señor. —Thrawn se dio vuelta hacia Faro—. Comodoro, en cuanto tengamos el hipercarril despejado, diríjase a Batuu a toda velocidad.

—Sí, señor —confirmó Faro.

El chiss se dio vuelta hacia Vader.

—Quisiera señalar una cosa más, Lord Vader. Si el Emperador está al tanto de una presencia en esta parte del espacio, de igual manera esa misma presencia puede estar consciente de *usted*.

Esa idea ya se le había ocurrido a Vader. Muchas veces.

—Tal vez —aceptó—. Pero que esté consciente no indica necesariamente que esté preparado.

—No —susurró Thrawn. Tal vez también el gran almirante estaba mirando a un pasado distante y poco placentero—. Por supuesto que no.

CAPÍTULO 2

—Te diré algo, R2 —anunció Anakin con tono sombrío mientras desacoplaba su caza interceptor clase Actis Eta-2 del anillo de anclaje del hiperdrive—. Si algo le sucedió a Padmé, alguien en Batuu va a estar *muy* poco preparado para lo que habrá de sucederle.

R2-D2 silbó en señal de acuerdo. Mientras maniobraba el Actis para alejarlo del anillo y descendía al planeta, Anakin pensó que esa era una de las grandes cosas de R2-D2: la voluntad del pequeño droide de hacer lo que fuera necesario para seguir a su amo por los caminos más difíciles y peligrosos.

Aquí, el primer problema sería *encontrar* siquiera el camino adecuado. Eso no era algo de lo que usualmente tuviera que preocuparse. En el espacio, las flotas separatistas eran grandes y obvias, y en la superficie siempre había suficiente humo y fuego de bláster para marcar los sitios clave con gran claridad. En raras ocasiones, cuando las fuerzas de la República llegaban allí primero, solía haber alguien en el terreno listo para guiarlos a donde estaban por empezar las hostilidades.

Nada de esto era probable en Batuu. Además, el planeta estaba muy subdesarrollado; sus escáneres solo localizaron unos cuantos puestos de avanzada y pequeñas comunidades dedicadas al comercio. El mensaje que Duja había enviado a Padmé especificaba uno de los asentamientos más grandes, el puesto de avanzada Aguja Negra, como su punto de reunión. Si las mujeres no estaban allí, Anakin iría al siguiente puesto hasta encontrarlas.

R2-D2 ya había insertado las coordenadas. Luego de echar un vistazo final a la pantalla de navegación, Anakin dirigió el Actis hacia el horizonte y añadió potencia al impulsor. Hasta que, abruptamente, R2-D2 lanzó una advertencia.

—¿Qué pasa? —preguntó Anakin y frunció el ceño mientras revisaba la pantalla de visualización trasera.

Entonces sintió un hormigueo en la nuca. Allí atrás había una nave del tamaño de un carguero mediano, pero de configuración desconocida. Estaba entrando en órbita justo a un lado del anillo de su hiperdrive.

No había duda sobre cómo debía reaccionar. El anillo era la única manera de salir del sistema. Si el intruso lo robaba (o, peor, lo destruía), Anakin quedaría anclado ahí hasta que pudiera enviar un mensaje a Coruscant. Así que giró con fuerza la palanca de control para que el caza realizara una curva pronunciada y se dirigió de regreso al anillo, no sin antes realizar un rápido giro de 360 grados para asegurarse de que no hubiera otras sorpresas en el área.

Al parecer, él y el intruso estaban solos. Se enderezó, se aseguró de que R2-D2 tuviera los cañones láser cargados y listos, y accionó el intercomunicador.

—Nave desconocida, habla el General Anakin Skywalker de la República Galáctica —gritó—. Identifíquese e indique su objetivo.

Nada. Tal vez no se comunicaban en ninguna de las frecuencias estándar de la República o, lo más probable llegados a este punto, no hablaban el idioma básico galáctico.

Anakin frunció los labios mientras repasaba la lista de idiomas comerciales. Dominaba el huttés y el de los jawas, pero Batuu estaba muy lejos de la influencia de los hutts. ¿Meese caulf? Estaba un poco lejos para eso, pero era lo mejor que tenía.

—Nave no identificada, habla el General Anakin Skywalker, de la República Galáctica. —Se esforzó para enredar la boca en las palabras del meese caulf, con la esperanza de que la estructura gramatical fuera correcta—. Está invadiendo equipo de la República e interfiriendo con una misión de esta. Le ordeno que se retire y se identifique.

—Lo saludo. —Surgió una voz tranquila en el mismo idioma—. ¿Dijo que su nombre era General *Skywalker*?

—Así fue —confirmó Anakin, con el ceño fruncido—. ¿Por qué? ¿Ha oído de mí?

—No, en absoluto —comentó el otro—. Simplemente me sorprendió. Permítame asegurarle que no pretendo causarles daño a usted ni a su equipo. Tan solo deseaba echar un vistazo a este interesante dispositivo.

—Me da gusto oírlo —afirmó Anakin—. Ya ha echado su vistazo. Retírese como ordené.

Hubo una pausa. Luego, sin prisa, la nave se apartó del anillo.

—¿Puedo preguntar qué trae a un enviado de la República a esta parte del espacio? —interrogó el intruso.

—¿Puedo preguntar qué interés tiene en eso? —añadió Anakin a su vez. No fue muy cortés, pero no se sentía particularmente inclinado a serlo. Cada minuto que estuviera atrapado aquí, asegurando que este merodeador se comportara correctamente, era un minuto que no podría dedicar a buscar a Padmé—. Puede seguir su camino cuando lo desee.

—¿Mi camino?

—Seguir su travesía —sugirió Anakin—. Ir al lugar al que iba antes de detenerse a mirar el anillo de mi hiperdrive.

Otro silencio. La nave alienígena, para molestia de Anakin, había detenido su deriva a un costado y ahora se mantenía a unos cien metros del anillo del hiperdrive. Todavía demasiado cerca para sentirse tranquilo.

—Sí, podría seguir mi camino —convino el intruso—. Pero sería más útil para mí ayudarlo en su búsqueda.

R2-D2 lanzó un silbido desconcertado.

—Ya le mencioné que estoy en una misión de la República —insistió Anakin—. No es una búsqueda.

—Sí, recuerdo sus palabras —le aseguró el intruso—. Pero me parece difícil de creer que una República en guerra haya enviado a un solo hombre en un caza solitario a una misión. Me parece más probable que viaje en una búsqueda personal.

—Estoy en una misión —reafirmó Anakin. Esto empezaba a volverse *realmente* irritante—. Ordenada directamente por el propio Canciller Supremo Palpatine. —No era que Palpatine supiera siquiera que Anakin estaba aquí, por supuesto, y mucho menos que respaldara la misión, pero si el extraño había oído de las Guerras de los Clones seguramente había escuchado de Palpatine, y dejar caer el nombre del canciller podría apoyar sus argumentos—. No tengo tiempo para esto.

—Estoy de acuerdo —replicó el otro—. Tal vez sería mejor que simplemente le muestre la ubicación de la nave que busca.

Las manos de Anakin apretaron la palanca.

—Explíquese —ordenó con calma.

—Sé dónde aterrizó la nave nubia —informó el intruso—. Sé que la piloto está perdida.

Anakin apretó los dientes.

—¿De modo que interceptó una transmisión privada?

—Tengo mis propias fuentes de información —explicó el intruso, con una voz todavía tranquila—. Como usted, busco información, sobre ese y otros asuntos. Además, como usted, estoy solo, sin los recursos para investigar con éxito. Tal vez en alianza con un general de la República podamos encontrar las respuestas que ambos buscamos.

—Interesante oferta —comentó Anakin. Ahora, por fin, estaba lo suficientemente cerca. Respiró a fondo y se extendió en la Fuerza.

El intruso no era un ser humano, aunque por supuesto eso ya lo había adivinado. Sin embargo, era humanoide, como muchas otras especies en la República. La textura de su mente no se parecía a nada que Anakin hubiera tocado antes. Era limpia y bien ordenada, los patrones de pensamiento fluían con suavidad y precisión de maneras parecidas a las de los científicos y matemáticos. Pero el contenido de esa corriente, y las emociones acalladas que la acompañaban, eran completamente opacas. Como una matriz limpia y precisa de números poco familiares.

Tampoco estaba solo. Había un segundo ser no humano a bordo.

—¿Dijo que estábamos los dos solos? —continuó Anakin, mientras localizaba la posición probable del hiperdrive de la nave. Si el intruso mentía sobre estar solo, tal vez también mentía sobre otras cosas.

Lo peor era que la razón más probable para que mintiera sobre la nave de Padmé era que de alguna manera estaba implicado en su desaparición. En ese caso, Anakin quería mantenerlo aquí hasta que obtuviera algunas respuestas *verdaderas*.

—Sí —afirmó el intruso—. Además de mi piloto y su droide, por supuesto.

Anakin hizo una pausa, con el dedo en los controles de disparo.

—No mencionó a su piloto.

—Tampoco usted mencionó a su droide —apuntó el intruso—. Como ninguno de los dos se unirá a nuestra investigación, no creí que entraran en la conversación.

—R2 suele acompañarme en las misiones.

—¿De verdad? —expresó el intruso—. Interesante. No estaba al tanto de que las máquinas de navegación sirvieran para otras cosas. ¿Tenemos una alianza?

Anakin miró la nave alienígena con el ceño fruncido. Si el segundo ser realmente era solo un piloto, tal vez esa no había sido una mentira sino una honesta omisión. Incluso ahora, después de años de guerra, había políticos que seguían negándose a aceptar a los clones como auténticos seres humanos. Tal vez, por alguna razón desconocida, esta cultura en particular también consideraba a los pilotos como ciudadanos de segunda clase.

—Entonces, ¿qué respuestas está buscando *usted*?

—Deseo comprender de manera más completa este conflicto en que están metidos —explicó el intruso—. Deseo respuestas de correcto y equivocado, de orden y caos, de fortaleza y debilidad, de objetivo y reacción. —Hubo una ligera pausa y, cuando la voz regresó, manifestaba una nueva formalidad—. Me pidió mi identidad. Ahora estoy preparado para darla. Soy el Comandante Mitth’raw’nuruodo, oficial de la Flota de Defensa contra Expansiones, servidor de la Ascendencia Chiss. En nombre de mi pueblo, le pido su ayuda para aprender sobre esta guerra antes de que extienda sus desastres sobre nuestros mundos.

—Ya veo —replicó Anakin con cautela.

Había rumores muy antiguos de vastas civilizaciones que acechaban más allá de las fronteras del Espacio Salvaje. ¿La Ascendencia Chiss era una de ellas? De ser así, ¿podría persuadírsele para que se uniera al conflicto al lado de la República? Esa sola posibilidad podría hacer que valiera la pena llegar a un acuerdo con Mitth’raw’nuruodo.

—Muy bien —confirmó—. A nombre del Canciller Palpatine y la República Galáctica, acepto su ofrecimiento.

—Excelente —exclamó Mitth’raw’nuruodo—. Tal vez deba empezar por contarme la verdadera historia de su búsqueda.

—Creí que ya la sabía —replicó Anakin, mientras el cuello le hormigueaba de nuevo—. Que sabía de la nave de Padmé.

—¿La nubia? —Hubo una breve pausa, y Anakin de alguna manera tuvo la impresión de que Mitth’raw’nuruodo se encogía de hombros—. El diseño y el sistema de propulsión no se parecían a nada que hubiera visto en esta región. Su nave despliega características similares. Era lógico que un visitante extranjero estuviera buscando al otro.

—¡Ah! —Anakin reflexionó que si había algo que le sobraba a Mitth’raw’nuruodo eran respuestas rápidas y razonables—. Tiene razón, la nave nubia es una de las nuestras. Llevaba a una embajadora de la República que vino aquí a recabar información de un informante. Cuando perdió el contacto con nosotros, se me envió a buscarla.

—Ya veo —dijo Mitth’raw’nuruodo—. ¿Ese informante era confiable?

—Sí.

—¿Está seguro de eso?

—La embajadora lo estaba.

—Entonces, la traición es improbable. ¿El informante se ha puesto en contacto con usted?

—No.

—En ese caso, los escenarios más posibles son accidente o captura —conjeturó Mitth'raw'nuruodo—. Necesitamos viajar a la superficie para determinar cuál fue el caso.

Por fin.

—Allí es a donde me dirigía cuando usted irrumpió aquí —se quejó Anakin—. ¿Dijo que sabía dónde estaba la nave?

—Puedo enviarle la ubicación —afirmó Mitth'raw'nuruodo—. Pero tal vez sea más conveniente que primero venga a bordo. Tengo un transportador para dos pasajeros en el que podemos viajar juntos.

Anakin sonrió ampliamente. En definitiva, le gustaría echar una mirada al interior de la nave de Mitth'raw'nuruodo. Pero todavía no. A menos que confiara mucho más en el chiss.

—Gracias, pero llevaré mi propia nave —aseguró—. Como dije, tal vez necesite a R2 allá abajo.

—Muy bien. —Si Mitth'raw'nuruodo se ofendió por no aceptar su ofrecimiento, no fue evidente en su voz—. Yo lo guiaré.

—Bien —aceptó Anakin. Prefería, en todo caso, tener al chiss enfrente de sus cañones láser—. En cuanto esté listo.

—Haré los preparativos de una vez —indicó Mitth'raw'nuruodo—. Una idea adicional. Los nombres chiss son demasiado difíciles como para que los pronuncien adecuadamente muchas especies. Sugiero que me llame por mi nombre esencial: *Thrawn*.

—Me parece bien, Mitth'raw'nuruodo —convino Anakin. ¿Este ser había dejado de portarse de manera molesta para volverse condescendiente?—. Creo que puedo manejarlo.

—Mitth'raw'nuruodo —pronunció el alienígena.

—Eso es lo que dije —indicó Anakin—. Mitth'raw'nuruodo.

—Se pronuncia *Mitth'raw'nuruodo.*

—Sí. Mitth'raw'nuruodo.

—*Mitth'raw'nuruodo.*

Anakin apretó los dientes. Escuchaba una ligera diferencia entre su pronunciación y la del alienígena, pero no podía descubrir cómo corregir su versión.

—Bien —gruñó—. *Thrawn.*

—Gracias —dijo Mitth'raw'nuruodo (Thrawn)—. Eso facilitará las cosas. Mi transporte está preparado. Partamos.

La nave de Padmé se hallaba estacionada en un pequeño claro de un área boscosa, a treinta kilómetros del puesto de avanzada Aguja Negra. A diferencia de casi todos los claros que Anakin había visto (y a diferencia del que le había servido para aterrizar su Actis, a un kilómetro de distancia), este se hallaba cubierto por ramas que ocultaban cualquier cosa que estuviera estacionada allí; no obstante, se accedía a él mediante un estrecho corredor entre los árboles circundantes que permitía acercarse sin dejar huellas.

La nave no estaba sola. Dos hombres de aspecto rudo y un par de seres de diferentes especies estaban reunidos alrededor de la escotilla, mientras otros cinco seres humanos permanecían sentados en vehículos de carga estacionados en las orillas del claro. Las posturas de los nueve indicaban impaciencia. El grupo que se encontraba junto a la nave trabajaba en la escotilla con sopletes de corte.

Anakin los observaba oculto detrás de un árbol, con el sable de luz apretado ya en la mano. Él y Thrawn habían tenido que aterrizar en lugares diferentes, y Anakin había prometido esperar fuera del claro hasta que el chiss llegara para empezar juntos la investigación.

Eso había sido antes de que Anakin encontrara la nave bajo asalto. Lo más importante era que, aunque no pudiera percibir a Padmé, eso no significaba que no siguiera a bordo, tal vez herida o inconsciente. Y eso cambiaba todo. Una cosa era esperar a su nuevo aliado cuando nada había pasado, otra completamente diferente era esperarlo cuando Padmé podría estar en peligro.

Detrás de él, R2-D2 lanzó un silbido suave e interrogativo.

—No, tú te quedas aquí, R2 —murmuró Anakin—. Si necesito refuerzos, te llamaré. Y esta vez quédate *fuera* de la línea de fuego, ¿te parece?

R2-D2 produjo un silbido que sonó lastimero.

—Dije que no —recalcó Anakin con firmeza. Un mes antes, los técnicos habían pasado tres días regresando al droide a la circulación después de que recibiera el rayo de un superdroide de batalla B2-RP sin más razón que el hecho de que el pequeño astromecánico había querido ver lo que sucedía.

R2-D2 volvió a protestar brevemente y luego se quedó en silencio. Anakin echó un cuidadoso vistazo final al área para asegurarse de que no le esperaran sorpresas y rodeó el árbol para quedar a la vista.

—¡Alto ahí! —gritó.

Todos los ojos giraron hacia él, y los sopletes se apagaron mientras los operadores volteaban hacia el inesperado intruso. Anakin avanzó hacia ellos con la mirada puesta en el grupo de la escotilla y confiando en la Fuerza para que lo alertara de cualquier amenaza de los conductores de los vehículos.

Apenas había dado cinco pasos cuando su visión periférica distinguió que los hombres en los dos vehículos que estaban más alejados entre sí sacaban los blásteres de sus fundas. Dio un paso más, mientras preparaba mente y cuerpo para la conciencia del combate…

«Doble visión: la Fuerza que le mostrará el presente superpuesto con el atisbo de un momento en el futuro, dos rayos de blásteres que vendrán de los conductores en los dos vehículos. El primero impactará en la parte superior del pecho, el segundo en la parte inferior…».

Con un chasquido y un zumbido, su sable de luz cobró vida. Desplazó la hoja azul contra el primer rayo, luego contra el segundo, e hizo una pausa. Quizá durante dos segundos nadie se movió. Luego, como si hubieran recibido una señal, los otros siete sacaron sus blásteres de sus fundas y abrieron fuego.

«Doble visión: rayos de bláster que vendrán al torso, a la cabeza, a los lados… la Fuerza que acelerará su percepción, que hará que el tiempo avance más lento… que moverá sus manos hasta que parezcan un borrón… que ya no desviará los rayos, sino los enviará de regreso a sus puntos de origen…».

Al desviar los rayos hacia el bosque en lugar de rebotarlos directamente a los tiradores, Anakin había dado al primer ataque lo que a Obi-Wan le gustaba llamar una oportunidad de pensarlo mejor. Ahora, siendo nueve contra uno, ya no tenía ese lujo.

«Doble visión: rayos que vendrán al pecho, al pecho, a la cabeza… que controlará con precisión, que enviará de regreso al brazo, a la pierna, al hombro…».

No a matar, solo a herir, inutilizar y disuadir. Si Padmé no estaba aquí, podrían saber dónde se encontraba. Si Padmé *sí* estaba aquí y la habían herido, sus atacantes necesitarán sufrir un poco antes de morir.

«Doble visión: rayos que vendrán a la cabeza, al torso… ataque que vacilará mientras los enemigos heridos hacen un cese al fuego…».

—¡*Kunesu!* —gritó una voz desde algún lado.

Abruptamente, el ataque cesó. Anakin esperó un par de segundos para asegurarse de que la lluvia de disparos no empezaría de nuevo, luego bajó unos centímetros el sable de luz y miró a su alrededor.

De pie en el claro, a unos metros, a una cuarta parte del camino hacia la orilla, estaba un hombre alto y delgado. O más bien, no *exactamente* un hombre. Sus ojos eran rojos y brillantes, la piel azul, el pelo negro azulado. Vestía un uniforme negro estilo militar, con un parche de color vino en un hombro y barras plateadas en el cuello. Tenía algo enfundado en la parte derecha de la cadera: una especie de arma secundaria, con un tubo del tamaño de un sable de luz, delgado, enfundado en el costado izquierdo. Era Thrawn.

Por un largo momento, nadie habló ni se movió, con excepción de los que se estaban retorciendo en silencio en sus transportes, mientras apretaban sus heridas de bláster autoinfligidas. Los ojos de Thrawn recorrieron lentamente a los hombres y las máquinas, luego habló de nuevo en un idioma que Anakin no reconoció.

—¿R2? —Anakin solicitó rápidamente una traducción.

El droide produjo un sonido de negación. De modo que tampoco podía traducir el idioma. No era de sorprender. Brevemente, Anakin deseó que hubiera habido suficiente espacio en la sala del Actis para traer también a C-3PO.

Uno de los hombres de la nave habló. Thrawn respondió. El otro habló de nuevo y esta vez también hizo señas con la mano con la que sostenía el bláster. Anakin volvió a levantar el sable de luz como advertencia, pero el hombre no hizo intento alguno de abrir fuego. Por un minuto, los dos siguieron la conversación en el mismo idioma. Luego Thrawn mencionó algo, el hombre gritó al resto del grupo y todos ellos, con renuencia, enfundaron sus blásteres. Thrawn volteó a ver a Anakin y le hizo una señal para que se acercara. Anakin realizó una revisión final del claro, luego apagó el sable de luz y caminó hacia el chiss.

—General Skywalker, supongo —saludó Thrawn en meese caulf cuando Anakin llegó a su lado.

—Sí —confirmó Anakin—. ¿Qué pasa? ¿Quiénes son?

—Aseguran que son simples comerciantes —comentó Thrawn.

—¿Comerciantes *armados*?

—La mayoría de los viajeros en esta parte del espacio están armados —explicó Thrawn—. Aseguran que esta área de aterrizaje suele estar reservada para su nave y que quedaron consternados al encontrarla ocupada por otra. Cuando sus intentos de comunicarse con los que estaban a bordo fallaron, resolvieron forzar la entrada para prestar cualquier ayuda que la tripulación pudiera necesitar.

—Estoy seguro de ello —afirmó Anakin mientras miraba a los hombres junto a la escotilla. Evidentemente, estaban inconformes con la situación, pero por el momento ninguno de ellos parecía inclinado a seguir el ataque—. ¿Les crees?

—En parte —indicó Thrawn—. Seguramente son contrabandistas, no simples comerciantes. Además, no estoy convencido de que intentaran comunicarse antes de tratar de subir a bordo por la fuerza. Lo que sí creo es que esperaban encontrar un área de descenso despejada y estaban molestos al descubrir que no era así.

Anakin vio las cajas apiladas en los transportes de carga. No había razón para descargar todo eso aquí a menos que planearan cargarlo en otra nave. ¿O en *esta* nave?

—O sabían que la nave de Padmé estaba aquí y planeaban robarla —observó.

—No —respondió Thrawn—. Observa la cantidad de cajas que hay en cada vehículo y lo bajos que parecen esos vehículos en relación con sus campos de elevación. Cada caja es demasiado pesada para que los seres que están aquí las transfieran a mano.

—A menos que tengan montacargas.

—No hay espacio para que haya elevadores de tamaño suficiente a bordo de los vehículos.

Anakin asintió con amargura.

—Lo que significa que los elevadores están a bordo de su nave y, como no hay manera de que sepan si hay algo así a bordo de esta, no tiene caso que trataran de robarla.

—Lo diría con más énfasis —apuntó Thrawn—. Esta tiene el diseño de una nave diplomática o de pasajeros. Es muy improbable que a bordo se encuentre el equipo de carga necesario.

—Ni el espacio de carga suficiente para todo eso —concedió Anakin, con el sabor de la derrota en la boca—. Así que si ellos no le hicieron nada a Padmé, ¿quién lo hizo?

—Una pregunta para la que aún no tenemos respuesta —afirmó Thrawn—. Ni creo que ellos la tengan. ¿Qué deseas hacer con ellos?

Anakin frunció el ceño.

—¿Qué?

—Tú eres general —le recordó Thrawn—; yo, comandante. Estás más arriba en la jerarquía militar.

Anakin lo miró fijamente. ¿El chiss le estaba jugando una broma?

—Pareces experto en las cosas que pasan en esta región —comentó—. También conoces su idioma. —Señaló a los contrabandistas con la barbilla—. Sin mencionar que ellos te conocen a ti o, por lo menos, reconocen el uniforme.

—No me conocen —indicó Thrawn—. Además, dudo que alguna vez hayan visto este uniforme. Pero reconocen que es un uniforme y deducen, por tanto, que soy una persona con autoridad. También es posible que hayan oído de los chiss. —Sonrió ligeramente—. Aunque tal vez solo como mitos.

Anakin pensó en todos los lugares en que había estado, todos los mundos apartados que había visitado mientras cazaba separatistas. Algunas de las personas de aquellos lugares solo tenían recuerdos distantes, si acaso, de los jedi.

—No es necesariamente algo malo —indicó—. Puede ser útil que la gente te subestime.

—Puede ser igualmente útil para ellos sobreestimarte a ti —sugirió Thrawn—. ¿Qué deseas hacer con ellos?

—Diles que se vayan de aquí con todo y su carga —respondió Anakin—. Nosotros moveremos la nave cuando estemos listos. Hasta entonces, que se mantengan lejos.

Thrawn asintió y habló de nuevo. El jefe de los contrabandistas respondió en un tono que manifestaba una evidente protesta, pero asintió e hizo un gesto a su tripulación. Los que aún seguían junto a la nave se dirigieron a los vehículos; algunos empujaron a los conductores heridos al otro lado de los amplios asientos y tomaron los controles. Dos minutos después, Anakin y Thrawn se quedaron solos.

—Supongo que puedes hacer que entremos en la nave —comentó el chiss.

—Eso creo —contestó Anakin mientras miraba la escotilla. Necesitaba revisar si Padmé estaba dentro, pero lo último que quería era dejar que un alienígena recién conocido ingresara en la nave—. Por lo general, abre con un transpondedor, pero también hay un código que puedo teclear. Veré si está dentro mientras echas un vistazo a los alrededores para ver si encuentras pistas.

—Podría ser más útil adentro —ofreció Thrawn—. Mis ojos perciben un espectro ligeramente diferente del tuyo.

—Preferiría que revises afuera —reiteró Anakin con firmeza. Aunque se encontraba muy cerca de la nave, no percibía la presencia de Padmé, lo que significaba que ella no estaba aquí o que se encontraba muerta o críticamente cerca de la muerte. Necesitaba

entrar y descubrir cuál era la verdad y no tenía ánimos para discutir el tema—. Puedes llevarte a R2 para que te ayude —agregó. Volteó hacia el árbol tras el que estaba oculto el droide y elevó la voz—. ¿R2?

Se oyó un silbido de reconocimiento y R2-D2 apareció rodando. Con una ligera explosión de sus impulsores, voló por encima de un tronco caído, volvió a asentarse sobre las ruedas y rodó torpemente por el disparejo terreno hacia ellos.

—Voy adentro —le informó Anakin—. Tú y el Comandante Thrawn van a buscar pistas allá fuera.

Había todo tipo de razones por las que Padmé podía haber cambiado el código en su nave. Por fortuna, no lo había hecho. Un minuto después, Anakin estaba dentro.

Revisó primero los lugares más probables: la cocina, el dormitorio, la cabina de control. Luego, con el sable de luz en la mano y los sentidos alerta por si se presentaban problemas, recorrió metódicamente toda la nave.

Padmé no estaba allí, ni muerta, ni herida ni viva. No había señales de ataque ni indicaciones de que hubiera abandonado la nave de prisa. Las cápsulas de escape aún estaban en su lugar, y no se habían activado ni preparado. El intercomunicador mostraba que se habían enviado dos mensajes, pero no pudo leerlos por la capa superpuesta de cifrado obligatorio.

Su sensación de ansiedad, que se había abatido un poco con el descubrimiento de que su amada esposa no yacía muerta en la nave, estaba creciendo de nuevo cuando finalmente salió. Al parecer, Padmé había dejado la nave por voluntad propia. Pero ¿a dónde había ido?

Thrawn y R2-D2 se dieron vuelta hacia él cuando se les unió al final del claro.

—¿Alguna noticia? —preguntó Thrawn.

Anakin negó con la cabeza.

—No hay nadie adentro. Ni señales de accidente o violencia. Los registros de navegación de la computadora indican que vino aquí directamente desde Coruscant.

—¿Sus naves conservan los datos de los viajes? —inquirió Thrawn, con el ceño fruncido.

—Seguro, si no se borra la computadora de navegación después de llegar —explicó Anakin—. ¿Por qué? ¿Las suyas no hacen eso?

—Usamos un método de navegación diferente —indicó Thrawn—. Sí, por supuesto, ustedes guardarían registros.

—Claro —afirmó Anakin. Qué extraño comentario—. Había también dos mensajes en su buzón de salida, pero están cifrados y no puedo leerlos.

—¿Sus registros de mensajes personales están *cifrados*?

—Es una nave diplomática —le recordó Anakin—. Nada de lo que hace o dice un embajador es realmente personal. Los registros de transmisión se cifran por rutina, en caso de que la nave sea interceptada: no queremos que los separatistas lean nuestros mensajes.

—Sí, los separatistas —murmuró Thrawn—. Los orígenes y la fuerza conductora detrás de las Guerras de los Clones siguen siendo algo opaco para mí.

—No los vamos a analizar ahora —concluyó Anakin con firmeza—. ¿Encontraron algo?

—La nave no sufre ningún daño exterior —reportó Thrawn—. Ni hay indicación de pérdida de combustible, falla de sensores u otros problemas que hubieran forzado un aterrizaje. Además, no hay sangre detectable ni ropa desgarrada. —Señaló el terreno enfrente de ellos—. Mencionaste a un informante. ¿Era local o también estaba viajando a Batuu?

—Es *una* informante —corrigió automáticamente Anakin—. Y sí, ella iba a viajar o había viajado aquí. No estoy seguro.

—¿Tiene detalles de la nave de la informante?

—En realidad no —respondió Anakin—. R2, ¿Padmé mencionó alguna vez el tipo de nave que usan sus doncellas?

Hubo una corta pausa mientras R2-D2 buscaba en sus archivos de datos. Luego, con un trino afirmativo, se inclinó hacia delante y proyectó el holograma de una pequeña nave en el suelo.

—Esa es —señaló Anakin a Thrawn—. Dice que es una Nómada Cuatro, una versión civil de la nave de mensajería militar Seltaya.

—¿Cuál es la escala? —cuestionó Thrawn—. ¿Podría ver la parte de abajo?

—¿R2? —pidió Anakin.

La imagen cambió, y apareció sobre ella una rejilla de escala.

—Sí —murmuró Thrawn—. ¿Ves esas marcas?

Señaló el suelo a sus pies. Anakin decidió que, si entrecerraba los ojos, podía imaginar que veía una amplia depresión allí.

—¿Quieres decir que esa es la marca de un patín de aterrizaje de una Nómada?

—Sí —confirmó Thrawn—. Más aún, ¿ves la hierba dentro de la marca?

—Sí —respondió Anakin. Se parecía al resto de la hierba que los rodeaba—. ¿Y?

—Observa el color más oscuro en las venas del anverso de las hojas —le pidió Thrawn—. Creo que las hojas fueron aplastadas en el aterrizaje de una nave, y solo empezaron a volver a la vida cuando partió.

—¿Alguna idea de cuánto tiempo estuvo aquí la nave?

—No —respondió Thrawn—. Aunque por los patrones de recrecimiento, estimo que la nave se fue hace aproximadamente una semana.

—¿Ahora eres un experto en la vida vegetal de Batuu? —preguntó Anakin, con el ceño fruncido. Eso parecía sospechosamente conveniente.

—Sabía que la nave nubia estuvo en esta área —explicó Thrawn con calma, mientras sacaba una pequeña caja plana de la parte trasera del cinturón—. También sé que la vida vegetal puede ofrecer pistas. Por tanto, cargué todos los detalles disponibles sobre las plantas de esta región en mi grabadora antes de dejar mi nave.

—Ya veo. —Anakin miró el suelo, mientras apretaba con fuerza su mano artificial.

Si Thrawn tenía razón, eso pondría la partida de Duja casi en el momento de la llegada de Padmé. ¿Se habían ido juntas las dos mujeres? Pero ¿por qué no se había puesto en contacto con él? ¿O Padmé lo había intentado y el mensaje simplemente no había llegado a Coruscant? En cualquier caso, ¿por qué Padmé dejó su nave en medio de la nada, en lugar de en un campo de aterrizaje mejor vigilado o incluso en órbita alrededor del planeta? ¿Duja había encontrado evidencia de una amenaza inminente?

—No hay más respuestas aquí —afirmó Thrawn—. El puesto de avanzada nativo más cercano está a unos treinta kilómetros de distancia.

—¿Aguja Negra?

—Sí —respondió Thrawn—. Sugiero que viajemos allí y busquemos información.

—Suena razonable. —Anakin titubeó—. Dices que tu transporte tiene espacio para dos.

—Así es —confirmó Thrawn—. Hay un área de aterrizaje a tres kilómetros al oeste del puesto de avanzada. Aterrizaré allí y podemos tomar un vehículo de superficie para el resto del camino.

—Muy bien —Anakin miró a R2-D2—. Regresa a la nave —le ordenó—. Tenla lista para volar si necesitamos refuerzos. —Volvió a mirar a Thrawn—. Vamos, comandante.

CAPÍTULO 3

Finalmente, justo tres horas después de la hora estimada en un principio por Faro, el *Chimaera* llegó a Batuu.

Ella sabía que el Gran Almirante Thrawn reconocería que la demora se había debido a factores desconocidos y a las incertidumbres generales de viajar por un territorio inadecuadamente cartografiado. Sospechaba que Lord Vader culparía a su incompetencia o a la su tripulación. Ambas evaluaciones le preocupaban.

—Supongo que tiene un plan, mi señor —adivinó Thrawn cuando Vader se les unió en la pasarela de mando.

El Señor Oscuro observó a lo lejos a través del ventanal durante un momento. Tal vez pensando o haciendo una de esas cosas de la Fuerza en las que Faro nunca había creído y en las que evidentemente nunca había confiado, y menos aquí. Thrawn había ordenado que el *Chimaera* saliera de la velocidad de la luz a una distancia considerable del planeta y, como resultado, Batuu era apenas un punto visible que brillaba bajo la luz de un sol aún más distante.

Mentalmente, Faro movió la cabeza de un lado a otro. Vader podría hablar todo lo que quisiera de cómo el Emperador percibía cosas desde Coruscant, pero no estaba convencida de nada de eso. En su opinión, era retórica exagerada que ocultaba fuentes de información privada o simples deducciones.

—La perturbación que buscamos está en la superficie —afirmó Vader—. Comodoro Faro, prepare todo para ponernos en órbita.

Thrawn movió la mano a un lado, para demorar sutilmente la orden.

—Si me permite una sugerencia, mi señor —intervino—. Tal vez haya seres hostiles allí abajo. En ese caso, la llegada de un destructor estelar sería contraproducente.

—Les mostrará el poder del Imperio. —La voz de Vader retumbó.

—También los puede llevar bajo la superficie —señaló Thrawn.

—¿Teme a los esfuerzos que serían necesarios para sacarlos?

—Debo indicar que el esfuerzo puede consumir tiempo —indicó Thrawn—. Nuestras órdenes fueron proceder a la debida velocidad. —Señaló el planeta—. Además, suele ser aconsejable encubrir las propias capacidades ante los posibles enemigos.

Por un largo momento, los dos quedaron enfrentados en silencio. La expresión de Thrawn era tranquila y respetuosa; la de Vader, como siempre, invisible detrás de su máscara.

—¿Qué sugiere, entonces? —inquirió finalmente el Señor Oscuro.

—Que usted y yo vayamos solos —propuso Thrawn—. Tengo un pequeño carguero que nos dará anonimato. Podemos aterrizar…

—*¿Anonimato?* —lo interrumpió Vader con burla—. ¿De verdad cree que puedo viajar a cualquier lugar del Imperio sin que me reconozcan?

—A cualquier lugar del Imperio, no —concedió Thrawn, con expresión aún tranquila—. Pero esta orilla del Borde Exterior solo es imperial de nombre. Hay muchas posibilidades de que pase desapercibido entre la gente de allá abajo.

Por otro momento aún más largo, hubo silencio. Faro contuvo el aliento, consciente de que el Comandante Kimmund había entrado al puente y se dirigía hacia ellos, con su armadura blanca en brillante contraste con los tonos más oscuros de los uniformes de la armada que lo rodeaba. Vader había mostrado ampliamente su desdén por Thrawn durante todo el viaje, y hacía referencia al fracaso en el Atollon siempre que podía.

En realidad, entre los compañeros oficiales de Faro se especulaba en silencio que en algún momento Vader se haría del mando del *Chimaera*, sin importar lo que estableciera el protocolo naval. En caso de que eso llegara a suceder, tener a Kimmund en el puente evidentemente facilitaría la toma de poder.

¿Para eso estaba Kimmund allí? ¿Era este el momento en que iba a suceder? Para alivio de Faro, Vader simplemente inclinó la cabeza.

—Muy bien —aceptó—. Comodoro Faro, prepare el carguero del Almirante Thrawn.

—En seguida, mi señor —respondió Faro, conteniendo el miedo y el alivio, y sacó su intercomunicador. La Teniente Mayor Xoxtin se había mostrado supersusceptible desde que las dos habían entablado una pequeña conversación, y en general se evitarían muchos problemas si la comodoro daba la orden directamente.

Al menos, la tensión entre Thrawn y Vader había disminuido. Por el momento.

—¿Comandante Kimmund? —gritó Vader.

—¿Mi señor? —respondió Kimmund con energía, dio un último paso para quedar al lado de Vader y se puso en posición de firmes.

—Vaya a la cubierta del hangar y supervise la preparación del transporte del Almirante Thrawn —ordenó Vader.

—Sí, mi señor —confirmó Kimmund—. ¿De qué tamaño desea que sea el grupo que los acompañe?

Una vez más, el casco negro se dio vuelta hacia Thrawn y la cara invisible que estaba detrás de él pareció medirlo.

—De ninguno —indicó Vader—. El almirante y yo iremos solos.

—¿Solos? —Una voz grave surgió detrás de Faro.

A pesar de sus mejores esfuerzos, Faro se sobresaltó. Maldito Rukh, en todo caso. Thrawn ya le había dado libertad de movimientos en la nave, ¿por qué insistía en usar ese maldito dispositivo de invisibilidad?

—Solos —confirmó Thrawn, sin reaccionar en absoluto ante la súbita aparición de Rukh. Tal vez los ojos del chiss podían penetrar el disfraz mejor que los de los seres humanos. O tal vez Rukh estaba aquí porque Kimmund también lo estaba. Tal vez Thrawn había ordenado al noghri que siguiera al comandante de la Primera Legión.

Faro había oído que Kimmund defendía abiertamente que el noghri iba a quemar el dispositivo personal de encubrimiento por el uso excesivo que hacía de él. Faro empezaba a estar de acuerdo con eso.

—¿No cree que su amo y yo podamos viajar a un poblado primitivo sin protección? —Vader exigió una respuesta. Tampoco él había reaccionado ante la repentina aparición de Rukh.

Rukh gruñó algo en su idioma natal.

—Ante situaciones desconocidas es cuando el gran almirante más me necesita.

—Iremos solos —insistió Thrawn, con tono que dejó en claro que la discusión había terminado—. Si lo desea, puede acompañar al Comandante Kimmund a la bahía del hangar para observar los preparativos.

Rukh volteó a ver a Kimmund, a quien probablemente no le importaba.

—Así se hará, gran almirante —aseguró el noghri—. Observaré *muy* de cerca.

—Entonces, con su permiso, mi señor —intervino Thrawn—. Iré a mi cabina a prepararme.

—Lo esperaré en el hangar. —Vader hizo un gesto hacia él—. Confío en que no vestirá su uniforme.

—Esa es, en realidad, la preparación de la que hablaba —confirmó Thrawn—. Aunque los locales no reconocieran el uniforme de un gran almirante imperial, reconocerían, no obstante, que se trata de un uniforme.

—Muy bien. No se tarde.

—Lo haré de prisa —prometió Thrawn. Se dio vuelta hacia Faro—. Mientras estamos fuera, preparará el *Chimaera* para mantenerse en la oscuridad y actuar furtivamente —ordenó—. Vigile con atención, solo con sensores pasivos.

—Sí, almirante —respondió Faro.

Con una mirada final a Rukh, Thrawn se dio vuelta y recorrió de regreso la pasarela de mando. Kimmund esperó a que pasara, luego también se dio vuelta y siguió al almirante a dos pasos de distancia. Rukh pasó junto a Faro, vio a Vader como si lo midiera al pasar y empezó a seguir al stormtrooper.

—¿Rukh? —gritó Faro.

El noghri se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Comodoro?

—Quiero que vigile muy de cerca el trabajo de preparación del carguero —ordenó Faro—. Asegúrese de que la Teniente Xoxtin *sepa* que está vigilando.

Una maliciosa sonrisa cruzó brevemente por el rostro rugoso de Rukh.

—Lo sabrá, comodoro —prometió—. Con toda seguridad.

El carguero era de un tipo que Vader no había visto antes. Sin embargo, los controles estaban en los lugares apropiados y la conducción era bastante suave. Se trataba de la

nave de Thrawn, y el protocolo estándar indicaba que el almirante debía volarla. Vader no se preocupó en preguntar antes de tomar el asiento del piloto. Thrawn, por su parte, tuvo el buen tino de no discutir el asunto.

Mientras llevaba el carguero hacia el campo de aterrizaje enclavado en el bosque, a tres kilómetros al oeste del asentamiento, Vader observó que Aguja Negra no había cambiado mucho desde la última vez que «el jedi» había estado aquí. El puesto comercial con la cantina anexa dominaba el centro del poblado, presionado contra los límites de las ruinas de una antigua civilización que alguna vez se había asentado ahí. Algunas de las casas y los negocios se habían construido en esas ruinas, aunque la mayor parte eran edificios independientes. Los restos petrificados de los gigantescos árboles negros que daban su nombre al puesto de avanzada se elevaban por encima de todo, misteriosos y amenazantes. La casa que estaba directamente debajo del puesto comercial, donde vivía el propietario, destacaba del resto por la evidencia de dinero real.

—Esas son nuevas —murmuró Thrawn.

—¿Qué? —preguntó Vader.

—Esas casas. —Thrawn señaló un área boscosa en la zona este del punto de avanzada, el lado opuesto al campo de aterrizaje, a unos tres kilómetros de la orilla del poblado—. No estaban allí la última vez.

Vader estudió las casas. Eran tres, más grandes y mejor construidas que las del pueblo, cercadas por los bosques circundantes. Cada una estaba rodeada por un pequeño anillo ajardinado que, en algunos de los mundos-ciudades más prestigiosos de la galaxia, sería evidencia de la riqueza o el tiempo libre del propietario. Sin embargo, aquí en el Borde Exterior un jardín podía ser simplemente el frugal intento de una persona por estirar unas finanzas irregulares cultivando sus propios alimentos.

—Me pregunto por qué eligieron construir entre los árboles si alrededor del puesto de avanzada hay otros terrenos que se pueden limpiar más fácilmente —continuó el chiss.

—¿Importa? —cuestionó Vader.

Hasta ahora no había percibido la perturbación en la Fuerza de la que el Emperador había hablado. ¿Significaba eso que, fuera lo que fuera, se había ido de Batuu? Esperaba que no. Cada minuto que permaneciera ahí era un minuto en que los rebeldes tenían libertad para planear, preparar y atacar.

—Sospecho que buscan ocultar algo —dijo Thrawn—. ¿Ve las adiciones a ese árbol de piedra?

Vader desplazó su atención a los restos de un árbol petrificado que Thrawn le señalaba en la pantalla de visualización. A primera vista, se parecía a todos los demás, pero cuando apareció una capa superpuesta de escáner, vio unos complejos dispositivos electrónicos que estaban entretejidos de manera invisible en la corteza de piedra y a lo largo de las ramas.

—Creo que es parte de una tríada de comunicaciones —continuó Thrawn—. Se trata de un sistema para enviar señales a largas distancia a través de las Regiones Desconocidas.

Vader se quedó viendo la pantalla de visualización movido por el interés, a pesar de sí mismo. Aunque era poco probable que incidiera directamente en la búsqueda, le trajo ecos de los recuerdos de «el jedi» cuando estuvo ahí.

—El término *tríada* sugiere que hay otros dos postes.

—En efecto —dijo Thrawn—. La posición probable del primero es en una de las casas nuevas.

Vader miró la pantalla de visualización principal. Si se suponía que los postes de la tríada formaban un triángulo equilátero…

—La nave en el extremo del área de aterrizaje sería el otro —indicó—. Pintura gris deslavada y un tren de aterrizaje roto.

—Una ruina abandonada que evidentemente no es útil para nadie —continuó Thrawn—. Un escondite perfecto.

Vader vio los otros seis cargueros ligeros que se amontonaban en el reducido espacio.

—Para ser un planeta que supuestamente alberga pocos visitantes, hay una cantidad inusual de naves en espera.

—Estoy de acuerdo —convino Thrawn—. Interesante. Por desgracia, no nos dejan espacio.

Vader frunció los labios. Solo había dos lugares disponibles, uno en el puesto de avanzada, en el extremo del campo, y otro junto a la nave en ruinas. Ambos eran estrechos para una nave del tamaño de la suya, pero podía hacerlo.

—Puedo aterrizar allí —afirmó.

—El espacio es insuficiente —insistió Thrawn.

—El espacio es suficiente para un piloto con la habilidad suficiente.

Por un momento, Thrawn permaneció en silencio. Vader podía percibir el flujo de sus pensamientos y emociones, una mezcla ordenada de lo que parecía cálculo y precaución. Podía haber también cierta molestia, pero la mente del chiss todavía estaba cerrada de forma exasperante para la comprensión de Vader.

—¿Está seguro de que puede aterrizar sin percances?

Como respuesta, Vader giró la nariz del carguero hacia el área de aterrizaje. Cuanto antes exploraran el puesto de avanzada y encontraran la fuente de la perturbación del Emperador, antes podrían irse de este lugar.

—¿Qué hay de nuestro objetivo? —inquirió Thrawn—. ¿Ha logrado reunir información adicional?

Vader miró por el ventanal. Para ser alguien sin sensibilidad a la Fuerza, Thrawn tenía un sentido desconcertante para leer y anticipar los pensamientos de la gente.

—Nada de importancia —respondió—. La perturbación se siente distante, pero de alguna manera también cercana, a la mano.

—¿Cómo si tratara de encubrirse?

—Tal vez —aventuró Vader, mientras se extendía en la Fuerza de nueva cuenta. La perturbación… allí estaba. Pero era intermitente, como si apenas existiera. La idea de que

el Emperador percibiera algo tan débil desde Coruscant rozaba lo increíble. Pero, de alguna manera, lo había percibido.

—Pronto lo sabremos —aseguró Thrawn—. Tal vez una investigación más detenida revele la verdad.

—Creemos que salieron de la velocidad de la luz hace unos quince minutos —indicó la Oficial de Sensores Hammerly, mientras señalaba la capa superpuesta que había enviado a la pantalla de visualización táctica del *Chimaera*—. Fue hasta que dieron vuelta hacia Batuu que pudimos captar las emisiones de su impulsor en los sensores pasivos.

Faro miró la pantalla mientras se acariciaba un labio con suavidad. Para ser un sistema que se supone que no tenía mucho tráfico, evidentemente Batuu parecía popular. Si se contaban las seis naves en la superficie que el Almirante Thrawn había mencionado en la transmisión de haz estrecho, este nuevo grupo de cuatro elevaba la suma a diez.

—Tal vez tienen una fiesta allá abajo —aventuró—. ¿Qué más puede decir de los recién llegados?

—No mucho —admitió Hammerly—. No podemos obtener configuración ni marcas distintivas a esta distancia, no con sensores pasivos. Si están ejecutando señales de identificación, son demasiado débiles para captarlas entre el ruido.

Faro observó las pantallas de visualización de los sensores y encontró la línea que indicaba la medida de radiación electromagnética de fondo. No era anormalmente alta para una estrella de esa magnitud y espectro; el *Chimaera* estaba demasiado lejos.

—¿Creó un perfil de emisión/aceleración?

—Sí, señora —confirmó Hammerly—. La lectura es de pequeños cargueros. Claro que también pueden ser pequeñas naves de guerra que funcionan a baja potencia. Están volando en formación suelta, de modo que definitivamente viajan juntas. Hasta donde podemos saber por su vector actual, se dirigen a la misma área donde aterrizaron el Almirante Thrawn y Lord Vader.

Faro asintió. Antes de que Thrawn y Vader se fueran, el almirante había dejado en claro que Faro no se debía comunicar a menos que hubiera una emergencia extrema, puesto que una transmisión traicionaría la presencia del *Chimaera* ante cualquiera que estuviera escuchando. Si estas naves solo pertenecían a más comerciantes que se unían al evento de ventas que el almirante había sugerido que podría estar desarrollándose, difícilmente calificaba como una emergencia. Pero si eran naves de guerra…

—¡Contacto! —gritó de pronto el oficial en la estación de sensores secundaria—. Justo adelante; distancia: cuatrocientos mil kilómetros. Dos naves.

—Estoy en eso —confirmó Hammerly con frialdad mientras se daba vuelta para regresar a su tablero—. Dos naves: tamaño similar; cargueros pesados de largo alcance, por lo menos, que se encaminan directamente a Batuu.

—¿De dónde vienen? —preguntó Faro. Era muy pronto para identificar el vector de las naves, pero como todos parecían terminar en Aguja Negra, resultaba razonable suponer que los recién llegados también irían allí.

—Parece que directo sobre nuestro hombro —indicó Hammerly—. Del hipercarril por el que llegamos, supongo.

—Solo que tienen más prisa por llegar al planeta que nosotros —comentó Faro—. Permaneció en el hiperespacio un poco más y salió en este sitio en lugar de hacerlo aquí atrás.

—Sí, señora. —Hammerly le lanzó una mirada furtiva—. ¿Órdenes, comodoro?

Traducción: ¿Faro iba a decidir que esto calificaba como una emergencia y tomaría el riesgo de ponerse en contacto con el almirante?

Faro volvió a mirar la pantalla de visualización táctica. El aterrizaje de las cuatro naves pequeñas se estimaba que ocurriría en veinte minutos, suponiendo que se dirigieran a Aguja Negra. Según el perfil de aceleración de los recién llegados de mayor tamaño y, una vez más, suponiendo que se reunieran en el planeta, llegarían quince minutos después del cuarteto original. O tal vez no. Ahora había indicaciones de que los cargueros más grandes se estaban separando: uno se dirigía a órbita mientras el otro iba a la superficie.

¿Pudo haber cambiado su trayectoria porque el carguero de Thrawn se encontraba ya en el lugar en que planeaban descender? En ese caso, ¿alguien allá abajo estaría tan molesto que empezaría a disparar?

Faro tomó una decisión. El Gran Almirante Thrawn era un apasionado de la información, y justo ahora la que le podía ofrecer no tenía mucho valor. Además, Vader estaba allá abajo con él. ¿Qué podría pasar que los dos juntos no fueran capaces de manejar?

—Tienen diez minutos para exprimir todo lo que puedan de esos sensores —advirtió a Hammerly—. Una vez que veamos lo que obtienen, partiremos de ahí.

El corredor que unía el campo de aterrizaje y Aguja Negra era burdo y estaba rodeado por pequeños árboles y arbustos que evidenciaban un continuo intento del bosque por reclamar la tierra.

«La falta de un borde preciso sugiere que el cuidado inicial ha disminuido en los últimos meses. En el aire abunda el recuerdo, está lleno de los aromas de plantas exóticas y los sonidos de aves distantes. Tres metros adelante y un metro a la derecha, Vader se encorva sobre el frente de su motospeeder, mientras su larga capa se ondula rítmicamente con el paso del viento. Su postura corporal tal vez manifiesta tensión, o ira. Aguja Negra surge a la vista. Vader levanta una mano para indicar un alto».

Thrawn disminuyó la velocidad de su motospeeder y se detuvo junto a Vader.

—¿Tiene un plan para acercarnos? —preguntó Vader. «Su mano izquierda cae del manubrio de control de la motospeeder a su costado, cerca del sable de luz».

—Empezaremos en la cantina —dijo Thrawn—. Tal vez el cantinero me recuerde.

«La mano de Vader se acerca unos centímetros más al sable de luz. La espalda se pone ligeramente rígida».

—Ya veremos —replica. «Se inclina hacia delante y de nuevo toma los manubrios de control. Su muñeca gira y la moto avanza».

Mientras Thrawn y Vader viajaban a velocidad reducida por los sinuosos caminos del puesto de avanzada, la cantidad de residentes en las calles de Aguja Negra resultó sorprendentemente grande. Tal vez era por la hora: el sol estaba cerca del cenit, y para muchos residentes esta sería la hora de la comida, las reuniones de negocios o la conversación en general. Cuatro especies estaban representadas: seres humanos, darshis, shistavanenes y jablogianos.

«El casco de Vader se mueve unos cuantos grados adelante y atrás mientras se acercan a la cantina. Al parecer, su visión permanece en cada darshi junto al que pasa».

—¿No está familiarizado con los darshis? —preguntó Thrawn.

—No —respondió Vader—. ¿Son de las Regiones Desconocidas?

—Creo que son fronterizos —comentó Thrawn—. Conozco poco de ellos, aparte de su aspecto básico. Viajan por el Espacio Salvaje y las Regiones Desconocidas.

—Creía que el viaje por las Regiones Desconocidas era difícil.

—En efecto —afirmó Thrawn—. Hay pocos hipercarriles y no son fáciles de recorrer, pero los saltos entre sistemas son posibles si un viajero tiene el tiempo suficiente y se contenta con recorrer distancias limitadas.

—¿Y si uno *no* se contenta con distancias limitadas?

—Necesitaría estudiar cuidadosamente la frontera —contestó Thrawn—. Hace milenios, un conjunto de explosiones en cadena de supernovas en toda esta región particular lanzó masas del tamaño de planetas y lunas a gran velocidad a través de las estrellas. Los movimientos de esas masas alteran continuamente los hipercarriles, modificando las rutas de maneras que resulta difícil calcular. Otros fenómenos en otras partes de la frontera crearon barreras similares. Los hipercarriles que permanecen básicamente intactos están llenos de otros peligros.

—¿Los darshis son uno de esos peligros?

—Los chiss no han estudiado a fondo su cultura —explicó Thrawn—. Por lo general, no se cree que se muestren violentos con los extraños.

—Pero están conformados para la violencia —replicó Vader—. Sus largas extremidades con garras son ideales para el ataque. Sus cabezas y cuerpos estrechos son igualmente excelentes para la defensa.

—Estoy de acuerdo —comentó Thrawn—. Solo puedo afirmar de nuevo que las historias no los pintan como violentos.

«Vader gira la cabeza mientras pasa junto a otro darshi y lo sigue mirando hasta que se pierde de vista».

—Las historias no siempre son exactas —afirmó—. También veo que cada uno lleva un cuchillo largo al costado.

—En efecto —aceptó Thrawn—. Por la excesiva ornamentación de la funda, supongo que las armas son principalmente ceremoniales.

—Siguen siendo armas —concluyó Vader—. Si no contra extraños, entonces tal vez contra los de su propia especie.

—No suele ser así con las armas ceremoniales.

Cuando llegaron, había otras tres motospeeders y dos speeders de superficie enfrente de la cantina. Otros residentes de Aguja Negra se reunían en el edificio, al que llegaban a pie. Thrawn y Vader estacionaron sus motos junto a las otras y desmontaron.

—Tal vez llegamos a una hora… inconveniente —comentó Vader.

—Tal vez —replicó Thrawn—. Sin embargo, un grupo grande también aumenta las probabilidades de que uno o más de los responsables de la perturbación del Emperador estén presentes. Su reacción ante nuestra llegada puede resultar útil.

—Tal vez —dijo Vader—. Yo observaré. Usted hablará.

«La puerta es alta y ancha, está diseñada para dar paso a seres grandes o a cápsulas de carga. La textura es sutilmente diferente del resto del edificio y parece más nueva. Con la mano izquierda, Vader empuja una puerta para abrirla, lo que deja libre la derecha. Entra a zancadas y da un largo paso a un lado, dejando despejada la entrada detrás de él. El interior tiene una iluminación tenue, casi todas las ventanas están cerradas y cubiertas, y solo algunos huecos permiten el paso de la luz».

La cantina estaba muy concurrida y casi dos terceras partes de sus mesas se hallaban ocupadas. La mayoría de los clientes voltearon hacia la puerta cuando entró Vader, y ahora examinaban a los recién llegados. Con tantas caras, sería imposible observar por completo las reacciones iniciales de todos ellos. Por fortuna, solo un grupo era verdaderamente importante.

«Dos mesas adyacentes están ocupadas por cinco darshis cada una. Cuatro de los diez muestran ojos agrandados. Seis muestran ojos agrandados y columnas repentinamente rígidas. Uno agarra el brazo de un segundo. Un tercero se inclina para acercarse a un cuarto y murmura algo inaudible. Aun así, es imposible discernir si están reaccionando ante Vader o ante la aparición inesperada de un chiss».

Thrawn pasó junto a Vader al ir hacia la barra y el ser humano grande que trabajaba detrás de ella. «Los clientes a lo largo de la ruta, ninguno de ellos darshi, vuelven a ocuparse de sus platos y vasos, y su atención inicial se desvanece. El cantinero termina de preparar una bebida y levanta la vista hacia los recién llegados. Su expresión manifiesta confusión y un atisbo de recuerdo recuperado».

—Buenos días —lo saludó Thrawn—. Tal vez me recuerdes.

«Los ojos del cantinero se ensanchan. Su expresión manifiesta un súbito reconocimiento. Los labios se curvan hacia abajo, los ojos y la expresión evidencian recuerdos poco placenteros».

—Claro —confirmó. «Su mirada cambia de enfoque cuando Vader avanza»—. El otro, el de antes. ¿Está contigo?

—No —respondió Thrawn—. Me dijeron que murió hace algunos años. Las fortunas de la guerra.

—Bien —dijo el cantinero. «Su mirada se desplaza a Vader de nuevo. Su expresión manifiesta hostilidad»—. ¿Este es tu guardaespaldas ahora?

«Visible en el barandal curvo de metal de la barra, la postura corporal de Vader se pone rígida».

—Es un compañero de viaje, no un guardaespaldas —explicó Thrawn—. ¿Cómo te llamas?

«La expresión del cantinero cambia, y ahora evidencia cautela».

—Soy Nodlia. ¿Has venido de nuevo a enfrentar la supuesta opresión?

—¿Desean mi ayuda? —preguntó Thrawn.

—¿Tengo opción?

—Tal vez —respondió Thrawn—. ¿Hablas de opresión?

«Nodlia duda. Baja la voz y se inclina unos centímetros para acercarse por encima de la barra».

—Los recién llegados a Batuu —informó—. Los caradelgada.

—¿Los darshis?

—Si así se llaman. No hablan mucho conmigo. Solo sé que desde su llegada Batuu no es el mismo.

—¿Cuándo fue eso?

—El primer grupo llegó hace ciento setenta y cuatro días —contestó Nodlia—. Dijeron que estaban en una peregrinación, que su viaje requeriría que se quedaran en Batuu por un tiempo. Construyeron sus propias casas al este, y pasaron tres días en los bosques del norte en meditación grupal. A veces llenan nuestro campo espacial con sus naves, que vienen y van de lugares distantes con encargos desconocidos.

—Eso no suena a opresión —comentó Thrawn.

—Alejaron a algunos de los comerciantes que solían venir aquí —explicó Nodlia—. Otras naves se vieron desalentadas por la falta de lugares donde aterrizar en los momentos en que llenaban el campo espacial. Algunos de esos comerciantes se fueron a otro lugar de Batuu. Otros abandonaron por completo nuestro mundo. A nuestra gente se le prohibió aventurarse cerca de las casas de los caradelgada, que toman la mejor comida y los mejores recursos para sí mismos.

—¿No los pagan?

«Nodlia titubea. Su expresión manifiesta vergüenza».

—Sí, pagan las tarifas. Las tarifas y los precios apropiados. Tal vez hasta un poco más. Bastante más, la verdad sea dicha, para tranquilizar a la mayoría de quienes están insatisfechos con su otra interferencia.

«Se inclina aún más, su mirada se desplaza hacia los darshis que están en las dos mesas».

—Pero no me engañaron. Yo recuerdo… Ya sabes de qué hablo. Se percibe lo mismo en los caradelgada. Y entonces, hace dieciocho días, llegó un nuevo grupo. —«Hace una pausa. Su expresión evidencia un horror callado»—. Vinieron con diez ataúdes.

Un dedo con armadura tocó el brazo de Thrawn.

—Se preparan para el combate —informó Vader en voz baja.

«La expresión de Nodlia manifiesta un súbito temor. Da tres pasos a lo largo de la barra para alejarse. Su postura corporal evidencia su deseo de alejarse del inminente ataque».

—¿En cuánto tiempo? —quiso saber Thrawn.

—Se están pasando armas entre ellos —explicó Vader—. No sus cuchillos, sino bastones de combate. Los recién armados están abriéndose paso en ambas direcciones, sin duda para tratar de rodearnos y lanzar un ataque coordinado.

Se escuchó una señal en el intercomunicador del cinturón de Thrawn.

—Tal vez más coordinados de lo que piensa. —Sacó el intercomunicador y lo encendió—. Hable.

—Nave grande, carguero pesado o pequeña nave de guerra se dirige a su posición. —«La voz de Faro manifiesta tensión y determinación»—. Segunda nave, junto con cuatro más pequeñas, permanecen en órbita. ¿Órdenes?

—No puede permitírseles escapar —afirmó Vader—. Ordene al *Chimaera* que ataque.

—Sería imprudente revelar la presencia del *Chimaera* y la potencia de su armas en este momento —explicó Thrawn—. Veamos primero si los supervivientes del ataque inminente nos proporcionan la información que necesitamos.

—Es poco probable que conozcan la capacidad de combate en el espacio de las naves que llegan —lo contradijo Vader.

—El *Chimaera* sigue reuniendo esa información.

—A esa distancia, los datos serán insuficientes —retumbó la voz de Vader—. He ordenado al Comandante Kimmund que los intercepte, examine y entable un combate con ellos si es necesario.

—Yo estoy al mando, Lord Vader.

—Usted manda en el *Chimaera* —afirmó Vader. «Su voz y postura son rígidas. La mano descansa cerca del sable de luz»—. Yo mando a la Primera Legión. Usted dará instrucciones a Faro para que los libere con el objetivo de atacar.

—Muy bien —aceptó Thrawn—. Comodoro, permita que el Comandante Kimmund y sus hombres partan. Dejo el *Chimaera* bajo su mando. Puede actuar a discreción.

—Entendido, almirante.

Regresó el intercomunicador a su cinturón.

—La ruta del guerrero se extiende ante nosotros —afirmó—. Sigamos su guía.

CAPÍTULO 4

—La ruta del guerrero se extiende ante nosotros —afirmó Thrawn, mientras señalaba con la barbilla, a través del parabrisas, a la cantina que se erigía delante de ellos—. Veamos a dónde nos lleva.

Anakin reprimió un suspiro. Si un trooper recurría a un lema, un aforismo o un grito de guerra, su experiencia personal indicaba que la mayoría de quienes los recitaban continuamente no eran muy buenos en su trabajo una vez que empezaban los disparos.

Los jedi eran la excepción a esa regla, por supuesto. La mayoría de los que Anakin había conocido eran capaces de sacar a relucir un aforismo para casi cualquier ocasión; a pesar de eso, eran buenos para el combate. Tal vez el chiss era igual que los jedi en ese aspecto, pero lo dudaba.

De igual manera, la propia cantina parecía poco prometedora. Era grande pero vieja, rozando lo decrépito, algo que nunca había sido impresionante del todo para empezar y que había ido en decadencia desde entonces. Las ventanas estaban cerradas, y la puerta llena de cicatrices y descolorida por el tiempo.

La gente que iba y venía por las calles también parecía cicatrizada y descolorida, igual que todo el puesto de avanzada. Las ruinas junto a las que se había construido Aguja Negra, que también se levantaba sobre ellas en algunos puntos, parecían muy antiguas, como perdidas en el tiempo, y daban la misma sensación que combinaba intriga, desesperación y crueldad que había visto en demasiados asentamientos similares. En este tipo de entorno, no había forma de saber en qué clase de problema se había metido Duja. Pero ¿qué tan grave era el problema como para persuadirla de arrastrar a Padmé hasta aquí?

—¿Los ves? —preguntó Thrawn.

Anakin miró a su alrededor, a la gente que arrastraba los pies en las calles polvorientas.

—¿Si veo a quiénes?

—Dos seres a nuestra izquierda y tres a nuestra derecha —respondió Thrawn—. Han empezado a dirigirse lentamente hacia nosotros.

—Cierto —confirmó Anakin, mientras resistía el impulso de mirar. Las emboscadas eran siempre más fáciles de resistir cuando los atacantes no sabían que los habían detectado—. ¿Crees que nuestros contrabandistas todavía estén molestos con nosotros?

—Estos no son los que trataron de entrar en la nave de la embajadora —apuntó Thrawn—. En realidad, si permanecieron en vehículos de superficie, lo más probable es que sigan atravesando el bosque. Evidentemente, pudieron enviar señales.

—Bueno, si creen que apartándonos del camino podrán regresar y mover la nave, van a terminar decepcionados —dijo Anakin sombríamente—. Aseguré el sistema de la nave antes de irnos, para que no lo puedan recuperar. Sin el código, nunca la harán volar.

—Tal vez ya lo investigaron y lo saben —conjeturó Thrawn mientras se detenía junto a la cantina—. Quizás estos cinco están esperando extraerte el código.

Anakin se encogió de hombros mientras ponía una mano en el parabrisas y saltaba sobre el costado del speeder de superficie.

—Como dije, van a quedar decepcionados.

El interior de la cantina era tan deprimente como el exterior. Apenas había un puñado de clientes sentados en varias mesas; unos cuantos charlaban juntos en voz baja, pero la mayoría estaban sentados observando sus bebidas en soledad. El cantinero se encontraba de pie detrás de una barra de madera circular; miraba con aburrimiento a los clientes mientras limpiaba con aire ausente un pequeño tarro de obsidiana, de una fila de tarros similares que estaban alineados enfrente de él. Detrás, la pared estaba cubierta con una maraña de tubos, filtros, bebederos y otros dispositivos menos identificables. Por un instante, Anakin se preguntó si el lugar sería más feliz, o al menos tendría más ocupantes, a la hora de las comidas. Apartó la idea. Estaban aquí en busca de información, no de compañía.

El cantinero desplazó la mirada a la puerta cuando entraron los dos recién llegados, y sus ojos los siguieron mientras se abrían paso entre el laberinto de mesas.

—Buenas tardes, visitantes —saludó en el idioma básico con mucho acento cuando llegaron a la barra—. ¿Qué bebidas prefieren?

—Preferimos un gran trago de información —respondió Thrawn en meese caulf.

Un destello cruzó el rostro del cantinero, como si mentalmente estuviera cambiando de velocidades.

—Información, dicen —replicó en el mismo idioma.

—Sí —confirmó Thrawn—. Estamos preparados para pagarla —añadió, y colocó una moneda de oro en la barra junto a la fila de tarros.

El cantinero miró la moneda, pero no hizo movimiento alguno para recogerla.

—La información en Batuu es de dos tipos —explicó—. La inútil y la muy costosa.

—Tal vez debemos encontrar un punto medio. —Thrawn señaló a Anakin.

—Buscamos información sobre estas mujeres humanas —explicó Anakin mientras encendía su holoproyector. Unas imágenes fantasmales de Padmé y Duja aparecieron arriba del disco—. ¿Has visto a alguna de ellas?

Con renuencia, el cantinero levantó los ojos de la moneda. Anakin se extendió en la Fuerza y captó un parpadeo de reconocimiento.

—No —aseguró el hombre y volvió a bajar la vista—. A ninguna de ellas se le ha visto por aquí.

—De verdad —insistió Thrawn, su voz había adquirido una suave frialdad que sugería que tampoco le creía al hombre—. Por favor, échale un segundo vistazo, porque

esto es importante. Su padre está agonizando y le gustaría ver a sus hijas por última vez antes del final.

De nuevo con evidente renuencia, el cantinero levantó la mirada.

—No las he visto —reiteró y bajó de nuevo la vista a los tarros y la moneda—. ¿Son hermanas, entonces?

—Sí —respondió Thrawn. Sacó una segunda moneda y la colocó a un costado de la primera—. Toda su familia está al lado de la cama. —Agregó una tercera—. Y estas dos hermanas son las únicas que desconocen la pérdida inminente. —Una cuarta moneda se unió a la pila creciente—. Terminarán con el corazón roto si su amado padre muere sin despedirse de ellas.

El cantinero había seguido todo con mucha atención.

—¿Los enviaron a ustedes a buscarlas? —interrogó.

—Él lleva la carga de esa tarea —indicó Thrawn y señaló a Anakin con la barbilla—. A mí simplemente me contrataron como guía y traductor.

—Sí. —El cantinero echó una larga y última mirada a la pila de monedas. Luego respiró a fondo y se alejó resueltamente de la barra—. Lo siento, seres amables. De verdad.

Sin aviso alguno, la fila de tarros en la barra explotó en una nube de grueso humo blanco.

Al instante, Anakin cerró la nariz y la boca para impedir que entrara el gas. Sacó su sable de luz y saltó para alejarse de la nube, pero perdió el equilibrio cuando Thrawn agarró su hombro y lo empujó con fuerza. Entre el humo, alcanzó a ver una imagen poco clara del chiss, ahora de pie sobre la barra, con la cara hacia la entrada y el bláster desenfundado. Una vez más, Anakin empezó a alejarse de la barra, pero terminó inclinándose aún más a un lado mientras las rodillas se le doblaban. Esa sacudida momentánea, cuando Thrawn usó su hombro como apoyo para saltar sobre la barra, hizo que aspirara suficiente gas como para que lo afectara. Logró girar hacia la puerta, pero terminó cayendo al suelo. Mientras golpeaba contra la madera áspera, el fuego de los blásteres estalló en el lugar.

Su visión empezaba a diluirse. Pero era un jedi, y había maneras de combatir ataques con drogas. Extrajo energía de la Fuerza, y se concentró en no perder la consciencia mientras miraba a través del humo.

Cuatro siluetas estaban lanzándose contra ellos, disparando blásteres. Atrás de Anakin, Thrawn regresaba el fuego; su arma destellaba con más brillo y producía un sonido más agudo que los blásteres de la República. Uno de los cuatro asaltantes cayó, pero los otros tres siguieron avanzando.

Aunque el gas nublaba su mente, Anakin seguía lo suficientemente consciente para saber que no debía atreverse a encender su sable de luz: con los músculos descoordinados, el arma sería tan peligrosa para él como para el enemigo. Pero había otras maneras. Una vez se extendió en la Fuerza, logró sujetar mentalmente la silla más cercana y la lanzó al paso de los atacantes.

Más bien, eso intentó. Sin precisión y con fuerza limitada, apenas fue capaz de inclinar la silla enfrente de ellos. Aunque fue suficiente. Por un momento se distrajeron, sus disparos erraron el blanco y en ese momento dos más cayeron ante el contrataque de Thrawn. Anakin trató de lanzar otra silla, o tan solo de empujar el bláster para que no diera en el blanco. Sin embargo, la neblina se estaba volviendo más densa y su mente y sus manos se estaban volviendo de plomo. Tuvo la vaga impresión de que estaba dando golpecitos a su intercomunicador con el código de emergencia…

Despertó con un sobresalto y se encontró boca arriba en el piso de la cantina. R2-D2 se hallaba de pie junto a él, y lo picaba con uno de sus brazos de gancho mientras gemía con una ansiedad contenida.

—Estoy bien, R2 —le aseguró al droide, pero arrastraba ligeramente las palabras. El aire parecía claro; respiró a fondo y realizó un rápido inventario mental.

Todo parecía intacto. Aún se sentía confundido, pero estaba regresando rápidamente a la normalidad. Flexionó los dedos: no había problemas allí. Levantó la cabeza y miró a su alrededor.

No le sorprendió que la cantina estuviera desierta; los clientes que habían llegado temprano huyeron. Aparte de sí mismo y R2-D2, solo quedaba Thrawn, sentado en una silla a unos metros, de espaldas a Anakin. La mano en la que tenía el arma descansaba sobre el reposabrazos de la silla, y el arma apuntaba hacia la puerta. A unos metros de él, yacían cuatro cuerpos. El olor de la muerte flotaba en el aire.

—Bienvenido de vuelta —exclamó Thrawn. Anakin tomó nota de que no se dio vuelta, sino que seguía con el rostro vuelto hacia la puerta—. Tu droide parecía preocupado.

—R2 a veces cree que necesita cuidarme —explicó Anakin mientras se ponía de pie con todo cuidado. Sintió un mareo momentáneo, pero pasó de prisa—. ¿Alguna idea de qué era ese gas?

—Algo diseñado para que fuera más fácil matarnos —informó Thrawn, su voz se volvió sombría—. Un ataque de distracción desde el frente, y un ataque simultáneo desde atrás. Puedes ver a dónde apuntaron los primeros dos disparos.

Anakin miró la barra. Justo donde había estado de pie, destacaban dos quemaduras recientes de bláster.

—Supongo que debería darte las gracias por empujarme para apartarme del camino.

Thrawn se dio media vuelta con el ceño fruncido.

—No fue mi intención —aseguró—. Esos gases están diseñados para descender hacia su víctima. Por tanto, los usé a ti y a la barra para saltar y alejarme de su efecto. Supuse que me seguirías.

—Claro, estaba un poco ocupado porque me fui de lado —se quejó Anakin. Un movimiento en el extremo de la barra le llamó la atención y se inclinó sobre la madera para mirar.

El cantinero estaba allí detrás, dormido en el piso. Tenía los brazos cruzados sobre el estómago y las manos atadas con una cuerda delgada.

—Parece que no sabía lo que iba a suceder.

—O simplemente no retrocedió lo suficiente para evitar los efectos. —Thrawn hizo una pausa—. Entonces ¿eres un jedi?

—Pensé que era obvio.

—En absoluto —le aseguró Thrawn—. Nuestros mitos de la República hablan de dos grupos de seres con esos poderes: los jedi y los sith. Pero los sith tienen la reputación de ser guerreros inteligentes y capaces. Dime, ¿reconoces a alguno de nuestros atacantes?

Anakin se dio vuelta hacia los cuerpos que estaban en el piso, mientras resistía la horrible urgencia de levantar a Thrawn de su silla y hacer que colgara sobre la barra mientras le explicaba la verdadera diferencia entre un jedi y un sith.

A pesar del sarcasmo del chiss, Anakin tuvo que admitir que la acusación implícita no estaba errada. Al estar concentrado en sacarle la verdad sobre Padmé al cantinero, había sido imperdonablemente descuidado. Debió esperar un ataque escalonado y estar preparado. En cuanto a los cuerpos en el piso…

—No creo haber visto a ninguno de ellos antes —comentó mientras veía a tres seres humanos y un rybet anfibio de piel verde oliva—. ¿Por qué? ¿Crees que debería?

—Pensé que era posible —respondió Thrawn—. Tres comentarios. Primero: la colocación de sus disparos iniciales demuestra que tenían intención de matarte; un argumento en contra del objetivo de obligarte a desbloquear la nave de la embajadora. Segundo: el ataque por dos extremos indica que sabían cómo atacar a un jedi. Tercero: el hecho de que solo hubieran atacado cuatro de quienes nos seguían, mientras el quinto permanecía afuera, sugiere que su camarada consideraba que estos cuatro atacantes eran desechables.

—O que se le ordenó al quinto que rindiera un informe a alguien más y necesitaba quedar libre y a salvo para hacer eso.

—En efecto —convino Thrawn—. En ese caso, ahora enfrenta un dilema.

—Sí, ya veo —murmuró Anakin mientras miraba de nuevo hacia la puerta—. Supongo que nos encerraste.

—Sí, y he confirmado que los postigos de la ventana son seguros —informó Thrawn—. Nadie puede ver el interior.

—Así que nuestro quinto hombre sabe que al menos uno de nosotros sigue vivo —continuó Anakin—. Solo que no sabe cuál de los dos. Además, sabe que sus cuatro amigos están muertos, o ya hubieran salido.

—O que tal vez los han capturado vivos —sugirió Thrawn—. Ese sería su mayor temor.

—Claro. —Anakin miró de nuevo todos los cuerpos—. Qué mal que no hayamos logrado eso.

—En combate, deben tomarse decisiones apresuradas —afirmó Thrawn—. Ahora se ha añadido a sus preocupaciones el hecho de que el caza del jedi permanece cerca. Tiene muchas preguntas, pero ninguna respuesta.

—No querrá irse sin ellas —dijo Anakin lentamente, mientras lo pensaba con cuidado—. Así que debe de seguir esperando allá fuera, ya sea mezclado con el resto de los ciudadanos o acechando en la orilla con un intercomunicador en la mano, listo para llamar a su jefe.

—Lo que debemos evitar.

Anakin alzó una ceja.

—¿No queremos que hable con su jefe?

—No queremos que hable por el intercomunicador —lo corrigió Thrawn.

—Ah —exclamó Anakin y asintió en señal de comprensión—. Queremos que vaya allí en persona.

—Exactamente —confirmó Thrawn—. Supongo que tu caza tiene capacidad para intervenir comunicaciones.

—Sí, y R2 puede encenderlo desde aquí. —Hizo una señal con la mano al droide—. Adelante.

R2-D2 silbó en señal de reconocimiento.

—La intervención está activada —indicó Anakin—. Entonces, ¿cómo lo seguimos?

—Primero diseñemos el cuento con el que regresará —dijo Thrawn—. Como su ataque estaba dirigido hacia el jedi, sugiero que te presentemos como si estuvieras herido o muerto. Te cargaré hasta el caza, te colocaré en el interior, permitiré que tu droide lo vuele y que se alejen. Una vez que determinemos cuál de los espectadores es nuestra presa, puedo seguirlo a su residencia o vehículo, permitir que entregue el mensaje y capturarlo. Un interrogatorio, además de la revisión de su equipo, debe arrojar los datos que buscamos.

Anakin frunció los labios. Eso suponía, por supuesto, que todo este escenario estaba conectado con la desaparición de Padmé y no era solo la loca venganza de alguien contra el jedi. Hasta ahora, no habían probado eso. Por el momento, era la única pista que tenía. Había que seguirla y confiar en que la Fuerza lo guiaría hasta su esposa.

—Un problema —comentó—. Jugar al muerto mientras me cargas me deja en una posición en la que no puedo reaccionar fácilmente ni contratacar. ¿Y si decide darme otro tiro, tan solo para asegurarse?

—Una preocupación razonable —concedió Thrawn—. ¿Tienes una sugerencia alternativa?

Anakin repasó el interior de la cantina con la mirada. Ninguno de los cuerpos era del tamaño adecuado para que él o Thrawn adoptara su vestimenta, y tampoco había nadie más a la vista que pudiera usarse para un disfraz. Por otra parte…

—Dijiste que tiene miedo de que uno de sus amigos haya sobrevivido —comentó—. Juguemos con eso. —Se extendió en la Fuerza, aferró a uno de los seres humanos muertos y lo levantó del piso.

—Interesante —concedió. Si estaba sorprendido por el súbito movimiento del cuerpo, no lo mostró en su voz—. Sin embargo, esto requiere un cambio en la historia. El jedi que buscaban matar estaría ahora vivo.

—Me gusta más este —murmuró Anakin.

—No dije que fuera peor, solamente diferente —aclaró Thrawn con tono medio—. ¿Puedes hacer que parezca vivo?

—Vamos a descubrirlo.

Resultó más difícil de lo que Anakin había esperado. Rápidamente descubrió que vida no consistía solo en extremidades que se movían de un lado a otro, sino en la flexión más sutil de músculos debajo de la piel, junto con la interacción de grupos de músculos con equilibrio y cinestesia.

Tras una hora de práctica, lo hubiera dominado por completo. Pero todo lo que obtuvo fueron unos cuantos minutos antes de que Thrawn lo interrumpiera.

—Eso será suficiente, no tenemos más tiempo —indicó el chiss—. Sugiero que lo saques y lo coloques sobre tu caza para transportalo.

Anakin lo pensó. Equilibrarlo allí arriba sería complicado, aun metido entre la cubierta de la cabina y el domo de R2-D2.

—Se acomodará mejor en el speeder de superficie —señaló.

—¿Normalmente dejarías tu caza cuando transportas a un prisionero?

Anakin frunció el ceño. Bajo ciertas circunstancias, eso no quedaría fuera de duda. Sin embargo, aquí y ahora, no tenía intención de dejar su Actis desatendido.

—Tienes razón —concedió—. Está bien. Tomaré a nuestra marioneta y saldré. ¿Alguna instrucción en particular que quieras darme?

—Sugiero que vueles hacia la nave de la embajadora —dijo Thrawn—. Si nuestros atacantes fueron alertados por los contrabandistas, conocerán ese lugar y supondrán que te dirigirás allí. Mientras tanto, yo me esforzaré por identificar y seguir a nuestra presa.

—Bien —convino Anakin—. Iré con cuidado y lentamente para mantener el campo de intervención de las comunicaciones sobre toda el área el mayor tiempo posible.

—Muy bien. —Thrawn dejó la silla y se dio vuelta.

Anakin contuvo la respiración. El pecho del uniforme del chiss ya no era negro sino de un gris sucio, y estaba marcado con una docena de quemaduras de bláster con los bordes rasgados.

—¿Qué…?

—Su fuego bláster fue impresionantemente preciso —explicó Thrawn mientras se acercaba con cuidado a la puerta—. Por fortuna, los uniformes de los chiss están diseñados para absorber y dispersar la mayor cantidad posible de energía. —Bajó la vista hacia su túnica—. Por desgracia, no es un sistema perfecto.

—Aun así, es mejor que nada —admitió Anakin, mientras su respeto por el chiss se elevaba con renuencia un par de puntos. Había visto clones endurecidos volverse gelatina con menos heridas que esas en sus placas pectorales—. ¿Vas a estar bien?

—Ya he tratado mis heridas —explicó Thrawn—. Sobreviviré hasta que sanen por completo. ¿Estás listo?

Anakin se extendió en la Fuerza e hizo que el hombre muerto caminara arrastrando los pies hacia la puerta.

—Listo —confirmó. Se acercó a un lado de la marioneta, puso su brazo izquierdo alrededor de la cintura del otro y lo sostuvo como lo haría con un prisionero herido. Dio un par de pasos experimentales al frente, mientras movía las piernas del cuerpo para que siguiera el ritmo de las suyas—. ¿Cómo se ve?

—Adecuado. —Thrawn caminó rígidamente hacia la puerta y quitó la cerradura—. Vamos. Buena suerte.

—Vamos, R2 —llamó Anakin. Ahora veía que el interior de la puerta estaba cubierto de quemaduras recientes de bláster. Al parecer, los chiss heridos no disparaban con mucha precisión. Empujó la puerta con la mano libre y salió a la calle.

Aguja Negra no le había parecido tan grande cuando él y Thrawn lo recorrieron en su speeder de superficie. Ni siquiera lo bastante grande para contener a cuatrocientas o quinientas personas, pero evidentemente lo era… y cada una de ellas parecía haberse dedicado a curiosear alrededor del caza estelar de la República que había aterrizado en el centro de su poblado.

Tal vez una docena de personas se dio vuelta cuando Anakin salió a la luz del sol. Las demás en la multitud, todavía fascinadas por el brillante caza, lo ignoraron por completo.

—¡A un lado! —gritó Anakin, recurriendo a cada gramo de autoridad que toda una vida de mando en la guerra le había concedido—. ¡A un lado! Asuntos de la República.

No estaba seguro de que la gente que estaba allí reunida supiera siquiera lo que era la República. Si no lo sabían, aparentemente el tono de su voz había bastado. La multitud empezó a apartarse, abriendo un camino retorcido hasta el Actis.

—Vamos —los apresuró Anakin en voz baja, mientras recordaba que debía mover las piernas del cuerpo al avanzar por el camino abierto, con los sentidos alerta ante el peligro. Si su presa quería acabar con él, con su camarada herido o con ambos, este sería el momento para que hiciera ese disparo.

Cuando llegó al Actis, no había surgido ataque alguno. Anakin esperó a que R2-D2 se propulsara y se asegurara a sí mismo en su foso, luego levantó su carga hasta la parte superior del vehículo, la empujó como lo haría con un hombre herido e hizo que pareciera como si los brazos del cuerpo estuvieran buscando débilmente un asidero.

Lo colocó a manera de cuña entre el droide y el borde de la cubierta. Luego, mientras recordaba que debía hacer que las extremidades del cuerpo siguieran moviéndose de manera realista, trepó en la cabina del piloto y cerró la cubierta. Accionó los repulsores-elevadores y despegó hacia el cielo.

Los módulos de interferencia de comunicaciones del Actis estaban diseñados para bloquear las transmisiones de cazas enemigos a cientos de kilómetros de distancia. Pero eso requería un campo concentrado, que estaba dirigido principalmente adelante, hacia donde esos enemigos normalmente estarían en la batalla. Aun así, el campo se extendía una corta distancia en todas direcciones alrededor del caza, lo que significaba que debería tener la capacidad de bloquear cualquier cosa, desde Aguja Negra hacia arriba, por una docena de kilómetros. Giró el Actis en medio del aire, avanzó a ritmo relajado para dar a

Thrawn todo el tiempo posible y alineó la nariz con la lejana nave de Padmé. Empujó los propulsores…

Un instante después, hubo un golpe seco debajo de él. Repentinamente, el Actis giró de costado y cayó casi por completo sobre su lado izquierdo.

—¡R2! —exclamó Anakin bruscamente mientras daba un golpe a los controles del repulsor-elevador.

Su cerebro estaba registrando las luces rojas y brillantes del monitor que señalaban una emergencia, cuando el caza dio un salto y lo lanzó hacia atrás en su asiento mientras los propulsores alcanzaban potencia plena, lanzando llamas al aire a máxima aceleración. Un segundo después, entraron en acción los compensadores, lo que alivió la presión y le permitió retomar los controles.

Solo que no había nada que él pudiera hacer. Ahora se daba cuenta de que el golpe que había escuchado era una pequeña explosión del repulsor-elevador del lado de babor del Actis. Lo único que había evitado que el caza se volcara sobre ese lado y se precipitara en el cielo fue la rápida reacción de R2-D2, que activó los propulsores. Eso les había dado la suficiente inercia hacia delante para crear una elevación suficiente sobre las alas aerodinámicas y compensar el repulsor-elevador perdido.

El único problema era que iban ardiendo mientras atravesaban Batuu a casi mil kilómetros por hora y dejaban atrás Aguja Negra, lo que había provocado una interferencia en las comunicaciones con que Thrawn contaba para obligar a la presa a salir a la vista. Para empeorar las cosas, durante todo ese vértigo de actividad el cuerpo con el que habían engañado a la presa se había caído del Actis, deslizándose, y se había desvanecido en algún lugar del bosque, muy abajo.

Anakin maldijo en voz baja, tomó la palanca de control e hizo que el caza diera un giro de 180 grados. Una vez que apuntó de regreso a Aguja Negra, la cobertura de la interferencia de comunicaciones debía entrar de nuevo en acción. Si su presa había perdido esa breve ventana de oportunidad, o si Thrawn por lo menos la había identificado, todavía podrían alcanzar su objetivo.

R2-D2 silbó una pregunta.

—No lo sé —respondió Anakin—. El campo de aterrizaje, supongo. A menos que haya comprado o rentado una casa aquí, tal vez esté viviendo fuera de su nave. ¿Cuánta velocidad necesitamos para permanecer a la misma altura sin el repulsor-elevador?

La respuesta del droide no fue muy alentadora.

—¿No hay opción de ir un poco más lento? —preguntó Anakin con esperanza mientras regresaba los propulsores a una velocidad apenas por encima de la que R2-D2 indicó como de peligro estimado.

Esta vez la respuesta fue más enfática.

—No, aterrizar sobre nuestra ala de babor no es realmente una opción —afirmó Anakin con un suspiro—. ¿Qué hay de la nave de Thrawn, la que está en órbita? ¿Tiene un puerto en que podamos atracar?

Otro silbido negativo.

—Claro, yo tampoco vi ninguno —confirmó Anakin—. No hay nada que hacer más que regresar a Aguja Negra. No te preocupes, pensaré en algo.

Cuando el puesto de avanzada quedó de nuevo a la vista en el horizonte, tenía un plan. No era muy atractivo y al propio Anakin no le agradaba. Por su parte, R2-D2 lo odió por completo. Pero Thrawn estaba allá abajo, solo, herido y enfrentando a un asesino que podía saber dónde estaba Padmé. Si Anakin habría de llegar a tiempo para ayudar, esta era su única opción.

El campo de aterrizaje era un claro más pequeño en el bosque, al oeste de Aguja Negra. Anakin giró el Actis hacia él, descendió a la altura de las copas de los árboles y mantuvo la velocidad lo más posible sin perder el control. El extremo cercano del claro destelló abajo, y él captó un atisbo de Thrawn. Estaba agachado debajo de su speeder de superficie e intercambiaba fuego de bláster con un encapuchado que avanzaba hacia él.

Anakin tiró de la palanca hacia atrás para que el Actis girara directo hacia arriba, con la nariz apuntada al cielo y los propulsores lanzando fuego al suelo. El repentino aumento en la resistencia del aire contra el vientre del caza lo presionó en su asiento e hizo que su impulso hacia el frente se desplomara. Observó el indicador de velocidad aerodinámica y cruzó mentalmente los dedos.

Iba a medio camino del campo de aterrizaje cuando vio que la desaceleración no sería suficiente. Mucho antes de que el caza se detuviera por completo a medio vuelo, estaría de nuevo sobre el bosque, sin garantía de que hubiera un área abierta donde pudiera aterrizarlo.

Lo que solo le dejaba una opción. Empujó el control de la cubierta con una mano y el botón de liberación con la otra, se extendió en la Fuerza y saltó.

Su cabeza libró por muy poco la cubierta, aún abierta. Pero la apuesta funcionó. La velocidad del Actis disminuyó rápidamente, y la Fuerza agregó velocidad e impulso a su salto, de modo que Anakin terminó cayendo casi en línea recta hacia el claro de abajo. Un rápido movimiento de brazos y cadera para orientarse y aterrizar con los pies…

Apenas había tenido tiempo para tomar su sable de luz cuando el encapuchado de abajo levantó su bláster y abrió fuego. Seis rayos destellaron en el aire hacia él antes de que llegara al suelo, con un crujido y levantando una nube de hojas muertas. Dobló las rodillas para absorber el impacto y se mantuvo en cuclillas mientras su atacante seguía disparando. A través del resplandor de fuego rojo de bláster contra la hoja azul del sable de luz, tuvo una vista clara de la cara que estaba debajo de la capucha. Solo que no era una cara viva. Era de metal: un droide.

Su cerebro concentrado en la batalla solo había registrado el hecho cuando el droide se retorció abruptamente y volcó mientras su pata derecha se desintegraba debajo de él. El bláster disparó un rayo final al torso de Anakin…

El droide cayó entre espasmos cuando Anakin envió el disparo final directamente a uno de sus ojos fotorreceptores: dos retorcimientos adicionales, los jadeos moribundos de un cerebro electrónico con daño fatal, y entonces el droide se quedó quieto.

Lentamente, Anakin se enderezó, con la vista puesta en el droide. Ya los había visto fingir apagones antes. Pero no, a este se le podía dar por terminado. Miró a su alrededor, observó que Thrawn había dejado el lugar donde se protegía y caminaba con rigidez hacia él. Junto a una de las naves estacionadas, yacía otro encapuchado, este humano, con los brazos amarrados detrás mientras hacía leves movimientos de dolor o frustración. Luego de una última revisión de 360 grados en busca de amenazas, Anakin apagó su sable de luz.

—¿Es él? —preguntó, mientras señalaba con la barbilla al hombre que se retorcía.

—Así es —confirmó Thrawn, y se detuvo a su lado—. Interesante maniobra de vuelo.

—En la guerra se improvisa mucho —comentó Anakin y empujó al droide con el pie—. ¿Cuál es *su* historia?

—Tuve éxito en llegar antes que nuestra presa —explicó Thrawn—. Como anticipaste, iba de regreso a su nave para informar. Una vez que quedó claro a cuál nave se dirigía, lo intercepté y neutralicé. —Tocó con suavidad una quemadura nueva en su pecho—. No pensé que semejante adversario esperara en el interior.

—Considérate afortunado de que fuera solo un droide de servicio general, en lugar de un asesino dedicado —comentó Anakin sombríamente—. Son mucho más desagradables.

—Si en el futuro enfrentamos a uno de esos, permitiré que vayas al frente —prometió Thrawn.

Anakin le lanzó una mirada de soslayo. ¿Había sido eso humor real?

—Es un trato —estuvo de acuerdo—. Veamos lo que obtuvimos.

La nave no era de un estilo o modelo con el que Anakin estuviera familiarizado. Pero tenía algo distintivo del Sindicato de Tecnología. La escotilla estaba asegurada, pero unos segundos de trabajo con el sable de luz resolvieron ese problema. Y una vez dentro…

—Es una nave separatista, muy bien —comentó Anakin mientras miraba alrededor—. El equipo, las marcas, hasta los controles. No hay duda —siseó entre dientes—. La pregunta es: ¿qué están haciendo aquí?

—Por el diseño, parece un carguero —señaló Thrawn—. Tal vez la carga nos dará una pista de su objetivo.

—En un minuto —indicó Anakin y sacó su intercomunicador—. ¿R2? ¿Estás ahí?

Hubo un quejido con tono de disgusto, seguido por un recuento largo y poco feliz de la situación actual.

—Estoy seguro que hiciste todo lo que pudiste —lo tranquilizó Anakin—. ¿Necesitas mi ayuda para bajar?

Hubo otro quejido enfático.

—Está bien, entonces —dijo Anakin—. Te necesitamos en el campo de aterrizaje. Estamos en la nave gris con… Mira, tan solo ve hasta el droide caído y da vuelta a la izquierda.

Cortó la comunicación.

—¿Tu droide está bien? —quiso saber Thrawn.

—Está bien —le aseguró Anakin—. Pero mi caza está colgado a cinco metros del suelo, metido entre tres árboles como cuña vertical. No estoy seguro de cómo lo voy a sacar de allí sin incendiar todo el bosque. En todo caso, R2 está bien y viene en camino. Una vez que llegue aquí, podremos revisar la computadora y ver si todavía tiene las coordenadas de su última parada.

—Ya veremos —dijo Thrawn—. Mientras esperamos, ¿echamos un vistazo a la carga?

—Seguro —respondió Anakin, y volvió a poner el puño sobre su sable de luz. Podía haber más droides acechando por allí—. Sígueme.

CAPÍTULO 5

—Estoy llegando a Batuu ahora —informó Padmé en la grabadora de su nave cuando el terreno iluminado por el sol empezó a surgir a su alrededor—. Me comunicaré contigo una vez que haya encontrado a Duja.

Titubeó. ¿Debía agregar «Te amo»? Tal vez no. Aparte de la posibilidad de que alguien más pudiera estar cerca cuando Anakin escuchara el mensaje, este iba a pasar por un servicio de retransmisión pública no probado, en lugar de la holorred habitual. Por no mencionar lo que podrían hacer antes de enviarlo.

Al apagar la grabadora, inició la transmisión. La pantalla de visualización indicó que había sido recibido por el servicio y, con suerte, ya iba en camino. Si era así o no, no podía hacer nada al respecto. Era hora de encontrar a Duja y ver qué había descubierto su antigua doncella que fuera tan importante.

Esperaba que los acontecimientos no hubieran rebasado ya la información. El viaje hasta aquí había tomado más tiempo del que había estimado, y la base de datos de la computadora de navegación había resultado tan obsoleta que las rutas que proponía ya eran inseguras. Tuvo que trazar nuevos segmentos dos veces, y en ambas ocasiones deseó haber aceptado la oferta de Anakin de usar los recursos de los jedi para idear sus planes de viaje.

Por lo menos, él llegaría mucho más rápido una vez que ella supiera lo que estaba pasando. Accionó su intercomunicador en la frecuencia de Duja y se inclinó hacia el micrófono de la cabina de mando.

—Duja, habla Padmé —llamó—. Ya estoy aquí.

No hubo respuesta.

—¿Duja? —volvió a llamar—. Duja, contesta por favor.

Nada, ni siquiera un eco de mensajero o transpondedor. Frunció el ceño, las primeras señales de preocupación empezaron a abrirse paso por su estómago. Duja era una de las mejores, tanto para obtener información como para el combate. Si alguien había logrado ponerla fuera…

Respiró a fondo. Estaba bien. Duja no respondía, pero eso no significaba necesariamente que hubiera sucedido algo terrible. Era probable que tan solo se hubiera alejado de su nave, con el intercomunicador apagado por una razón perfectamente aceptable. El puesto de avanzada que Duja había especificado (Aguja Negra) no era tan grande. A Padmé no debería tomarle más de una hora o dos echar un vistazo alrededor del lugar.

El campo de aterrizaje era pequeño, lo que no le sorprendió dado el tamaño del propio puesto de avanzada. Pero solo había un par de cargueros de tamaño medio estacionados cerca del centro, lo que dejaba mucho espacio para su nave. Eligió un lugar

razonablemente alejado de las otras y, luego de aterrizar, dejó todo en modo de espera. Se puso una chamarra verde claro con un sutil brocado café que iba del hombro izquierdo a la parte derecha de la cintura (los sensores externos indicaban que hacía un poco de frío afuera) y metió su bláster debajo, fuera de la vista. Dio vuelta a la escotilla y salió.

Había terminado de sacar su motospeeder BARC del casillero del casco de popa cuando escuchó que una voz le gritaba en un idioma desconocido. Se dio vuelta. Un ser no humano lleno de bultos, de una especie que no reconoció, estaba agachado en la parte inferior de la rampa de aterrizaje del carguero más cercano.

—¿Perdón? —le contestó.

—La estaba felicitando por su magnífica nave —gritó un ser humano desde la parte superior de la rampa—. Discúlpenos, pero su básico no es mi idioma.

—Está bien —le contestó Padmé mientras reprimía una sonrisa de reconocimiento. Mentiroso. Se estaba esforzando (demasiado, en realidad) en fingir que luchaba con un segundo idioma. Pero las palabras y la sintaxis en básico salían con demasiada facilidad y sin problemas.

—¿Qué son? —preguntó el hombre—. Quiero decir, ¿de qué especie?

—¿Especie? —respondió Padmé con una pregunta—. Ah, se refiere al modelo. Es un yate nubio de tipo H. Dígame, ¿conoce a alguien llamado Kuseph Jovi?

—No conozco a nadie con ese nombre —respondió el hombre—. ¿Está aquí para encontrarse con ella?

Una callada campanilla de advertencia se disparó en el fondo de la mente de Padmé. ¿Por qué supondría que el nombre que acababa de mencionar era de una mujer? A menos que ya hubiera una mujer desconocida en Aguja Negra que les había llamado la atención.

—Para encontrarme con él —corrigió ella—. Estoy aquí para entregarle su nueva nave.

—¿De verdad? —comentó el hombre, con un ojo en la nave mientras bajaba por la rampa. Había un bulto en su costado que probablemente indicaba un bláster oculto—. Estupendo. ¿Qué pagó por ella?

—Ni idea —comentó Padmé—. Solo soy una mensajera. ¿Alguna idea de quién puede saber dónde encontrarlo? La nave que me recogerá estará aquí en cualquier momento y quiero terminar la transacción para irme a casa.

—Hay una cantina en medio del pueblo. —El hombre señaló el corredor de orillas irregulares que había sido cortado entre los árboles y la maleza hacia el propio puesto de avanzada—. Si está aquí, alguien debe de conocerlo allá.

—Gracias —exclamó Padmé. Trepó en su motospeeder, dio vuelta hacia el corredor y avanzó por él. Pudo sentir los ojos del hombre sobre ella mientras dejaba el campo.

Había esperado que Aguja Negra fuera como el resto de los pequeños puestos de avanzada fronterizos que había visto en sus viajes: tallado en el desierto, con casas y tiendas dispuestas de una manera más o menos ordenada a lo largo de las calles principales, aunque la denominación de principales solía dárseles más por estatus que

porque lo merecieran, y otros edificios dispuestos al azar en cualquier lugar en que los constructores hubieran decidido colocarlos.

Pero este poblado tenía un giro. Había ruinas aquí, ruinas antiguas de alguna civilización desaparecida hacía mucho, que bordeaban al pueblo de los colonizadores. Unos cuantos edificios estaban completa o parcialmente dentro de los caparazones de las estructuras más antiguas, mientras que uno o dos se recargaban contra ellos, como si buscaran calor o protección.

Aún más intrigante era que las torres negras que había visto mientras se acercaba, obviamente el motivo del nombre del puesto de avanzada, no eran estructuras ni torres, sino restos petrificados de árboles, dispersos como centinelas por el poblado y la región que lo rodeaba. Todo el lugar le pareció hermoso, misterioso y un poco triste.

La población, por lo menos, se ajustaba completamente a las expectativas de Padmé. Los transeúntes y unos cuantos vehículos se movían entre los edificios, y todos se detenían un momento para lanzar a Padmé una rápida o furtiva mirada mientras pasaba. Al parecer, los genuinos extranjeros eran raros aquí. Eso, o Duja había atraído más atención de la que probablemente hubiera deseado.

La cantina que el hombre había mencionado estaba en la intersección de las dos calles principales. A un lado, había una extraña plataforma de madera: llegaba a la altura de la cintura y tenía unos dos metros de largo, con algún tipo de decoración parecida a la paja amarilla que sobresalía por todos los bordes. Imaginó que era donde los habitantes locales se reunían para discursos, conferencias o solo las arengas generales de sus conciudadanos. Había dos vehículos estacionados al otro lado de la entrada, y ella guio su BARC a un lugar junto a ellos.

Mientras caminaba hacia la puerta de la cantina, echó el primer vistazo real a la plataforma, que no era eso en absoluto, sino una caja de unos cincuenta centímetros de profundidad. La decoración parecida a la paja era paja real que formaba un tapete en el fondo y recubría los lados. Un cuerpo yacía allí…

No era un estrado político, como Padmé había pensado, sino un ataúd con la parte superior abierta, posiblemente preparado para una pira funeraria. La pira funeraria de Duja.

Padmé había entrenado mucho y arduamente para mantener sus reacciones y emociones fuera de su rostro y cuerpo cuando lo necesitara. Pero toda esa práctica resultó casi insuficiente. Apenas fue capaz de mantener una expresión de curiosidad vacía mientras se acercaba y miraba el ataúd.

Habían pasado a Duja por la trituradora. Su rostro mostraba golpes y magullones en varios lugares, y había pequeñas manchas en su ropa en las zonas donde se había filtrado la sangre. El prendedor hecho a mano, de acabado poco profesional, que siempre llevaba puesto no parecía dañado, y su cronómetro y su paquete de tarjetas de datos estaban intactos. No había sido un robo, entonces, sino un ataque a sangre fría. Una cosa era segura: si había caído de manera violenta, no lo había hecho sin luchar.

Esa rápida mirada fue todo a lo que se atrevió por el momento, pero regresaría. Se dio vuelta, empujó la puerta de la cantina y entró.

Puesto que aún no era el mediodía local, no esperaba una multitud. Y tenía razón. Aparte de ella y el cantinero, solo había otros tres en el lugar: dos seres humanos y otro alienígena con bultos como el del campo de aterrizaje.

—¿Está aquí para tomar un trago? —gritó el cantinero—. ¿O para recoger a su amiga?

—¿Mi amiga? —repitió Padmé expresando confusión en su cara y su voz.

El cantinero señaló al otro lado de la pared, hacia el ataúd.

—La dama de allá fuera.

—¿La…? Oh. No, no en absoluto —le aseguró Padmé—. Busco a un hombre llamado Kuseph Jovi. ¿Lo conoce?

Fue el cantinero quien mostró confusión.

—No hay nadie con ese nombre aquí —contestó—. ¿Está segura de que se encuentra en el lugar correcto?

—Este es el lugar a donde pidió que le trajera su nueva nave —explicó Padmé mientras caminaba hacia la barra—. Supongo que *podría* venir de otro planeta, aunque no logro adivinar por qué elegiría un lugar como este para la transferencia. Sin ofender —agregó.

—No se preocupe —le aseguró el cantinero con amargura—. No es exactamente Nueva Codia, ¿verdad?

—En realidad, no —dijo Padmé mientras se preguntaba, ausente, si Nueva Codia era un sistema, un planeta o solo una ciudad. Había tantos lugares pequeños y olvidados en la galaxia—. ¿Qué es lo que tiene por aquí?

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó a su vez el cantinero—. Tenemos Infusión de Batuu, Infusión de Aguja Negra, Fuego de Blurrg, Blanco de Toniray, Blanco Andoano, Té Moogano, con o sin alco —recitó otra media docena de tragos, de los cuales Padmé no había oído mencionar antes. Probablemente, eran favoritos locales. Escogió el Blanco Andoano y miró mientras el cantinero seleccionaba una botella y vertía unos cuantos centímetros en un tarro pequeño de obsidiana.

—Entonces, ¿cuál es su historia? —preguntó mientras él dejaba el tarro sobre la barra y aceptaba una moneda de cinco créditos a cambio—. Me refiero a la dama en la caja. ¿Qué le sucedió?

El cantinero se encogió de hombros.

—Realmente no lo sé. Algunos hombres de una de las naves comerciales la trajeron hace unos días: dijeron que la habían visto tomar una curva demasiado rápido en el bosque y que su motospeeder se volcó encima de ella. Ya estaba muerta cuando llegaron, así que la dejaron aquí esperando que alguien en el pueblo supiera quién era. —Se volvió a encoger de hombros—. Nadie la conoce, así que decidimos darle unos días para ver si alguien venía a buscarla. No es bueno perder a alguien y no descubrir nunca lo que pasó.

—No, no lo es —estuvo de acuerdo Padmé, y dio un trago a su bebida.

La historia era ridícula: Duja era una de las mejores pilotos de speeder que había visto. Lo más probable era que estuviera hurgando alrededor de una nave sospechosa, la hubieran atrapado y, al tratar de escapar, la hubieran derribado o forzado a tener el accidente que aseguraban que la había matado. Eso los había dejado con un enorme problema.

Duja era demasiado inteligente como para llevar algún tipo de identificación genuina consigo. Como resultado, sus asesinos no tenían idea de quién era, de dónde venía o si había refuerzos esperándola. Y necesitaban desesperadamente respuestas a esas preguntas.

Así que, después de revisar sus tarjetas de datos sin encontrar algo útil, la limpiaron lo mejor posible, la llevaron a Aguja Negra y dijeron a los residentes que la dejaran fuera de la cantina con la esperanza de atraer a sus contactos.

La gran pregunta para Padmé era si habían rastreado la nave de Duja y la habían revisado en busca de su propio conjunto de datos y secretos. De ser así, su investigación había terminado. De lo contrario (si Duja había ocultado la nave en algún lugar fuera de su alcance), todavía tenía la oportunidad de acabar con ellos.

Y cuanto más lo pensaba Padmé, el último parecía el escenario más probable. Si los asesinos ya habían obtenido todo lo que querían, probablemente no se hubieran preocupado de colgar a Duja como carnada.

—¿Cómo está el andoano? —preguntó el cantinero, que al parecer ya había olvidado el misterio de la mujer muerta afuera.

—Bueno —afirmó ella. En realidad no estaba mal, al menos para ser una marca local—. ¿Cree que le importe a alguien si escribo una canción para ella?

—¿Escribir una… qué? —preguntó él, con el ceño fruncido.

—Si escribo una canción de despedida —explicó Padmé—. Es la costumbre de mi gente cantar a los muertos canciones de estímulo y esperanza que los acompañen en su viaje.

—Creí que dijo que no la conocía.

—No la conozco —confirmó Padmé—. Pero suena como si nadie más la conociera aquí. En verdad son los extraños solitarios quienes más carecen de estímulo y esperanza.

El cantinero hizo un gesto.

—Supongo. Bien: adelante. No creo que moleste a nadie.

Padmé se tomó su tiempo para el trabajo, consciente de que debía apresurarse, pero también de que si parecía precipitada y ansiosa atraería el tipo de atención equivocada. Media hora y un segundo blanco andoano después, estaba lista.

El cantinero mantuvo una subrepticia vigilancia todo el tiempo, ya fuera porque le habían instruido para que lo hiciera o solo por curiosidad aburrida. Mientras Padmé terminaba su bebida y levantaba su datapad, él regresó al extremo del bar donde se encontraba ella.

—Entonces, ¿qué sigue ahora? —quiso saber—. ¿Quiere que reúna a varios tipos para que vengan a ver?

—Puede venir usted si quiere —respondió Padmé. No es que quisiera audiencia, pero sería sospechoso que rechazara el ofrecimiento—. Pero no es necesario. Le cantaré en privado, así que no habrá nada que pueda escuchar.

El cantinero protestó.

—Bueno, muy bien. De todos modos, tengo que prepararme para la multitud a la hora del almuerzo. Diviértase.

Había unas cuantas personas más en las calles cuando salió del bar, todas ellas dedicadas a sus propios asuntos; la mayoría solo le lanzó una mirada de curiosidad antes de seguir adelante. Ella se acercó a la cabeza del ataúd, colocó el datapad sobre el cuerpo de Duja y empezó a cantar.

Había tenido que escribir una canción como si se tratara de una extraña. Pero debajo de las vagas palabras y la tonada simple, podía sentir que su corazón se quebraba ante la pérdida de su amiga y, alguna vez, guardaespaldas. Los recuerdos volvieron a brotar del trabajo que unió sus vidas, tanto de los buenos tiempos como de los malos, las esperanzas, los sueños y los miedos que compartieron y que ahora se habían ido para siempre. Estaba el momento en que Duja la ayudó a descifrar una comunicación ininteligible de un embajador furioso, lo que desactivó una posible crisis diplomática porque Duja se dio cuenta de que al embajador simplemente no le había gustado la forma en que Padmé pronunció el nombre de un enviado. Estaban las conversaciones nocturnas, después de que todos los demás se habían acostado, cuando las dos hablaban del futuro y de todo lo que esperaban que esos días trajeran.

También estaban los momentos posteriores al intento de asesinato en Coruscant que había acabado con la vida de Cordé, y las lágrimas privadas que Padmé y Duja habían compartido.

Ahora Duja se había ido; Padmé tendría que dejarla aquí, y tal vez nunca sería capaz de darle un funeral apropiado. Duja lo comprendería, y en estas circunstancias evidentemente no querría que Padmé arriesgara su propia vida y seguridad tan solo por respeto y decoro. Pero eso no hizo más fácil el momento.

Terminó la canción y por un instante bajó la vista hacia su amiga. Luego, mientras mantenía la expresión de una extraña compasiva que simplemente cumplía su deber ético, sacó la tarjeta de datos en que había escrito la canción y la dejó sobre el pecho de Duja.

Cuando levantó la mano y la apartó del ataúd, tenía el prendedor de Duja guardado invisiblemente en su mano. Le lanzó una mirada final, se dio vuelta y se dirigió de regreso a su BARC.

Cuando llegó a la nave, el hombre y el alienígena aún merodeaban junto a su carguero.

—¿Hubo suerte? —gritó el hombre.

—No —le respondió con un grito igual mientras guardaba su BARC en el casillero—. Supongo que lo intentaré con otro de los puestos de avanzada. Tal vez simplemente se equivocó de nombre y coordenadas.

—Claro, buena suerte —deseó el hombre—. Si no lo encuentra, regrese. Lo tomaré de sus manos por un buen precio.

—Ya lo quisiera —comentó Padmé, mientras forzaba una jovialidad casual que no sentía. Se despidió con un gesto amigable, subió por la rampa, selló la escotilla y volvió al cielo.

Pero no fue muy lejos. Evidentemente, no llegó hasta el siguiente puesto de avanzada. Aquí era donde Duja había planeado que se encontraran y aquí (en algún lado) era donde había ocultado su nave. Solo que ahora Padmé contaba con un medio para encontrarla.

Había recorrido unos treinta kilómetros cuando distinguió un claro de aspecto promisorio. Aterrizó la nave en un extremo y salió caminando, con el bláster listo mientras revisaba el perímetro en busca de animales grandes u otras amenazas. Satisfecha de que no hubiera nada preparado para saltar, guardó el bláster y sacó el prendedor de Duja.

A lo largo de los años, Duja había soportado una buena cantidad de bromas de las personas que no lograban comprender por qué una mujer que conocía todos los secretos de la moda y la elegancia usaba algo tan extravagante en público. Estaba hecho de plastoide moldeable, diseñado con la exuberancia y la falta total de habilidad de una niña de cinco años de edad. Ese era exactamente el aspecto que Duja había buscado cuando lo hizo. La creación amorosa de una niña, portada como tributo por una madre llena de orgullo y amor.

Padmé sonrió con tristeza ante la idea. Duja había asegurado que un día se establecería y tendría un hijo que de verdad le podría hacer un regalo como ese. Ahora eso nunca sucedería.

Tal vez un día, si alguna vez terminaba la guerra, Padmé podría encontrar ese tipo de vida pacífica para sí misma. De ser así, dedicaría la primera de las creaciones de su primogénito a la memoria de Duja. Pero ese era el futuro; estaba en el presente. Se limpió una súbita lágrima con el dorso de la mano y elevó el prendedor (la única joya que no hubiera interesado a ningún ladrón) y lo apretó con fuerza en el centro.

Ya fuera por suerte o simplemente porque todo el tiempo que pasaron juntas había permitido que ambas mujeres fueran capaces de anticipar los movimientos de la otra, Padmé había aterrizado casi encima del escondite de Duja. Apenas dos minutos después de activar la señal de llamada enterrada en lo profundo del prendedor, la nave de Duja apareció de pronto encima de su cabeza y descendió sobre repulsores-elevadores hasta un lugar protegido en el otro extremo del claro. Se detuvo y la escotilla se abrió de golpe. Mientras experimentaba un renovado sentimiento de pérdida, Padmé respiró a fondo y subió.

La nave de Duja era pequeña y simple, el tipo de vehículo que vuelan millones de personas comunes por toda la galaxia. Sin embargo, como en tantos casos, las apariencias engañaban. Padmé pasó junto a las literas gemelas y la cocina compacta, se aplastó para cruzar la puerta de la cabina de mando y se deslizó en el asiento del piloto.

—Habla la Reina Padmé Amidala de Naboo —anunció. No había sido reina durante años, por supuesto, lo que hacía improbable que alguien más pensara usar ese título como frase de identificación—. Duja, háblame.

Hubo una corta pausa. Luego, como el fantasma de un pasado perdido, la voz de Duja surgió de la bocina.

—Hola, mi señora —saludó. No había nada de su humor travieso habitual, sino solo una intensa concentración—. He estado hurgando en esta área y creo que he descubierto una fábrica separatista en Mokivj.

Padmé pestañeó. ¿Una *fábrica*? ¿Tan *lejos*?

—No sé lo que están haciendo ni quién está a cargo —continuó Duja—. Por lo que he podido averiguar, es una operación de primera. Tengo la ubicación (las coordenadas planetarias están en el archivo adjunto) y veré qué descubro sobre su diseño y sus defensas antes de que llegue aquí.

Padmé suspiró. Esa búsqueda probablemente fue lo que la llevó a la muerte.

—Por supuesto, esperaré hasta que llegue aquí antes de hacer algo contra ella. Dependiendo de lo que encontremos, hasta podríamos lograr que el canciller o los jedi vengan y se unan a nosotras.

—Te lo garantizo —le prometió Padmé a su amiga en un murmullo.

En el instante en que Anakin oyera de la muerte de Duja, vendría aquí en un segundo desde Coruscant, sin importar si el Concejo lo tenía destinado para alguna otra tarea.

—Tenga un viaje seguro, mi señora, y la veré pronto —la grabadora se apagó.

Por unos minutos, Padmé se quedó sentada en silencio en el asiento de mando, mientras miraba el bosque y ofrecía un adiós definitivo a su amiga. Luego, lentamente, estiró la mano hacia el tablero de control y extrajo las coordenadas de la fábrica.

Duja había planeado esperar a Padmé antes de emprender cualquier acción contra la fábrica. Eso no había terminado bien. Ahora lo inteligente para Padmé sería enviar una alerta para Anakin y esperar a que llegara antes de emprender cualquier acción adicional.

Solo que los separatistas estaban avisados. Atraparon a Duja, y la presencia del ataúd afuera de la cantina comprobaba que sospechaban que venían respaldos en camino. Peor aún, ahora habían visto a Padmé e inevitablemente estarían sacando las conclusiones lógicas. Si se quedaba demasiado tiempo en Batuu esperando a Anakin, había una buena oportunidad de que acabaran con ella.

Aunque pudiera evitar ese destino, si llevaba su propia nave al espacio profundo, por decir algo, y se escondía allí, ¿qué sucedería con la fábrica, mientras tanto? Había visto a los separatistas destruir fábricas y minas antes que dejar que la República las tomara por la fuerza. Y si este lugar era tan secreto como lo implicaba su ubicación, probablemente ella y Anakin no encontrarían nada más que restos humeantes cuando llegaran.

No. Duja había dado su vida para alertar a la República sobre esta amenaza. Padmé no iba a desperdiciar ese sacrificio quedándose sentada sin hacer nada hasta que Anakin pudiera liberarse de sus tareas o los separatistas pudieran cubrir sus huellas.

Lo que no significaba que creyera que podía atacar la fábrica ella sola. Años de terribles riesgos y huidas casi milagrosas habían demostrado que era cualquier cosa menos indestructible.

Por otra parte, los escudos mejorados y las armas pesadas que se escondían debajo del exterior simple de la nave de Duja le daban a Padmé una ventaja que los separatistas nunca esperarían. De seguro, podría echar por lo menos una rápida mirada y tratar de descubrir qué estaban haciendo allí.

Estiró la mano de nuevo hacia el tablero de control y tecleó para obtener un rápido diagnóstico previo al vuelo. Recogería algunos suministros de su propia nave, enviaría un mensaje final a Anakin y estaría lista para irse. Un viaje rápido a Mokivj, un breve vistazo alrededor y estaría de regreso. Tal vez antes de que Anakin siquiera llegara.

Sonrió para sí misma mientras salía de la cabina de mando. Era raro cuando tenía la oportunidad de sorprender a Anakin, pero siempre sentía satisfacción cuando lo hacía.

Dos droides más esperaban en la parte trasera del carguero. Pero Anakin estaba preparado, y fue fácil atraerlos hacia cuellos de botella donde él tenía la ventaja. Dos escaramuzas después, él y Thrawn llegaron a la bahía de carga. Por desgracia, no fue mucha la información que lograron obtener una vez que llegaron allí.

—Si las etiquetas son correctas, esto parece contener varias bebidas alcohólicas —comentó Thrawn mientras caminaban lentamente entre las filas de cajas embaladas—. ¿Parece extraño para tus separatistas?

—En realidad, no —comentó Anakin—. Los separatistas beben tanto como todos los demás.

Escogió una caja de whisky Tevraki, desprendió el embalaje y usó la Fuerza para levantarlo de su anaquel y bajarlo a la cubierta.

—Sellada —murmuró Thrawn observando las correas—. Por aquí debe de haber una herramienta para abrirlas.

—No importa —dijo Anakin.

Encendió su sable de luz y rebanó con cuidado la tapa de la caja. No era una fila de botellas lo que brilló bajo la tenue luz. En cambio, la caja estaba llena con una fila ordenada de lingotes delgados de metal, separados por espaciadores suaves de plastoide.

—Interesante —exclamó Thrawn—. Parece oro.

—Tienes razón —confirmó Anakin pasando un dedo por los lingotes.

—¿Este metal es valioso en tus mundos?

—Lo es en algunos —explicó Anakin—. Pero se usa sobre todo para fabricación. Piezas así de delgadas probablemente se usarían en máquinas de extrusión para elaborar alambre o partes de módulos de circuitos de alto desempeño.

—Unas máquinas de ese tipo tendrán muchos usos.

—Es verdad —convino Anakin.

Si esta era una nave del Sindicato de Tecnología, los lingotes de oro implicaban fabricación de droides. Pero Thrawn tenía razón: los alambres y los módulos de circuitos se usaban en todo, desde estufas caseras hasta grandes naves de guerra. El hecho de que los separatistas estuvieran moviendo metales no les indicaba nada.

—Aun así, saber que el destino de la nave es una instalación de manufactura nos dice mucho —comentó Thrawn—. Indica que Batuu no es simplemente un punto de paso para productos terminados. Ni se está usando como punto de transferencia de datos o personal.

—Supongo —dijo Anakin. Bien, así que les daba más información de la que pensaba—. Supongo que sí.

—Debe de haber aún más.

—Y puedes hurgar por aquí todo lo que te plazca —refunfuñó Anakin—. *Yo* voy a regresar a la cubierta de mando, a ver si R2 ha encontrado algo.

Se dio vuelta y se dirigió a la escotilla de la bahía de carga.

—Un momento —lo interrumpió Thrawn.

Anakin se dio vuelta mientras contenía una descarga de irritación. Acababa de *afirmar* que no había nada más que averiguar aquí.

—¿Qué?

Thrawn estaba de pie enfrente de una de las otras cajas.

—¿Reconoces esta? —preguntó mientras la señalaba.

—Por supuesto que la reconozco —contestó Anakin con paciencia forzada—. Reconozco *todas*. Son las cajas que acabamos de ver aquí.

—En efecto —concordó Thrawn—. Lo interesante es que hemos visto esta dos veces.

—¿De qué hablas?

—Una caja con las mismas marcas estaba a bordo de uno de los vehículos de superficie de los contrabandistas.

—No son tan inusuales las marcas similares en paquetes similares …

—No *similares* —interrumpió Thrawn—. *Idénticas*.

Lentamente, con el ceño fruncido en dirección a la caja, Anakin volvió a acercarse a Thrawn.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro —le afirmó Thrawn—. Tal vez debamos ver lo que hay en el interior.

—Tal vez. —Una vez más, Anakin usó la Fuerza para bajarla a la cubierta, luego rebanó la tapa con el sable de luz—. Guau —exclamó, mientras sentía que los ojos se agrandaban y veía las delgadas placas del interior.

—¿Las reconoces? —preguntó Thrawn.

—Reconozco el metal —indicó Anakin—. Es quadranium. Muy duro, denso y valioso. Se usa para placas de cascos de naves, armaduras pesadas y cualquier cosa que realmente quieras que resista blásteres y cañones láser.

—Interesante —murmuró Thrawn—. Me pregunto cómo llegaron los contrabandistas a poseer una caja idéntica.

—Sí —replicó Anakin con tono sombrío. Esto, al menos, era obvio—. Descubrámoslo.

Encendió de nuevo el sable de luz y cortó el frente de la caja. Tal como lo había sospechado. Las dos capas superiores eran placas de quadranium. Debajo de eso, la caja estaba llena de chatarra.

—Aquí vamos —exclamó señalando la chatarra—. Parece que nuestros contrabandistas también son ladrones.

Thrawn miró la caja durante un largo momento.

—En efecto —dijo—. Así que estamos tratando con dos grupos de oponentes, no uno. Eso explica mucho.

—¿De verdad? —inquirió Anakin, con el ceño fruncido—. ¿Qué es lo que explica, específicamente?

—En un momento —mencionó Thrawn—. En primer lugar, creo que deseabas ver si tu droide había identificado el destino o el origen de esta nave.

—Está bien —aceptó Anakin. Evidentemente había algo aquí que el chiss no quería comentar. Pero el historial de la nave (y, con suerte, el paradero de Padmé) era su prioridad—. Seguro. Ya voy.

R2-D2 había encontrado algo, por cierto.

—Eh —titubeó Anakin, mientras fruncía el ceño ante la pantalla de visualización—. Cermau. Nunca oí de él.

—Ten en cuenta que conocer el destino de la nave no significa necesariamente que tu embajadora haya viajado allí —le recordó Thrawn.

—Oh, ella está allí, es seguro —replicó Anakin con una mueca—. Ella y Duja, las dos, probablemente.

—Eso parece temerario para una embajadora.

—Es temerario para cualquier otro —exclamó Anakin—. Pero ella es Padmé. Nunca se preocupa por esas cosas cuando es necesario hacer algo.

Thrawn guardó silencio por un momento.

—Suena como si fuera una persona notable —comentó—. Espero con ansias el momento de conocerla. Aun así, necesitamos saber más antes de viajar allí.

—Bien, tú quédate aquí y estudia la situación —indicó Anakin—. Es mi embajadora la que está allí. Yo voy.

—Un momento —lo contuvo Thrawn.

Molesto, Anakin se dio vuelta.

—¿Ahora qué?

Thrawn estaba mirando la pantalla de visualización de la que R2-D2 había extraído los datos planetarios de Cermau.

—Comentaste que esta información estaba almacenada en la computadora de navegación de la nave.

—Sí, por supuesto.

—Fácilmente accesible para cualquiera que la busque.

—Bueno, no *fácilmente* —explicó Anakin—. R2 tuvo que ir a fondo.

—¿Te parece razonable que los separatistas manejen datos tan importantes de esta manera?

—No esperaban que nadie, excepto ellos mismos, estuviera aquí —concluyó Anakin con paciencia.

—Tu embajadora tampoco esperaba intrusos —le recordó Thrawn—. Sin embargo, de todos modos sus mensajes estaban cifrados.

Anakin sintió un nudo en el estómago. En realidad era una idea sólida.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? —preguntó con cautela—. ¿Esto es solo un encubrimiento de los datos reales?

—Tal vez —conjeturó Thrawn—. Pregunta a tu droide si había otros archivos de navegación en la computadora.

R2-D2 silbó una negativa.

—Dice que no —tradujo Anakin.

—Entonces los datos son exactos —concluyó Thrawn—. Pero tal vez el supuesto destino no lo sea.

—¿Qué estás…? Ah —exclamó Anakin y asintió al comprenderlo—. El rumbo señala a Cermau, pero su sitio de aterrizaje real puede ser algún otro lugar.

—Exactamente —confirmó Thrawn—. ¿Cuántos sistemas habitables hay a lo largo de la ruta?

—Descubrámoslo —lo animó Anakin—. ¿R2? Despliega una lista de sistemas. Dame todo lo que tengamos sobre ellos.

Minutos después, el droide tenía los resultados: no eran prometedores.

—Once —murmuró Anakin mientras recorría con la mirada la lista de R2-D2—. ¿Y no tienes nada de *ninguno* de ellos excepto Batuu?

R2-D2 gruñó con algo de frustración mecánica propia.

—No es desesperanzador —lo tranquilizó Thrawn—. Puedes ver que los separatistas han proporcionado archivos de datos propios.

—¿Cuáles, *estos*? —Anakin exigió una respuesta, mientras disparaba un dedo hacia la pantalla de visualización—. Tienes que estar bromeando. «Batuu: hogar de ruinas ancestrales y gigantescos árboles negros petrificados». «Umme: caza de clase galáctica». «Yakorki: amplia selección de hongos silvestres comestibles». «Mokivj: diez lunas, hermosas puestas de sol». «Plood: majestuosos paisajes marinos». Es como si lo hubieran sacado de folletos de viajes.

—Entonces necesitaremos reducir la lista —indicó Thrawn.

—¿Empezando con tu prisionero de afuera?

—Dudo que sepa algo útil —dijo Thrawn—. Asegura que es simplemente un mecánico de motores.

—¿Le crees?

—Las cicatrices y marcas de quemaduras en sus manos tienden a apoyar su afirmación —explicó Thrawn—. No obstante, necesito un grupo más grande para el

interrogatorio que tengo pensado. Tal vez el drama que se está desarrollando cerca de la cantina satisfaga nuestras necesidades.

Anakin frunció el ceño.

—¿Qué drama?

—Cinco seres entraron en la cantina después de nuestra partida y sacaron al cantinero —relató Thrawn—. Al parecer, estaban esperando que recuperara la consciencia. Por su conversación, deduzco que están asociados con el grupo que encontramos en el bosque y con los cuatro que nos asaltaron en la cantina.

—Entonces *sí* llamaron a Aguja Negra para que alguien se encargara de nosotros —concluyó Anakin asintiendo.

—No es tan simple —advirtió Thrawn—. Olvidaste que su objetivo era matarte. Los cinco que se hallan ahora con el cantinero están preocupados por los propietarios de esta nave y temen que hayan descubierto a sus ladrones. También queda poco claro si tú y yo estamos asociados con los propietarios de la nave, con tu embajadora o con nadie.

—Tienes razón. Suena como si necesitáramos entablar una charla con ellos —comentó Anakin.

—En efecto —admitió Thrawn—. Una vez más, no es tan simple. El ser humano al que seguí hasta este vehículo no estaba solo.

—¿Tenía un amigo?

—Cuatro amigos —corrigió Thrawn—. Creo que incluso ahora están escuchando sin anunciarse la conversación de los contrabandistas mientras también esperan que el cantinero recupere la consciencia.

Anakin miró por el ventanal. Una nave de este tamaño… una bahía de carga de este tamaño… el que había regresado, más los cuatro que Thrawn mencionó que esperaban a que el cantinero despertara… Sí, esa podría ser muy bien la tripulación completa de la nave. Sería muy útil tener a todos los separatistas reunidos en un solo lugar.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Después de la batalla, mientras aún estabas inconsciente, tomé la precaución de poner un dispositivo de escucha en la ropa del cantinero —explicó Thrawn—. He estado siguiendo su conversación desde entonces.

Anakin sintió que una amplia sonrisa afloraba a sus labios.

—Como el cantinero todavía no despierta, todos están simplemente sentados a su alrededor mientras esperan, expresando sus preocupaciones en voz alta. Además, como nuestro sistema de interferencia de comunicaciones todavía está activo, ninguno de ellos puede hablar con nadie más… —Se interrumpió, con el ceño fruncido—. Espera un minuto. ¿Cómo estás recibiendo mensajes del cantinero si tenemos intervenidas todas las comunicaciones?

—Mi dispositivo de escucha no utiliza los métodos normales de comunicación —explicó Thrawn—. Traduce el habla a poderosas señales sonoras, en frecuencias inaudibles para cualquier especie conocida. Otro dispositivo, que coloqué en una pared cerca de la cantina, recibe las señales sonoras y las traduce, a su vez, a un patrón de luces

parpadeantes e invisibles al ojo común. La luces se reflejan en objetos cercanos (aquí, en los árboles de piedra), y un dispositivo en mi vehículo las capta y las traduce una vez más a un sonido de alta frecuencia que mi auricular convierte de nuevo en habla.

Anakin silbó como para sí mismo.

—Vaya sistema. Aunque es mucho trabajo, ¿o no?

—Lo es —afirmó Thrawn—. Sin embargo, tengo comunicación y ellos no.

—Eso no puedo discutirlo —admitió Anakin—. Muy bien. R2, permanece aquí y ve qué más encuentras. El Comandante Thrawn y yo vamos a una fiesta.

CAPÍTULO 6

Los residentes que se habían reunido más temprano para admirar el caza estelar de Anakin ya se habían retirado; unos se encontraban alrededor de los carritos callejeros para comer o beber de prisa, otros regateaban con los propietarios de varias tiendas y algunos más se dedicaban furtivamente a encargos más oscuros. Unos cuantos de los clientes que estaban sentados en el puñado de mesas dispuestas en el exterior de la cantina se quedaron mirando a Anakin y Thrawn mientras se acercaban, pero ninguno parecía inclinado a comentar o preguntar, mucho menos a interferir.

—¿Dónde están? —murmuró Anakin mientras estacionaban el speeder de superficie al otro lado de la sinuosa calle. Observó que los postigos de las ventanas de la cantina seguían cerrados—. ¿Adentro?

—Un momento. —Thrawn estiró la mano hacia la pantalla de visualización del speeder de superficie e hizo un pequeño ajuste—. Están en un interior, a unos cincuenta metros de distancia.

—Supongo que por allá —indicó Anakin mirando una entrada que llevaba a una de las muchas tiendas sucias.

Cinco hombres de expresión ruda merodeaban cerca de la puerta mientras comían algo que sostenían con las manos y que tenía aspecto de provenir de un vendedor callejero. Demasiado para el fino equipo de vigilancia de Thrawn. En ocasiones todo lo que se necesitaba era alguien con ojos y cerebro para descubrir esas cosas.

—Muy posiblemente —dijo Thrawn—. Supongo que el que está comiendo con la mano dominante es el líder.

Anakin frunció el ceño. ¿Mano dominante? ¿De qué hablaba Thrawn? Entonces lo comprendió. Los cinco tenían blásteres en el lado derecho de la cadera, pero solo uno sostenía la comida con la mano correspondiente. Los demás comían, en cambio, con la mano izquierda, lo que dejaba libre la otra mano para su arma. Los subalternos necesitaban estar listos para disparar al instante, mientras que el jefe podía ser un poco más relajado con eso.

A Anakin le pareció una conclusión exagerada, pero tal vez Thrawn estaba viendo algo más que él. Evidentemente, el diestro no parecía menos matón que los demás. Los droides integraban las principales fuerzas separatistas (y ninguno de los droides que había visto en Aguja Negra parecía tener menos de treinta años de antigüedad); lo más probable era que quien estuviera al mando de la base secreta hubiera tenido que contratar talento local para imponer su voluntad.

—El jefe y la ayuda contratada —comentó.

—Tal vez —concedió Thrawn. Estiró la mano hasta el depósito lateral del speeder y sacó un pequeño conjunto de dispositivos ópticos. Los llevó a sus ojos, hizo una pausa

momentánea y luego asintió—. Sin embargo, la ropa de todos sigue el mismo patrón y no se parece a la de quienes nos atacaron en la cantina —continuó—. Si están contratados para ayudar, comparten el mismo origen que su comandante. —Levantó un dedo—. El cantinero ha recobrado la conciencia. Observemos las acciones de los seres humanos en la calle.

La espera no fue larga. Apenas diez segundos después del anuncio de Thrawn, los cinco hombres se pusieron en movimiento, tiraron la comida y llevaron las manos a los blásteres. Uno de ellos miró a ambos lados de la calle… y se puso rígido cuando vio a Anakin y Thrawn.

—Nos han detectado —murmuró Anakin. Extrajo el sable de luz, pero lo mantuvo por debajo del nivel del parabrisas, donde quedaba fuera de la vista de los matones. Ahora los cinco los miraban subrepticiamente—. ¿Tienes un plan? —Señaló con la cabeza a un lado, hacia la túnica dañada de Thrawn—. Tú no estás exactamente en la mejor de las formas para pelear.

—Por supuesto que no —afirmó Thrawn—. ¿Estás familiarizado con una bestia conocida como reek?

Anakin se burló. La arena petranaki en Geonosis y el monstruo con cuernos que había tratado de destriparlos a él, a Padmé y a ObiWan.

—Bastante familiarizado —le aseguró al chiss con sequedad.

—Prepárate para emular a uno.

«¿Prepárate para emular a uno?». Anakin abrió la boca para preguntar a qué se refería Thrawn, cuando de pronto el speeder de superficie saltó hacia delante, acelerando por la sinuosa calle directamente hacia los cinco rufianes.

Tal vez ya habían recorrido una tercera parte de la distancia, y todos los matones habían sacado sus blásteres, cuando finalmente lo comprendió. Se puso de pie, se sujetó del parabrisas y saltó sobre él para aterrizar en la parte superior del vehículo. Se deslizó hasta el frente y metió los dedos de la mano izquierda en una ventila de entrada de aire para no caerse.

Mientras el speeder de superficie tomaba el aspecto de un reek, con un jedi como cuerno, encendió el sable de luz.

Los truhanes apenas tuvieron tiempo para abrir sus ojos con atontada incredulidad y buscaron cubrirse antes de que el speeder pasara en medio de ellos. Los dos más cercanos salieron volando mientras el vehículo los embestía, y fueron lanzados cinco metros hacia atrás. Los dos siguientes apenas se hicieron a un lado lo suficiente para evitar que les pasaran por encima.

«Doble visión: bláster que se elevará cerca, que se preparará para disparar…».

El primero de los dos, al que Thrawn había identificado como líder, se echó hacia atrás cuando el sable de luz de Anakin, que se acercaba a corta distancia, rebanó su bláster a la mitad.

«Doble visión: el matón detrás de él, que se agachará y disparará a la altura de la cintura…».

El segundo logró disparar una vez. El sable de Anakin ya estaba en posición para desviarlo hacia la pared, detrás de él.

«Doble visión: Thrawn, que frenará con fuerza y derrapará la parte trasera del speeder de superficie hacia el último matón… el matón, que saltará para apartarse del camino… el matón, que sacará un detonador térmico de su faja…».

Justo cuando Thrawn empezaba la maniobra, Anakin saltó en vertical y dio media vuelta en el aire mientras el hombre se agachaba al lado y buscaba el detonador. Su mano empezaba a emerger, frunció los labios en un gruñido… que se convirtió en jadeo cuando Anakin arrojó su sable de luz: la hoja salió girando y atravesó el detonador y la mitad de la mano del hombre. El rufián cayó al suelo y quedó desmadejado contra la pared antigua, con la cara retorcida por el dolor mientras agarraba los restos de su mano.

El speeder había frenado casi por completo cuando Anakin aterrizó de nuevo en la parte superior. Usó la Fuerza para llevar de nuevo el sable de luz a su mano, luego se puso en cuclillas para recuperar el equilibrio y giró hacia el matón que había hecho ese único disparo hacia él.

«Doble visión: disparos que vendrán al torso y a la cabeza…».

Bloqueó ambos, enviando el segundo al pecho del matón, lo que lo derribó en la calle junto a su camarada. Aún no colapsaba, cuando Thrawn ya estaba bajando del speeder de superficie y corriendo de prisa hacia los dos a los que había embestido antes.

—¿Y bien? —gritó Anakin, mientras le echaba un rápido vistazo a cada uno de los otros matones.

—Ambos están heridos e inconscientes —afirmó Thrawn—. ¿Tenemos alguno que aún pueda hablar?

—Creo que sí —respondió Anakin, mientras volteaba la mirada y su sable de luz hacia el líder. El matón también lo estaba mirando, con la mitad de la empuñadura de su bláster cortado en dos todavía en la mano—. No estoy seguro.

—En efecto —dijo Thrawn. Cruzó hacia el matón que estaba frente a Anakin y sacó su bláster mientras caminaba—. No eres un guerrero.

Con cierta demora, los ojos del hombre se desplazaron hacia el chiss.

—Yo… no, yo…

—¿Cómo te llamas? —Thrawn exigió una respuesta.

El hombre pasó saliva visiblemente.

—Oenti —respondió—. Soy inspector. Tan solo un inspector. Inspector de carga.

—No has hecho un muy buen trabajo, ¿verdad? —sugirió Anakin con tranquilidad—. Tengamos esta plática adentro, ¿podemos?

—Sí, adelante —convino Thrawn—. Esta es tu gente, general. Será mejor que nos guíes.

—No hay problema —replicó Anakin.

Apretó el brazo de Oenti con el puño y lo jaló hacia la puerta donde se había concentrado su grupo. Un doble tajo del sable en la cerradura barata y las bisagras igualmente baratas, un leve movimiento de la mano para hacer que la puerta saliera

volando hacia el interior con un crujido, y adentro le dio al matón un empujón más insistente.

El lugar en el que estaban era algún tipo de tienda, con estantes y recipientes llenos de curiosidades exóticas, falsificaciones mal hechas de objetos de arte de los Mundos Centrales y un lote de pedazos inidentificables de restos y desechos. Una cortina de damasco deslavada colgaba sobre una entrada junto al mostrador y, mientras Anakin empujaba al prisionero hacia ella, dos seres con hocicos largos la apartaron y salieron de prisa al cuarto del frente. Y se detuvieron de golpe al distinguir a los intrusos, que ya iban a medio camino hacia ellos. Uno levantó su bláster.

—No —ordenó Anakin mientras alzaba su sable de luz un poco más, sobre el hombro de Oenti.

El posible atacante dudó, concentrado brevemente en Oenti, y luego volvió a mirar a Anakin.

—¿Quién eres?

—No somos sus amigos —informó Thrawn saliendo de detrás de Anakin y dando un par de pasos al costado—. Pero no necesariamente sus enemigos. Buscamos información y creemos que pueden proporcionarla.

—O podemos matarlos a todos ustedes y obtener lo que queramos de este —Anakin ofreció otra opción, mientras, con la mano libre, jalaba la camisa de Oenti por el hombro—. Ustedes eligen.

Uno de los hocicolargo tragó saliva con un amplio y ondulado movimiento de la garganta, y bajó el arma.

—Sí —concedió, se hizo a un lado y señaló la cortina—. Pasen. Vamos a hablar.

—Sí, hablemos —replicó Anakin—. Tan solo dejen sus armas aquí.

Los dos hocicolargo se miraron entre sí. Luego, sin decir palabra, colocaron los blásteres sobre el mostrador, empujaron la cortina y desaparecieron por la entrada. Anakin y Oenti pasaron detrás de ellos.

El lugar parecía algún tipo de almacén, con cajas, estantes y más recipientes dispersos al azar. El cantinero yacía en un sofá en mal estado, con la cabeza apoyada y los ojos todavía nublados por los efectos del ataque con gas. Dos seres humanos y otro hocicolargo estaban sentados en taburetes a su alrededor, y los tres giraron mientras miraban a los recién llegados.

—¿Oenti? —Uno de ellos exigió cautelosamente una respuesta mientras los dos primeros hocicolargo rodeaban en silencio al resto del grupo y tomaban su lugar.

—Hola, Janott —saludó el prisionero de Anakin, con una nota sombría en la voz—. No te molestes en levantarte. Entonces… Janott, el cantinero amigable. Esto explica mucho.

—No se dé qué estás hablando —protestó el cantinero. Pero sus ojos de pronto estaban despiertos y en alerta.

—Oh, yo creo que sí —replicó Oenti, mientras miraba al resto del grupo—. Tus amigos están en la lista del duque, ¿sabes? Toda la pandilla lo está. ¿Te das cuenta de que me habrían disparado si él hubiera descubierto lo que estabas haciendo?

—No sé… —empezó a decir Janott de nuevo.

—Basta —ordenó Thrawn. Su voz era tranquila, pero de alguna manera cortó la discusión, que estaba subiendo de tono, como un sable de luz—. No tenemos interés en observar su situación. Permítanme ahorrarles tiempo contándoles lo que ha ocurrido. Entonces nos dirán lo que queremos saber. —Señaló a Anakin—. *Él* me dirá si están mintiendo.

Anakin se extendió en la Fuerza para percibir las sensaciones y emociones de cada uno de ellos, y luego asintió.

—Ustedes son contrabandistas —afirmó Thrawn y señaló al grupo que estaba sentado alrededor del sofá de Janott—. También son ladrones. —Miró a Oenti—. Tú eres parte del movimiento separatista, que se encuentra en guerra con la República y los sistemas leales. Tu duque ha construido una base a la que está enviando materiales y equipo. Como no quería que nadie supiera dónde se encuentra la base, recibía provisiones de varios puntos de origen y los enviaba a Batuu, donde los habitantes no se meten en las actividades de los demás. Pero no esperaba la interferencia de ladrones. —Señaló con su bláster a Janott—. Ni sabían ustedes que el propietario de su punto de transferencia elegido, la cantina, estaba coludido con esos ladrones.

—No estoy coludido con ellos —insistió Janott, que empezaba a levantarse del sofá. Anakin hizo destellar su sable de luz a un costado de Oenti y colocó la hoja como advertencia sobre el pecho del cantinero, quien cedió.

—Con tu ayuda, los ladrones sabían cuáles envíos eran los más valiosos —continuó Thrawn, sin dar importancia a la protesta—. Sin duda, los envíos llegaban con intervalos amplios, lo que les permitía tener tiempo suficiente para robar las mejores cargas y dejar en su lugar recipientes duplicados sin valor. Sentían confianza de que el ritmo relajado de los envíos demoraría la detección de los ladrones hasta el momento en que estuvieran listos para abandonar Batuu. Pero entonces otra entró en escena, y con ella llegó su caída.

—Duja —murmuró Anakin.

—En efecto —confirmó Thrawn—. Ella logró identificar uno de los envíos y seguirlo hasta Batuu. Entró en la nave de los separatistas y descubrió lo de la base, luego envió un mensaje para alertar a la República. —Señaló a Oenti—. Pero tus camaradas detectaron su intrusión y concluyeron que era una ladrona.

—Lo que hizo que empezaran a buscar a otros ladrones —continuó Anakin—. Pronto, eso los puso a todos ustedes en la mira.

—Se dieron cuenta de que corrían el peligro de que los capturaran y, por tanto, reunieron todas las ganancias que pudieron y trataron de escapar de Batuu —afirmó Thrawn—. Pero antes de que su nave llegara, el espacio de aterrizaje fue ocupado y bloqueado por otra nave. —Observó a Anakin—. La de tu embajadora.

Con un esfuerzo, Anakin contuvo su impulso. Hacer destellar su sable de luz en este momento no le haría ganar nada. Era mejor dejar que Thrawn siguiera con esto, al menos por el momento.

—¿Qué le sucedió a ella? —preguntó en voz baja, mientras miraba a los demás de uno en uno.

—No lo sabemos —contestó uno de los hocicolargo.

—Tampoco nosotros —agregó de prisa Oenti—. Ella aterrizó, fue a Aguja Negra y se retiró.

—Todo lo que sé es que entró en la cantina y escribió un poema para la mujer muerta —comentó Janott.

—Así que Duja está muerta —dijo Anakin. Esa era la dirección que había tomado la historia, pero aún causaba un gran dolor decirlo en voz alta—. ¿Quién de ustedes hizo *eso*?

—No fue ninguno de nosotros —explicó Janott y retrocedió un poco, con los ojos concentrados en la hoja del sable de luz que seguía meciéndose sobre él.

—Yo no estaba allí —afirmó Oenti con igual rapidez—. Estaba en la bodega del *Larkrer*, tratando de descubrir qué trató de robar.

—¿General? —lo invitó a intervenir Thrawn.

—Están diciendo la verdad —murmuró Anakin. Habría sido mucho más fácil si hubiera percibido culpa en alguno de ellos. En cambio, la justicia tendría que demorar.

—La suerte está de su lado —dijo Thrawn con una amenaza velada en la voz—. Pero ahora la mascarada ha terminado.

—¿Van a entregarnos a los separatistas? —quiso saber Janott, llevado por la ansiedad.

—La mayoría de ellos está en este momento afuera de su puerta —informó Thrawn—. Aunque les concedo que no se encuentran en posición de castigarlos, sino que están atrapados aquí, como el resto de ustedes.

Janott le lanzó una mirada a Anakin.

—¿De qué hablan?

—He visto ambos campos de aterrizaje en Aguja Negra y el claro a donde sus camaradas llevaron su carga —indicó Thrawn—. Mi conclusión es que la nave en que planeaban escapar es demasiado grande para aterrizar cerca sin atraer atención indeseable. Su única esperanza es apoderarse del carguero de los separatistas.

Oenti se puso tenso.

—No pueden dejar que hagan eso.

—No lo haremos —le aseguró Thrawn.

—¿Por qué no? —cuestionó Janott—. Ustedes son lealistas, ¿verdad? Escuché que todos los jedi eran lealistas.

—Pagaremos un buen precio por su nave —agregó uno de los hocicolargo.

—¡Cállate! —exclamó Oenti—. De todos modos, no la pueden tomar: si lo intentan, tenemos una escuadra completa de droides de combate listos para convertirlos en abono.

—No es así —informó Anakin—. Tienen *tres* droides, y son de servicio general, no de combate. —Elevó la cabeza—. Más bien, *tenían* tres droides.

—La nave no está en venta —informó Thrawn—. Pretendemos tomarla para nosotros mismos. —Hizo una pausa—. Para ir a la base separatista en Mokivj.

Por un solo segundo todos se le quedaron viendo. Anakin apenas tuvo tiempo para sentir el súbito surgimiento de miedo y consternación. Luego, como a una señal, todo el grupo entró en acción.

«Doble visión: Oenti, que girará y saltará; sus manos, que se cerrarán alrededor de la garganta de Anakin…».

Las manos del separatista aún estaban a treinta centímetros de su objetivo cuando Anakin usó la Fuerza para enviarlo a volar de espaldas por el lugar. Mientras Oenti pasaba junto a los demás, Janott y los tres ladrones extrajeron blásteres de sus túnicas, mientras los dos hocicolargo recuperaban armas de lugares escondidos entre las cajas.

«Doble visión: dos rayos de bláster al torso, al pecho, un rayo al pecho de Thrawn…».

Anakin atrapó los dos primeros disparos en su sable de luz e hizo que rebotaran hacia las paredes y el techo. Un rápido movimiento del puño y logró detener también el disparo dirigido a Thrawn.

«Doble visión: un rayo desde la izquierda en su caja torácica, que lo derrumbará al piso con un pulmón quemado…».

Solo que ahora, con el sable de luz extendido a un lado entre Janott y Thrawn, no había posibilidades de que pudiera regresar el arma a tiempo para bloquear el ataque.

De todos modos lo intentó, girando lo más rápido posible. Sobre el hombro vio a Oenti, que se incorporó apoyándose en su codo izquierdo y apuntó un bláster que tomó de algún lado. Surgió un chisporroteo detrás de Anakin, un rayo brillante que quemó el aire al pasar a su lado. Oenti se derrumbó en el suelo, y su disparo moribundo se enterró en el sofá de Janott.

«Doble visión: rayos que vendrán al torso de los hocicolargo…».

Esta vez, no hubo problema para desviar los disparos. Uno fue a las cajas; el otro, al tirador. Entonces todo terminó.

—¿Estás herido? —preguntó Thrawn en el silencio recién surgido.

—No —aseguró Anakin, mientras pasaba la vista por el campo de batalla.

Oenti estaba muerto. Los cinco ladrones también, derribados por los rebotes del sable de Anakin o el fuego, menos vigoroso pero adecuadamente preciso, que había sido devuelto por Thrawn. Solo Janott el cantinero seguía con vida, entre jadeos rápidos y superficiales, mientras miraba horrorizado la carnicería que lo rodeaba.

—Lo dejé vivir —continuó Thrawn, tan tranquilo como si hablara del clima—. Tal vez aún haya información que pueda darnos.

—No lo sé —titubeó Anakin, mientras veía al cantinero—. Sabemos que los separatistas están trayendo provisiones para una base en Mokivj a través de la cantina de Janott. Sabemos que el círculo de ladrones estaba robando esos embarques. —Levantó

una ceja hacia Janott—. Y ahora sabemos que el Inspector de Carga Oenti participaba en el ardid.

—¿Cómo sabemos eso? —interrogó Thrawn.

—Porque de otra manera hubiera huido hacia la puerta, ya sea para escapar o para llamar a quienes están afuera, en lugar de tratar de sujetarme el tiempo suficiente para que los ladrones echaran mano de sus blásteres —explicó Anakin—. Además porque no hubiera sabido dónde encontrar el bláster oculto que sacó si no hubiera pasado mucho tiempo aquí.

—Sí —admitió Thrawn—. Muy bien.

—Gracias —dijo con sequedad Anakin.

Reflexionó que, por lo general, se hubiera sentido irritado por las palabras condescendientes del chiss. Para su leve sorpresa sintió, en cambio, un dejo de satisfacción. Thrawn era evidentemente un tipo que se mantenía un par de pasos adelante de sus oponentes. Era agradable saber que él, Anakin, podía seguirle el ritmo.

—Entonces, la pregunta es: ¿qué puede decirnos que nos convenza de dejarlo con vida?

—Ella se fue ilesa —farfulló Janott—. La mujer, la segunda mujer. Cantó una canción para su amiga y luego se fue, ilesa y sin obstáculos.

—Su nave aún está aquí —replicó Anakin bajando la hoja del sable de luz sobre el pecho del cantinero.

—Dejó Aguja Negra, pero aterrizó en algún otro lugar —explicó Janott, las palabras tropezaban en su prisa por salir—. Luego se fue en otra nave. Una más pequeña.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Thrawn.

—La… —El cantinero tragó saliva visiblemente—. La policía. No hay muchos oficiales aquí, pero sí hay algunos. Pensaron que era una contrabandista y la persiguieron por un tiempo. Pero su nave era rápida y difícil de fijar en la mira, así que los dejó atrás.

—¿Le dispararon? —quiso saber Anakin.

—Yo no…

—¿Le dispararon a ella?

—No lo sé —respondió Janott, nuevamente encogido—. Creo que pudieron hacerlo. Pero no le causaron daño. Ella escapó. De verdad.

—¿Dice la verdad? —cuestionó Thrawn.

—Sí —confirmó Anakin, mientras miraba al cantinero.

Estaba muy bien decir que Padmé había escapado, fácilmente por la escaramuza pudo producir daños que solo descubrirían más tarde. Si su hiperdrive había sufrido algún deterioro, o su casco se había roto…

«Detente», se ordenó. Ella estaba bien. Tenía que estarlo.

—Entonces, ¿lo matamos? —preguntó a Thrawn mientras se extendía en la Fuerza. No tenía un interés particular en matar al hombre, pero en ocasiones una amenaza era suficiente para exprimir información.

Por desgracia, no pudo sentir nada en Janott que sugiriera que aún tenía a la mano fichas adicionales con las que negociar.

—No es necesario —indicó Thrawn—. El hecho de que los atacantes de la cantina fueran parte del grupo de contrabandistas, pero que el ataque fuera diseñado por quienes comprendían las tácticas y las habilidades de los jedi, sugiere que los propios separatistas persuadieron o contrataron a los contrabandistas para lanzar el asalto. A sabiendas o no.

—Ah —exclamó Anakin. Thrawn había mencionado que el ataque a la cantina no fue simple, pero ese detalle en particular no se le había ocurrido—. Así que los separatistas saben todo sobre el círculo. Y aún quedan un par de separatistas vivos (un poco dañados pero vivos) para correr la voz al resto de sus fuerzas.

—También puede haber más en cualquier lugar de Batuu —sugirió Thrawn—. Al igual que los ladrones, ahora saben que el plan de los separatistas para eliminarnos ha fallado y que muchos de sus camaradas están muertos. Dadas las circunstancias, pueden sospechar que el cantinero está coludido.

—Seguro que lo harán —estuvo de acuerdo Anakin, y contrajo su sable de luz—. Lo que añade un poco más a tu impopularidad, Janott. Si fuera tú, encontraría algún lugar agradable y tranquilo donde pudiera permanecer fuera de la vista por un rato.

—Sí —respiró Janott intensamente—. Sí, puedo hacer eso.

—Lo *harás* —ordenó Anakin.

Janott parpadeó rápidamente ante los contrabandistas muertos.

—Lo *haré* —aceptó.

—Entonces hemos terminado aquí —concluyó Thrawn—. Sigamos nuestro camino.

Cuando Anakin y Thrawn salieron de la tienda, no se había reunido ninguna multitud alrededor de los restos de la pelea callejera. En realidad, aparte de unas cuantas miradas curiosas dirigidas hacia los separatistas que recobraban lentamente la conciencia, los transeúntes parecían ignorar por completo la carnicería. Así que probablemente la muerte y la destrucción eran acontecimientos cotidianos en Aguja Negra.

—¿Realmente crees que hay más separatistas por aquí? —preguntó Anakin cuando estuvieron una vez más en el speeder de superficie, rumbo al *Larkrer*—. ¿O solo lo dijiste para asustarlo?

—Puede haber otros, aunque no más de dos o tres —aseguró Thrawn—. Puedes hacer que tu droide examine los registros de uso de oxígeno y comida durante nuestro viaje, si deseas cifras exactas.

—Veremos —dijo Anakin. Justo ahora, las cifras exactas no tenían una prioridad alta—. La pregunta es si habrá alguien tan funcional como para prevenir a los separatistas en Mokivj antes de que lleguemos allí.

—No habrá advertencias —afirmó Thrawn con confianza—. Han realizado grandes esfuerzos para ocultar esta base. Enviar advertencias a través de un servicio de mensajes privado que tal vez no hayan probado amenazaría ese secretismo.

—No solo no está probado. —Anakin movió la cabeza de un lado a otro—. No es confiable en absoluto.

—¿Cómo llegas a esa conclusión?

—Porque si Janott estaba diciendo la verdad, Padmé estuvo aquí el tiempo suficiente para enviarme un mensaje —respondió Anakin—. Tal vez más de uno. Pero nunca recibí nada. La pregunta es si podrán encontrar otra nave después de que tomemos la suya. —Miró de soslayo a Thrawn—. Vamos a llevarnos su nave, ¿verdad?

—No deseo llegar en la mía —confirmó Thrawn—. ¿Quieres llegar en la tuya?

Anakin sintió que sus labios se torcían. Aparecer en una base secreta de los separatistas en un caza Actis. Estupendo.

—Te concedo eso.

—En cuanto a que localicen otra nave, eso no será una preocupación —continuó el chiss—. Siempre y cuando se encuentren al menos a unas horas por detrás de nosotros, no representarán problema alguno.

Eso suponía, por supuesto, que él y Thrawn pudieran rastrear a Padmé con la suficiente rapidez. Anakin no estaba tan seguro de esa parte.

—No lo sé —replicó—. Tal vez debamos dedicar una hora a deshabilitar todo en el área de aterrizaje.

—Con eso solo se ganarían unas cuantas horas, cuando mucho —aseguró Thrawn—. De verdad, no te preocupes por ellos.

Anakin frunció los labios. Probablemente el chiss tenía razón. A menos que deshabilitaran todas las naves de Batuu, apenas podrían evitar que los separatistas sobrevivientes fueran tras ellos.

—Bien —empezó—. Por cierto, ¿cómo supiste que era Mokivj?

—Los datos planetarios —explicó Thrawn—. Solo los detalles de Mokivj incluían información que sería útil para la navegación entrante.

—Las diez lunas —murmuró Anakin—. Excelente. Pero ¿y si estabas equivocado?

—Los separatistas de afuera se recuperarían pronto —respondió Thrawn—. Si no lográbamos forzar una reacción en los ladrones al mencionar Mokivj, podíamos probar un sistema diferente con ellos.

—¿Querías una multitud mayor que el separatista al que capturaste porque deseabas inducirlos a que nos atacaran?

—Correcto —confirmó Thrawn—. No querrían que nos fuéramos con información tan vital, pero solo se hubieran atrevido a actuar con lo que suponían que eran probabilidades aplastantes a su favor.

Hubo un momento de silencio. Anakin miró cómo el bosque pasaba de prisa a cada lado, mientras trataba de no preocuparse por Padmé. O estaba bien o se encontraba en peligro, pero hasta que llegara a Mokivj no había nada que pudiera hacer.

—El duque al que mencionó Oenti —comentó Thrawn entre sus elucubraciones—. ¿Es el líder de los separatistas?

—No, ese es el Conde Dooku —informó Anakin—. La otra fuerza impulsora real de su milicia es el General Grievous. No tengo idea de quién podría ser este duque.

—He escuchado del Conde Dooku —expuso Thrawn—. Un jedi como tú, ¿o no?

—Un jedi caído —aclaró Anakin, un poco más cortante de lo que pretendía—. No como yo. Pero no te preocupes, lo atraparemos. Tenemos al Canciller Palpatine de nuestro lado, y algún día lo enfrentaré con Dooku y Grievous.

Thrawn se quedó callado por un momento.

—Tan solo recuerda que el objetivo en la guerra es la victoria, no la venganza.

—No te preocupes. Todos lo sabemos.

—Bien —dijo Thrawn—. Recuerda eso también en esta misión.

Anakin frunció el ceño.

—¿Qué?

—Esta ya no es simplemente la búsqueda de una embajadora perdida —explicó Thrawn—. Se ha vuelto una parte importante de tus Guerras de los Clones. Recuerda que el objetivo es la victoria.

—¿No la venganza?

—No. —Sintió los ojos de Thrawn sobre él—. Ni siquiera el rescate.

Anakin apartó la vista. ¿Ni siquiera el *rescate*? Eso era impensable. La vida de Padmé era lo más importante en la galaxia. Para él y muchos más.

—¿Me escuchas? —insistió Thrawn.

—Te escucho —contestó Anakin.

Él *no* cedería esa vida a cambio de ninguna operación separatista vaga y probablemente de poca monta en un rincón olvidado del universo.

—Estamos perdiendo el tiempo. ¿Esta cosa puede ir más rápido?

CAPÍTULO 7

La nave de Duja (Padmé nunca había sabido su nombre real, pero la señal de identificación actual la reconocía como la *Possibility*) era pequeña, estrecha y, para un observador casual, completamente inofensiva.

Pero el observador casual estaría equivocado. La nave contaba con escudos adicionales, dos cañones láser gemelos al frente y uno en popa, junto con un par de torpedos de protones de grado superior. Al ser más un caza de bolsillo que un transporte simple, había evadido a la lamentable policía de Batuu con facilidad. Desde la cápsula de escape de la cabina de mando, Padmé pensó que se estrellaría de manera espectacular.

Todavía no sabía cómo la había atrapado ese droide buitre. Se había desplazado directamente a Mokivj en cuanto llegó al sistema, luego había cruzado las amplias extensiones de llanura, matorrales y lagos a la altitud más baja a la que se había atrevido. Eso, unido al tamaño compacto de la *Possibility*, debería haberle permitido burlar cualquier cosa que patrullara el área alrededor de las coordenadas de Duja.

Evidentemente no había funcionado. El buitre la detectó, y ella no lo vio venir. Al parecer, la persecución de la policía de Batuu había dañado la nave más de lo que creía. Apenas tuvo oportunidad de elevarla lo suficiente para dar tiempo a que la cápsula de escape se desplegara antes de que la nave empezara a desintegrarse por completo.

Y ahora, mientras huía en una caída controlada hacia las colinas de abajo, observó cómo las múltiples piezas de la *Possibility* dibujaban un arco ardiente en dirección al paisaje distante. Como la propia Duja, la nave había enfrentado su desafío final y perdido. Ahora dependía de Padmé vengarlas a ambas.

Aunque eso empezaba a parecer cada vez más improbable. Los fragmentos de la *Possibility* aún estaban ardiendo y echando humo mientras recorrían los aires y ya podía ver que un puñado de droides buitres empezaba a reunirse adelante, en el horizonte. Hasta ahora no parecía que hubieran distinguido su cápsula entre el resto de los escombros, pero en cuanto los repulsores-elevadores se accionaran, probablemente distinguirían su antinatural cambio de trayectoria.

En caso de que no lo hicieran, el terreno de abajo difícilmente ofrecía esperanzas de escapatoria. La ladera estaba cubierta de rocas aserradas, hierba y amplios arbustos, sin un lugar decente donde ponerse a cubierta en varios kilómetros a la redonda. Vio un destello de luz cuando el sol se reflejó en el río que serpenteaba cuesta abajo, vio los arbustos ondulándose con la brisa que soplaba sobre la colina…

Contuvo el aliento. *El río*. Sería riesgoso, pero ahora era la única oportunidad que tenía. Echó un último vistazo a los droides buitres distantes, colocó las manos sobre los controles y se puso a trabajar.

La cápsula tenía un rango estándar de capacidades de manejo que ofrecía al pasajero la opción de decidir el sitio de aterrizaje. Pero, como con los repulsores-elevadores, al usar los propulsores se corría el riesgo de atraer la atención de los buitres. Por fortuna, el río estaba casi debajo de ella, y solo necesitó un pequeño y breve empujón en los controles para llevarla al vector apropiado. Observó el río, que cada vez estaba más cerca, tratando de identificar el punto exacto donde se minimizaran tanto el riesgo de detección por parte de los droides como las posibilidades de romperse la espalda en el impacto. Cincuenta metros… cuarenta… treinta… diez… Se preparó y presionó el control del repulsor-elevador.

La desaceleración que había programado fue más intensa que la que esperaba, y la aplastó con fuerza contra el asiento con una abrupta fuerza gravitacional múltiple. Aun así, la cápsula produjo una salpicadura impresionante al caer en el río. Luego vio por el ventanal cómo subía la altura del agua mientras la cápsula se sumergía. Apagó los repulsores-elevadores y dejó escapar un suspiro de alivio.

No estaba preparada para que los repulsores-elevadores se reactivaran solos de pronto. Tomó de nuevo los controles para forzar un apagado manual, pero no bastó. Aun sin ellos, la cápsula tenía suficiente capacidad de flotación como para empezar un lento desplazamiento de regreso a la superficie. Tal vez respondía a un diseño deliberado de seguridad, y bajo casi todas las circunstancias lo habría recibido con beneplácito. Aquí, sin embargo, una cápsula de escape que de pronto salía a flote garantizaría plenamente su captura.

Recorrió el panel con la mirada en busca de inspiración mientras trataba de encontrar algún truco para estabilizarse o un lastre que le dejara sortear el sistema de seguridad y le hiciera descender de nuevo. Pero los diseñadores de la cápsula, evidentemente, no habían anticipado esta situación en particular. Lo que le dejaba una sola opción. Apretó los dientes, miró la altura del agua en el ventanal y presionó el botón para abrir la escotilla.

Por un momento, nada sucedió. El agua seguía bajando en el ventanal a medida que la cápsula iba subiendo. Luego, con un crujido de protesta, los servomotores lograron abrir la escotilla pese a la presión exterior y, con un silbido, el agua del río comenzó a entrar a raudales en la cápsula.

Padmé jadeó cuando la corriente helada golpeó su costado y sus piernas, mucho más fría de lo que esperaba. Rápidamente se acumuló alrededor de sus pies y subió por sus pantorrillas, entumeciendo la piel debajo de sus pantalones sueltos. El lento ascenso de la cápsula se frenó, luego se detuvo; cuando la altura del agua se acercaba a las rodillas de Padmé, la cápsula empezó a hundirse de nuevo.

Volvió a presionar el control para cerrar la escotilla, mientras se preguntaba fugazmente qué sucedería si el agua había penetrado en los componentes electrónicos o incapacitado los motores. Pero la escotilla obedeció la instrucción, volviéndose a sellar y cortando el flujo de agua. Al mirar hacia arriba por el ventanal mientras la cápsula seguía hundiéndose y luego finalmente se mantenía a una altura de flotación neutra, distinguió un juego de luces en la superficie del agua.

Revisó los instrumentos. Las lecturas eran un poco ambiguas, pero parecía que la parte superior de la cápsula estaba a unos cuatro metros de profundidad. Con suerte, eso bastaría para ocultar su presencia y le permitiría flotar hasta rebasar el área de búsqueda de los separatistas.

En realidad, y con un poco más de suerte, hasta podría ir directo a la propia planta de manufactura. Casi todos los procesos industriales requerían una gran cantidad de suministro de agua y el río corría en dirección a las coordenadas de Duja.

En cualquier caso, hasta que estuviera a salvo tras superar el área de búsqueda, no había nada que pudiera hacer. Apagó todo lo que fue posible, subió los pies a una sección del tablero de control para alejarlos del agua y se acomodó para una larga espera.

El viaje se convirtió rápidamente en un ejercicio de paciencia y aburrimiento. Aun así, no careció por completo de momentos interesantes.

El primero de ellos se presentó al llegar al área de búsqueda primaria de los droides buitres. Cada vez que una de sus sombras parpadeantes bloqueaba la luz del distante sol, Padmé se tensaba mientras se preguntaba si la habrían detectado o si el droide simplemente estaba pasando por allí para dirigirse a otro encargo. Luego de dedicarse a esa actividad por un tiempo, se le ocurrió que, dado el ángulo del sol, las sombras que pasaban justo por encima pertenecían a droides que no estaban realmente sobre ella. Eso le dio un corto periodo de alivio hasta que comprendió el corolario: si uno de los droides *sí* estaba directamente por encima de ella, nunca lo sabría hasta que fuera demasiado tarde.

Pero no vio el chisporroteo de ningún fuego láser a través del agua y ninguna explosión de torpedo lanzó una onda de choque mortal hacia la superficie de la cápsula. Poco a poco, las sombras de arriba fueron menos numerosas, hasta que desaparecieron por completo.

La siguiente pequeña distracción surgió una hora después en la forma de una agitación y un arremolinamiento súbitos en lo que habría sido, de otra manera, un avance placentero del río. Lo primero que pensó fue que había llegado a una sección rocosa de aguas violentas, pero entonces distinguió unas grandes tuberías de entrada que estaban extrayendo agua del río, cerca de la orilla izquierda. Un poblado, tal vez, porque parecía que aún estaba a varios kilómetros de distancia río arriba de las coordinadas de Duja.

O tal vez no. La corriente del río apenas había recuperado su plácido fluir cuando empezó a ver unas pilas de pequeñas rocas a lo largo de la pendiente del lecho del río. Una vez más, su primera idea fue que se trataba de algo natural, tal vez la erosión o un escurrimiento causado por un terremoto. Pero a medida que las pilas continuaban a lo largo del río, se dio cuenta de que eran, en cambio, residuos de minerales de una mina, tal vez apartados por el viento o la lluvia de unos grandes montículos situados a la orilla del río. Los residuos siguieron durante casi un kilómetro antes de menguar; unos cien metros

después de pasarlos, la cápsula fue zarandeada de nuevo por otro conjunto de tuberías que regresaba aguas residuales al río. Los sensores de la cápsula indicaban que la temperatura de la afluencia era notablemente mayor que la del agua circundante, lo que volvía a indicar algún tipo de proceso de minería o refinación.

Así que, por lo visto, los separatistas tenían aquí una mina asociada de alguna manera con su fábrica. Pero ¿qué demonios estaba produciendo la mina para que tuviera sentido dedicar tiempo y dinero a hacerlo tan lejos? Ni siquiera el doonum o el quadranium eran *tan* valiosos. A menos que hubieran encontrado un depósito increíblemente abundante de uno de esos metales. En ese caso, la fábrica estaba produciendo… ¿qué?

Parecía una locura. Probablemente habría sido más fácil enviar el metal a alguna otra fábrica más segura que ya estuviera preparada para producir placas de cascos de naves o armaduras de droides. En cambio, la habían instalado aquí. A menos que Duja se hubiera equivocado y solo hubiera una mina que ella había confundido con una fábrica.

Padmé se quedó mirando las aguas turbias que se arremolinaban a su alrededor. No. Duja no se había equivocado nunca antes. No estaría equivocada ahora. Así que Padmé se armaría de paciencia, esperaría hasta alcanzar las coordenadas y entonces vería exactamente lo que su amiga había descubierto y con lo que ahora debía tratar.

El cielo sobre su cabeza se había oscurecido hasta que se hizo de noche cuando la cápsula llegó a las coordenadas de la fábrica. Ahora venía la parte difícil.

Padmé ya había guardado dos mudas de ropa adicionales, unas botas, un intercomunicador, un datapad, una vara de luz, su pistola bláster ELG-3A favorita y la más resistente arma bláster/mecanismo de ascenso de grado de seguridad S-5 en una mochila que esperaba que fuera a prueba de agua. Entonces respiró a fondo varias veces para expulsar la mayor cantidad posible de dióxido de carbono de sus pulmones y presionó de nuevo el control de la escotilla. Sin embargo, esta vez, en lugar de abrirla solo en parte, la abriría por completo.

El mecanismo de la escotilla tenía otras ideas. Se movió hasta llegar a la misma distancia a la que se había abierto antes y entonces se detuvo como si fuera incapaz de avanzar más debido a la presión exterior. Padmé lo intentó de nuevo conteniendo una repentina oleada de pánico. Si la escotilla permanecía atorada, tendría apenas unos cuantos segundos para sacar el bláster de la bolsa y disparar a las bisagras antes de ahogarse.

Por fortuna, no fue necesario llegar a eso. A medida que las agitadas aguas subían hasta su cintura, la presión en la escotilla se compensó hasta el punto en que pudo reanudar su movimiento de salida. Esperó hasta que estuvo lo suficientemente abierta, luego se agachó en el agua y maniobró para escapar de ahí. Ignorando el frío entumecedor y dejando escapar un pequeño rastro de burbujas por la comisura de la boca para asegurarse de que iba en la dirección correcta, se impulsó hacia la superficie.

Salió de pronto a una noche oscura y al bienvenido calor del aire. Por un momento flotó con la corriente, tratando de avanzar torpemente con una mano mientras tiraba de las correas de la mochila sobre su hombro y miraba a su alrededor.

El río medía unos treinta metros de ancho en este lugar, y la superficie se encontraba unos cinco metros por debajo de la parte superior de la orilla, a ambos lados. En uno de ellos, en la orilla donde las coordenadas de Duja ubicaban la fábrica, todo era oscuridad, mientras que en el otro aparecían atisbos de luces brillantes en algún lugar alejado del margen del río. Arriba, las estrellas ardían, y ocasionalmente unas nubes tenues interrumpían su luz titilante.

Por un momento miró atrás y adelante entre las dos orillas mientras decidía qué hacer. El margen iluminado probablemente llevaría a un pueblo donde podría encontrar comida, calor y ropa local. Por otra parte, que hubiera más gente también significaba una mayor probabilidad de que la ubicaran, hablaran con ella y la capturaran.

Además, no estaba aquí para buscar comodidad, sino para asegurarse de que Duja no hubiera muerto en vano. A cincuenta metros río abajo distinguió un grupo de árboles altos a lo largo de la orilla, árboles que tal vez tendrían algunas raíces largas que alcanzaran la orilla del río y que le permitirían trepar. Se dio vuelta hacia ellos y empezó a nadar, temblando tanto que los dientes le castañeaban. Durante el día había visto cuantiosos peces pasando por delante del ventanal de la cápsula, algunos tan grandes como su brazo. Con suerte, cualquier perturbación que produjera se atribuiría a uno de ellos.

Aún bajo la débil luz reflejada del pueblo que estaba detrás de ella, distinguió por lo menos una docena de raíces nudosas que entraban y salían de la tierra, retorciéndose. Se aferró a la más baja, se empujó para salir del agua y empezó a trepar.

No fue fácil. Las raíces estaban húmedas y la tierra que las rodeaba se desmoronaba al tocarla. Pero había hecho un poco de alpinismo en las montañas Gallo, y en realidad esto no era muy diferente. Llegó a la parte superior del margen del río y asomó cuidadosamente la cabeza para mirar.

A la distancia vio una construcción larga y oscura, de dos o tres pisos de alto, con torretas en las esquinas como las de los castillos. Entre ella y la edificación se extendía un pastizal y había indicios de un corte profundo en el suelo, posiblemente un arroyo o un pliegue sinclinal. No vio signos de brillo metálico que indicaran la presencia de droides, pero bajo la débil luz eso no probaba necesariamente que no estuvieran allí.

Aun así, no ganaría nada con permanecer donde estaba. Se empujó hasta trepar por completo al banco y se paró allí apartando un mechón de pelo de sus ojos. Se tomó un momento para trazar el mejor camino de aproximación y empezó a caminar hacia el edificio.

Jadeó cuando una mano salió disparada de la nada, la agarró por una de las correas de la mochila y la arrastró a un lado, hacia la protección de los árboles.

—Regresa aquí, idiota —resopló en su oído una voz brusca—. ¿Quieres que te vean?

Un segundo después, la empujó abruptamente de nuevo a la distancia de un brazo, y Padmé se encontró mirando un rostro humano sorprendido, con barba y ojos muy abiertos, que descansaba sobre un cuello grueso y un cuerpo rechoncho.

—Espera un segundo —dijo él con un gesto tan sorprendido como su voz—. *Tú* no eres Cimy.

—¿Puedes *callarte*? —sugirió una segunda voz, a volumen bajo, desde las profundidades de la arboleda—. ¿Quieres que te oigan?

—Creo que ya lo hicieron —explicó el hombre mientras se daba vuelta hacia la voz. El movimiento arrastró a Padmé con él—. Miren: encontré a un espía.

—No soy un espía —protestó Padmé—. Ay, eso duele.

—¿Qué?

—Tus nudillos —explicó, con una mueca—. Están hundiéndose en mi hombro.

—Ah. —Al instante, el hombre la soltó—. Lo siento.

—¿Con quién hablas? —se escuchó que decía la segunda voz. Se oyó un crujido entre los arbustos que rodeaban a los árboles y apareció un segundo hombre, este más alto y menos robusto, pero con una barba más impresionante—. Guau. ¿Quién escarchas es *esta*?

—Pensé que era Cimy —explicó el primer hombre, con tono de disculpa—. Él…

—*Ella*, idiota.

—¿Qué? —El primer hombre miró más atentamente a Padmé—. Ah, cierto. Ella. Disculpa. En todo caso, ella estaba saliendo al descubierto y pensé que era Cimy.

—¿Quién pensabas que era yo? —lo interrumpió un tercer hombre, quedando a la vista. Era de estatura más baja que los demás, sin barba, pero con un bigote delgado.

Pese a la débil luz de las estrellas, Padmé vio que él y el segundo hombre tenían un fuerte parecido familiar. ¿Hermanos?

—Pensé que ella eras tú —informó con paciencia el primer hombre—, así que la jalé para que no la vieran. —Hizo una pausa y se dio vuelta hacia Padmé—. Estás mojada. —Frunció el ceño mientras la veía de arriba abajo—. ¿Estabas en el río?

—Tan solo salí a nadar —respondió mientras trataba de evitar que sus dientes castañearan.

El aire, que se sentía caliente en comparación con el agua del río, empezaba a darle escalofríos de nuevo. La brisa constante, ahora que había salido del abrigo de los márgenes del río, tampoco le ayudaba.

—¿A *nadar*? —se burló el segundo hombre—. Sí, claro.

—Bueno, de acuerdo, no estaba nadando —confesó Padmé. Cimy sostenía algo que parecía una caña de pescar—. Salí a pescar y mi lancha se hundió.

—¿Estás loca? —exclamó Cimy—. Ya es suficientemente malo salir de noche, para empezar, pero ¿en una *lancha*? Seguro que los zopis te hubieran atrapado.

—Supongo —concedió Padmé—. Debe de ser mucho más seguro aquí arriba, en los árboles.

—Por eso estamos aquí y no en otro lugar —explicó el primer hombre. La miró de nuevo. Luego, para sorpresa de Padmé, se quitó la chamarra y se la echó por encima de los hombros—. Ten… Parece que tienes frío. Me llamo LebJau, por cierto. Él es Huga y su hermano Cimy…

—LebJau, ¿estás *loco*? —lo interrumpió Huga violentamente—. No sabemos nada de ella.

—Está mojada, tiene frío y estaba pescando —enumeró LebJau—. ¿Qué más necesitamos saber?

—Empecemos con quién escarchas es y qué escarchas está haciendo aquí —replicó Huga—. No estaba pescando, escarchado idiota.

—Espera un minuto —intervino Cimy, cuya voz empezaba a temblar—. Esta mañana… ¿Recuerdan cuando los zopis despegaron y se dirigieron río arriba?

—Oh, *krink* —murmuró Huga—. LebJau tenía razón: *es* una espía. Solo que no de los cabeza de metal. ¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí?

—No es nada que les importe —contestó Padmé mientras trataba de pensar.

Sus blásters aún se encontraban en la mochila y, ahora que había despertado las sospechas de sus captores, de ninguna manera podría echar mano a un arma sin que la detuvieran antes. Además, difícilmente podría justificar el hecho de disparar a un grupo de habitantes locales inofensivos.

—Si me dejan ir, les prometo que nunca me volverán a ver.

—¿Y si los cabeza de metal te encuentran? —preguntó Cimy—. ¿Eh? ¿Y si te rastrean por el río y llegan hasta nosotros?

—Hey, no es un gran problema —sugirió LebJau, con tono confundido—. Podemos encontrar algún otro lugar donde pescar.

—¿Te puedes *callar*? —gruñó Huga.

—No es la pesca, LebJau —explicó Cimy con paciencia—. Es si los cabeza de metal se pondrán locos con nosotros por dejarla ir.

—Bueno, hay una manera rápida de arreglar *eso* —mencionó Huga—. Agárrale los brazos. Guardaremos nuestro equipo aquí para después y la entregaremos.

—No, espera —pidió Padmé rápidamente—. No querrán hacer eso.

—¿Por qué no? —quiso saber Huga—. Tal vez hasta haya alguna recompensa económica.

Allí estaba: el gancho que necesitaba.

—¿Eso es lo que quieren? —inquirió Padmé—. ¿Dinero?

—¿No es lo que quieren todos? —replicó Huga—. Seguro como la escarcha que el duque no paga mucho.

—Supongo que no —convino Padmé mientras se preguntaba quién sería el duque. ¿Otro habitante local o uno de los separatistas?—. Permítanme mostrarles algo. —Metió la mano bajo su blusa y sacó su collar—. Esta es una joya de Coruscant —explicó, abrió la cadena y se la tendió a Huga—. Se usa como dinero en algunos lugares de la galaxia.

—No, aquí no —explicó Huga, pero su voz había cambiado de tono al mirar la joya.

—Vale un montón de dinero en cualquier lugar —informó Padmé—. Mucho más de lo que el duque les daría por entregarme. En caso de que les dé algo.

—No hay problema —concluyó Huga y se encogió de hombros—. Podemos quedarnos con esto *y* entregarte.

—No están viendo el cuadro completo —lo regañó Padmé—. Solo traigo una joya conmigo. Pero el hecho de que tenga una significa que soy rica. Y mi familia es rica. ¿Entonces…?

Por un segundo intercambiaron miradas entre ellos. Huga lo comprendió primero.

—¿Quieres decir que… te retengamos por un *rescate*?

—¿Por qué no? —sugirió Padmé—. Ustedes quieren dinero. Yo no quiero que me entreguen al duque ni a los cabeza de metal. Esta es una manera de tener a todos felices.

—Claro, pero… —dijo Huga indeciso—… se supone que no deberías ofrecerte *voluntariamente* para que te secuestremos, ¿cierto?

—Difícilmente me estoy ofreciendo de esa manera —respondió Padmé—. Ya me tienen, ¿o no?

—Sí, pero…

—Si los hace sentir mejor, pueden pensar en el dinero como una renta —sugirió—. Pueden retenerme hasta que alguien de mi familia llegue aquí con el dinero y entonces seguiremos caminos separados. ¿Hacemos el trato?

Una vez más, los tres intercambiaron miradas.

—¿Qué piensan? —preguntó Huga.

—No lo sé —respondió Cimy mirándola furtivamente—. No podemos llevarla dentro: los cabeza de metal conocen a todos los que se supone que viven allí. Además, ella habla de un modo raro.

—Podemos ponerla en el barco —sugirió LebJau—. Nadie va allí, y podemos sacarle comida por la puerta trasera.

—Esperen un minuto —gruñó Huga—. ¿Comida? En todo caso, ¿cuánto tiempo va a durar esto?

—No más de una semana o dos, cuando mucho —les aseguró Padmé—. Tan solo el tiempo suficiente para enviar un mensaje a mi tío Anakin. Él traerá el dinero y ustedes habrán terminado conmigo.

—No lo sé —dudó Huga—. Una semana es muchísimo tiempo. ¿Y si la encuentran?

—No lo harán —prometió LebJau—. Yo haré todos los encargos: ellos no me prestan mucha atención. Tú y Cimy tan solo sigan trabajando como es debido y yo haré los encargos.

—¿También le vas a dar virutas de madera para dormir? —gruñó Huga—. No es una mascota, ¿sabes? Si se va, o si la capturan, quedaremos escarchados.

—No lo hará. —LebJau miró a Padmé—. No lo harás, ¿verdad? Huir.

—No, hasta que llegue mi tío y ustedes tengan su rescate —afirmó Padmé—. Lo prometo.

—Dice que no huirá —recalcó LebJau, mientras volteaba hacia los demás.

—No lo sé —volvió a dudar Huga, pero seguía acariciando con suavidad la joya entre sus dedos.

—No tienen nada que perder —señaló Padmé—. Si huyo, aún conservarán la joya, ¿recuerdan?

—Está bien —cedió Huga. Ella se dio cuenta de que aún abrigaba recelo. Pero por el momento, la codicia le estaba ganando al miedo—. ¿Cómo nos ponemos en contacto con este tío tuyo?

—Tengo un contrato con un servicio de mensajes independiente en la región —indicó Padmé—. Sistemas Interstel. Puedo… ¿qué pasa? —se interrumpió al ver que la expresión de los tres rostros cambiaba.

—Nada —explicó LebJau—. Es solo que escuchamos el otro día que la tríada de comunicaciones de Interstel está caída.

—Alguien se estaba quejando de tener que entregar personalmente los mensajes en Plood o Batuu —agregó Cimy—. Una piedrita en el zapato.

—¿De verdad? —susurró Padmé, cuyos labios de pronto se pusieron rígidos—. ¿Qué están haciendo sobre eso?

—Tal vez solo estén reteniendo los mensajes hasta que tengan los suficientes para que valga la pena viajar a Plood y subirlos en la tríada de allí —supuso Cimy—. Es lo que suelen hacer.

—Ya veo —murmuró Padmé. Qué conveniente que el sistema dejara de funcionar justo cuando lo necesitaba.

¿Alguien habría visto los mensajes que envió Duja a Coruscant y destrozó la tríada para evitar que se filtrara algo más? En ese caso, ¿eso significaba que ninguno de sus mensajes había llegado a Anakin? Porque eso sería un desastre. La nave de Padmé tenía copias de todos sus mensajes, pero, suponiendo que él pudiera encontrarla, todos esos registros estaban cifrados con el código automático del Senado.

Irguió los hombros. ¿Así que Interstel necesitaba un enorme montón de mensaje antes de que pudiera hacer algo? Bien. Con todo gusto los complacería.

—¿Tienen alguna idea del número mágico que hará que envíen una nave a Plood? —preguntó.

Huga se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Dos centenares, tal vez. No hay mucho tráfico aquí.

—Bien —dijo Padmé—. Enviaremos quinientos.

Huga quedó boquiabierto.

—¿Quinientos?

—Espero que eso llame su atención —indicó Padmé—. Además de la del tío Anakin. Elaboraré un mensaje en cuanto me instale. Ah, y me llamo Padmé. Gusto en conocerlos.

—Claro —contestó Huga, todavía con tono poco decidido—. Seguro. Bueno… vamos. Cuidado con las raíces.

El hombre se internó aún más en el bosquecillo. Cimy iba a su lado, Padmé y LebJau detrás de ellos. Habían recorrido unos diez metros cuando LebJau tomó con su mano del brazo a Padmé gentilmente.

—Con cuidado —murmuró—. Aquí baja.

Padmé asintió: ya había visto que la cabeza de Huga descendía cuando él y Cimy bajaron por una pendiente muy inclinada. Mientras los seguían, vio que el desfiladero tenía casi cinco metros de profundidad y que el extremo se hundía en el río. Por su aspecto, era el lecho de un arroyo seco, quizá parte de un tributario estacional y casi seguramente el corte en el terreno que había observado antes de que LebJau la agarrara. Huga dio la espalda al río, que fluía más allá del extremo, y empezó a caminar por el barranco.

El desfiladero era tan profundo que el edificio de los separatistas quedaba casi fuera de la vista mientras avanzaban por el terreno rocoso. Pero había lugares donde otros cortes intersecaban el suyo y, al pasar por esos lugares, Padmé podía atisbar su destino.

Su primera impresión había sido que el sitio era como un castillo. Ahora se daba cuenta de que eso no era muy preciso. Lo que había tomado por torretas en las esquinas eran en realidad unas estrechas formas piramidales con anclajes verticales para los droides buitres, sitios de los que podían colgar y reabastecerse de combustible, pero desde donde podrían lanzarse a la acción en instantes sin necesidad de tener que salir de un hangar. El resto del edificio era bajo y ancho. No medía más de quince metros de alto, pero tenía casi medio kilómetro de ancho y por lo menos lo mismo de largo.

—Solía ser una fábrica de usos múltiples —explicó LebJau señalando el edificio con la barbilla—. Con grandes generadores de electricidad en el patio central, y un montón de talleres y fábricas de cien por cien metros bajo el mismo techo.

—Todos tenían ventanas, y la luz del sol entraba por ambos lados —añadió Cimy con nostalgia—. Por supuesto, un lado también era algo ruidoso, por los generadores, pero al menos había luz.

—Correcto —lo apoyó LebJau—. Hasta que llegaron el duque y los cabeza de metal, echaron a todos y se apoderaron de ella.

—¿Alguna idea de qué están haciendo aquí? —interrogó Padmé.

—No es asunto de ninguno de nosotros —gruñó Huga por encima de su hombro.

—*Solía* ser asunto de nosotros —replicó LebJau con amargura—. Trabajábamos en una de las fábricas de artículos electrónicos. Ahora nos tienen en mantenimiento.

—Hey, por lo menos tenemos trabajo —replicó Huga—. No todos fueron contratados de nuevo, ¿sabes?

—¿Qué tipo de mantenimiento? —preguntó Padmé con el ceño fruncido. El mantenimiento de las instalaciones de los separatistas solía ser un trabajo para droides.

—Sobre todo, limpieza —informó LebJau—. Barremos y sacamos cualquier basura.

—Ah —exclamó Padmé—. Supongo que todo el trabajo de tecnología lo hacen otros droides.

—No, para eso recontrataron a algunos —informó Cimy—. Especialistas en materiales: tipos que hacen nuevos plastoides, cerámicas y esas cosas, y un montón de ingenieros para rehacer algunas de las líneas de ensamble.

—Tomó alrededor de dos meses hacerlo, además —indicó Huga—. Tiraron gran parte del techo del ala este: toda esa cosa ocupa casi la mitad del espacio de los dos pisos inferiores.

—¿Han visto la línea, pero no saben lo que están haciendo? —sondeó Padmé.

—Nunca he visto ninguno de los productos terminados —comentó LebJau—. Cierran todo antes de que el personal de limpieza entre y colocan el trabajo del día detrás de unas cortinas.

—Pero *sí* tienen droides, ¿verdad? —averiguó Padmé.

—¿Los cabeza de metal? Claro —confirmó LebJau—. Sobre todo, un montón de cosas largas y delgadas que caminan por ahí apuntándonos con sus armas. Los demás son nuestra gente, o los dos supervisores que trabajan con el duque.

—Son otro hombre y una mujer —puntualizó Cimy.

—Así es —dijo LebJau—. No creo que los cabeza de metal puedan manejar las máquinas y el trabajo de programación.

Padmé asintió.

—Supongo que no.

Solo que ella sabía que los separatistas *sí* poseían droides que podían hacer eso. Estaban especializados, eran muy costosos, y Dooku y Grievous no tenían muchos. Aun así, resultaban funcionales y capaces, y no necesitaban habitantes locales a los que alimentar. Algo más que necesitaba investigar una vez que entrara a la fábrica.

—¿Quién es este duque? ¿Qué aspecto tiene?

—Nunca se le ha visto —respondió Cimy—. Sus supervisores o los cabeza de metal nos dan órdenes.

—También solía haber más hombres y mujeres —explicó LebJau—. Muchos más. Estuvieron allí durante la instalación y casi un mes después. Aterrizaban y salían muchos vuelos del patio, y llegaban muchas cosas de la mina. Luego la mayoría recogió sus pertenencias y se fue, y desde entonces está muy tranquilo.

—Tal vez terminaron con toda la investigación y el desarrollo y ahora solo se dedican a producción —aventuró Cimy.

—Ah —susurró Padmé—. ¿Qué traen de la mina? ¿Una especie de metal pesado y gris?

—Ni idea —respondió LebJau y se encogió de hombros—. La mina nunca fue nuestra: pertenecía a algún otro grupo que tenía a su propia gente trabajando en ella. No nos dejaron entrar nunca. Luego llegó el duque y los ahuyentó, supongo, porque todos se fueron hace unos meses y no han regresado.

—Sin embargo, llevó a un montón de gente del pueblo para que trabajara en ella, así que eso es bueno —añadió Cimy—. Pero los cabeza de metal los vigilan bien, y han

dispuesto sus propias barracas en los terrenos, así que no escuchamos mucho de ellos. Pero el duque los sigue manteniendo ocupados.

—Ya veo —murmuró Padmé. Si estuvieran trayendo doonium o quadranium tendría sentido mantener una seguridad hermética alrededor de la mina.

Entonces, ¿por qué el éxodo en masa de personal? A pesar de que aquello que estuvieran construyendo aquí pudiera estar en realidad completamente automatizado, ¿no deberían tener algo más que unas cuantas personas para supervisar las cosas? Tal vez no era un proyecto tan grande o tan importante como Duja había pensado. O tal vez era un secreto tan oscuro y mortífero que Dooku quería que el mínimo posible de personas lo conociera. Lo que también explicaría por qué usaban técnicos locales para vigilar el proceso en lugar de droides de programación. No solo sería muy notoria la ausencia de droides altamente especializados en la guerra, sino que tendrían que borrar sus memorias y reinstalar su programación después de eso, lo que sería costoso y consumiría tiempo.

—Dijeron algo acerca de un barco —comentó ella—. ¿No vamos en dirección contraria para algo así?

Huga se rio al tiempo que resoplaba.

—Solo si esperas un barco *real*.

—El barco es el bebé de LebJau —añadió Cimy—. O tal vez *cachivache* sea una mejor palabra.

Padmé miró a LebJau. El hombre grande miraba adelante, con los labios muy apretados.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella.

—Se imaginó que podía construir un barco aquí, en el barranco de Kivley —explicó Cimy mientras hacía un ademán para señalar los alrededores—. Cerca de la fábrica, para poder recoger chatarra y tal vez pedir prestadas herramientas cuando las necesitara. Se imaginó que cuando cayera la lluvia de primavera y el barranco se inundara, esa cosa flotaría hasta el río y que él estaría sentado allí. —Señaló hacia adelante—. Solo que entonces el duque y los cabeza de metal aparecieron, nos cambiaron a mantenimiento y ya no puede salir.

—Así que ahora esa cosa tan solo está varada allí —intervino Huga—. A kilómetros del pueblo y de cualquier otro lugar, y es demasiado grande para moverlo.

—Y muy lejos de terminarse —puntualizó Cimy—. Así que cuando llegue la lluvia, el agua tan solo se escurrirá por él y lo dejará allí.

—Qué mal está eso —dijo Padmé—. ¿Cuánto falta para las lluvias?

—Dos meses —informó Cimy—. Tal vez tres.

—Ah.

De modo que si ella y Anakin lograban traer a la República a este lugar con la suficiente rapidez, LebJau aún podría terminar su barco a tiempo. Frunció el ceño al comprender súbitamente algo que él había dicho.

—Creo que dijeron que no les permitían salir.

—No nos dejan —afirmó Cimy de manera casual—. Pero no nos dan comida suficiente, y casi todo lo que tenemos son cosas empacadas que saben a aserrín. Así que nos escabullimos cada vez que podemos para atrapar algún pez.

—Salimos por la puerta que siempre usaba para llegar a mi barco —añadió LebJau—. Había un camino, antes de que vinieran los cabeza de metal, pero una de las inundaciones de primavera se lo llevó por delante y ya no se preocuparon de reemplazarlo. Así que ahora no se usa.

—Tan solo necesitas saber cómo eludir a los zopis cuando están patrullando —dijo Huga—. Una vez que estamos afuera del perímetro, ya no suelen preocuparse por nosotros. Mucha gente del pueblo sale a cazar de noche y supongo que se cansaron de detener a todos para descubrir quiénes eran.

—Ah —susurró Padmé. Ahora habían llegado tan cerca de la fortaleza que el borde superior estaba a la vista aun desde el fondo del barranco—. ¿Qué tan lejos de la pared se extiende el perímetro?

—Tú dime —indicó Huga—. Ya estamos dentro.

Padmé pasó saliva con dificultad: por la manera en que las estrellas se habían opacado de pronto, también estaban bajo la sombrilla de un campo de energía. Aterrador.

—¿Cuánto falta? —Bajó aún más la voz.

—No mucho —informó Huga—. ¿Por qué? ¿Te estás cansando?

—Un poco —respondió ella—. También tengo frío.

—Ya casi llegamos —dijo LebJau. Señaló con un dedo sobre el hombro de Padmé—. Allí está, justo antes de la curva. ¿Lo ves?

—Sí —confirmó Padmé.

A la distancia, parecía menos un barco que una pila de chatarra que llenaba el barranco. Más de cerca, en seguida descubrió que tenía exactamente ese mismo aspecto.

—¿Qué te parece? —preguntó LebJau mientras la ayudaba a pasar por encima de un barandal y la conducía a una cabina de timón de techo bajo en medio de una cubierta a medio terminar.

—Interesante diseño —comentó ella con su mejor voz de diplomática.

En realidad, la cosa era lo más burdo y menos profesional que había visto en su vida. Parecía que la habían construido con la chatarra de una o más de las fábricas, sobre todo de metal, pero con algunas secciones de cerámica y plastoide lanzadas al azar. No había manera de que flotara por el barranco sin hundirse. En todo caso, no hubiera sobrevivido siquiera a una ola demasiado grande.

—Gracias. —LebJau se adelantó para ir a la cabina y abrió la puerta con orgullo—. Puedes quedarte aquí abajo.

La cabina del timón era más grande de lo que parecía, y se extendía por debajo de la cubierta lo suficiente para que, al menos, pudiera permanecer de pie sin golpearse la cabeza. Bajó tres escalones detrás de LebJau (uno de ellos se dobló bajo su peso), hasta una cornisa de plastoide que tal vez algún día sería una litera.

—No hay una cama de verdad —se disculpó él mientras sacudía algunas virutas de metal de la cornisa—. Lo siento. Mañana trataré de encontrar algo.

—Está bien —le aseguró Padmé, mientras le regresaba su chamarra—. He estado en peores lugares.

—¿Cuándo vas a enviar tus mensajes? —interrogó Huga—. Los quinientos que dijiste que enviarías al tío Anakin.

—Los escribiré cuanto antes —prometió Padmé. Se sentó en la cornisa, se quitó la mochila de los hombros y sacó su datapad—. ¿Cómo los harán llegar a Interstel?

—Haremos que Grubs o alguien más los lleve al pueblo —respondió Huga—. Alguien allí puede transmitirlos a la oficina de Interstel en Yovbridge.

—Con suerte, quinientos serán suficientes para lograr que saquen su nave —añadió Cimy.

—Con suerte —repitió Padmé—. Hasta entonces, tienen mi collar como garantía de mi buena conducta.

Quince minutos después se habían ido. Cimy, con la tarjeta de datos con los mensajes y su número de cuenta; Huga, con la gema corusca, y LebJau con la promesa de regresar la tarde siguiente con comida y ropa de cama. Luego, una vez más, Padmé se quedó sola. A la sombra de una fábrica separatista.

«He estado en peores lugares», le había dicho a LebJau. Pero en casi todas esas ocasiones al menos *alguien* había sabido dónde se encontraba.

Respiró hondo y sacó una barra de comida de la mochila. Sabía que preocuparse no la llevaría a nada. Lo que necesitaba ahora era comida, sueño y un plan. Las primeras dos cosas eran muy simples. Esperaba que la tercera se presentara con el tiempo.

Una vez que Anakin estuviera ahí, los dos descubrirían qué tramaban los separatistas. Lo descubrirían y le pondrían un alto.

CAPÍTULO 8

—Nos están rodeando —advirtió Vader mientras observaba la barra.

En el latón decorativo se reflejaban las imágenes distorsionadas de los diez darshis, que se movían en silencio detrás de él y Thrawn en posición de ataque por los flancos. Una maniobra simple pero bien ejecutada. Durante las Guerras de los Clones, los jedi habían visto muchos ataques de las fuerzas separatistas. Los que protagonizaba la actual epidemia de grupos rebeldes, que solo generaban ruido, eran mucho menos profesionales. Eran grupos rebeldes como el de Atollon, cuya destrucción fue encomendada a Thrawn. El chiss también había tratado de rodearlos, como lo estaban intentando los darshis aquí en la cantina. Thrawn había fallado en su intento, como los darshis iban a fallar en el suyo.

Thrawn no respondió. ¿Todavía desaprobaba la decisión de Vader de lanzar a la Primera Legión contra las naves entrantes que se encontraban sobre Batuu? El gran almirante no estaba en posición de criticar. Había tenido al grupo Phoenix en un cuello de botella, en el espacio *y* en la superficie, y aun así unas cuantas naves lograron atravesar pese al bloqueo.

Aquí, Vader no tenía esos mismos recursos, lo que significaba que algunas de las naves que estaban sobre Batuu inevitablemente escaparían. Pero sí se encargaría del enorme carguero, al que había enviado a la Primera Legión. Le mostraría a Thrawn cómo se hacían las cosas.

—¿Escuchó eso? —murmuró Thrawn.

—¿Qué? —preguntó Vader mientras seguía observando los movimientos en el latón.

—Su código de chasquidos —murmuró Thrawn—. ¿Lo escucha?

Vader frunció el ceño. Sí, ahora podía escuchar el débil chasquido de la lengua. Era extraño que no lo percibiera antes.

—¿Puede interpretarlo?

—Los detalles específicos, no —indicó Thrawn—. Pero casi todos siguen patrones similares. La cantidad y frecuencia de los chasquidos indica que casi están listos para lanzar el ataque. Recuerde que deseamos tener prisioneros para interrogarlos.

Vader fulminó con la mirada las imágenes en el barandal. Lo más probable era que se tratara de simples blásters bajo contrato. Era mejor eliminarlos y permitir que Kimmund se encargara de la tarea de buscar prisioneros.

—¿Espera que sean igualmente corteses?

—Al principio, sí, lo serán —indicó Thrawn.

Esa no era la respuesta que Vader había esperado.

—¿Por qué motivo?

—Interrogatorio —explicó Thrawn—. Desearán saber lo que sé de ellos. —Miró de reojo a Vader—. Aunque tal vez no le ofrezcan la misma cortesía a usted.

El chiss se tenía un alto aprecio, eso era seguro.

—Entonces, quedarán sorprendidos.

—Así será, por supuesto. —Se escuchó el suave zumbido del bastón de combate de Thrawn cuando lo sacó de su funda—. Una vez que hayan perdido a algunos de sus compinches, probablemente abandonarán cualquier esperanza de tomar vivo a uno de nosotros.

Vader asintió para sí mismo. Cuando llegaran a ese momento, ni siquiera Thrawn se quejaría por dejar los cuerpos de sus oponentes dispersos por el piso de la cantina.

—Entonces su sorpresa tendrá corta vida.

—Primero trataremos de inhabilitarlos sin matarlos —indicó Thrawn, con un énfasis que sugería que era una orden.

No era que Vader estuviera de humor para aceptar esas instrucciones, sobre todo en esas circunstancias. Por fortuna para Thrawn, había presentado el objetivo con más sutileza que esa.

«Sutileza». En un Imperio lleno de hombres como Tarkin, tal vez eso era lo que al Emperador le resultaba más útil de este chiss.

Thrawn se había negado a enviar al *Chimaera* contra las naves desconocidas sobre la base de que sería ventajoso mantener oculta la extensión plena del poder de los imperiales. ¿Ahora quería lanzar golpes no letales para sugerir que carecía del poder o la fortaleza mental para matar? Muy bien. Sutileza era un juego que Vader también podía jugar, si lo decidía.

Justo en ese instante captó un parpadeo a través de la Fuerza, mientras los darshis se lanzaban al ataque.

Se dio vuelta mientras extraía el sable de luz del cinturón. Tres de los alienígenas estaban abalanzándose sobre Thrawn, con sus propios bastones de combate en las manos, mientras cuatro más cargaban contra Vader con armas idénticas.

Lo interesante era que los cuchillos permanecían en sus vainas. Al parecer, *sí* habían pensado tomar vivas a sus presas. Aun así, no lo estaban haciendo a lo tonto. De pie, muy por detrás del campo de batalla, solo visibles de manera intermitente mientras el resto de los clientes hacía una rápida retirada y pasaban junto a ellos hacia la puerta, había otros tres darshis, con los blásters afuera y preparados. Vader y Thrawn habrían de quedar como prisioneros o (al parecer, eso era lo que pensaban) no quedarían vivos en absoluto.

Los atacantes iban a sufrir una gran decepción. Thrawn ya se había dado vuelta para enfrentar a los suyos; en la mano libre, tenía una botella de ron que había tomado de detrás de la barra. Pero en lugar de lanzarla, la giró dos veces en su mano e hizo que apuntara al atacante más cercano. Entonces golpeó el cuello de cristal con su bastón, despedazándolo. Cuando el líquido recién agitado salió expulsado de los límites de la botella, Thrawn lanzó el chorro contra los rostros de los tres atacantes.

En el momento en que el alcohol entró por los ojos desprotegidos, detuvieron su avance de golpe en medio de jadeos y rugidos. Thrawn arrojó la botella, ahora medio vacía, hacia los atacantes de Vader; luego se metió en medio de su propio grupo, lanzando bastonazos con precisión experta contra brazos, piernas y costillas, incapacitando sin matar.

El grupo de Vader había visto la jugada de Thrawn y tuvo tiempo para recuperarse del ataque sorpresa. Cuando la botella se dirigió hacia ellos, el darshi más cercano la apartó con un movimiento de su propio bastón. Se dio vuelta de nuevo hacia Vader.

«Doble visión: el darshi que amagará a la izquierda, luego tratará de golpear con su bastón desde la derecha…».

El atacante retrocedió, retorciéndose por el impacto, luego de que Vader le diera un fuerte golpe en un lado de la cabeza con la empuñadura del sable de luz. No con la hoja, solo la empuñadura. Si Thrawn podía hacer frente a tres oponentes tan solo con un bastón, también podría Vader.

«Doble visión: bastón que será dirigido a su casco…».

Vader desplazó el sable de luz por el aire, con lo que desvió el ataque; luego lanzó un golpe fuerte y rápido contra el centro del pecho del alienígena.

«Doble visión: golpes rápidos contra el casco y el antebrazo derecho de los dos darshis restantes…».

Un completo desperdicio de su tiempo, por supuesto, el uso de bastones de combate contra armadura corporal. Pero Vader permitió el ataque, dejando que los golpes aterrizaran sin efecto, atrayéndolos para que avanzaran hacia el rango del contrataque. Dos golpes rápidos al frente con el sable de luz y se unieron a sus compañeros en el piso.

«Doble visión: rayo que vendrá al hombro derecho…».

Miró a los tres refuerzos, que movían sus blásters hacia él. Levantó la mano izquierda y atrapó el rayo en la palma. Sintió un breve aumento del calor cuando la energía se expandió por el guante de la armadura.

«Doble visión: rayos que vendrán al pecho, al casco…».

Se dejó llevar por la Fuerza para desviar los blásters de los atacantes un par de grados a los lados, apenas lo suficiente para arruinarles la puntería. Tal vez ni siquiera sabrían nunca lo que había sucedido. Caminó hacia ellos sintiendo cómo ondeaba su capa detrás de él.

«Doble visión: rayos de bláster que vendrán al pecho, a la cabeza, al pecho…».

Una vez más, bloqueó uno y se extendió en la Fuerza para desviar los otros dos. Levantó una mesa cercana y, mientras mantenía la mano en ella como si solo usara poder muscular, recurrió a la Fuerza para arrojarla en medio de la cantina.

Uno de ellos tuvo la rapidez suficiente para apartarse del camino. Los otros dos no fueron tan veloces ni tuvieron tanta suerte, y cayeron entre gruñidos de dolor y el estrépito de la mesa de madera contra el piso del mismo material. El que seguía de pie ya había recibido bastante.

«Doble visión: rayo de bláster a la cabeza…».

Vader volvió a dar vuelta al arma para enviar el rayo al lado mientras el darshi se lanzaba en una carrera loca hacia la puerta. Corrió detrás de él mientras trataba de decidir si lo tiraba justo allí o lo dejaba salir para saber en qué tipo de vehículo había llegado. Se decidió por la última opción. El darshi llegó a la puerta y la jaló para abrirla…

«Sensación que surgirá… ondulación y arremolinamiento de la Fuerza… algo o alguien que aparecerá cerca… sorpresa… confusión… doble visión… segunda visión que solo traerá oscuridad…».

Vader sintió que su marcha desfallecía. Era la perturbación en la Fuerza que el Emperador había percibido desde Coruscant. No podía ser nada más. Pero ahora, en marcado contraste con los primeros intentos de Vader por percibir la anomalía, de pronto estaba allí, frente a él, inundando por completo su mente.

«Remolinos en la Fuerza… sorpresa… confusión… oscuridad… ansiedad…».

Solo que ¿qué era? A pesar de toda la intensidad de la conciencia, la sensación era vaga y desenfocada. No podía saber si se trataba de una persona, un grupo o algo más. Tal vez algo completamente desconocido en la historia de los jedi o los sith.

Justo entonces, mientras el darshi salía de prisa por la puerta y Vader trataba de concentrarse en las ideas y las sensaciones, escuchó una explosión distante que hizo retumbar todo.

«Los remolinos de ansiedad que se convertirán en miedo… que se retorcerán en formas y patrones alienígenas… que romperán toda capacidad de concentrarse… que destellarán en confusión desenfocada…».

El repentino cambio acabó con los intentos de Vader por aislarlo. La explosión distante… ¿Los alienígenas habían atacado la fuente de la perturbación?

«La perturbación, que se disolverá en el terror…».

Una segunda explosión, tan sorda e indistinta como la primera, se desplazó en ondas a través de Aguja Negra y sacudió la cantina.

—Creo que han atacado nuestro carguero —comentó Thrawn con frialdad. Pasó junto a uno de los tres darshis que yacían inconscientes en el piso frente a él y se precipitó hacia Vader y la puerta—. Nuestros oponentes están tratando de aislarnos.

«El terror que se desvanecerá… los remolinos que colapsarán en sí mismos y el silencio…».

Vader aún no comprendía la perturbación, pero mientras el huracán se desvanecía, hizo un último esfuerzo concentrado por localizarlo y, por lo que dura un solo latido, lo logró.

—No —informó a Thrawn, mientras señalaba en dirección opuesta desde la puerta—. No fue el carguero, sino las tres casas.

Thrawn entrecerró los ojos.

—¿Su red de comunicaciones?

—Sí —confirmó Vader—. Además de la perturbación del Emperador.

Vader nunca había visto a Thrawn en un momento de completa sorpresa. Tampoco «el jedi». Pero ahora, sin previo aviso, la cara del chiss se puso repentinamente rígida y

titubeó en su avance, tal como había pasado con Vader un instante antes. El momento pasó y una vez más fue el imperturbable gran almirante chiss. Sin embargo, un momento había sido suficiente.

—Debemos apresurarnos —indicó Thrawn, recuperó su ritmo e hizo un gesto a Vader para que lo siguiera—. Vamos.

Como Vader aún estaba extendido en la Fuerza, sintió un parpadeo de advertencia. Se dio vuelta hacia el comedor de la cantina, ahora vacío, y el conjunto de mesas y sillas, levantando su sable de luz. Justo cuando una nube de grandes insectos apareció de la nada y se lanzó en enjambre hacia ellos.

Encendió el sable de luz, y el brillante resplandor de la hoja agregó una capa de luz roja a la relativa penumbra. Unos insectos que picaran o mordieran no eran amenaza para el propio Vader, protegido como estaba por su armadura, pero Thrawn era completamente vulnerable a esos ataques. Detrás de Vader, y a su lado, el bláster del chiss abrió fuego y los rayos se dirigieron, ardientes, a la masa de insectos.

También pudo haber disparado a una tormenta de arena. El fuego del bláster dio a un par de bichos, pero los blancos eran demasiado pequeños y se movían tan erráticamente que ni la puntería de Thrawn pudo marcar una real diferencia. Vader se extendió en la Fuerza para tratar de empujar al enjambre a un espacio más compacto, pero una vez más el tamaño y la cantidad de los insectos hicieron que el esfuerzo resultara mayormente inútil. Cuando el enjambre llegó hasta ellos, los atacó con la hoja del sable de luz, sin mejores resultados que los de Thrawn. El grupo de vanguardia de los insectos golpeó el hombro y el brazo derechos de Vader y se desintegró en una explosión de líquido gris.

Así que no picaban ni mordían. Eran algo artificial, creado con bioingeniería, o tal vez pequeños droides. ¿Contenían ácido? Vader bajó la vista a su brazo, buscando el humo delator, mientras el metal, la cerámica y el plastoide entretejidos eran devorados. Pero una vez más, no lo encontró. En cambio, las explosiones de líquido gris se habían solidificado al instante a lo largo de su brazo y su codo para formar una especie de piedra gris lisa.

¿Su *codo*? Trató de enderezar la articulación mientras más insectos golpeaban el brazo y el pecho. Pero fue demasiado tarde. El codo estaba sólidamente congelado. Thrawn tenía razón la primera vez. Los atacantes esperaban tomarlos vivos.

¿Dónde se encontraban? En algún lugar entre las mesas y las sillas dispersas, evidentemente: de allí era de donde habían surgido los insectos. Pero no había nadie agachado bajo un mueble o detrás de él. Gruñó en voz baja. Por lo menos, no había nadie a quien pudiera ver. El asesino de Thrawn, Rukh, tenía un dispositivo personal de encubrimiento. Al parecer, alguien en Batuu también lo tenía.

Por el rabillo del ojo, vio de pronto un nuevo enjambre que avanzaba hacia ellos con un zumbido. Un instante después, una ráfaga de fuego de bláster barrió el área de debajo de las mesas. Evidentemente, Thrawn ya había llegado a la misma conclusión que Vader y esperaba que un patrón de contrataque sacaría a su enemigo oculto. Se oyó un grito

súbito y ahogado, y apareció abruptamente el cuerpo de un darshi, agitándose violentamente, que luego cayó al suelo y permaneció quieto.

—¡Allí! —exclamó Thrawn con brusquedad.

—Hay tres más —replicó Vader. Aún no podía verlos, pero sí percibirlos.

La respuesta de Thrawn fue más fuego de bláster, esta vez en un nuevo patrón por debajo de todas las mesas. Solo que no había garantía de que fuera allí donde los otros darshis se estaban ocultando. La cantina estaba tan oscura que había varios lugares donde podían permanecer de pie o agachados sin ser vistos. Sobre todo si se quedaban quietos. Vader había observado que Rukh era ligeramente visible cuando se movía.

Si los darshis no se movían, y si cada uno de ellos tenía una lata de insectos, él y Thrawn quedarían inmovilizados mucho antes de que pudieran ahuyentar a sus atacantes.

Bajó la vista a su armadura. El hombro y el brazo derechos estaban cubriéndose rápidamente con piedra gris, al igual que ambas piernas alrededor de las rodillas y la cadera. Evidentemente, los darshis tenían alguna manera de dirigir el ataque de los insectos. Pero hasta ahora el brazo izquierdo estaba limpio. Con suerte, ese sería el último error que cometerían nunca.

—¡Encubrimiento visual! —anunció bruscamente a Thrawn, mientras seguía agitando su sable de luz entre la nube de insectos lo mejor que podía, porque solo conservaba libertad de movimiento en su muñeca derecha.

Dos insectos más cayeron y estallaron en manchas pegajosas que se solidificaron antes de tocar siquiera el piso. Un instante después, Vader terminó en medio de un baño de astillas y polvo cuando Thrawn volteó su mira hacia arriba e hizo estallar el techo. Por un instante Vader y los insectos atacantes quedaron a oscuras y, en ese momento de privacidad, Vader se extendió hacia abajo con la Fuerza y arrancó una tira de tela de la orilla inferior de su capa. La levantó y la presionó contra su brazo izquierdo mientras envolvía torpemente toda el área que iba de la muñeca a la placa pectoral.

La tela apenas había quedado en su lugar cuando el baño de escombros del techo se detuvo abruptamente. Vader logró ver que los insectos se habían dirigido hacia el brazo en el que Thrawn llevaba el arma y lo habían envuelto. Habían congelado las articulaciones del codo y el hombro, bloqueando su mira hacia arriba. Como respuesta, el chiss se había doblado por la cintura y estaba disparando más o menos a ciegas en un intento continuo de poner fuera de combate a los atacantes restantes. Un tercer enjambre de insectos apareció cerca del fondo del lugar, seguido de inmediato por un cuarto del otro extremo de la barra.

Cuatro darshis, cuatro enjambres. Con suerte, eran todos. Vader siguió agitando su sable de luz hasta donde podía, mientras su rango de movimiento disminuía rápidamente a medida que los insectos se estrellaban contra su muñeca, agregando capa de piedra tras capa de piedra. Tenía las piernas congeladas, de modo que estaba clavado en su lugar. Ahora su brazo izquierdo estaba bajo ataque, y los insectos se lanzaban contra esas articulaciones. Dos insectos se dirigieron a los ojos del casco; se extendió en la Fuerza para apartarlos. Tal vez los darshis lo habían inmovilizado, pero no iba a dejar en

absoluto que también lo cegaran. A su lado, el fuego de bláster de Thrawn se concentraba en un solo lugar mientras los insectos seguían enterrándolo en la piedra de secado rápido.

Entonces, cuando el último de los insectos se inmoló contra los dos imperiales, hubo tres breves tumultos en varias partes del lugar y aparecieron tres darshis de repente. Cada uno sostenía un arma del tamaño de un rifle bláster, con largos cilindros unidos debajo de los cañones, donde supuestamente habían transportado a los enjambres de insectos. Caminaron hacia las víctimas inmovilizadas con lo que solo podría ser su versión de un pavoneo arrogante.

Vader esperó a que llegaran cerca de él. Entonces se extendió con la Fuerza, retiró la sección de tela endurecida por la piedra con la que había envuelto su brazo izquierdo y se pasó el sable de luz de su mano derecha congelada a la izquierda.

Los darshis apenas tuvieron tiempo suficiente para detenerse de golpe, horrorizados, antes de que Vader deslizara la hoja roja a través de los tres. Esperó hasta que cayeron muertos al piso.

—Supongo, almirante —rompió el silencio—, que ya no necesita que tomemos prisioneros.

—Creo que la situación ha rebasado ese punto —dijo Thrawn con tono sombrío—. Bien hecho, mi señor. ¿Puede pedir ayuda al *Chimaera*? Mi intercomunicador está fuera de mi alcance.

¿Pedir *ayuda*? Alineó la hoja del sable de luz con su codo derecho y cuidadosamente rebanó la piedra gris que lo envolvía. Un rápido desplazamiento del brazo y la articulación quedó libre. Otro corte en su muñeca y su hombro y todo el brazo recuperó el movimiento. Cambió el sable de luz de nuevo a su mano derecha, liberó sus piernas y luego se dio vuelta hacia Thrawn.

El chiss seguía encorvado, un poco, pero su rostro era visible. Mientras empezaba a liberarlo, Vader pensó que había tenido suerte de no perder el equilibrio y caerse. Una cosa era perder una batalla, como lo había hecho Thrawn en Atollon. Peor era perder una batalla y la dignidad al mismo tiempo.

—Gracias —dijo Thrawn cuando finalmente logró enderezarse de nuevo. Recorrió la cantina con la mirada y luego la bajó para fijarla en los darshis recién muertos—. ¿Puede viajar?

—¿*Usted* puede? —replicó Vader. Aun con sus propios brazos y piernas libres, podía sentir el peso extra de toda esa piedra. Thrawn, sin las biomejoras de Vader ni la Fuerza, se vería muy presionado para llevar esa carga adicional. Sin mencionar que se parecía menos a un ser vivo que a una obra a medio hacer de algún escultor.

Aunque, para ser justos, Vader no se veía mejor. Una vez de regreso a bordo de la nave, Thrawn podía simplemente cambiarse de ropa, mientras que Vader necesitaría que su armadura fuera limpiada con un detalle que consumiría más tiempo. Por fortuna, tenía otro conjunto completo en sus cuarteles que podía usar mientras los técnicos del *Chimaera* restauraban este.

—Por supuesto —respondió Thrawn. Con esfuerzo, se puso en cuclillas junto a uno de los cuerpos.

—¿Qué hace? —quiso saber Vader—. La perturbación del Emperador está en otro lugar.

—Un momento —pidió Thrawn. Se quedó viendo el cuchillo del darshi, tocó con suavidad el lugar donde la funda se unía al cinturón y luego extrajo el arma—. ¿Lo ve? —preguntó a Vader levantándola.

—Veo que usted está aquí, mientras que la perturbación del Emperador no —se quejó Vader con algo de ira en la voz.

—Sí —murmuró Thrawn. Deslizó el cuchillo de regreso a su funda y se puso de pie—. Esperemos que no sea demasiado tarde —agregó mientras se tambaleaba ligeramente camino a la puerta—. ¿Nodlia? No dejes que nadie retire estos cuerpos.

—Lo intentaré —afirmó el cantinero con tono de duda—. Pero…

—Harás lo que él dice —ordenó Vader y miró la espalda de Thrawn con el ceño fruncido mientras lo seguía. ¿El chiss se había entretenido con toda esa cosa del cuchillo con la esperanza de demorar el viaje?

No. Vader recordó la expresión del chiss justo antes del ataque final de los darshis. Algo sobre las casas misteriosas, la explosión y la perturbación del Emperador lo había sobresaltado.

Y cualquier cosa que sobresaltara al Gran Almirante Thrawn era algo que Vader ansiaba ver.

—Creo que nos han visto —informó Tephan desde el timón del *Darkhawk*, con su agradable voz de contralto gélidamente tranquila—. Leo una transferencia reciente de combustible en su probable sección del hiperdrive.

—Entendido —respondió Kimmund mientras maldecía en silencio. El *Darkhawk* tenía una sección transversal de sensores impresionantemente baja, pero con el tiempo aun el operador de escáner menos observador la notaría.

El objetivo ya estaba a una distancia adecuada para que los cañones láser del *Darkhawk* lo redujeran a átomos. Pero Lord Vader quería que lo atraparan lo más intacto posible, junto con un puñado de pasajeros sobrevivientes, por lo menos. Eso significaba que los artilleros de Kimmund tenían que acercarse lo suficiente para disparar un fuego controlado y certero.

La duda era si podrían llegar allí antes de que escapara el blanco. Lord Vader no se sentiría complacido si eso sucedía, y todos en la Primera Legión sabían lo que pasaba cuando Lord Vader no se sentía complacido.

Con esfuerzo, Kimmund destrabó los dientes. En realidad, él era el cuarto comandante que esta unidad de la legión había tenido en los últimos dos años. Dos de los otros habían sido degradados y enviados de regreso a la 501. Al tercero lo habían

ejecutado sumariamente, aunque con razón, se recordó Kimmund con firmeza. Los tres habían sido reemplazados por algo, ya fuera incompetencia u otro tipo de falla en sus misiones.

Ninguno había sido ejecutado simplemente por mala suerte o por una falla de los subordinados. Por lo menos en esta unidad. Otras unidades de la Primera Legión tenían sus propias historias. Algunas de ellas causaban dolor tan solo de oírlas.

—Sí, nos han visto, es correcto —confirmó Tephan—. Está apartándose de la órbita y dirigiéndose al vacío profundo.

—Sí, gracias, ya comprendí —gruñó Kimmund, mientras miraba las pantallas de visualización y su mente filtraba con rapidez las posibilidades.

El carguero estaba tan hundido en el pozo gravitatorio de Batuu que no podía saltar a la velocidad de la luz, pero esa ventana en particular se estaba cerrando rápidamente. Revisó las pantallas con la esperanza de que Tephan fuera capaz de conseguir un poco más de aceleración de los motores. Pero el *Darkhawk* ya iba a toda velocidad. Ahora lo único que podía hacer era seguir adelante y esperar que sus artilleros estuvieran a la altura del desafío.

—¡Uno ochenta entrante! —exclamó bruscamente Tephan.

¿Uno *ochenta* entrante? ¿*Detrás* de ellos? Kimmund desplazó la vista a la pantalla de visualización de popa en el momento exacto en que un grupo de cuatro cazas TIE pasaba rugiendo junto al *Darkhawk*, lanzando llamas hacia el carguero de destino.

—¡Guau! —exclamó Kimmund—. Sí, eso es más que entrante.

—Supongo que el almirante decidió prestarnos algún respaldo, después de todo —observó Tephan—. Se acercaron por nuestra sombra: no los vimos.

Kimmund sabía que eso significaba que el carguero tampoco los había visto. Al menos, la gente de Thrawn tenía *algo* de habilidad táctica, aunque rudimentaria.

—Comandante Kimmund. —Una voz formal surgió de la bocina del puente—. Habla el Capitán Vult Skerris, del Escuadrón Uno de Defensores. Espero que no hayamos llegado demasiado tarde para unirnos. ¿Hay algo en particular que podamos hacer por usted?

Kimmund movió la boca para expresar una maldición silenciosa. No eran cazas TIE estándar, sino un cuarteto de defensores TIE; según había escuchado, Thrawn viajaba constantemente a Coruscant para abogar por ellos con el Alto Mando. Lo que era un completo desperdicio de tiempo para todos. Con el peso extra de los escudos y los hiperdrives (que los TIE estándar no tenían y que los pilotos competentes no necesitaban), sin mencionar los cambios estructurales necesarios para alterar el diseño de dos alas a tres, los defensores eran más grandes, torpes, lentos y costosos que cualquier otro caza en la flota. Ni siquiera la armada tenía fondos infinitos y, con la pasión del Alto Mando por naves más grandes y poderosas, no había manera siquiera de que un gran almirante con los amigos de Thrawn en Coruscant fuera a salirse con la suya.

Kimmund frunció el ceño. Por otra parte, dada la rapidez con que los defensores estaban dejando atrás al *Darkhawk*, los informes de que las naves eran lentas como

tortugas podían ser un poco exagerados. Tal vez esta era su oportunidad de ver si los demás rumores también estaban errados.

—Parece que salen de órbita y empiezan a usar su hiperdrive —gritó hacia el intercomunicador—. Lord Vader lo quiere más o menos intacto. ¿Creen que lo puedan clavar en el cielo?

—Es exactamente lo que sugirió la Comodoro Faro —explicó Skerris—. Un carguero clavado. Pronto lo tendrá.

—Idiota —murmuró uno de los stormtroopers detrás de Kimmund.

—Eso es lo que son los pilotos de caza para ti —le recordó alguien más desdeñosamente—. El doble de boca por la mitad de cerebro.

Una ráfaga fulminante de fuego surgió del carguero, proveniente de un grupo de cañones láser que el *Darkhawk* no había identificado. Las explosiones se estrellaron contra los defensores TIE, pero los cuatro cazas se apartaron en una maniobra perfecta de rosa que se abre, rompiendo su vulnerable formación de aproximación conjunta mientras regresaban el fuego al grupo. Hubo una segunda andanada cuando el carguero volvió a fijar sus blancos, con la misma falta completa de efecto. No consiguieron lanzar una tercera andanada antes de que los defensores convirtieran a todo el grupo de láseres en fragmentos retorcidos. Alguien silbó a volumen bajo.

—Esas malditas cosas en realidad pueden combatir.

—Así parece —estuvo de acuerdo Kimmund. No eran más que rumores despreciativos.

Ahora, con el conjunto de láseres silenciado, los cuatro defensores procedieron a hundirse en la parte del área dorsal del carguero que Kimmund había marcado como la probable ubicación del hiperdrive. Un par de rápidas andanadas en el casco, otro par de pasadas más lentas con fuego más preciso dirigido a los huecos creados por la primera ráfaga…

—Eso debe servirles —se oyó que decía la voz de Skerris, mientras los defensores entregaban una serie final de explosiones y luego se desviaban—. El cuarto trasero parece despejado. ¿Quieren que abramos un agujero más, o dos, para que puedan entrar?

Kimmund resopló. Ahora estaba simplemente insultándolos.

—Gracias, ya comprendimos —replicó—. Si quieren ser útiles, vean si pueden perseguir a esas cuatro naves más pequeñas.

Mismas que, según vio, ya se estaban dispersando como respuesta al ataque contra su amigo. A la distancia actual, no había una posibilidad en la galaxia de que los defensores pudieran alcanzarlos a tiempo. Se suponía que Skerris también lo sabía. Pero la ambición dominaba al hombre.

—Lo que diga —comentó—. La comodoro indicó que les prestáramos cualquier ayuda que creyeran necesaria. Diviértanse. Llámennos si nos necesitan.

Los cuatro defensores dieron un abrupto giro a babor y salieron disparados en trayectorias individuales hacia las naves que escapaban.

—No se preocupen, lo haremos —murmuró Kimmund, por lo bajo, y añadió en voz alta—: Estatus de abordaje.

—Preparado —respondió con un grito el maestro de abordaje.

Kimmund asintió mientras él mismo revisaba las lecturas. El equipo de abordaje estaba armado y listo para desplegarse; la escotilla con que el *Darkhawk* se presionaría contra la otra nave ya se había escaneado, marcado y modelado para los explosivos que quemarían el casco de la nave y lo abrirían con un estallido.

—¿Comandante? —llamó Tephan—. Uno de los defensores está regresando.

Kimmund miró la pantalla de visualización. ¿Qué dem…?

—Lo siento, comandante —se oyó de nuevo que decía la voz de Skerris—. Se me ha ordenado ahora abrir fuego sobre la escotilla delantera de estribor y ver si podemos convencerlos de que están entrando por allí en lugar de la trasera de estribor. Espere un segundo, ¿le parece bien?

—*No* está bien —rechazó la propuesta Kimmund—. Saque su trasero de mi arena de combate.

—Órdenes de la comodoro —explicó con firmeza Skerris, sin esforzarse por alterar el rumbo.

—Podiry, apúntale —ordenó Kimmund al artillero—. Skerris, apártese o juro que lo volaré en pedazos.

—Oh, yo no haría eso —le advirtió con tranquilidad Skerris—. Al Gran Almirante Thrawn no le gustaría que rasguñe por accidente el casco de mi nave. Supongo que Rukh tendrá también algo que decir al respecto.

Kimmund frunció el ceño. ¿Rukh? ¿Qué tenía que ver Rukh con esto?

—¿Qué demonios? —Alguien en la parte de atrás de la cámara de preparación lanzó un gruñido—. Hey, comandante: mire lo que el gato-tooka arrastró hasta aquí.

Kimmund se incorporó y elevó el cuello para mirar entre las filas de stormtroopers que esperaban a lanzar el ataque. Viq y Jid venían del compartimiento de motores, junto con el maldito noghri.

—¿Qué demonios? —exclamó Kimmund.

—Sí, acabo de decir eso mismo —replicó Viq—. Estaba parado afuera de la puerta de la sala de máquinas, como si esperara que alguien lo viera.

Kimmund miró hacia atrás, al carguero que era el blanco y que ahora giraba en un esfuerzo probable (y fútil) de usar otro grupo de láseres indemnes. Tephan estaba moviendo en espiral el *Darkhawk* para compensar, al igual que el defensor de Skerris.

—Sesenta segundos, comandante —advirtió Tephan.

Kimmund se dio vuelta hacia Rukh. No tenía tiempo para esto.

—Ustedes dos, siéntense sobre él —ordenó a Viq y Jid—. Él se queda aquí…

—Necesita mi ayuda —interrumpió Rukh—. El gran almirante querría que estuviera con usted.

—Él se queda aquí —repitió Kimmund con los dientes apretados—, aunque tengan que dispararle. —Puso un dedo a la altura del noghri—. Y *tú* —agregó con tono

sombrío—. Si te sales, haré que estos dos hombres disparen. Piensa cómo explicarás *eso* a Lord Vader. Porque te garantizo que Thrawn no intervendrá en esta ocasión.

Por unos segundos, Rukh tan solo se le quedó viendo. Luego bajó la mirada a la cubierta.

—Así se hará, comandante —murmuró.

—Bien —dijo Kimmund—. De todos modos, van a ser tus niñeras.

—Treinta segundos —gritó Tephan.

—Átenlo —ordenó Kimmund, se volvió a sentar y él mismo aseguró las correas al asiento. Tephan era famosa porque no le preocupaba la dureza con que golpeaba la nave durante las maniobras de abordaje.

El carguero se asomó adelante. Por el rabillo del ojo, Kimmund vio que el defensor de Skerris disparaba al casco de proa con fuego de cañón láser. Tephan hizo una corrección final a la trayectoria del *Darkhawk* y, con una sacudida que estremeció a Kimmund hasta los dientes, terminaron allí.

Los soldados en las estaciones de abordaje estaban listos. El *Darkhawk* apenas había empezado a rebotar contra el casco del carguero cuando se sacudió de nuevo y llegó a una segunda detención, menos violenta, junto a su objetivo. Hubo una ligera vibración mientras el sellador se derramaba alrededor de la escotilla de mayor tamaño del *Darkhawk,* formando una barrera hermética entre los dos cascos.

—Sello adecuado —confirmó uno de los encargados de asegurar el abordaje, mientras los stormtroopers botaban sus correas y preparaban sus rifles bláster E-11—. Se está abriendo la escotilla.

La escotilla del *Darkhawk* se abrió deslizándose. Kimmund avanzó al centro de la escuadra mientras esta se formaba, para confirmar que la escotilla del carguero quedaba completamente encajada en la apertura más grande del *Darkhawk*. Eso estaba bien; si la escotilla solo era parcialmente visible, los stormtroopers tendrían que cortar una sección de metal del casco para entrar, lo que resultaba un procedimiento más lento y complicado. El equipo de abordaje ya estaba esparciendo pasta incendiaria alrededor del borde interno de la escotilla, mientras un tercer stormtrooper unía el detonador a la sección de pasta que ya estaba colocada.

—Diez segundos —previno Kimmund. La clave para las operaciones de abordaje exitosas era golpear duro y rápido, antes de que el enemigo tuviera tiempo de establecer una defensa adecuada.

Ocho segundos después, la pasta incendiaria hizo erupción en una llamarada acre de luz y un halo de chispas. Kimmund bajó un poco las ayudas ópticas de su casco, listo para volverlas a subir una vez que la pasta se quemara.

Un segundo después la escotilla voló, y la presión de aire, aumentada deliberadamente en el *Darkhawk*, la envió a volar por la entrada del carguero. Los primeros dos stormtroopers se lanzaron a la carga al otro lado de la apertura; su armadura rozó los restos de la pasta mientras sus E-11 escupían fuego a los alienígenas, que estaban agachados en la entrada y presionados contra las paredes del pasillo que llevaba a

mayores profundidades de la nave. Dos de los alienígenas se sacudieron y cayeron a la cubierta mientras el fuego imperial encontraba sus blancos; luego, los dos stormtroopers se apartaron a ambos lados de la apertura para permitir que el siguiente en la fila se uniera a la batalla. El fuego de los blásters atravesó el aire en dirección de los stormtroopers y fue respondido con igual intensidad.

Cuando le llegó el turno a Kimmund, la escaramuza inicial se había terminado. Los alienígenas yacían inmóviles en la cubierta con las armas dispersas a un lado.

—Motor, bodega, limpieza: adelante —ordenó Kimmund mirando alrededor.

Dada la configuración desconocida de la nave, los primeros dos escuadrones habrían de recorrerla basándose, principalmente, en conjeturas sobre los lugares exactos donde estaban la sala de máquinas y las bodegas. El escuadrón de limpieza tendría una labor más fácil: confirmar la muerte de los enemigos, recoger armas y equipo para un análisis posterior y asegurar el *Darkhawk* y su salida.

Con el escuadrón de bodega detrás de él, Kimmund se adelantó. Después de haber quemado a los ocho alienígenas en la escotilla, esperaba que la resistencia mantuviera un grado razonablemente tenso. Para su sorpresa, solo encontraron a un par de alienígenas resguardando una intersección del camino. Para su sorpresa y su sospecha: a menos que esta especie desconociera por completo el concepto de una defensa en capas, probablemente estaban conservando sus recursos para algo serio.

Él y su escuadrón rodeaban un corredor final, cuando dieron contra ellos. Allí estaban, a ocho metros de distancia, ocho alienígenas más, de pie o de rodillas, alrededor de un par de blásters pesados, montados en un tripié, enfrente de una gran escotilla de metal. Mientras Kimmund y Podiry retrocedían rápidamente, el pasillo explotó en una ráfaga de fuego de bláster.

—Creo que los encontramos —sugirió amablemente Podiry, mientras él y Kimmund se presionaban contra la pared. Pedazos de metal y cerámica saltaron del rincón cuando el fuego rebotó en la orilla—. ¿Granadas?

—Desperdicio de buenos explosivos —comentó Kimmund, agachado—. Cubre arriba.

—Bien.

Podiry se asomó al corredor apenas lo suficiente para ver a dónde debía disparar y lanzó una ráfaga de fuego a la multitud.

Mientras los alienígenas concentraban su atención y poder de fuego en él, Kimmund se asomó y envió un disparo triple a cada uno de los paquetes de energía de los blásters pesados. Él y Podiry apenas lograron dar vuelta en la esquina antes de que los paquetes explotaran.

Kimmund esperó hasta que se desvaneció el sonido de las explosiones para mirar de nuevo por la esquina. Los blásters se habían esparcido y sus restos decoraban paredes, techo y cubierta con fragmentos ennegrecidos. Los ocho alienígenas también estaban derrumbados, dispersos por la cubierta. Tres aún se retorcían, los demás no.

—Vamos —ordenó Kimmund.

Mantenía un ojo en los heridos, cuando dio vuelta en la esquina y se dirigió al panel de control junto a la escotilla de metal. Extrañamente, parecía apenas haber sufrido daño por las explosiones gemelas. Había dos botones de control en él, además de una pequeña pantalla rotulada con garabatos de alienígena. Kimmund lanzó mentalmente una moneda y oprimió uno de los botones. La escotilla se abrió deslizándose.

El primero y el segundo stormtroopers de la fila cayeron instantáneamente bajo la tormenta de fuego que surgió del otro lado de la escotilla. Los dos imperiales siguientes pusieron una rodilla en el piso, con lo que abrieron el campo de fuego para quienes venían detrás. Uno de los que se hincaron recibió una explosión concentrada en la placa pectoral y se volcó. Mientras el resto de los stormtroopers abría fuego, Kimmund presionó el otro botón, lo que cerró la escotilla de nuevo e interrumpió la batalla. Al parecer, *sí* entendían de defensas en capas.

—Dos E-Web a la bodega —dijo con brusquedad en el transmisor—. ¿Troopers?

—Vi diez en la línea de fuego —indicó Morrtic, mientras se ponía torpemente de pie luego de estar hincada. También había recibido algunos disparos en el casco y el pecho, pero seguía funcionando—. Dos blásters pesados más, y rifles.

—La bodega estaba detrás, a unos cuarenta metros —explicó el Trooper Dorstren—. Dos filas de cilindros a lo largo de las paredes; cinco metros de alto, tal vez tres de diámetro. Otros ocho a diez alienígenas trabajaban en ellos.

—No solo trabajan —agregó sombríamente el Trooper Elebe—. Estoy completamente seguro de que los estaban cubriendo con explosivos.

Kimmund maldijo para sí. De modo que estaban tratando de destruir cualquier cosa que estuvieran transportando. A Lord Vader no le iba a gustar en absoluto.

—No podemos esperar a los E-Web —decidió—. Formación de asalto.

Diez segundos más tarde, estaban listos: tres filas sueltas (pecho tierra, hincados y de pie), mientras los stormtroopers permanecían lo suficientemente espaciados como para dificultar a los alienígenas disparos grupales fáciles. Con su propio E-11 preparado, Kimmund golpeó el control de la escotilla, pero esta vez no sucedió nada.

Lo intentó de nuevo, probó el otro control y regresó al primero. Nada. Al parecer, los alienígenas los habían dejado abrir la escotilla la primera vez tan solo para que pudieran lanzar su ataque. Ahora que el elemento sorpresa se había esfumado, habían elegido el bloqueo.

El Sargento Drav ya estaba en eso.

—Granadas en puntos de quiebre —ordenó—. Tú, tú y tú. *Muévanse*, troopers.

—Detén eso —ordenó Kimmund mientras los tres soldados se acercaban a la escotilla. Durante el breve momento que había estado abierta, había observado el grosor del metal, un patrón de corte transversal tipo panal y una ligera curvatura hacia dentro—. Las granadas no la romperán: tan solo abrirán troneras.

—Por las que podemos disparar tan bien como ellos —replicó Drav.

—Lo que no nos ayudará a salvar la carga —contratacó Kimmund mientras trataba de visualizar la arquitectura del carguero. Si tenía razón… Valía la pena arriesgarse. Accionó el transmisor de largo alcance de su casco—. ¿Skerris? ¿Sigue ahí?

—Justo aquí, comandante —respondió rápidamente el piloto del defensor TIE—. ¿Qué necesita?

—Necesito que vuele la escotilla de carga del vientre —indicó Kimmund—. ¿Puede hacerlo?

—Tal vez —contestó Skerris, titubeante—. Lord Vader quería la carga intacta.

—La tripulación está tratando de volarla —explicó Kimmund—. Me imagino que una pequeña descompresión explosiva los desalentará.

—Lo comprendo —dijo Skerris—. Ya voy. ¡Guau!

—¿Qué?

—Ese segundo carguero está regresando de la superficie —informó Skerris—. ¿Quiere que lo persiga?

Kimmund mostró los dientes. Las últimas indicaciones del *Chimaera* habían sido que ese segundo carguero se dirigía a la misma área general donde Thrawn y Lord Vader habían aterrizado.

—¿Puede alcanzarlo antes de que haga el salto? —preguntó.

—Estará cerca —indicó Skerris—. Nadie más se encuentra en posición: siguen persiguiendo a las naves más pequeñas. Dígame lo que quiere que haga.

—Permanezca aquí y vuele la escotilla —ordenó Kimmund tomando otra decisión rápida. Cualquier cosa que el otro carguero estuviera haciendo, era posible que Lord Vader ya estuviera encargándose de eso. Sin embargo, este era de Kimmund—. Y hágalo rápido.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando una explosión apagada sacudió la escotilla y agitó la cubierta debajo de los pies de Kimmund.

—No importa —gruñó—. Maldito sea todo.

—Sí, comprendo —gruñó a su vez Skerris—. El casco y la escotilla de carga parecen dañadas pero aún con sello hermético, si quieren entrar. Estoy suponiendo que no habrá mucha oposición. Iré a ver si puedo perseguir al otro carguero.

—Sí, actúe como desee —indicó Kimmund haciendo una seña a Drav y sus granadas para que regresaran a la ahora visiblemente ondulada escotilla. Entrarían, por supuesto, y verían si habían dejado algo que pudieran encontrar.

Lord Vader no se iba a sentir complacido, en absoluto, y tal vez el escuadrón tendría a su quinto comandante.

CAPÍTULO 9

Había tres casas en el claro cuando Thrawn y Vader se acercaron desde órbita. Ahora solo una permanecía en pie junto a dos pilas de escombros aplastados.

—Se ha ido —comentó Vader. «Su voz es más profunda de lo habitual. Manifiesta ira o tal vez acusación»—. La perturbación ha desaparecido.

—Sí —convino Thrawn. «Los escombros muestran evidencia de explosiones lanzadas desde arriba, evidencia adicional de compresión también desde abajo».

—¿Cómo lo sabe?

—Creo que se llevaron la fuente —indicó Thrawn—. Observe las indicaciones de presión en toda el área destruida. Lo que hicieron con las primeras dos casas fue para abrirle espacio de aterrizaje al carguero detrás de la tercera.

«Vader encara la destrucción. Sus dedos descansan cerca de la empuñadura del sable de luz».

—¿Cree que la fuente estaba en el interior del tercer edificio?

—¿La perturbación desapareció de pronto, como si se hubiera destruido en una explosión?

—No —respondió Vader. «Su voz se vuelve más clara. Tal vez ha seguido y aceptado la lógica, o se está preparando para una nueva pregunta»—. ¿Conoce la fuente de la perturbación?

—Tengo una idea —afirmó Thrawn—. Preferiría no mencionarla, para no influir en las suyas y su análisis.

Vader se dio vuelta para encararlo.

—Preferiría que lo hiciera.

—No deseo influir en su análisis.

«Durante tres segundos, Vader permanece en silencio. Su mano descansa abiertamente en el sable de luz».

—Hace muchos años el Emperador le preguntó qué haría si tuviera que elegir entre el Imperio y los chiss —puntualizó Vader—. ¿Recuerda esa pregunta?

—Por supuesto —aceptó Thrawn—. Respondí que si iba a servir al Imperio, él dispondría de mi lealtad.

—¿Y? —sondeó Vader.

—Mi palabra es mi garantía —afirmó Thrawn—. Si su sirviente Anakin Skywalker estuviera aquí, daría fe de esa garantía.

—Anakin Skywalker está muerto.

—Es lo que he oído —comentó Thrawn—. También tengo la confianza del Emperador.

—¿De verdad? —contratacó Vader—. ¿Después de Atollon todavía goza de su confianza?

—Sí.

«Vader se queda en silencio otros dos segundos».

—Aún debe ganarse la mía. —«Hace una pausa, inclina su cabeza ligeramente»—. El Comandante Kimmund informa que el carguero que estaba aquí ha escapado al hiperespacio. Además, afirma que la tripulación del otro carguero ha destruido con éxito su carga.

—Evidentemente lo habrán intentado —dijo—. Pero hasta la destrucción más completa puede dejar pistas.

—Usted tiene reputación de ver lo que otros no pueden —«Vader retira la mano del sable de luz y la mueve para abarcar el edificio restante. Su voz tal vez indica desafío»—. Empezará aquí.

La casa tenía un diseño común. Había cinco dormitorios que contenían un total de veinte camas, un área común grande, un área combinada de preparación de alimentos y comedor, además de tres baños. Otras dos habitaciones contenían cajas que, al parecer, estaban llenas de alimentos y artículos de uso doméstico.

—En esas cuatro camas han dormido recientemente —observó Vader mientras miraban en uno de los dormitorios—. Al parecer, sus ocupantes se han ido de prisa.

—Estoy de acuerdo —dijo Thrawn.

El estilo del edificio, el diseño de los muebles y los patrones de color y línea eran similares a lo que había visto en otros lugares de Aguja Negra. Diseño y construcción locales que no ofrecían pistas sobre el origen de los ocupantes. Sacó varias prendas de los casilleros del dormitorio y las colocó sobre la cama para estudiarlas.

—¡Almirante! —grito Vader. «Su voz tal vez manifiesta un entusiasmo cauteloso»—. Venga al fondo de la casa. —Lo esperaba bajo un amplio arco que llevaba a un cuarto grande. Le preguntó—: ¿Reconoce estos?

En la habitación había diez cilindros que yacían de lado sobre plataformas de apoyo. Cada uno medía seis metros de largo y constaba de una parte central de dos metros con una parte superior abatible y una tapa de metal de dos metros de largo en cada extremo. Unos cables de alimentación de energía y tubos de transporte de líquido estaban dispuestos ordenadamente alrededor y entre cada cilindro. Las partes superiores de los diez estaban abiertas, lo que revelaba sillones con contornos de cuerpos en el interior.

—No había visto este tipo de dispositivos antes —señaló Thrawn—. ¿Podrían ser cámaras de clonación?

—Son más pequeñas que cualquier diseño imperial —indicó Vader. «Se acerca a una y se agacha, mientras mira primero la cámara central abierta; luego desplaza su atención a un tablero de control que está debajo de la tapa»—. ¿Reconoce esta escritura? —preguntó haciéndose a un lado.

—Es común en las Regiones Desconocidas —explicó Thrawn—. Pero no reconozco el idioma. Un examen del equipo interior puede revelar su uso.

Vader extendió una mano hacia el cilindro. Por un momento, este se sacudió suavemente, luego se levantó unos centímetros de su soporte. Se inclinó unos grados a la izquierda, luego a la derecha y al final descansó nuevamente sobre el soporte.

—La parte importante del mecanismo está allí —afirmó señalando la tapa izquierda, la que estaba en el extremo del pie del sillón central—. El otro extremo es principalmente para almacenamiento de líquido.

—¿Cómo lo sabe?

—Las características inerciales de sólidos y líquidos son diferentes —expuso Vader. «Su voz evidencia confianza, o tal vez reproche».

—Ya veo —dijo Thrawn—. Necesitamos llevar una al *Chimaera*. Tal vez los ingenieros puedan averiguar su función.

—Estoy de acuerdo —convino Vader—. Cuídelos mientas traigo el carguero.

—No hay necesidad de cuidarlos —lo contradijo Thrawn—. Regresaré a la cantina y examinaré los cuerpos.

—Regresaremos juntos —replicó Vader. «Su voz es oscura de nuevo»—. También interrogaremos de nueva cuenta al cantinero. Tal vez sepa más de lo que ha dicho. *Después* de que los cilindros se hayan llevado a bordo del carguero.

—Muy bien —aceptó Thrawn—. Pero que sea rápido. No tenemos el tiempo de nuestro lado.

«Por dos segundos, Vader se queda inmóvil».

—Regresaré a mi propio paso —afirmó. «Su voz manifiesta ira o tal vez aceptación a regañadientes»—. Ese paso *será* suficiente.

—La transmisión es segura, almirante —confirmó Faro, mientras revisaba cuidadosamente, por última vez, las lecturas antes de volver toda su atención a la imagen que flotaba sobre la holocápsula del puente de popa. Con la distancia que había entre el *Chimaera* y Batuu, un cono de transmisión estándar tenía el ancho suficiente para invitar a los locales a escucharla y, aun con cifrado, no era un riesgo que alguien quisiera tomar—. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Información —respondió Thrawn—. ¿Qué pasó con el Comandante Kimmund y su asalto al carguero?

—La Primera Legión lo ha capturado —confirmó Faro—. Sin embargo, destruyeron la bodega de carga y no quedó mucho que examinar. Kimmund tiene la nave bajo su poder y viene con ella.

—Supongo que usted envió ayuda.

Faro sintió que el labio se le torcía.

—Envié cuatro defensores TIE, señor —informó—. No lograron afectar de manera importante el resultado.

—Dudo eso, comodoro —replicó Thrawn con tranquilidad—. Aunque solo hayan ahuyentado a los refuerzos del carguero, de todos modos contribuyeron a su captura. ¿El Comandante Kimmund tomó prisioneros?

—Sí, señor, reporta que tienen tres —respondió Faro, mientras sentía que parte de la tensión abandonaba sus hombros.

El Gran Almirante Thrawn siempre veía el cuadro completo, y elegía concentrarse en el éxito y aprender de los fracasos. Vader, si su reputación no era exagerada, tal vez hubiera dejado una estela de cuerpos después de un informe tan mediocre. Aún era completamente posible que la dejara.

—Excelente —exclamó Thrawn—. Lord Vader y yo regresaremos con dos cilindros de función y origen desconocidos. Haga que despejen una de las salas de ensamble mecánico y que se asigne un escuadrón completo de ingenieros para que descubran sus secretos.

—Sí, señor —dijo Faro, mientras incluía una nota rápida en su datapad—. ¿Desea que se le envíen algunas descargas culturales? Tengo preparado un transmisor de alta velocidad.

Fue solo una leve sonrisa, pero para Faro representó muchísimo. Había anticipado correctamente el razonamiento y las órdenes del almirante, quien estaba complacido.

—Gracias, comodoro —comentó—. Por favor, transmita todo en los archivos marcados con las palabras *darshi* y *tierras fronterizas*.

—Sí, señor —dijo Faro y tomó otra nota—. ¿Algo más, almirante?

—¿El Comandante Kimmund echó un vistazo a la carga antes de que la destruyeran?

—Una muy breve, sí —informó Faro—. La describió como un conjunto de grandes cilindros.

—¿De verdad? —exclamó Thrawn—. Inclúyalo en la conversación.

—Sí, señor. —Faro accionó el tablero y dirigió otro rayo estrecho al carguero—. Comodoro Faro a Comandante Kimmund.

La imagen de Kimmund apareció junto a la de Thrawn.

—Kimmund —respondió con amargura el comandante de los stormtroopers.

—Habla el Gran Almirante Thrawn, comandante —saludó Thrawn, mientras la imagen de un cilindro aparecía entre ellos—. ¿Es esto lo que vio en la bodega del carguero?

Kimmund se inclinó un poco hacia delante.

—No por completo, señor —respondió—. Los nuestros eran mucho más grandes.

—Pero ¿eran del mismo estilo?

—Solo echamos un vistazo rápido —contestó Kimmund—. Pero no lo creo.

—¿Rukh pudo echar un vistazo mejor o más largo?

La expresión de Kimmund se endureció.

—¿Usted le ordenó que abordara el *Darkhawk* sin mi permiso o conocimiento, almirante?

—Yo no di esa orden, comandante —indicó Thrawn—. Tampoco le ordené que permaneciera a bordo del *Chimaera*. Supongo que creyó que podría serle de ayuda.

—Seguro que sí, señor —comentó Kimmund rígidamente—. En el futuro, apreciaría que me permitiera elegir los parámetros *y* el personal para nuestras misiones.

—Tomo nota —dijo Thrawn. Faro observó que no constituía una aceptación de la solicitud de Kimmund.

—Para responder su pregunta, no, no lo hizo —continuó Kimmund—. Lo mantuve en el *Darkhawk* durante la operación.

Thrawn se quedó en silencio por un momento, y Faro se preguntó si indicaría que el ataque de la legión hubiera tenido un desenlace diferente si hubiera incluido a Rukh. Pero el almirante pasó por alto la oportunidad.

—Muy bien —dijo—. Siga hacia el *Chimaera* y ponga al carguero en el espacio Número Seis. Puede ser que la nave, y hasta la bodega, arrojen más secretos de lo que esperaban sus antiguos dueños. —Hizo una pausa—. Otra cosa, comandante. Mantenga a los prisioneros lejos de los ventanales o los despliegues visuales hasta que se encuentre a medio kilómetro del *Chimaera*. Luego permítales ver su destino y observe y registre sus reacciones.

—Sí, señor —afirmó Kimmund con el ceño fruncido—. ¿Para que sepamos si han visto o no un destructor estelar?

—Exactamente —confirmó Thrawn—. Puede ser de lo más informativo. Al igual que usted, comandante. Y usted, comodoro, envíe los archivos de datos cuando lo considere prudente.

—Van en camino, señor —confirmó Faro.

—¿Cuáles archivos de datos, si me permite preguntar? —interrumpió Kimmund.

—Los de los darshis y otros pobladores de esta región —le informó Thrawn—. Es posible que ya hayamos encontrado a nuestro enemigo. Es igualmente posible que el enemigo esté ocultándose de nosotros. —Hizo una pausa y su rostro se endureció—. Es vital que descubramos cuál es la verdad.

Nodlia estaba esperando cuando Vader y Thrawn regresaron; los cuerpos de los darshis, no.

—¿Mis órdenes no quedaron claras? —preguntó Thrawn. Su voz era tranquila, pero Vader notó una callada amenaza en ella. Evidentemente, también lo hizo Nodlia.

—Lo siento, mis señores —se disculpó mientras su garganta subía y bajaba y sus manos se retorcían nerviosamente encima de la barra—. Tenían armas, yo no. Protesté, pero no pude detenerlos.

—Tal vez debiste protestar con más firmeza —sugirió Vader. Se concentró en la garganta del hombre y se extendió para darle solo el más ligero atisbo de apretón.

Los ojos de Nodlia se abultaron y sus manos se aferraron fútilmente al agarre intocable en su garganta.

—Señores, por favor, se los ruego.

—Tranquilícese —ordenó Thrawn. Su mano se movió unos milímetros en dirección a Vader: una sugerencia. Posiblemente una orden.

No importó. Vader ya había planeado que sería una pequeña lección inofensiva. El hombre sabía demasiado como para matarlo de inmediato. Aflojó el apretón mientras observaba cómo el cantinero parecía colapsar un poco.

—¿Quiénes eran? —interrogó—. ¿Más darshis?

Nodlia asintió con un movimiento espasmódico.

—¿*Esos* darshis? —agregó Vader, mientras señalaba con la barbilla a tres de los alienígenas que habían llegado durante la ausencia de los imperiales y que estaban sentados alrededor de una mesa del fondo mirando nerviosamente a los recién llegados por el rabillo del ojo.

—No, ellos no —respondió Nodlia—. Otros.

—Por fortuna, la ausencia de los cuerpos tiene poca importancia —afirmó Thrawn—. Ya he visto lo que necesitaba. Lord Vader, ¿me podría traer uno de los cuchillos de esos darshis?

Vader resopló para sí mismo. ¿*Uno* de los cuchillos? De seguro el almirante estaba bromeando. Se extendió con la Fuerza, sacó las tres armas de sus fundas y las trajo volando a la barra.

Thrawn estaba preparado, estiró una mano para atrapar el cuchillo principal cuando este pasó como flecha hacia la pared detrás de la barra. Vader atrapó los otros dos.

Uno de los darshis empezó a levantarse de su silla para protestar, pareció pensarlo mejor y se volvió a sentar.

—Gracias —dijo Thrawn con tranquilidad—. ¿Ve la hoja, Lord Vader, y el patrón grabado en el metal?

—Sí —confirmó Vader estudiando los cuchillos que tenía en las manos. Ahora se daba cuenta de que no eran simples grabados, sino un patrón muy intricado de líneas y curvas marcado en el metal.

—Hay poco en los archivos imperiales sobre estos seres —continuó Thrawn—, pero de inmediato verá que esos no se parecen al que le mostré antes. También verá que estos cuchillos se amoldan a la ligera curva de sus vainas, mientras que el de nuestro atacante era demasiado corto y estrecho, y con una hoja recta. Además, los surcos de desgaste en el cinturón de nuestro atacante eran demasiado profundos para que los hubiera hecho la funda de un arma tan ligera. Los causó un cuchillo de este tamaño y peso.

Vader lo volvió a pensar. Había estado distraído en ese momento, pero ahora se daba cuenta de que Thrawn tenía razón.

—No era el cuchillo que portaba normalmente.

—Correcto —expresó Thrawn—. Era un sustituto. La pregunta es: ¿por qué no tenía su cuchillo normal?

—¿Por qué no usó el que portaba contra nosotros? —preguntó Vader, a su vez—. Cuando la muerte es la única alternativa, debería usarse sin reservas incluso un arma ceremonial.

—En efecto —dijo Thrawn—. Sugiero que alguien había tomado su cuchillo normal y que el reemplazo era simplemente para el espectáculo. Tal vez temía que si lo sacaba revelaría el engaño a quienes lo rodeaban.

—Interesante —retumbó la voz de Vader—. Tal vez el valor de las armas va más allá de la simple ceremonia.

—Tal vez se trata de un símbolo de honor y familia —convino Thrawn—. Algo parecido a lo que pasa con los kalikoris de los twi'leks. Observo que en estas tres hojas los grabados son de diferente tamaño y complejidad, lo que apoyaría la idea de que la herencia familiar es parte del diseño.

—Tal vez debamos interrogarlos sobre ellos —sugirió Vader, mientras se daba vuelta hacia los tres darshis.

—Tal vez —dijo Thrawn—. Nodlia, ¿cuál de ellos sugieres que será el más comunicativo?

—Por favor —suplicó Nodlia con voz temblorosa—. No quiero terminar en medio de esto. No de nuevo.

—Entonces dinos lo que necesitamos saber —ordenó Thrawn—. Dinos qué había en los cilindros que los extranjeros llevaron a las casas.

Nodlia fijó la vista en él, luego en Vader, contemplando la cubierta rota de piedra gris que los cubría a ambos.

—No lo sé —confesó manteniendo la voz baja, como si tuviera miedo de que los darshis oyeran—. Ellos no lo dijeron, yo no pregunté.

—¿Los recién llegados tenían este aspecto? —preguntó Thrawn. Sostuvo enfrente de él su holoproyector, que mostró una imagen de una criatura de hombros anchos, con unas cejas de bordes angulosos, un cráneo afilado y los ojos hundidos.

Nodlia retrocedió, crispado.

—Sí —respiró con dificultad—. Esos son. Trajeron los ataúdes. Los cilindros. Nos asustaron.

Vader frunció el ceño ante la imagen. Las criaturas no eran bonitas, evidentemente, pero había enfrentado a muchos oponentes más grandes y de aspecto más desagradable.

—Te asustas fácilmente —retumbó su voz con desdén.

Nodlia tragó saliva con dificultad.

—Los darshis les temían —murmuró—. Algunos de los darshis se volvieron sus sirvientes. —Movió la cabeza de un lado a otro—. He visto a muchos darshis. Les he preparado tragos, los he visto discutir. Mi experiencia es que nunca sirven a nadie. No por voluntad propia.

Vader señaló la imagen.

—¿Uno de los prisioneros de la Primera Legión?

—Sí —confirmó Thrawn—. El Comandante Kimmund me la envió mientras usted traía el carguero. —Se dio media vuelta para mirar detenidamente el rostro del alienígena—. Así que este es un grysk.

Nodlia inhaló con fuerza.

—¿Eso es un *grysk*?

—¿Qué son los grysks? —quiso saber Vader.

—Son una especie que vive en algún lugar de las Regiones Desconocidas —explicó Thrawn. Miró la imagen por un momento más, luego apagó el holoproyector—. Unas criaturas mitad mito que pocos han visto siquiera. Se cuenta que son nómadas, sin hogar fijo, que viajan en grupos de naves tan numerosos que borran las estrellas. Se cuenta que son guerreros aterradores que abruman a sus oponentes por su cantidad y su ferocidad.

Vader miró a Nodlia. El cantinero parecía encogerse un poco más con cada palabra.

—Mitos, dice.

—Sí —confirmó Thrawn—. Pero muchos mitos están enraizados en la realidad. Ahora debemos tratar de separarlos de esta. —Lanzó una moneda en la barra—. Gracias por tu ayuda.

—Esperen —exclamó Nodlia mientras el chiss se daba vuelta para alejarse—. ¿Eso es todo? ¿Tan solo nos dejan?

—¿Esperabas que nos quedáramos? —inquirió Thrawn.

—¿Y nosotros? —preguntó Nodlia—. ¿Y los grysks? ¿Y si regresan?

Thrawn negó con la cabeza.

—No creo que lo hagan.

—¿Y si está equivocado?

Thrawn entrecerró los ojos y su rostro se endureció. Era una expresión que una vez, hacía mucho tiempo, «el jedi» había visto en él. Una expresión que hablaba de muerte inminente.

—Porque están dejando atrás un desastre enorme —persistió Nodlia—. Nosotros somos quienes tendremos que quedarnos y… —Se interrumpió mientras sus ojos se agrandaban. Vader, una vez más, apretaba su garganta para silenciarlo.

—Se te ha dado tu respuesta —retumbó la voz del Señor Oscuro.

Nodlia sacudió la cabeza de arriba abajo, con los ojos aún muy abiertos, en un apresurado gesto de asentimiento. Vader lo sostuvo otro momento, luego cesó el apretón.

—¿Nos vamos? —preguntó a Thrawn.

—Nos vamos —confirmó Thrawn. Como su expresión, su voz también hablaba de muerte—. Vamos. Tenemos trabajo por hacer.

La primera parte del viaje de regreso transcurrió en silencio. Vader piloteaba el carguero y Thrawn miraba su datapad. Por los reflejos cambiantes de luz en el rostro de Thrawn, quedaba claro que estaba revisando su colección de obras de arte.

Habían dejado la atmósfera de Batuu y Vader acababa de fijar el vector de regreso al *Chimaera* cuando Thrawn finalmente hizo a un lado su datapad.

—¿Y bien? —quiso saber Vader.

—Creo que he obtenido algo de conocimiento —comentó el chiss—. Antes, discutamos el escenario en Batuu. Supongo que ha sacado algunas conclusiones.

—Así es —confirmó Vader mientras se preguntaba veladamente si Thrawn estaba siendo condescendiente. De seguro el chiss ya había aprendido todo lo que había por aprender. El jedi, evidentemente, solía encontrarse un paso por detrás de Thrawn en ese tipo de cosas—. Los grysks contrataron a los darshis para establecer una base y una tríada de comunicaciones en Aguja Negra. Cuando todo estuvo listo, trajeron los cilindros y los llevaron del campo de aterrizaje a la casa.

—¿Y los cilindros son…?

Vader frunció el ceño. Esta vez, *definitivamente* era una prueba.

—Creo que son tanques de hibernación —aventuró—. Tal vez similares al congelamiento en carbonita. Trajeron a los ocupantes a Batuu, luego los pusieron dentro de los tanques para transportarlos en secreto a través de Aguja Negra hasta las casas de los darshis. Fue el repentino miedo ante el conocimiento de lo que estaba por sucederles lo que el Emperador detectó como una perturbación en la Fuerza. —Hizo una pausa mientras se extendía en la Fuerza—. Pero usted ya sabe que son sensibles a esta, ¿o no?

En el breve tiempo que Vader había pasado con Thrawn, nunca había percibido que las emociones del chiss se registraran como algo más que pequeños y breves parpadeos contra la matriz ordenada de su mente. El parpadeo que percibió ahora también era pequeño y breve. Pero definitivamente estaba allí.

—Lo sospeché, pero no estaba seguro —indicó Thrawn—. No es algo de lo que hayamos hablado.

Vader contrajo los dedos, mientras se concentraba con los ojos y la mente en el cuello de Thrawn. Un sirviente del Emperador *no* tenía secretos. No debía tenerlos para el propio aprendiz del Maestro Sith. Tal vez un recordatorio de la verdadera posición del chiss en el Imperio vendría bien. Cierta presión en la garganta, como había hecho con el cantinero, pondría esas cosas en la perspectiva apropiada. Pero resistió la tentación. Evidentemente, el Emperador seguía considerando a Thrawn como una herramienta útil. Más importante aún era el hecho de que el chiss tenía conocimientos que Vader necesitaba.

Así que lo dejaría con sus juegos. Que pensara que Vader era un simplón, si eso los llevaba hasta la perturbación del Emperador y al final de esta misión. Mejor aún: Vader probaría que no estaba tan por detrás de Thrawn como el propio táctico chiss probablemente lo creía.

—Ya *hablará* de eso en el momento apropiado —advirtió Vader—. Por ahora, sigamos con esto. El plan de los darshis era sacar los cilindros y a sus ocupantes de Batuu a bordo de uno de los dos grandes cargueros. Pero no podía aterrizar ningún carguero mientras el nuestro estuviera allí. Así que los grysks ordenaron a sus darshis en Aguja

Negra que nos distrajeran mientras destruían las dos casas, lo que les proporcionaría espacio para aterrizar. Luego evacuaron a los habitantes.

—Una vez que los pusieron dentro de las propias cámaras de hibernación de la nave —continuó Thrawn.

—Sí —y la misma reacción, fuera por miedo o repulsión ante lo que estaba por suceder, era sin duda lo que Vader había percibido en la cantina.

—¿Qué trasportaba el carguero? —preguntó Thrawn—. ¿Los cilindros que los grysks estaban desesperados por destruir?

—Eso requerirá mayor estudio. —Vader fijó la vista en él—. ¿O ya lo sabe?

—Tengo una idea —indicó Thrawn—. Pero como dice, será necesario estudiarlo más. —Se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en el control del intercomunicador—. Comodoro Faro.

—Habla Faro, almirante. —La voz de la comodoro surgió pronto.

—¿El carguero capturado ya está seguro a bordo?

—Sí, señor. Los ingenieros han realizado un examen superficial y ahora están ensamblando las herramientas y el equipo necesario para un estudio más a fondo.

—¿Los defensores?

—También regresaron, señor. El Capitán Skerris está compilando los informes de los pilotos sobre sus encuentros con el enemigo.

—Excelente —dijo Thrawn—. Trace una ruta del tiempo mínimo que tomará cambiar el rumbo al punto en el hipercarril a Batuu en que dejamos ese camino y dimos vuelta hacia Mokivj.

—Sí, señor. —Si a Faro la sorprendió la orden, no lo mostró en su voz. Vader pensó que probablemente las órdenes extrañas eran la norma bajo el mando del gran almirante.

—Ejecútela en cuanto estemos seguros a bordo —continuó Thrawn—. Informe al Comandante Kimmund y al Capitán Skerris que tendremos una conferencia dos horas después de que el *Chimaera* haya hecho el salto a la velocidad de la luz.

—Sí, señor.

Thrawn apagó el intercomunicador.

—¿Dos horas? —preguntó Vader—. Deberían completar sus informes en una.

—Estoy seguro de eso —replicó Thrawn—. Pero antes deseo examinar los restos de la carga de los grysks.

Vader repasó todo mentalmente. ¿Así que Thrawn quería regresar al hipercarril de Batuu? Pero *no* al punto donde el *Chimaera* había regresado al espacio real, que sería un punto más fácil y rápido de localizar. ¿Esperaba encontrar algo en el punto exacto donde originalmente había abandonado el esfuerzo? ¿Había algo más? ¿Estaba pidiendo a Faro que hiciera todo este esfuerzo porque quería ganar tiempo? En ese caso, ¿para qué? ¿Qué lo estaría demorando?

—¿Espera que el hipercarril a Batuu ya esté abierto? —quiso saber.

—En absoluto —respondió Thrawn—. Pero creo que ahora tenemos la clave de su cierre.

—¿Los grysks y sus seres sensibles a la Fuerza que hibernan?

—Eso y más —contestó Thrawn, cuya voz se hacía más sombría—. Pronto sabremos si tengo razón.

—Lo primero que pensamos fue que se trataba de algún tipo de escolta de caza encubierto —explicó el Capitán Skerris, mientras mostraba las imágenes que él y los otros pilotos de los defensores TIE habían grabado de sus encuentros con los cargueros grysks—. Sin embargo, resultó que no tenían mucho armamento, o al menos nada que desearan mostrarnos. Tampoco eran muy rápidos. —Parpadeó brevemente en dirección a Faro—. Si no se nos hubiera ordenado ayudar al *Darkhawk*, yo hubiera puesto fuera de combate a uno o más.

Faro suprimió una mueca. La responsabilidad de *eso* recaía directamente sobre Faro, quien había dado a Skerris y los demás la orden de dar la máxima prioridad a la misión de la Primera Legión.

Vader estaba parado allí y su casco giró hacia ella. Circulaban rumores sobre lo que sucedía a la gente que disgustaba al Señor Oscuro. Ninguna de esas historias era placentera ni terminaba bien. Kimmund aún estaba aquí, de modo que, al parecer, Vader había decidido que la pérdida de las otras naves no era culpa de la Primera Legión. Pero Faro no tenía esas garantías para sí misma.

—El carguero era el objetivo más importante —señaló Thrawn con tranquilidad—. ¿No está de acuerdo, Lord Vader?

—Sí —retumbó la voz de Vader. Durante otro momento, la placa facial en blanco se dirigió hacia Faro. Luego volteó hacia Skerris—. ¿Características de vuelo?

—Poco impresionantes, mi señor —respondió Skerris—. Parecían pequeños transportes con carga pesada, y así es exactamente como parecían actuar. —Tocó un punto en una de las imágenes—. No sé si sea importante, pero todos tenían una sola escotilla de carga que parecía lo suficientemente grande para que pasaran por ella los cilindros que el Comandante Kimmund vio en el carguero.

Miró a Kimmund y, por un momento, Faro pensó que iba a agregar «Antes de que los grysks los volaran». Por fortuna, Skerris, a pesar de toda su arrogancia y su propensión a ignorar a los oficiales, no era partidario de los golpes bajos. Al parecer, Kimmund tampoco.

—Concuerdo con la evaluación del Capitán Skerris —convino el comandante de la Primera Legión—, y también con su conclusión de que ninguna de las naves estaba particularmente bien armada. Parecían estar en Batuu para recoger una carga, nada más, y no esperaban problemas.

—Por los comentarios del cantinero acerca del miedo que los darshis y los grysks despertaban en los residentes de Aguja Negra —añadió Thrawn—, estoy seguro de que no anticipaban resistencia.

—Tal vez no —coincidió Kimmund, con una voz un poco amargada—. Pero seguramente estaban preparados, en caso de que se presentara. Cuando llegamos a la cabina de mando, habían borrado todo el sistema de cómputo y freído todos los dispositivos electrónicos. En realidad, había lugares donde parecía que habían lanzado llamas, literalmente, a las paredes y el equipo.

—Sí, lo vi —asintió Thrawn—. No les cabía duda alguna de que debían tratar de destruir cualquier evidencia de su punto de origen.

—Incluso a ellos mismos —indicó Kimmund—. Se abalanzaban a nuestro paso durante la incursión, y no creo que fuera tan solo para demorarnos. Creo que todos querían morir peleando para que no quedara nadie a quien interrogar. La única razón por la que tenemos algunos prisioneros es que atrapamos a tres que seguían trabajando en el borrado electrónico y llegamos a un punto en que era posible aturdirlos antes de que lograran echar mano de sus armas. Por cierto, eran DL-18 y viejos DC-18 —agregó—. Probablemente comprados en el lugar.

—¿Exactamente, qué se supone que recogieron en Batuu para que valiera la pena todo eso? —preguntó Skerris—. ¿Lo sabemos?

—Creo que sí —contestó Thrawn—. Sin embargo, como aclaración, creo que estaban en Batuu para recoger *y* para entregar. Consideren que varios de los pequeños transportes ya estaban en el terreno cerca de Aguja Negra. Creo que el plan era que el primer carguero, el que el Comandante Kimmund capturó, permaneciera en órbita y transfiriera un cilindro a cada uno de los pequeños transportes que acababan de llegar.

—*Sí* parecía que se estaban desplazando hacia el carguero cuando nos vieron y empezaron a huir —señaló Skerris.

—Así es —confirmó Thrawn—. Hubieran empezado con los cuatro que ya estaban en el espacio y continuado con los que esperaban en el terreno, que presuntamente se unirían al carguero en órbita de acuerdo con su propio plan. —Volteó a ver a Vader—. El segundo carguero iba a aterrizar y reunir a los prisioneros de los grysks, llevarlos a órbita y, de igual manera, trasladar uno a cada transporte.

—Todo eso ocurriría fuera del terreno, donde los locales no podrían echar un vistazo —comentó Faro.

—Entonces, ¿qué son exactamente estos grysks? —quiso saber Kimmund.

—Se sabe muy poco con certeza —contestó Thrawn—. Pero es posible deducir algunos hechos. —Tocó un control y el holoproyector de la mesa de conferencias se iluminó con una serie de imágenes—. Estas son algunas de las piezas de arte que han creado para recordar a los sobrevivientes de sus conquistas. Si compensamos los sesgos y los patrones culturales de los creadores, creo que los cuentos de vastas hordas del enemigo son inexactas. Es más probable que utilicen tácticas y armamento poco familiares, no la simple superioridad numérica, para abrumar a sus oponentes.

Faro asintió. Cuando recién abordó por primera vez el *Chimaera*, a menudo se había sentido frustrada por el hecho de que no tenía ninguna pista acerca de lo que Thrawn veía en todo ese arte, y mucho menos comprendía cómo llegaba a sus conclusiones. Ahora

simplemente admiraba los hermosos cuadros y confiaba en que él supiera de qué estaba hablando.

—Tampoco creo en el mito de que son nómadas —continuó Thrawn—. La mayoría de los seres empezaron en mundos planetarios y no los ceden con facilidad. Más aún, las imágenes y los diseños de sus naves en estas piezas indican una decidida preferencia por el sol, el cielo y el suelo sobre la negrura del espacio. Comandante Kimmund, su informe indica que observó lo que considera sorpresa en el rostro de los prisioneros cuando vieron por primera vez el *Chimaera*…

—Sí, señor, creo que esa fue su respuesta —confirmó Kimmund—. Esperemos saber más cuando los droides médicos analicen los biosensores que conectamos a sus controles.

Faro reprimió una mueca. Esa idea había sido *suya*, y supuestamente Kimmund la había descartado con el argumento de que el *Darkhawk* no tenía el equipo necesario y, para empezar, la colocación de sensores haría sospechar a los prisioneros que se estaba fraguando algo especial. Al parecer, en algún punto del viaje de regreso había encontrado el equipo y se había atrevido a probarlo. Como la sugerencia de Faro fue verbal, en una transmisión cerrada, y el informe de Kimmund fue por escrito y completamente público, indudablemente él recibiría el crédito.

En la flota del gran almirante, esas cosas no importaban demasiado. En el resto de la armada, y evidentemente en Coruscant, tenían demasiado peso. Estaba segura, además, de que también le importaban a Vader.

—Eso apoyaría su conclusión de que no son nómadas —intervino Vader—. Si lo fueran, una nave del tamaño de un destructor estelar no los impresionaría.

—Tal vez —concedió Thrawn e inclinó la cabeza hacia los demás—. Pero no hay que confundirnos —continuó recorriendo con la mirada el resto de la mesa—. No hay que subestimar a los grysks. Si huyeron del combate hoy, es porque así lo *decidieron*.

—¿Tal como lo hicimos nosotros? —interrogó Kimmund.

Thrawn entrecerró ligeramente los ojos.

—Explíquese.

—Me refiero, señor, a que nosotros también tenemos la opción de combatir o no —explicó Kimmund con voz firme—. Mi pregunta era si está planeando involucrar al Imperio con esos grysks. Una especie de guerreros que, al parecer, no nos están molestando.

Un silencio mortal llenó la sala de conferencias. Thrawn y Kimmund permanecieron inmóviles, con la vista fija en el otro. Faro terminó viendo alternativamente a Kimmund y Vader y preguntándose si el Señor Oscuro iba a golpear al comandante de su legión por semejante insubordinación. Pero no lo hizo. ¿Significaba eso que el propio Vader había ordenado a Kimmund que planteara la pregunta?

—Cuando se me llevó por primera vez ante el Emperador —respondió finalmente Thrawn, con voz tranquila—, le advertí que muchos peligros acechaban en las Regiones Desconocidas. Él confió en mi palabra. Al final me otorgó el rango de gran almirante. ¿Está poniendo en duda su juicio?

El labio de Kimmund se contrajo, su vista se desplazó una vez hacia Vader antes de regresar a Thrawn.

—No, señor.

—Bien —concluyó Thrawn—. Entonces tenga por seguro, comandante, que cuando trabemos batalla con los grysks (no dije *en caso de que trabemos*, sino *cuando trabemos*) —agregó, mientras barría de nueva cuenta la mesa con la mirada—, será porque ya son una amenaza para el Imperio. —Fijó la vista en Kimmund—. ¿Tiene más preguntas?

Una vez más, Kimmund miró a Vader.

—No, señor.

Thrawn se dio vuelta hacia Faro.

—Comodoro, ¿cuánto falta para llegar a las coordenadas que fijé para usted?

—Veintitrés horas y catorce minutos, señor —reportó Faro.

—Bien —dijo Thrawn—. Eso dará tiempo suficiente para que los ingenieros terminen su análisis inicial y para que los oficiales y la tripulación descansen.

Se estiró todo lo que pudo. Aunque seguía sentado, el movimiento fue impresionante.

—Exactamente en veintiún horas, el *Chimaera* empezará una prueba de todo el sistema. Dos horas después, esta nave irá a estaciones de batalla.

Miró a Vader, y Faro creyó ver que una leve sonrisa afloraba en los labios del almirante.

—Poco después de eso —agregó—, tendremos las respuestas que buscamos.

—Un minuto —gritó el oficial en la estación de timón. El Teniente Agral, si Vader recordaba su nombre correctamente.

—Todas las armas listas —agregó el Teniente Mayor Pyrondi desde la estación del oficial de armas.

—¿Qué ordena, almirante? —preguntó la Comodoro Faro.

Vader miró a Thrawn, y percibió una tranquila determinación.

—Permanezcan listos para la marca de navegación.

—Listos para marca de navegación —gritó Faro. Miró a Vader como si esperara que hiciera un comentario o diera una orden propia, pero este permaneció en silencio. Por el momento, al menos, ese era el espectáculo de Thrawn.

Un destello, el desvanecimiento de las franjas de estrellas, y el *Chimaera* regresó al espacio real.

—¡Marca de navegación! —gritó Faro—. Sensores a rango completo.

—Tenemos la marca.

—No hay naves enemigas en los sensores —gritó Pyrondi.

—¿Algún otro objeto en nuestro rango? —preguntó Faro.

—Ninguno —respondió Pyrondi.

—Revertir a rumbo anterior —ordenó Thrawn—. Nuevo rumbo, como se indicó.

Faro observó la pantalla de navegación, y unas arrugas surcaron su frente.

—¿Señor? —preguntó.

—El rumbo es correcto, comodoro —aclaró Thrawn—. Un microsalto a este punto, un segundo microsalto a este y el hiperdrive normal a nuestra posición actual.

—Desde diferente ángulo —dijo Faro.

—Sí —confirmó Thrawn.

—Comprendido, señor —indicó Faro, aunque por su voz era evidente que no era así.

Al menos ella y el resto de los oficiales de Thrawn habían aprendido, aparentemente, a seguir órdenes.

—Timón: ejecute como se ordenó.

El *Chimaera* hizo tres acercamientos más al hipercarril bloqueado. Los sensores hicieron otros tres rastreos. El timón agregó tres marcas de navegación. Se estaban acercando a la cuarta cuando Vader decidió por fin que había sido suficiente y se acercó un paso a Thrawn.

—¿Qué espera encontrar? —quiso saber.

—La fuente de la perturbación —afirmó Thrawn.

—No hay nada aquí.

—Quizás —replicó Thrawn—. ¿Vio los análisis que presentaron los ingenieros sobre los escombros del carguero?

—Sí —contestó Vader. Había observado que cambiar el tema era una de las tácticas favoritas del chiss. Por desgracia para él, Vader había descubierto cómo contrarrestar el plan—. La relación entre los metales de los fragmentos era similar a la distribución en los proyectores de pozo gravitatorio de un crucero interdictor.

—En efecto —dijo Thrawn—. Entonces sabe lo que estamos cazando.

—Caza en vano. —Vader vio a ambos lados, asegurándose de que nadie más estaba tan cerca que pudiera escuchar. Esta conversación era entre él y Thrawn, solos—. ¿Cree que los cilindros grysk destruidos eran proyectores de pozo gravitatorio?

—Eso explicaría la interrupción del hipercarril y la manera en que el *Chimaera* fue sacado del hiperespacio.

—Su conclusión es errónea —expresó llanamente Vader—. Para permanecer sin ser detectado, el proyector necesitaría un dispositivo de encubrimiento. Sin embargo, como usted mismo dijo, y como los ingenieros han confirmado, un pozo gravitatorio y un dispositivo de encubrimiento no pueden ejecutarse desde el mismo punto al mismo tiempo.

—Las conclusiones de los ingenieros a veces son incorrectas.

—Esta vez no —expresó Vader con firmeza.

—Estoy de acuerdo —dijo Thrawn.

Vader frunció el ceño.

—¿Está de acuerdo en que no hay nada que encontrar? Entonces, ¿por qué estamos aquí?

—Ya dije: para encontrar la fuente de la interrupción del hipercarril.

—Explíquese.

—Aún hay incertidumbres —indicó Thrawn—. Por tanto, preferiría no hablar por el momento.

La mano izquierda de Vader se destrabó de su cinturón, se desplazó unos centímetros y llegó a descansar en la empuñadura de su sable de luz. Era hora de terminar con esto.

—Yo soy el representante del Emperador —afirmó y puso toda la amenaza oscura de un Lord Sith en su voz—. Usted *hablará* si yo así lo ordeno.

—El Emperador me puso al mando de esta nave y de esta misión.

—El Emperador no les permite juegos a sus subordinados.

Durante unos cinco segundos, Thrawn no dijo una palabra. Vader apretó el sable de luz con el puño…

—En mis años de servicio al Imperio, en ocasiones he ofrecido explicaciones sin prueba —comentó en voz baja—. Eso nunca ha salido bien.

—¿A qué se refiere?

—La mayoría no me cree —explicó Thrawn—. Esa incredulidad luego los predispone contra la prueba cuando se revela.

—Yo no soy la mayoría —le recordó Vader.

—Lo sé, mi señor —respondió Thrawn—. Pero aun así le pediré que confíe en mí.

Vader se le quedó viendo, mientras se extendía en la Fuerza. También habían desconfiado de «el jedi» y, a menudo, hasta las personas más cercanas a él habían hecho a un lado sus opiniones. También sabía lo que se sentía ser poderoso, pero de alguna manera seguir siendo un extraño.

—Cuénteme de los prisioneros que sacaron de Batuu.

—No puedo —respondió Thrawn—. Tan solo creo que es vital que los recobremos.

—¿Y si exijo una respuesta?

—No puedo darla —insistió Thrawn—. Tan solo pido que confíe en mí.

Vader apretó los dientes.

—Uno no puede simplemente pedir confianza, almirante —le previno con rudeza—. La confianza debe ganarse.

—Estoy de acuerdo —dijo Thrawn—. Le pido una hora más.

Vader miró el cielo del hiperespacio, que fluía afuera.

—Una hora —aceptó—. Luego, almirante, responderá mis preguntas.

CAPÍTULO 10

—Todo lo que estoy pidiendo —reiteró Anakin— es que confíes en mí.

Thrawn no respondió. Había hablado lo suficiente al comienzo del viaje, sobre todo preguntando a Anakin sobre la República, los separatistas y las Guerras de los Clones. Las propias preguntas de Anakin sobre los chiss tendían a recibir una respuesta breve o ausente.

Pero una vez que Anakin empezó a hablar sobre su plan para entrar en las instalaciones de Mokivj, todo había cambiado. Ahora era Anakin quien hablaba más y el chiss quien no respondía.

En cierto sentido, en realidad no podía culpar a su nuevo socio. El plan rayaba en la locura y, con alguien que no fuera un jedi, parecía condenado al fracaso desde el inicio. Pero Anakin era un jedi. Más que eso, sabía cómo pensaban y actuaban los separatistas. Y era muy bueno contra los droides de batalla de estos.

—Soy comandante de la Flota de Defensa contra Expansiones —explicó Thrawn—. Mi uniforme proclama mi autoridad.

—Misma que, de todos modos, no tienes en Mokivj —replicó Anakin con paciencia—. Aunque los locales hayan escuchado historias de los chiss, los separatistas que están a cargo de la base no van a quedar muy impresionados. —Señaló el daño de bláster en el uniforme de Thrawn—. Para ser franco, lo que esa ropa proclama principalmente es que estuviste en una batalla importante que tal vez perdiste.

—Sigo vivo —afirmó Thrawn—. La vida siempre atempera la derrota.

—Supongo —dijo Anakin—. Pero en realidad podemos hacer esto.

Thrawn miró a R2-D2, que estaba sentado en silencio en el rincón.

—Estuviste haciendo modificaciones a tu droide —comentó—. ¿Eran parte del plan?

—Sí.

—¿Son detectables por parte del enemigo?

Anakin lo pensó. Técnicamente, si el enemigo era *muy* observador… Pero casi seguro que no lo era.

—No sin que lo desarmen —explicó.

Thrawn lo pensó otros cuantos segundos.

—El plan es temerario, pero su propia audacia es un argumento en contra de que el enemigo esté preparado para él. Muy bien, intentémoslo. Al menos nos permitirá superar sus defensas externas.

—Bien —dijo Anakin con alivio. Era un plan que, en teoría, él y R2-D2 podrían llevar a cabo solos, pero cosas como esta siempre parecían más creíbles si había un equipo—. Hay casilleros de ropa en los cuarteles de la tripulación. Con suerte, algo allí será de tu talla.

—Sí. —Thrawn señaló la ropa de Anakin—. ¿Qué me dices de ti y tu uniforme?

—Los jedi no tienen uniformes —explicó Anakin mientras bajaba la vista a su propia ropa—. Tampoco los separatistas, en realidad: sus soldados son droides de batalla, los nuestros son clones con armadura. Aunque nuestros oficiales y tripulantes de la armada tienen uniformes. En todo caso, tienes razón. Quizá debería vestir ropa que parezca más local.

—Y menos el atuendo de un guerrero.

Anakin frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

—Tus mangas están cortadas para permitir movimientos exagerados de los brazos —explicó Thrawn—. De igual manera, tu larga túnica, que parece como si impidiera tu movimiento, también permite libertad de acción. De igual importancia es el hecho de que en combate su movimiento en remolino distraerá la vista de un oponente.

—Interesante —susurró Anakin mirando su ropa con nuevos ojos. Siempre había sabido lo fácil que era luchar con ella puesta, pero nunca antes se había concentrado en los detalles particulares—. Veré si puedo encontrar algo que funcione tan bien.

—Que no parezca el atuendo de un guerrero.

—Correcto —accedió Anakin secamente—. Aunque será difícil, por la forma, la función y todo eso. —Hizo un gesto—. Si las coordenadas son correctas, debemos llegar a la base cuatro horas después de que caiga la noche. Buscaremos algunas ropas con las que aterrizar allí, luego repasaremos de nuevo el plan. Van a plantear preguntas y quiero estar seguro de que tenemos las respuestas.

—No, *no* soy el Capitán Boroklif —explicó Anakin por tercera ocasión, mientras ponía algo de forzada paciencia en su voz. Una mirada fuera de la cubierta de la cabina de mando bastó para ver que los dos droides buitres que habían volado como escoltas se mantenían a distancia. Eso era algo, al menos—. El Capitán Boroklif está, digamos, indispuesto.

—Necesito hablar con él —insistió la voz en el otro extremo. Era acento serenniano, si Anakin lo escuchaba correctamente: alguien del planeta de origen del Conde Dooku, Serenno. ¿El duque sería algún amigo o socio que Dooku había impuesto para que dirigiera las cosas por él?

—El Capitán Boroklif no está aquí —gruñó Anakin—. Hubo problemas en Aguja Negra. Boroklif y su tripulación no estaban en condiciones de volar. ¿Quiere que se lo explique con manzanas?

—¿Quiere decir que están *muertos*? ¿Todos?

—No lo sé —respondió Anakin—, porque no nos quedamos a ver el final. Pero puedo decirle que los chicos definitivamente estaban perdiendo.

Hubo una pausa.

—¿Por qué está aquí?

—Porque tenemos su carga —respondió Anakin—. Me imaginé que la querrían. Siempre y cuando paguen.

Otra pausa, esta vez más larga.

—Pueden aterrizar en el patio —dijo el otro—. Les estoy enviando las coordenadas.

—¿Y el escudo? —preguntó Anakin viendo la pantalla de visualización del sensor—. ¿O quiere que pase por debajo?

—No se pase de listo —gruñó el otro—. Lo abriré cuando necesite que esté abierto. No antes. Una vez que esté abajo, dejará la nave, *todos* ustedes la dejarán, y esperarán al pie de la rampa a su escolta. Desarmados. Si vemos cualquier arma, los mataremos.

—Sí, sí, lo comprendo —confirmó Anakin—. Nos vemos. —Apagó el intercomunicador—. ¿Recibiste las coordenadas? —interrogó a Thrawn.

—Sí —respondió el chiss mirando detenidamente la disposición del terreno—. ¿Los escudos de los separatistas en realidad terminan antes del suelo?

—Muchos escudos sí —explicó Anakin—. Cuando los colocas hasta el suelo, la gente del interior se empieza a quedar sin aire respirable. A menos que estén bajo escudos de rayos, por supuesto, en cuyo caso eso no importa. Pero esos escudos dejan entrar misiles y torpedos, así que no son tan útiles.

—Ah —murmuró Thrawn—. También observo que las fábricas no suelen tener patios.

—Quizá solo le llaman así a su área de aterrizaje —supuso Anakin—. Al tenerla en el interior, las naves quedan bajo la protección del escudo.

—Eso también exige que el escudo se levante cada vez que llega o sale una nave —señaló Thrawn—, con lo que la base resulta vulnerable. Un mejor diseño sería que el área estuviera fuera de la base, de manera que solo necesitaran retirar el escudo hasta las paredes de la fábrica para permitir el tráfico.

—Así que el lugar fue construido originalmente como algo más —concluyó Anakin—. No parece una gran revelación. Siempre es más fácil alterar el propósito del edificio de alguien que levantar uno propio.

—Por supuesto —convino Thrawn—. Pero una vez más llegamos a la pregunta de por qué estamos *aquí*.

—Eso es lo que vinimos a descubrir —dijo Anakin—. Hagamos esto.

Anakin tenía razón: la base sí tenía aspecto de haber empezado como algo más. Sin embargo, su función anterior no resultaba tan obvia.

—Ese tipo de estructura cuadrada es común en las fortalezas —comentó Thrawn mientras Anakin los acomodaba en su vector final—. El patio grande puede servir como un almacén protegido para vehículos aéreos.

Anakin asintió. El patio en realidad estaba desocupado, pero era lo bastante grande para contener cuatro cargueros del tamaño del *Larkrer* o muchas naves más pequeñas. En las esquinas de la base había anclas verticales para droides buitre, también vacías. Cada uno de los lados rectangulares de la estructura medía unos quinientos metros de largo,

unos cien de ancho y tal vez tres pisos de alto. Había espacio sufiente para una fábrica, una instalación importante de investigación o un ejército de droides de buen tamaño.

—Podría ser de una época anterior al escudo.

—Las paredes son demasiado bajas, comparadas con casi todas las fortalezas antiguas —señaló Thrawn—. ¿El generador del campo es ese que está en el centro?

—Sí —confirmó Anakin viendo una sombra aplastada y llena de bultos que se levantaba sobre una base de permacreto en el centro del patio—. Parece algo de la serie KR. A los separatistas les gustan.

—Es sorprendentemente compacto —comentó Thrawn—. ¿El suministro de energía será subterráneo?

—Quizás —contestó Anakin—. Pero si estás pensando en inutilizarlo, no te preocupes. A menos que tengas una flota esperando, eso no nos daría ningún beneficio.

—Por desgracia, no tengo ninguna flota —murmuró Thrawn.

—Tampoco lo creía —replicó Anakin—. No importa. Si Padmé está allí, vamos a sacarla. —Señaló hacia delante por el ventanal—. Parece que es allí donde quieren que aterricemos. ¿Ves a los cuatro droides con luces que están parados en un rectángulo?

—Sí —confirmó Thrawn—. El espacio definido parece apenas adecuado para una nave de este tamaño.

—Sí, lo observé —dijo Anakin con una amplia sonrisa—. Supongo que quieren ver qué tan buen piloto soy. Mostrémoslo.

Años de guerra le habían enseñado a usar la Fuerza para concentrarse en volar, maniobrar y aterrizar un amplio rango de tamaños y estilos de naves espaciales. No solo de la República y de los separatistas, también diseños independientes. El *Larkrer* no era una excepción, y logró hacerlo descender perfectamente en el espacio que se les había asignado.

Estaba apagando los motores cuando una luz inundó abruptamente el patio.

—Veo que tienen iluminación, después de todo —comentó Thrawn con voz tranquila.

—Por supuesto —concedió Anakin, mientras forzaba la vista para ver por el ventanal.

La iluminación venía de un conjunto de seis reflectores espaciados en la parte superior de la pared este del patio, la que el *Larkrer* tenía en este momento al frente. Anakin se inclinó hacia delante y miró a izquierda y derecha para confirmar que no había ese tipo de luces en las paredes del norte y el sur, mientras que por las sombras era evidente que tampoco había ninguna en la pared oeste, detrás de ellos. Arriba, los droides buitre que los habían escoltado se hundieron brevemente en la luz y luego se dirigieron de regreso a su patrullaje.

—Tal vez solo sea para visitantes inesperados y otras ocasiones especiales.

—Un diseño peligrosamente deficiente —dijo Thrawn—. La iluminación de una sola dirección crea regiones de sombra que pueden ser explotadas.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer —afirmó Anakin—. Si tenemos suerte, los controles de la iluminación estarán allí afuera, a nuestro alcance, así que mantente atento para ver si los descubres. Salgamos antes de que se pongan nerviosos.

Un minuto después, Thrawn, R2-D2 y él se reunieron al pie de la rampa bajo los ojos muertos de dos escuadrones de droides de batalla B1 que apuntaban a los recién llegados con rifles bláster E-5.

—Interesante diseño —murmuró Thrawn—. Pequeños y solo moderadamente protegidos por una armadura, pero estrechos y, por tanto, difíciles de tomar como blanco.

—Son los caballos de batalla del ejército separatista —murmuró a su vez Anakin—. Pero no te pongas demasiado cómodo: también tienen droides más pesados, mejor armados y con una armadura mucho más funcional. Hablando de ellos, allí hay dos ahora, *junto* a quien supongo que es nuestro anfitrión.

Un par de superdroides de batalla B2 avanzaba pesadamente por el patio, y un ser humano alto y delgado caminaba entre ellos. Como las luces le daban por detrás, era imposible distinguir sus rasgos e insignia, pero tras él se agitaba una capa distintiva, un símbolo serenniano de nobleza. El mismo tipo de capa que vestía el Conde Dooku.

—A nuestra izquierda —murmuró Thrawn—. Observa el vehículo en el rincón.

—Más tarde —susurró a su vez Anakin con voz tensa mientras se extendía en la Fuerza. Si este era Dooku, todo estaba a punto de derrumbarse.

En realidad, quizá ya lo había hecho. Como la luz daba directamente en el rostro de Anakin, era imposible que el serenniano no lo hubiera identificado ya. Sin embargo, aún no había ninguna advertencia de peligro por parte de la Fuerza, y el hombre que se acercaba tampoco había alterado el ritmo de sus pasos. ¿No era Dooku, entonces?

—Observa el vehículo en el rincón —repitió Thrawn.

Con renuencia, Anakin lanzó una mirada de soslayo en esa dirección. Metido en la esquina noroeste del patio, atendido por otro escuadrón de droides, había un pequeño camión speeder, oscuro y sombrío, con la sección superior trasera abierta. Lo más probable era que se tratara de un vehículo local. Un par de hombres igualmente sombríos estaban de pie afuera de su rampa de carga. Hablaban con un hombre y una mujer que vestían las mismas capas serennianas distintivas.

—Una nave atmosférica —explicó Thrawn—. Creo.

—Sí, más tarde —lo interrumpió Anakin desplazando su atención a la figura que se acercaba y a los dos B2.

La cara del ser humano seguía en la sombra, pero a medida que se aproximaba se parecía cada vez menos a Dooku. Él y su escolta se detuvieron a cinco metros de distancia.

—¿Y bien? —exigió respuestas.

Anakin sintió una chispita de alivio. No era la voz de Dooku.

—Y bien, ¿qué? —preguntó a su vez.

Por otra parte, *era* la voz del controlador de tráfico con quien había hablado. ¿Alguien desechable en caso de que los visitantes resultaran peligrosos?

—Tenemos su carga. ¿Tienen nuestro dinero?

—Aún estamos muy lejos de empezar a hablar de dinero —informó el serenniano con frialdad—. Empecemos por saber quiénes son ustedes. —Desplazó la mirada a R2-D2—. Y por qué viajan con un droide astromecánico de la República.

—¿*Eso* es lo que es? —comentó Anakin bajando la vista a R2-D2. Era un comentario ridículo, por supuesto: los droides astromecánicos eran demasiado omnipresentes para que una unidad al azar se relacionara de inmediato con la República. Obviamente el serenniano estaba viendo si provocaba alguna reacción—. Eso significa que vale más, ¿verdad?

—Supone que estamos comprando —dijo el serenniano—. ¿Qué le hace pensar que no estamos simplemente *apropiándonos* de las cosas?

—Porque no solo tenemos mercancía —informó Anakin—. También contamos con información. —Bajó la voz—. Como la manera en que obtuvimos este droide, para empezar. Pero solo hablaremos con alguien que pueda entregarnos dinero real.

—¿Qué tal si me lo cuenta todo y yo hago que no le disparen aquí y ahora? —ofreció el serenniano.

—Lo siento, pero esto no es el tipo de información que le das a alguien contratado —se burló Anakin—. No importa que lo niegue: sé que es el empleado que nos dio los vectores.

—Ah, pero hasta los empleados tienen autoridad aquí —expresó con tranquilidad el serenniano. Levantó una mano…

Abruptamente, los droides B2 colocaron sus blásters de muñeca en posición de disparo.

—Habla o muere —continuó—. Es su decisión.

Anakin se quedó viendo a Thrawn.

—¿Qué te parece?

—El valor es una virtud —contestó Thrawn—, la tontería no.

—Eso supongo. —Anakin se dio vuelta de nuevo hacia el serenniano—. Bien. Empecemos por la mujer.

El serenniano pareció retroceder un poco.

—¿Qué mujer?

—Ya sabe qué mujer —afirmó Anakin—. La que su gente capturó merodeando alrededor de su nave en Aguja Negra y mató.

—Ah —murmuró el otro—. Sí, ella. ¿Qué hay con ella?

—Bueno, para empezar, no estaba sola —informó Anakin—. Tenía un equipo completo con ella. —Señaló con la barbilla al *Larkrer*—. Por eso pudimos apoderarnos de su nave. El Capitán Boroklif ya no iba a usarla más.

—Ya veo. —El serenniano señaló a R2-D2—. ¿Era de ella?

—No lo sé —indicó Anakin—. Lo encontramos… Está bien, he aquí lo que pasó. Llegamos a la nave, encontramos a un tipo que trataba de destrabar el timón y lo echamos. No sabíamos que había dejado al droide hasta que alcanzamos la velocidad de la luz. Y luego… —titubeó, como con renuencia a decir el resto.

—La ruta de la nave estaba prestablecida —interrumpió Thrawn—. Estaba bloqueada. No tuvimos más opción que venir aquí.

—¿Quién hizo eso? —preguntó el serenniano.

—Supongo que Boroklif, antes de que lo atraparan —sugirió Anakin—. Así que imaginamos que, como no podíamos ir a otro lado, entregaríamos la carga y tal vez ustedes la desbloquearían o borrarían toda la computadora y la reiniciarían.

—Ya veo —dijo el serenniano mientras lo pensaba con detenimiento—. Una historia interesante. Confío en que aprecien el hecho de que ahora ya no tienen nada con qué negociar.

—Sí, bueno, esto es lo que pasa —comentó Anakin—. Verá, le dijimos que la ruta estaba prestablecida. Lo que *no* le dijimos fue que había otra ruta prestablecida en una capa inferior.

—¿De qué habla?

—De que ambos bandos estaban jugando a lo mismo —explicó Anakin con paciencia—. Verá, Boroklif puso esta ruta en la computadora, como dije. Pero la puso encima de otra ruta que la mujer ya había ingresado. Supongo que la estaba ingresando para volar al lugar donde su pandilla tuviera su base, ¿sabe? Solo en caso de que debiera partir de prisa. Me imagino que Boroklif la encontró y no la pudo borrar, así que tan solo dispuso la ruta encima. No sé, es un poco confuso.

—No se preocupe, lo estoy comprendiendo —replicó secamente el serenniano.

—Bien, porque está muy enredado —comentó Anakin—. En todo caso, el otro tipo, el que atrapamos entrometiéndose en esto, supongo que era parte del grupo de la mujer y estaba tratando de cambiarlo de nuevo cuando lo echamos de allí.

—Y tenía a este droide consigo —lo interrumpió el serenniano, con voz sombría—. ¿Qué le hace pensar que era de la pandilla de ladrones?

—Bueno. —Anakin miró a Thrawn y se encogió de hombros—. ¿De quién más podía ser?

—¿Que arrastrara a un droide astromecánico tras él?

—Sí, eso no parece correcto —convino Anakin y contrajo el rostro como si tratara de encontrarle sentido a todo eso—. Bueno… estaban tratando de robar la carga de ustedes. Tal vez le robaron el droide a alguien más.

—Tal vez —convino el serenniano—. ¿Había alguien más?

—Claro, y una cosa adicional. —Anakin señaló a los B2, cuyos blásters de muñeca seguían apuntando a él y Thrawn—. Me imagino que querrá saber a dónde estaba enviando la mujer la nave. Brix… él es Brix —añadió y señaló a Thrawn con la barbilla—, Brix pensó que tal vez no querría pagarnos o que hasta podría dispararnos. Así que… bueno, como que bloqueamos la computadora.

—¿Cómo la bloquearon?

—Usamos una contraseña de cifrado de dos etapas —explicó Anakin—. Yo tengo una etapa, Brix tiene la otra. Nos necesita a ambos para entrar antes de que siquiera empiece a depurar lo prestablecido para ver la ruta que la mujer programó debajo.

—Ya veo.

Por un largo momento, el serenniano pasó la vista de uno al otro. Anakin se extendió en la Fuerza mientras lo estimulaba mentalmente para que encontrara el error en su ardid. De lo contrario, tendrían que darle una pista.

Entonces, allí estaba: un destello de súbita comprensión. Si R2-D2 estuvo presente durante el cifrado, podría tener un registro visual del código. Si los separatistas lograban sacarlo de su memoria, los dos ladrones de naves carecerían una vez más de algo con lo que negociar.

—Evidentemente han pensado muy bien las cosas —comentó el serenniano, que trataba de sonar disgustado—. Supongo que es mejor que entremos y discutamos cuánto vale esta información. —Movió la mano de manera casual hacia R2-D2—. Traeremos al droide. Tal vez sepa más de los ladrones.

—Siempre y cuando pague, es todo suyo —explicó Anakin—. Adelante.

El serenniano hizo un ademán desdeñoso a los B2, que obedientemente bajaron los brazos y los blásters.

—Ustedes también —agregó en dirección al escuadrón de droides de batalla, que seguía apuntando sus blásters a Anakin y Thrawn—. Vayan a ayudar a Palter con el cargamento.

—¿Debemos revisar el carguero? —preguntó el líder de los droides.

—El Equipo Cuatro lo hará —respondió el serenniano—. Esperen con Palter hasta que el Equipo Tres tenga a los trabajadores aquí, luego ayúdenles a asegurarse de que todo quede descargado y bien apilado.

—Entendido, entendido —confirmó el líder de los droides.

Se dieron vuelta al mismo tiempo y se dirigieron al otro lado del patio, hacia el vehículo polvoso que estaba en el rincón. El serenniano los miró por un momento, luego se dio vuelta y empezó a caminar hacia la puerta en la esquina sureste del patio, mientras su capa se agitaba detrás de él.

Anakin lo siguió mientras R2-D2 rodaba a su lado y Thrawn caminaba un par de zancadas por detrás. Los dos B2 esperaron hasta que los recién llegados pasaron entre ellos, luego tomaron posiciones de guardia a cada lado.

Se escuchó el sonido de pisadas detrás de Anakin cuando Thrawn acortó la distancia entre ellos.

—Junto a la puerta —murmuró el chiss—. Un juego de interruptores. Unos conductos blindados suben por las paredes hasta las luces.

Anakin movió milimétricamente la barbilla en señal de reconocimiento. Así que la base no solo había sido construida dentro de un edificio existente, sino que los separatistas lo reacondicionaron con premura y simplemente conectaron las luces de seguridad a lo que ya había, en lugar de instalar algo más permanente. Eso sugería que no tenían la intención de que la base se usara por mucho tiempo. Cualquier cosa que estuvieran haciendo, planeaban terminarla e irse.

En el patio, otro grupo de B1 se estaba acercando al *Larkrer*, supuestamente el Equipo Cuatro que el serenniano había mencionado. Anakin se quedó viendo a los droides, mientras calculaba rápidamente la ruta más corta por la que se podrían acercar a él. No sería perfecto, pero habría de bastar. Estiró una mano y dio un golpecito suave en un lado de R2-D2.

El droide lanzó un gruñido amortiguado en señal de entendimiento y, deslizándolo, abrió un compartimiento oculto encima de su domo. Thrawn se situó al otro lado de Anakin, pasó junto a ambos a grandes zancadas y alcanzó al serenniano.

—Alto —ordenó uno de los B2.

Obedientes, Anakin y R2-D2 se detuvieron. Pero Thrawn siguió adelante.

—Debo decir algo —gritó al serenniano.

Los superdroides de batalla levantaron y prepararon sus blásters mientras se apresuraban para alcanzarlo, dejando atrás a Anakin y R2-D2.

Mientras todos ponían su atención en otro lado, Anakin se extendió en la Fuerza y atrajo el sable de luz del domo de R2-D2. Lo dejó caer cuando ya casi estaba en el suelo y lo desplazó detrás de ellos haciéndolo flotar por el patio. Salió volando de la sombra de Anakin, brilló por un instante bajo la luz que provenía de la pared, luego se inclinó y se metió en el brazo doblado de uno de los dos droides más retrasados, con el que sujetaba el arma. Por el rabillo del ojo, Anakin vio que el serenniano se detenía de golpe y se daba vuelta.

—¡Deténgase! —exclamó.

—Disculpe —se excusó Thrawn y finalmente se detuvo. Los B2 también lo hicieron, con los blásters apuntados a él—. Tan solo quería hacer una pregunta.

—Las preguntas pueden esperar —gruñó el serenniano fulminando con la mirada al chiss. Luego volteó hacia los B2 e hizo una seña para que bajaran los blásters—. Vamos.

—La pregunta es importante —insistió Thrawn, sin moverse.

Una vez más, los blásters de los B2 se levantaron.

—Yo dije lo contrario —recalcó el serenniano.

Por un momento, el ser humano y el chiss quedaron frente a frente, con los ojos y las voluntades fijas. Anakin permaneció en su lugar, viendo cómo la patrulla de droides de combate seguía su marcha y manteniendo su sable de luz medio oculto junto al brazo del droide. Esto iba a necesitar una precisión exquisita…

—Será mejor que valga la pena —aceptó finalmente el serenniano.

—Ha sugerido que tal vez este droide venga de la República —planteó Thrawn—. Los ladrones trataron de llevar por la fuerza el carguero a su propio destino. En la guerra, alguien cree que, si uno no puede obtener un premio, nadie más debe quedarse con él.

Por lo que duran dos latidos, el serenniano tan solo se le quedó viendo. Luego, abruptamente, sacudió la cabeza mientras volteaba hacia R2-D2.

—¡Droides! —gritó y retrocedió de prisa—. Ese astromecánico: ¡hagan un escaneo rápido en busca de explosivos!

Anakin miró más allá de él, hacia la fila de interruptores en la pared, se extendió en la Fuerza y abrió todos; luego volvió la vista a la patrulla de droides. Cuando los reflectores se apagaron, atisbó su sable de luz mientras este caía de su escondite hacia el suelo y volvió a empuñarlo con la Fuerza. R2-D2 lanzó un grito de lamento. Y cuando un coro de gritos sobresaltados de droides y seres humanos surgió en el patio, Anakin encendió el sable de luz y atacó a la patrulla de droides haciéndolo girar y deslizándolo.

En el calor de una batalla real, esa maniobra hubiera significado una muerte rápida. A la distancia, no solo tenía un control limitado sobre el arma, sino que, con el sable de luz tan lejos, se encontraba completamente expuesto al fuego enemigo. Pero para lograr que pareciera que un jedi había surgido de pronto, no podía pedir nada mejor.

Tampoco era un truco que pudiera mantener durante mucho tiempo. Hizo un tajo final a través del último droide, luego apagó el sable de luz y lo lanzó arriba del edificio este. Odiaba separarse de él, aunque fuera por un breve periodo, pero alguien podía encender la luz en cualquier momento y lo último que quería era que el serenniano viera que un arma de jedi volaba hacia su mano extendida.

También era muy bueno que no se hubiera entretenido. Un instante después, los reflectores se encendieron de nuevo y uno de los rayos de luz se reflejó en la empuñadura del sable de luz por una fracción de segundo, antes de que el arma trazara un arco y quedara fuera de su alcance en la oscuridad.

Bajo la luz recién encendida, vio que en el patio se había desatado el caos. Había droides por todas partes: los dos grupos restantes de B1 trotaban por el espacio abierto; sus cabezas largas y cilíndricas giraban rápidamente de un lado a otro, tratando de localizar un blanco; cuatro B2 más aparecieron de algún lugar y daban tumbos con los brazos extendidos y los blásters de muñeca apuntados impasiblemente al frente. Con sus capas agitándose detrás de ellos, los dos serennianos que estaban en el rincón habían corrido hacia la pila de chatarra que Anakin acababa de crear con la patrulla de droides; se habían llevado con urgencia los intercomunicadores a la boca y ladraban órdenes. En el rincón noreste del patio se abrió una puerta y salió rápidamente otro grupo de B1.

—¿Qué fue *eso*? —jadeó Anakin.

—Tonto —exclamó Thrawn—. El droide no era una bomba, sino una distracción. *¡Él subió como polizón a nuestra nave!*

—¡Oh, *esehigi*! —gruñó Anakin; se trataba de una maldición local que Thrawn le había enseñado—. Vamos, necesitamos salir de aquí.

Avanzó de prisa y le dio un golpe a Thrawn en el hombro para recalcar sus palabras mientras pasaba a su lado y se acercaba corriendo al serenniano, que seguía retrocediendo hacia la puerta.

—¡Espere! —gritó el serenniano.

Anakin no se detuvo, mientras seguía extendido en la Fuerza para que le previniera. Si el otro sospechaba, o si los B2 estaban programados para actuar por cuenta propia…

Pero ninguna advertencia de doble visión surgió durante las explosiones de blásters que brillaban a su espalda. El serenniano había visto el sable de luz y, aunque no hubiera

visto a nadie manipulándolo, Anakin sabía que las mentes y los recuerdos humanos eran muy buenos para agregar detalles no vistos, pero lógicamente obvios.

Anakin había recorrido la mitad de la distancia hasta la puerta cuando escuchó unas pisadas que se acercaban por detrás de él. Supuso que era Thrawn, y se dio media vuelta justo cuando una mano pesada cayó sobre su hombro.

—Dije que *espere* —exclamó bruscamente el serenniano obligando a Anakin a reducir la velocidad hasta que se convirtió en un trote rápido—. No puede entrar allí solo.

—No lo comprende —insistió Anakin. Por el rabillo del ojo, vio que Thrawn iba detrás de él, corriendo un poco por detrás de los pesados B2, mientras R2-D2 trataba valientemente de mantener el paso—. Lo echamos de la nave. Ahora viene tras nosotros.

—No sea estúpido —exclamó el serenniano en tono de burla—. ¿No oyó a su amigo? *Dejó* que lo echara para poder subir como polizón.

—¿Qué? —preguntó Anakin lanzándole al serenniano una mirada desconcertada que le hizo ganar otros cinco pasos hacia la puerta. Si podía mantener la farsa el tiempo suficiente para que él y Thrawn quedaran fuera de la vista de todos los demás, podrían deshacerse del serenniano y perderse en el laberinto de cuartos y corredores que encontraran en el interior.

Estaban a diez pasos de la puerta y empezaba a creer que todo saldría sin problemas, cuando la puerta se abrió violentamente y dos B2 más salieron trotando, se detuvieron en cuanto estuvieron en el patio y bloquearon por completo la abertura.

—Pero tiene razón, *no* queremos que lo atrape —continuó el serenniano, mientras apretaba una vez más el hombro de Anakin—. No se preocupe. Tengo un lugar agradable y seguro para usted.

—Tiene que estar bromeando —protestó Anakin, al entrar por la puerta de su nuevo hogar. La puerta, un panel abatible que estaba extendido sobre él como un toldo, era una plancha de transpariacero unida a la pared superior de la celda por un par de bisagras del tamaño de su antebrazo. Aparte de dos ranuras horizontales de treinta centímetros de largo, la puerta era completamente maciza. La propia celda, de cuatro metros cuadrados y tres metros de alto, estaba hecha de losas planas y blancas de permacreto.

A la derecha de Anakin, Thrawn ya había sido conducido a su propia celda y, por el rabillo del ojo, Anakin vio cómo uno de los B1 a los que el serenniano había recogido por el camino cerraba la puerta bajándola sobre la abertura y deslizaba un par de espigas cónicas de metal en las abrazaderas, una a cada lado del lado inferior. En el extremo del corredor, R2-D2 permanecía nerviosamente junto al serenniano, flanqueados por los dos B2. Uno de estos últimos había confiscado los intercomunicadores y las armas de los prisioneros, incluido el pequeño bláster de extensión que estaba oculto en la bota de Thrawn y que el chiss de alguna manera había olvidado mencionar.

—¿Y si viene tras nosotros? —volvió a preguntar Anakin—. Tan solo está suponiendo que quería que lo echáramos.

—No lo *supongo*, ladrón —exclamó el serenniano cuando finalmente dejó de lado su intercomunicador. Había estado con él desde que todos huyeron del patio, dando órdenes a alguien de que sacara a los técnicos de la cama y los pusiera a trabajar. A partir de aquella conversación unilateral, Anakin no había logrado descubrir lo que se suponía que los técnicos debían hacer—. Quería llegar aquí, y esta fue la manera más simple de hacerlo. —El hombre levantó el bláster—. Tan solo por eso debería dispararle.

—Su jefe no se pondría feliz si lo hiciera —advirtió Anakin—. Aún nos necesita para recuperar su carguero.

—¿El *Larkrer*? —El serenniano arrugó la nariz—. Casi valdría la pena olvidarse de él con tal de no tener que escuchar su voz nunca más. —Se irguió por completo—. Además, para su información, yo *soy* el jefe. Soy el Duque Solha, del Sistema Libre de Serenno.

Anakin resopló.

—¿Se supone que debo estar impresionado?

—Lo estará —prometió sombríamente Solha—. Créame. Ahora, adentro.

Con el ceño fruncido, Anakin retrocedió en la celda. El B1 se estiró hacia arriba, se apoderó de una de las abrazaderas laterales, jaló la puerta para cerrarla y luego puso las dos espigas cónicas en sus rendijas. Solha se dio vuelta y se alejó sacando de nuevo su intercomunicador. Los dos B2 avanzaron pesadamente por delante y por detrás, seguidos por un evidentemente reacio R2-D2; los dos B1 cerraban la formación.

Cuando pasó R2-D2, y solo porque Anakin estaba mirando, distinguió unas pequeñas gotas de aceite lubricante que empezaban a gotear lentamente del fondo del droide. Un rastro que, con suerte, pasaría desapercibido para los separatistas y permitiría que Anakin siguiera la pista del droide a cualquier lugar al que finalmente Solha lo llevara. Suponiendo, por supuesto, que Anakin y Thrawn pudieran salir de ahí.

Las huellas siguieron por el corto pasillo y cruzaron la puerta exterior que llevaba al bloque de celdas. La puerta se cerró de golpe, y él y Thrawn se quedaron solos.

—¿Estás bien? —preguntó Anakin en voz baja mirando a su alrededor. Como la puerta de la celda, en cada una de las paredes también había un par de ranuras. Su primera idea fue que eran para observar o alimentar a los prisioneros, pero se dio cuenta ahora de que era más probable que se tratara de aperturas de ventilación.

—Estoy desarmado —comentó Thrawn—. Supongo que tú también. Hagamos un repaso. Estamos dentro de la base, como lo deseábamos, aunque tal vez no en la situación que preferiríamos.

—Está bien. Esa es siempre una de las posibilidades —le aseguró Anakin—. Conozco a los separatistas, y su primera respuesta ante cualquier problema es echarlo detrás de una puerta cerrada.

Aunque había esperado que la puerta cerrada fuera la de una oficina, algún lugar con un puerto de datos donde él y R2-D2 pudieran filtrar los secretos de la base y descubrir dónde estaba Padmé.

Aun así, la repentina revelación de que había un jedi en Mokivj les había permitido entrar en las instalaciones, y en un lugar donde no los estaban vigilando. Eso ya estaba bastante bien.

—Me da gusto oír eso —replicó Thrawn, tal vez un poco secamente—. ¿Conoces a este Duque Solha?

—En realidad no —respondió Anakin—. Sin embargo, Padmé lo mencionó alguna vez. Es del mismo planeta que el Conde Dooku. Tiene algunos familiares: un hermano, creo, y tal vez una hermana.

—¿Los otros dos seres humanos en el patio?

—Podrían ser ellos —supuso Anakin—. Padmé decía que toda la familia es de lo más ambiciosa.

—¿El duque participa actualmente en política o está involucrado con los militares separatistas?

—Bueno, está *aquí* —señaló Anakin—. Aparte de eso, como dije, no sé más. Fuera de ese comentario de Padmé, no estoy seguro de haber oído mencionar su nombre alguna vez.

—A eso me refiero, precisamente —indicó Thrawn—. El Conde Dooku necesita que alguien a quien no se le extrañe dirija estas instalaciones.

—Y que fuera tan ambicioso como para trabajar a cambio de promesas de gloria futura —añadió Anakin con amargura—. Me pregunto qué le ofreció Dooku.

—Con quienes son demasiado ambiciosos, hay muchas opciones —dijo Thrawn—. ¿Cuál propones que sea nuestra próxima jugada?

—Hagamos una prueba —propuso Anakin—. Espera un segundo.

Se colocó con las piernas cruzadas sobre el delgado colchón de la litera en la celda, cerró los ojos y se extendió en la Fuerza. Entonces contuvo el aliento. Aquí estaba. Padmé se encontraba aquí.

No aquí, en las celdas, pero definitivamente en algún lugar cercano y a mano. En esta parte del planeta, por lo menos, tal vez cerca de la fábrica.

—Ella está aquí —le dijo a Thrawn y se extendió para tratar de recoger cada matiz del humor y las emociones de ella. Al parecer, no estaba prisionera, pero había una tristeza oscura en lo que percibió—. En un lugar cercano. Posiblemente en algún problema, no puedo distinguir si está preocupada o solo ocupada en algo.

—¿Te puedes comunicar con ella?

Anakin negó con la cabeza y abrió los ojos.

—Lo siento. No funciona de esa manera.

—Es una pena. Me pregunto qué está planeando.

—Lo que sea, estará bien —aseguró Anakin—. Es mucho más inteligente de lo que la mayoría le adjudica.

—Una persona notable —comentó Thrawn—. Una asociación igualmente notable la que tienes con ella.

Anakin sintió que sus ojos se entrecerraban. Había hecho grandes esfuerzos para ocultar su verdadera relación con Padmé.

—¿A qué te refieres?

—Es evidente, por la manera en que hablas, que ella no es simplemente una embajadora de tu República. Hay un lazo personal entre ustedes.

—Por supuesto que lo hay —afirmó Anakin—. Conozco a Padmé desde que tenía nueve años de edad. Hemos recorrido batallas y prisiones. —Sintió un parpadeo de dolor cuando la muerte de Qui-Gon de pronto destelló en su mente—. Y visto morir a muchos amigos y colegas. Demasiados. Sin mencionar que hemos vivido una larga guerra. Sí, somos compañeros cercanos. Eso es todo.

Por un largo momento, Thrawn guardó silencio. Anakin se extendió en la Fuerza tratando de leer las sensaciones de su compañero, deseando que los hubieran puesto en la misma celda para, al menos, poder ver su expresión.

—Comprendo —dijo finalmente el chiss—. El primer paso para localizarla es que nosotros mismos escapemos. ¿Tienes un plan?

—Sí —respondió Anakin—. Empieza con que esperemos.

Hubo otra pausa.

—¿Para qué?

—Para ver si Padmé escuchó el alboroto que acabamos de armar —explicó Anakin—. Si está libre y sola, sabrá que me encuentro aquí y se las ingeniará para llegar hasta nosotros.

—¿Reconocerá tu arma?

—Reconocerá mi estilo —explicó Anakin—. Y este es el primer lugar al que vendrá a buscarme.

—¿Caer en las manos del enemigo es parte de tu estilo?

—*No* —gruñó Anakin. Thrawn tenía un auténtico talento para fastidiar a la gente cuando se lo proponía—. Es solo que ella empezará con el escenario más apremiante. Si me han capturado, necesito ayuda inmediata. Si sigo libre, la situación es mucho menos crítica.

—¿Y si no viene?

—Le daremos dos horas —propuso Anakin—. Si no ha entrado para entonces, o al menos armado su propio alboroto como distracción, significará que no se encuentra en una situación que le permita actuar. En ese caso saldremos por nuestros medios e idearemos alguna otra manera de encontrarla.

—Ya veo —comentó Thrawn—. Evidentemente se conocen muy bien el uno al otro. Como dije, una relación notable.

Anakin respiró a fondo, preparándose de nuevo para defenderse de las deducciones del chiss.

—El vehículo local de superficie en el patio —mencionó Thrawn—. ¿Lo reconociste?

—En realidad no —respondió Anakin—. ¿Debí hacerlo?

—Parece algún tipo de transporte de minerales —dijo Thrawn—. Su superficie estaba dañada por el polvo y las piedras.

—De modo que este lugar es definitivamente una fábrica o una planta industrial, y no un lugar de preparación —comentó Anakin con un parpadeo de alivio. No esperaba con ansias enfrentar solo a todo un ejército de droides. Por otra parte, la dotación de guardias de una fábrica debía de ser mucho más fácil de manejar.

—El diseño que hemos visto apoyaría eso —expuso Thrawn—. Pero la carga del transporte de minerales no parece de rocas nativas.

—Tal vez ya estén refinadas.

—Quizá —concedió Thrawn—, pero parecía más bien un material fibroso, como plantas o granos crudos. ¿Podría ser una fábrica para refinación de alimentos?

—No es probable —contestó Anakin—. No cuando casi todo el ejército separatista está integrado por droides. Aunque, si hay algún alimento exótico que puedan vender a cambio de dinero rápido, valdría la pena afrontar todos estos problemas. La guerra está desangrando a los separatistas tanto como a la República.

—Tal vez —dijo Thrawn, con un tono de duda—. No obstante, creo que la carga es la clave.

—Correcto —convino Anakin—. ¿Alguna otra deducción que quieras compartir?

—Creo que la sección este de la fábrica es el principal centro de interés —expuso Thrawn—. También hay actividad en la sección norte, aunque en menor grado. La sección sur contiene trabajadores humanos, probablemente locales, tal vez esclavos, mientras que la sección oeste, al parecer, no se usa.

Tardíamente, Anakin se dio cuenta de que estaba mirando la pared divisoria entre ellos.

—Está bien, vas a tener que explicar eso —exclamó.

—Mis ojos ven en el espectro infrarrojo ligeramente más que los tuyos —explicó el chiss—. Las mayores fuentes de calor se encuentran en las secciones este y sur, y hay cantidades un poco menores en la norte.

—Así que hay maquinaria y personal en esas áreas —concedió Anakin asintiendo.

—Correcto —confirmó Thrawn—. Todos los droides venían de las puertas en los extremos norte y sur de la sección este, lo que una vez más apoya que esta área es la más relevante. También observé que las ventanas en las secciones norte y este han estado permanentemente selladas con gruesas planchas de cerámica, lo que indica que son las áreas que más desean defender de ataques o vigilancia. Las ventanas en las secciones oeste y sur aún están abiertas.

—Donde no les preocupa tanto que los vean —concluyó Anakin—. ¿Por qué supones que están usando mano de obra esclava?

—¿No es una suposición razonable para los patrones separatistas? —inquirió Thrawn—. Pero también observé que las orillas de los corredores por los que pasamos estaban menos limpios que el centro. Los trabajadores son esclavos que hacen el mínimo

trabajo necesario, o son locales que el Duque Solha desea que se apresuren en sus trabajos para que no vean algo que desea mantener oculto.

—Y el hecho de que estas celdas también estén en el ala este indica que aquí es donde pueden mantenernos mejor vigilados —supuso Anakin.

—En efecto —concluyó Thrawn—. Aunque el diseño de estos espacios sugiere que originalmente eran compartimientos de almacén y no celdas. Eso facilita la huida.

—Podría ser —dijo Anakin—. Así que ahora al menos sabemos por dónde empezar nuestra investigación, una vez que salgamos de aquí y *después* de que encontremos a Padmé.

—Sí. —Thrawn hizo una pausa—. Recuerda lo que dije de que la victoria es el objetivo más importante.

—Sí —dijo Anakin.

Sí, lo recordaba muy bien, pero eso no significaba que estuviera de acuerdo.

CAPÍTULO 11

El primer día, como Padmé había esperado, fue el más difícil. Pasó todo el tiempo en la cabina del barco sin terminar, mientras se movía lo menos posible, escuchaba el sonido ocasional de los droides buitre que volaban a la distancia y se mantenía atenta al rítmico sonido de metal que indicaría que los droides de batalla estaban de patrullaje por el margen del río seco o que avanzaban entre los arbustos y pastos circundantes. Por fortuna, los buitres nunca se acercaron y no escuchó señal alguna de los droides de batalla.

El propio barco resultó ser más que problemático. El metal de la cubierta se calentó rápidamente bajo la luz del sol y a media mañana la temperatura se había vuelto opresiva. Aun así, el calor adicional conllevaba su propio beneficio oculto, porque hacía menos probable que algún droide buitre pudiera captar la emisión infrarroja de Padmé. Aunque era difícil pensarlo en términos positivos cuando la ropa se le pegaba al cuerpo con el sudor.

LebJau había prometido regresar esa tarde con comida y ropa de cama. Pero sabía que era mejor no depender de las promesas de extraños, así que se limitó a una barra de alimento y un litro de agua al día.

Le estaba ganando el hambre y se sentía más que un poco deshidratada cuando, para su alivio y leve sorpresa, LebJau entró de nuevo a bordo del barco dos horas después de la puesta de sol, con un saco de dormir, algo de carne seca, pan, pasta de vegetales y cuatro litros de agua.

También trajo las noticias, igualmente bienvenidas, de que los cabeza de metal aparentemente no habían notado la presencia de ella. Aun así, le asustaba tanto esa posibilidad que no se quedó mucho tiempo. Antes de irse, prometió que regresaría la noche siguiente con más agua y comida, y le aseguró que Grubs iría al pueblo al otro día para enviar los mensajes de ella.

Padmé pasó el segundo día en la cabina, sentada junto a una u otra de las claraboyas de orillas ásperas, a la espera de que las patrullas de droides hicieran su aparición para empezar a determinar su rutina. Pero ninguna surgió a la vista. Durante la tarde, pasó a mirar arriba, al pendiente de los droides buitre. Distinguió a unos cuantos, pero no los suficientes para discernir un patrón.

Al principio, eso le preocupó. Los separatistas solían ser mejores en la seguridad local. Tal vez la operación era menor de lo que Duja había pensado.

Esa idea *realmente* la incomodaba. Que Duja hubiera dado la vida por un descubrimiento importante era una cosa; que la hubiera dado por algo menor que apenas afectaría el esfuerzo general de la guerra era otra.

Sin embargo, LebJau había dicho que solía haber más gente ahí, y Cimy había sugerido que la carga del trabajo inicial había sido investigación y desarrollo para cualquier cosa que estuvieran haciendo. El hecho de que esta *hubiera* sido una fábrica importante, junto con el hecho de que simplemente no la hubieran cerrado y abandonado, sugería que Cimy tenía razón. En todo caso, sin importar lo que fuera, Padmé haría que se demoliera. Se lo debía a Duja.

Aunque seguía causándole problemas la razón por la que la fábrica estaba aquí, para empezar. Cualquier cosa que estuvieran haciendo, ¿por qué no podían hacerla en otro lado? Había miles de lugares más cerca de casa, donde los separatistas podían instalar una fábrica sin que nadie lo supiera.

¿Tenía algo que ver con la mina? Eso tampoco tenía sentido. Por supuesto, cargas de alto valor como las de doonium o quadranium atraían a piratas y ladrones, y podría llamar fácilmente la atención de la República. Pero perder una carga o dos en ruta difícilmente se consideraría un desastre, aunque abriera la posibilidad de que esta base dejara de ser secreta.

A menos que se supusiera que fuera secreta para *todos*. ¿Podría tratarse de alguna facción de separatistas que trataba de acumular fondos o recursos sin que el resto de la Confederación lo supiera?

En ese caso, podía ser la grieta en la unidad de los separatistas que Coruscant estaba esperando desesperadamente. Si los sistemas miembros o los patrocinadores corporativos tenían disputas entre sí, todo colapsaría en cuestión de semanas.

Eso explicaría la desconcertante falta de seguridad, además de la ausencia de droides de programación de vanguardia. Cuanto menos personal y droides, más fácil sería evitar que todos se dieran cuenta de que inexplicablemente se estaban perdiendo valiosos recursos.

Era una idea intrigante que llevaba a otra aún más intrigante. Si las patrullas de droides separatistas en realidad se reducían a cantidades apenas visibles, tal vez Padmé podría desplazarse furtivamente río arriba y ver qué era con exactitud lo que estaban extrayendo del terreno.

Anakin desaprobaría ese plan, tal vez con vehemencia. Pero Anakin no estaba ahí, y hasta que llegara había muy poco más que hacer. Si por lo menos pudiera descubrir si era doonium, quadranium u otra cosa, podrían tener una ventaja para saber lo que los separatistas estaban haciendo.

Pasó los dos días siguientes estudiando los mapas de Mokivj que Duja había incluido en su informe, a la búsqueda de una ruta que la llevara a la mina sin ser detectada. La manera más rápida sería cruzar el río y atravesar el pueblo por la orilla más lejana, donde se conectaban casi todos los caminos de la región. Pero interactuar con los habitantes locales exigía ropa local y dinero, idealmente acompañados de habla y modales locales. No podía hacer mucho sobre lo último, pero el dinero y la ropa eran otro tema. LebJau era la fuente obvia para eso.

No obstante, ganarse la confianza del hombre grande resultó sorprendentemente difícil. La segunda visita de LebJau fue tan breve como la primera. A pesar de toda su voluntad de tomar unos cuantos riesgos para ayudarla, evidentemente aún temía que los cabeza de metal los atraparan juntos. Padmé trató de hacer que se sentara y charlaran, pero él no aceptó sus esfuerzos y desapareció, yendo de regreso a la noche y la fábrica.

Aun así, a pesar de su miedo obvio, también era evidente que ella le parecía intrigante, y no solo por la supuesta riqueza de su familia. En la tercera noche, por fin logró intercambiar unas cuantas frases con él, y concentró sus preguntas en lo que hacía cotidianamente y en sus planes para el barco una vez que los separatistas se fueran. La cuarta noche vio que la conversación se extendió un poco más.

Por último, en la quinta noche, abordó el tema de la nueva ropa, sugiriendo que la suya empezaba a irritarla por la falta de una limpieza apropiada y por la exposición continua a su propio sudor debido al calor diario. Pero ni siquiera su mejor sonrisa y el rango completo de sus habilidades diplomáticas lograron progreso alguno ante el miedo de que la desaparición de un conjunto de ropa se notara aún más rápido que la de la comida, lo que atraería la atención de los separatistas hacia él.

Padmé pasó el día siguiente sudando, estudiando mapas y tratando de encontrar una ruta alterna al área de la mina. Cuando LebJau volvió a aparecer, dos horas después de la puesta de sol, como siempre, notó que algo era diferente. Empezando con la propia comida.

—Es realmente buena —le dijo, y le dio una mordida al trozo de pescado seco que le había llevado en lugar de la usual rebanada de carne.

—¿Es uno de los pescados que atrapaste la noche que llegué?

—Sí —contestó—. No está demasiado seco, ¿verdad?

—No, está bien —le aseguró ella—. La mezcla de especias lo complementa a la perfección. Gracias.

—No hay de qué. —Se sentó en silencio mientras ella daba unos cuantos mordiscos más—. He estado pensando en que quieres ropa nueva.

—Realmente me ayudaría —afirmó ella, hundiendo los hombros como si el material estuviera pegándose a su piel. Igual que había pasado ese día, en realidad.

—Te dije que no podía obtener nada sin que se notara —explicó—. No hay muchas mujeres por aquí, y nadie tiene más que un par de mudas de ropa. Pero tal vez pueda hacer algo más.

—Cualquier ayuda que me des sería maravillosa —le aseguró.

—Sí. —Respiró a fondo—. Está bien. He aquí de qué se trata. No puedes entrar en ninguna de las áreas de trabajo o las viviendas sin una de estas. —Echó hacia atrás su manga para mostrar una brillante pulsera amarilla—. Te deja pasar por las puertas. No las grandes puertas principales —agregó—, sino todas las pequeñas, las que llevan a donde no les importa que vayamos.

—¿Así que hay algún tipo de transpondedor adentro? —se interesó en saber.

—Supongo —respondió LebJau—. A veces, los cabeza de metal también hacen revisiones en el sitio, en el ala sur, donde vivimos la mayoría de nosotros. Si te atrapan sin una de estas, te llevan a los contenedores.

Padmé frunció el ceño.

—¿Las fábricas de Mokivj tienen sus propias prisiones?

—No, los contenedores eran bodegas para cosas supervaliosas —explicó LebJau—. El duque los convirtió en celdas de contención para las personas que rompen las reglas o que van a donde se supone que no deben ir. En todo caso, lo que iba a decir es que no estamos usando el ala oeste en absoluto. Si te quedas callada y no te acercas a las ventanas durante el día, te podrías ocultar allí hasta que el tío Anakin llegue con el dinero.

—¿De verdad? —exclamó Padmé sintiendo una oleada de esperanza. Con pulsera o sin ella, si entraba en la propia fábrica, al menos podría empezar a hacer alguna vigilancia rudimentaria—. ¿Cómo es allí?

Él se encogió de hombros.

—Callado. Vacío. Todo lo que se podía mover se sacó cuando apareció el duque y echó a todos. Pero no es fácil usar nuestra puerta trasera en el ala. Una vez que entres allí, no podrás salir sin mi ayuda.

—Eso está bien —le aseguró Padmé—. En realidad, no será muy diferente de aquí, solo que supongo que sí será más cómodo. ¿Cuándo nos podemos ir?

—Quiero estar seguro de que comprendes —insistió—. No puedes ir al ala sur, donde estamos, sin una pulsera. La única manera de entrar en el ala oeste es a través del piso de servicio, debajo de todo.

Padmé paró las orejas. ¿Había un área de servicio que ofrecía acceso a todo el lugar?

—¿No lo han bloqueado?

—Han bloqueado todo lo importante —explicó LebJau.

—¿Como las áreas de refinería?

—No se refina nada aquí —afirmó LebJau, con tono confundido—. ¿Por qué habría de hacerse? Lo que traen solo necesita tamizarse y clasificarse, y todo eso se hace en la parte oeste del ala norte. Después de que llevan las cosas al ala este y la parte este del ala norte.

—Ah —susurró Padmé. Así que no era doonium, después de todo—. Dijiste que solías trabajar en una de las fábricas de dispositivos electrónicos. ¿Dónde estaba?

—Ala oeste, tercer piso —contestó él—. Como te decía, una vez que entras, ya no sales. Y aun así no hay garantía de que los cabeza de metal no te atrapen.

—Dijiste que todo el trabajo importante se hace en las alas norte y este —le recordó Padmé—. Así que es allí donde los cabeza de metal estarán vigilando. No deben de quedar muchos para preocuparse del ala oeste.

LebJau suspiró.

—Muy bien, si estás segura —dijo—. Tan solo quería convencerme de que supieras lo que estás haciendo.

—Lo estoy —le aseguró Padmé—. Simplemente llévame adentro del ala oeste. Yo me encargaré de todo lo demás.

Él entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres con todo lo demás?

—Tan solo que no me atraparán —respondió Padmé con una mueca. Había pasado tanto tiempo tranquilizando a gente asustada y asegurándoles que la República estaba de su lado que las palabras habían salido automáticamente.

—Ajá —exclamó él y la fulminó con la mirada—. Tenía razón, ¿verdad? Cuando te vi por primera vez. Eres una espía.

—Estoy aquí para ayudarlos —explicó Padmé—. A todos ustedes. Este lugar, con todos sus secretos… ¿Realmente crees que los separatistas los dejarán vivos cuando cierren todo?

—Les costará trabajo —retumbó la voz de él—. El hecho de que estemos lejos del grande y bonito centro de la galaxia no significa que no sepamos cómo luchar.

—No han visto lo que los droides buitre pueden hacerle a un pueblo —aseguró Padmé sombríamente—. Créeme: no querrán verlo. Soy su única esperanza para evitar que eso pase.

LebJau bajó la vista a la envoltura vacía de la comida sobre sus piernas.

—No te creo —murmuró—, pero supongo que en realidad eso no importa. ¿Cuándo te quieres ir?

—Ahora mismo —respondió Padmé haciendo a un lado la envoltura y recogiendo su mochila—. Cuanto antes descubramos en qué andan, más pronto podremos detenerlos y echarlos de tu mundo.

—Claro —replicó—. Victoria o muerte, ¿eh? Probablemente muerte. Bueno. Vamos, y no te alejes.

Antes, durante una de las largas y tensas noches que Padmé pasó en el barco, había pensado en tratar de encontrar la puerta secreta de LebJau en la fábrica por su propia cuenta. Ahora, mientras él la conducía en la oscuridad, se sintió feliz de no haberlo intentado.

Para empezar, el propio lecho seco del río era más difícil de sortear de lo que se había imaginado. No solo estaba lleno de escombros que probablemente eran parte del camino deslavado, sino que los huecos entre algunas de las piezas más grandes se habían vuelto el hogar de diversas criaturas o hasta de familias enteras de estas. Padmé no sabía cuáles eran peligrosas, y no le gustaría descubrirlo de la manera difícil. Por fortuna, LebJau sabía dónde pisar para evitar encuentros poco placenteros.

La propia entrada, una vez que llegaron, también resultó una sorpresa. La puerta de la que había hablado LebJau seguía allí: un panel imponente fijado a la pared, a unos cinco metros por encima del suelo rocoso, con una pequeña sección del viejo camino todavía

unida a una malla de soporte en su base. Pero LebJau ni siquiera la miró; en cambio, condujo a Padmé a otra pila de escombros y un hueco oculto detrás de una gran losa de permacreto roto. Veinte metros y tres giros de 180 grados más tarde, finalmente estuvieron dentro.

—Con cuidado —advirtió LebJau mientras encendía una vara de luz—. Es difícil poner los pies en lugar seguro.

—De acuerdo —dijo Padmé mirando alrededor.

El área en que estaban era toda de permacreto, tenía un techo bajo y pilares anchos de suelo a techo cada diez metros más o menos. El piso estaba cubierto con pedazos de alambre, nudos descartados de cable y ocasionales rollos completos de este. En una segunda mirada al techo vio lugares donde más cables formaban rollos permanentes.

—¿Este es el piso de servicio?

—Sí —confirmó LebJau dando vuelta a la izquierda y abriéndose paso cuidadosamente entre los escombros.

—¿Dices que pasa debajo de todo el complejo? —quiso confirmar Padmé, mientras sacaba su propia vara de luz y arrojaba un haz estrecho. No había muros u otras barreras hasta donde el resplandor alcanzaba.

—Sé lo que estás pensando —replicó LebJau—. Olvídalo. El permacreto tiene dos metros de ancho, así debe ser para soportar todo el peso, y solo hay ocho pasos para acceder arriba en todo el edificio. Además, los cabeza de metal han sellado todos los que llevan a las alas norte y este.

—Sí, eso sería un problema —concordó Padmé.

Solo que Anakin estaría ahí pronto… y ni siquiera el permacreto de dos metros de ancho sería obstáculo para su sable de luz. Si LebJau ya había enviado esos mensajes.

—¿Y mis mensajes? —preguntó.

—Grubs dice que los envió hace dos días —respondió LebJau—. ¿Cuánto falta para que alguien llegue con nuestro dinero?

—Una vez que el tío Anakin reciba los mensajes, unos cuantos días cuando mucho.

LebJau lanzó un gruñido.

—Bueno. Está bien. Por aquí.

Los diez minutos siguientes los dedicaron a abrirse paso entre los escombros hasta una escalera oxidada que conducía a una hendidura cónica en el techo. En la parte superior había una trampilla con bisagras, y se necesitó toda la fuerza de LebJau para abrirla.

—Las pulseras no abren las puertas de servicio que hay en el suelo —explicó ofreciéndole una mano para que trepara por la escalera—. Podemos encender las que están en el ala sur, pero solo durante un minuto o dos a la vez.

—Supongo que la electricidad está cortada aquí —conjeturó Padmé mientras trepaba.

—Así es —respondió LebJau—. Tendré que cerrar esta tras de mí cuando me vaya. Si la dejo abierta, crearía una corriente de aire que los cabeza de metal notarían. Tampoco podrás usar tu vara de luz aquí.

—Lo sé —contestó Padmé mirando a su alrededor.

El salón en que habían entrado era mucho más grande y menos confinado que el piso de servicio, con techos altos y ventanas a ambos lados. Una vez apagadas las varas de luz, el lugar estaba muy oscuro, pero entraba un poco de la luz de las estrellas. Todas las ventanas parecían protegidas con malla, lo que bloqueaba cualquier entrada o salida.

—Te repito que no podrás salir —advirtió él—. Lo entiendes, ¿verdad? Sin electricidad, esas tapas son pesadas. Demasiado para alguien de tu tamaño.

—Comprendo —confirmó Padmé observando los alrededores. El piso estaba casi vacío, con excepción de una fila de pilares de apoyo que rompían la monotonía en el centro del edificio. Tal vez podría encontrar algo útil en los pisos superiores.

—¿Cuántos pisos hay?

—Tres. —LebJau señaló al suelo—. Hay una escalera allí en medio y dos más en las esquinas. Vamos, mi antiguo lugar de trabajo estaba en el tercer piso. Probablemente será más seguro.

Unos minutos después llegaron por la escalera a otra fábrica desierta. Esta tenía un diseño diferente de la del piso inferior; el espacio estaba seccionado en cubículos más pequeños, rodeados por divisores delgados de un metro de alto.

—Mi cubículo estaba por allá —comentó conduciéndola por el laberinto.

Mientras lo seguía, Padmé trató de ver alrededor. Aun aquí arriba, las ventanas estaban cubiertas por malla. En cuanto a la propia fábrica, aparte de las barreras de los cubículos, no había nada. Habían quitado escritorios y sillas, junto con herramientas, partes electrónicas y artículos básicos de oficina. Bajo la luz tenue, era difícil ver los estantes a lo largo de las paredes, pero aparentemente también los había vaciado por completo.

—Este era el mío —señaló LebJau y se detuvo ante uno de los cubículos centrales—. Solíamos tener unos cuantos catres plegables, pero supongo que el jefe se los llevó cuando los cabeza de metal los echaron.

—Está bien —afirmó Padmé—. Me las arreglaré. ¿Todavía vas a traerme agua y comida?

—Hay un despachador de agua junto al lavabo, por allí. —Indicó uno de los lados del lugar—. En caso de que aún salga. Comida… lo intentaré. Pero han estado cambiando nuestros turnos de limpieza y tal vez no pueda venir todos los días.

—No te preocupes por eso —lo tranquilizó Padmé—. Todavía tengo barras de comida, lo que me preocupaba era el agua. ¿En qué sentido han cambiado sus horarios de trabajo? ¿Más temprano, más tarde, con más frecuencia?

—Con más frecuencia —respondió—. Cubren todo, nos apresuran a que entremos y limpiemos el desastre y nos sacan de prisa.

—¿Luego ellos regresan a trabajar?

LebJau se encogió de hombros.

—Supongo. Mira, tengo que regresar. Huga ya se puso nervioso ante la posibilidad de que alguien se dé cuenta de que salgo todas las noches. Si alguien les dice a los cabeza de metal, terminaremos en los contenedores al instante.

—Por supuesto que no queremos eso —convino Padmé. De modo que, si los droides atrapaban a alguien, lo llevarían al ala este. Guardó la idea para un posible uso en el futuro—. ¿Qué tan seguros son, en todo caso?

—Mucho —aseguró LebJau y le lanzó una mirada suspicaz—. Los contenedores están en un bloque hecho por completo de grueso permacreto, dentro de otro recinto que solo tiene una puerta de acceso.

—¿Cerrada con seguro?

—Sistema de doble llave, sí.

—¿Hay contenedores similares en esta ala?

Si veía a qué se enfrentaba, tal vez podría idear algún truco para escapar. En ese caso, tendría sentido dejar que los droides la atraparan.

—No, solo en el ala este —aseguró LebJau—. Siempre prometieron poner algunos aquí, pero nunca sucedió. Me gustaría que lo hubieran hecho: la gente siempre está robándoles cosas a los demás. No sucedía en el ala este después de que instalaron los contenedores. ¿Por qué quieres saber todo esto?

—Tan solo me preocupa que te puedan echar en uno —contestó Padmé—. Si eso sucediera, quisiera saber cómo sacarte.

Él resopló.

—Claro, buena suerte con eso. Mira, mejor me voy.

—Seguro —dijo Padmé—. Qué duermas bien, te veré cuando regreses. Gracias de nuevo.

—De nada —replicó—. Buenas noches.

Un minuto después se había ido. Luego de dos minutos, Padmé sintió una débil y breve corriente de aire cuando él abrió y volvió a cerrar la trampilla del piso de servicio.

La primera tarea fue revisar las ventanas. Empezó con el conjunto exterior. Se acercó en ángulo y lo más pegada al piso que pudo. En teoría, un ala que no se usaba y estaba sellada no sería sometida a una vigilancia cuidadosa, pero tan solo se necesitaba una mirada al azar por parte de un droide o uno de sus supervisores para arruinarlo todo.

Por desgracia, la malla que cubría las ventanas era tan sólida como se veía. Quien había construido este lugar había tomado en serio el objetivo de mantener alejados a los intrusos. Lo que tan solo servía para destacar lo que LebJau había dicho acerca de los almacenes seguros. Tal vez hacer que la capturaran y la echaran allí no sería una buena jugada, después de todo.

Una revisión de las ventanas que daban al interior arrojó los mismos resultados negativos. Si iba a salir por esta parte de la fábrica, no sería por las ventanas. Al menos no sin algunas herramientas y una gran cantidad de tiempo.

A continuación revisó todo el lugar. Una vez más, su evaluación original y superficial resultó exacta: no había herramientas, equipo ni desperdicios o partes electrónicas: nada.

Pero por lo menos estaba fuera del barco y en las propias instalaciones. Era un progreso, aunque mínimo.

Decidió que al día siguiente se colocaría junto a una de las ventanas que daban al interior, donde esperaba que no la vieran, y les dedicaría a las otras alas de la fábrica unas cuantas horas de vigilancia. Buscaría patrones de tráfico en el patio, vería cuáles ventanas tenían la mayor cantidad de actividad detrás de ellas y trataría de hacer un inventario de los droides y las personas que los supervisaban.

Aunque tuviera que usar su monocular sin mejoras ópticas, para evitar que alguien pudiera captar la emisión de los elementos electrónicos y la rastreara hasta aquí. De todos modos, la ampliación óptica directa era mejor que nada…

Justo en medio de esa idea, las ventanas del lado interior de la fábrica estallaron en un resplandor de luz. Al instante, se lanzó sobre el piso con el corazón palpitando; entrecerró los ojos para tratar de recuperarse del resplandor y adaptarse al deslumbramiento. La mochila estaba en el piso, a unos metros; la enganchó con el pie, la llevó a su lado jalándola y sacó el bláster de seguridad S-5. Las divisiones de los cubículos no serían muy útiles como barreras defensivas, pero por lo menos le permitirían jugar al gato y el ratón por un tiempo hasta que lograran atraparla. Apoyó la cabeza y el bláster en la orilla del cubículo de LebJau y apuntó el arma al hueco de la escalera.

De pronto, una sombra cruzó por el resplandor. Padmé se dio vuelta de nuevo y vio que un par de droides buitre, en formación de escolta, flotaban brevemente en la luz y luego volvían a elevarse hasta quedar fuera de la vista.

La mano que sostenía el arma cayó al suelo mientras todo su cuerpo se aflojaba con alivio. Así que era eso. No se trataba de una alerta de intruso ni del súbito reconocimiento de que una espía había penetrado sus defensas. Tan solo encendieron las luces de aterrizaje para una nave entrante y su escolta.

De todos modos, esperó un par de minutos, tan solo por seguridad. Luego de meter su bláster en su cinturón, avanzó sobre codos y rodillas hasta las ventanas interiores. Si tenía suerte, tal vez sería una nave de pasajeros y vería a alguien conocido. Si no, tal vez se daría una idea de qué facción de los separatistas estaba implicada. Se acercó a la pared, se deslizó cuidadosamente a lo largo de una de las ventanas y espió por la orilla.

El estilo del carguero no le resultó familiar, aunque tenía el aspecto de las naves del Sindicato de Tecnología. Dos pasajeros y un droide astromecánico salieron de él y estaban parados en medio del patio, de espaldas a ella. Hablaban con un ser humano que, a su vez, estaba flanqueado por un par de superdroides de batalla B2. A un lado de donde se desarrollaba la conversación, un grupo de seis droides B1 permanecía con sus blásters apuntados a los recién llegados.

Así que no era nadie con autoridad, o por lo menos nadie a quien estuvieran esperando. Muy mal. Se concentró en el otro hombre, cuya capa se ondulaba con sus movimientos a medida que hablaba y movía las manos.

Contuvo el aliento. Esa no era solo una capa. El estilo, los broches en el cuello, el color y los cordoncillos la identificaban como una capa de la realeza serenniana. El

hombre era un noble, compatriota y tal vez hasta socio del Conde Dooku; si este se hallaba, aunque fuera periféricamente, conectado con este lugar, de pronto su importancia se elevaba por completo de un salto.

Sintió que los ojos se le entrecerraban. ¿Se había producido un destello en algún lugar cerca de la conversación? Si así fue, el reflejo había desaparecido. El serenniano se dirigía a un extremo del patio, hacia una puerta en la esquina sur del ala este. Los recién llegados lo seguían y los B2 montaban guardia junto a ellos. Al parecer, habían permitido que los B1 se retiraran y se dirigieran a un vehículo estacionado en la esquina noroeste del patio. Otro grupo de droides de batalla se encontraba allí, junto a otro par de figuras humanas. Las luces se apagaron, lo que sumió el patio en la oscuridad y, en ese mismo instante, una nueva luz destelló en medio del primer grupo de B1. Una luz azul, apretada, compacta y brillante: *un sable de luz*.

Mientras Padmé jadeaba por la sorpresa, la hoja se puso en movimiento y empezó a cortar a la patrulla con una rapidez de vértigo, convirtiendo a los droides en chatarra. Terminó con el último y se apagó. Entonces los reflectores volvieron a brillar y mostraron una escena de caos súbito que hizo erupción entre los droides y la gente, mientras todo el grupo se reunía en el sitio de la breve batalla. Solo que el atacante (y el sable de luz) se habían desvanecido.

De prisa, Padmé se alejó agachada de la ventana. Una vez que el jedi intruso ya no estaba en un lugar donde se le pudiera ver, la cacería iniciaría de inmediato en todas direcciones a la vez, y ella no se arriesgaría a que alguien la viera.

Mientras se presionaba contra la pared, un repentino estremecimiento de emoción la recorrió como una ola. Solo había un jedi al que conociera y que tuviera la habilidad y la audacia de poner en práctica un ardid como ese: Anakin estaba aquí.

Sabía que en realidad debía permanecer oculta. Pero la tentación era demasiado grande. Una vez más, echó un vistazo por la orilla de la ventana. ¿Se estaba escondiendo en algún lado o era uno de los dos recién llegados?

Era él. A pesar de que solo veía su espalda, y el hecho de que tenía una vestimenta extraña, ahora se daba cuenta de que era realmente su esposo. El mismo que ahora caminaba hacia un segundo par de B2 que flanqueaban la puerta sureste, con sus blásters de muñeca apuntados a él, mientras los primeros dos superdroides de batalla se le acercaban por detrás. Anakin y su compañero estaban maniatados con esposas de uso rudo que mantenían sus manos en su espalda.

Una vez más, Padmé volvió a alejarse de la ventana. La boca se le había secado de súbito: habían capturado a Anakin. Seguramente su sable de luz habría desaparecido, ya fuera que lo hubieran tomado los separatistas o que deliberadamente lo hubiera ocultado después del ataque a larga distancia a los droides de batalla. Tal vez ahora mismo iba camino a los contenedores.

Padmé se puso de pie. Se encontraba atrapada en una celda en la que cada parte estaba hecha a prueba de escapes, como la de Anakin. Era incapaz de ayudarlo.

CAPÍTULO 12

Siete veces el *Chimaera* había incursionado en la misma región del espacio. Cada vez salieron en diferente ángulo y en ninguna encontraron lo que buscaban. Definitivamente seguían sin lograr nada. El Gran Almirante Thrawn había fracasado siete veces. Ahora lo estaba intentando una octava.

Vader miraba al chiss, lo escuchaba mientras daba órdenes, estudiaba las pantallas de visualización o miraba al cielo del hiperespacio. Un viejo refrán decía que locura era hacer lo mismo una y otra vez esperando resultados diferentes. De acuerdo con esa definición, evidentemente Thrawn estaba loco; pero no era así. Vader lo sabía y, más importante aún, el Emperador también lo sabía.

Por otra parte, la hora que había pedido el gran almirante ya casi se terminaba y Vader no lograba discernir aún qué pretendía lograr con todo esto. Thrawn ya había aceptado que no había generadores de pozos gravitatorios encubiertos allí, y que cualquier generador del tamaño suficiente para proyectar sus efectos más allá del alcance del sensor interno del *Chimaera* usaría tanta energía que prácticamente iluminaría el cielo.

¿Qué estaba haciendo Thrawn? ¿Realmente creía que encontraría algo después de siete intentos fallidos? ¿O simplemente estaba ganando tiempo?

Los grysks habían escapado con la fuente de la perturbación en la Fuerza. Thrawn también lo había admitido tácitamente. ¿Qué era? ¿Algún tipo de seres sensibles a la Fuerza? ¿Animales sensibles a la Fuerza, si tal cosa existía? ¿Jedi delincuentes? En verdad, las ideas y emociones que Vader había percibido por la perturbación no se parecían a nada que hubiera experimentado alguna vez. Quizás había sido una distorsión causada por el proceso de hibernación.

¿Los grysks estaban ocultando a algún jedi de la justicia imperial? ¿Thrawn los estaba ayudando? Impensable. Thrawn había jurado lealtad al Emperador y el Imperio. Eso sería traición. Aun así… Thrawn había asegurado que su fracaso en la captura o muerte de Kanan Jarrus en Atollon se había debido a una extraña criatura que inesperadamente intervino en la batalla. Los informes de la guardia de troopers muertos parecían corroborarlo. ¿Y si estaban equivocados? ¿Y si Thrawn había permitido deliberadamente que Jarrus escapara?

Adelante, el cielo del hiperespacio se volvió franjas de estrellas y se detuvo hasta mostrar estrellas completas.

—¡Marca de navegación! —gritó Faro—. Sensores a rango completo.

—Marca, a la orden.

—No hay objetos en nuestro rango —informó el oficial de sensores.

—Muy bien —dijo Thrawn—. Una vez más.

—Sí, señor —confirmó Faro—. Timón: nuevo rumbo a bordo. Ejecute.

—Sí, comodoro.

El *Chimaera* empezó a girar como preparación para su regreso al hiperespacio. Abruptamente, Vader tomó una decisión. Se habían registrado ocho fallas, y la hora que Thrawn había pedido casi se terminaba.

—Almirante —llamó.

Thrawn se dio vuelta para encararlo. Lo que vio en la postura de Vader, o lo que escuchó en su voz, aparentemente era una advertencia de que esto iba en serio.

—Sí, mi señor.

—Hablemos —exigió Vader.

Una vez más, el gran almirante sabía que era mejor no discutir. Asintió y le señaló a Vader el ventanal del frente, donde Faro y los hombres y mujeres en los fosos de la tripulación no podrían escucharlos.

Vader caminó tras él, y percibió la repentina intranquilidad de Faro cuando le rozó el hombro con la capa. Thrawn volvió a darse vuelta para permitir que Vader lo alcanzara y los dos siguieron adelante, caminando hombro con hombro.

Vader se detuvo a un brazo de distancia del ventanal. Thrawn, de nuevo con la deferencia apropiada, esperó hasta ese momento para detenerse también. Por un instante quedaron de pie, en silencio, todavía hombro con hombro, mientras miraban el cielo estrellado del hiperespacio.

—Me pidió que confiara en usted —susurró Vader.

—Así es —admitió Thrawn—. Sigo pidiéndolo.

—Entonces dígame qué estamos haciendo —ordenó Vader—. No deseo escuchar de nuevo que busca armas que evidentemente no están aquí.

—Entonces no hablaré de ellas —comentó Thrawn—. Pero su oposición a este experimento no se debe solo a eso.

¿Así que Thrawn lo estaba retando a exponer sus razones? Bien.

—No, no es por eso —confirmó Vader—. Sus acciones en Batuu y su continuo rechazo a hablar de los prisioneros grysks sugieren con fuerza que está caminando en el filo del engaño y la traición.

—¿De qué manera?

—Hizo un juramento de lealtad al Imperio —le recordó Vader—. Sin embargo, parece que trata de poner las necesidades de su propia gente por encima de los deseos del Emperador.

Thrawn volteó para encararlo, con una expresión extraña en el rostro.

—¿Eso es lo que teme? —preguntó.

—No lo *temo* —gruñó Vader—. Lo acuso a usted de eso.

—Ya veo. —Thrawn se dio vuelta de nuevo hacia el ventanal, pero no antes de que Vader percibiera un atisbo de sonrisa.

—¿Lo encuentra divertido? —preguntó.

—No, en absoluto, mi señor —respondió Thrawn—. Simplemente me sentía… tal vez *gratificado* no sea la palabra correcta.

Vader frunció el ceño.

—¿Gratificado? ¿Por qué?

Durante un largo momento, Thrawn siguió mirando por el ventanal, mientras lo recorría una corriente ordenada de ideas y emociones.

—He experimentado una gran cantidad de oposición durante el tiempo que he pasado en el Imperio —dijo por fin—. Una parte de la hostilidad era porque no soy humano. Buena parte de ella surgía del hecho de que no pertenecía a la élite social y política del Imperio, ni tenía lazos familiares o de amistad con la élite. —Se dio vuelta hacia Vader, mientras la leve sonrisa adquiría una nota de tristeza—. Hasta ahora, no había enfrentado una oposición que surgiera solamente de la lealtad. Su lealtad, específicamente, al Emperador. Me siento complacido y gratificado por la razón de sus reservas, mi señor. Porque yo también aprecio y valoro la lealtad.

—Salimos en diez segundos, almirante —gritó Faro, detrás de ellos.

—Muy bien, comodoro —le regresó el grito Thrawn. Se quedó callado un instante y su sonrisa se desvaneció—. Esto será el final —murmuró—. ¿Puedo contar con su confianza una vez más?

Vader se quedó con la mirada fija en el cielo del hiperespacio. Por supuesto, diría que no. Ordenaría que el *Chimaera* tomara un nuevo rumbo y seguiría con una lección que Thrawn no olvidaría pronto. El chiss ya estaba forzando los límites (ya *había forzado* los límites) y cualquier persona de un rango inferior ya hubiera recibido su merecido hacía mucho tiempo, por la imprudencia y por desperdiciar el tiempo del Señor Oscuro. Pero percibió que la mente ordenada trabajaba de prisa; también sintió confianza y esperanza. Aunque las expectativas de Thrawn resultaran ser correctas o no, el chiss evidentemente *creía* que resultarían serlo. A pesar de toda su impaciencia, Vader tuvo que admitir que sentía curiosidad.

—Una vez más —dijo.

Un momento después, las estrellas empezaron a brillar de nuevo alrededor de ellos.

—¡Marca de navegación! —gritó Faro en lo que ya era una letanía familiar.

—No hay objetos en nuestro rango.

—Muy bien —dijo Thrawn, levantó su datapad y transfirió la marca al grupo que ya había compilado—. Manténganse aquí.

Por un minuto, observó el datapad en silencio. Luego mantuvo levantado un dedo. Hizo una pausa por otro instante y señaló con un golpecito un nuevo lugar en el mapa.

—Aquí —exclamó indicándoles el punto a los demás—. Teniente Pyrondi, esa es su zona de destino. Extensión completa, solo cañones de iones.

—Extensión completa con cañones de iones —repitió enérgicamente—. Listos.

—Fuego.

Las brillantes ráfagas teñidas de rojo de los grupos de iones verdes salieron disparadas del *Chimaera* y explotaron en el área que Thrawn había marcado. Vader

miraba preguntándose si esto seguía siendo para ganar más tiempo. A pesar de todo lo dicho por Thrawn sobre la lealtad, se dio cuenta de que en realidad el chiss no había contestado su pregunta.

Abruptamente, una de las ráfagas de iones pareció explotar en una pequeña nube. Vader frunció el ceño y activó el dispositivo electrobinocular de su casco. Un segundo grupo de iones dio en esa misma área, se deshizo con el mismo tipo de salpicadura y, de pronto, allí estaba: un largo cilindro que flotaba en la negrura del espacio.

—Allí, almirante —indicó bruscamente el oficial de sensores—. Portando…

—Lo veo, comandante —dijo Thrawn con tranquilidad—. Comodoro Faro, muévase para interceptar y recuperar.

—Sí, señor —exclamó Faro con energía—. Timón, llévenos al rango del tractor.

—Como verá, mi señor —explicó Thrawn en voz baja—, su confianza no ha sido injustificada.

Vader miró el objeto. Era del tamaño y la forma de los que el Comandante Kimmund había visto en la bahía de carga destrozada del carguero.

—Como explicó, es imposible que un proyector de gravedad y un dispositivo de encubrimiento operen al mismo tiempo —continuó Thrawn—. Los diseñadores de este dispositivo sabían que no era necesario. En el momento en que un proyector de gravedad saca del hiperespacio a una nave que pasa, hay una breve oleada de energía. Los diseñadores simplemente usaron esa oleada para apagar el proyector y activar el dispositivo de encubrimiento. En el momento en que la nave entra por completo al espacio real, el proyector queda totalmente oculto. Cuando sale del alcance del sensor, el dispositivo se apaga y el proyector se reestablece.

—Sí —retumbó la voz de Vader. Como todo lo demás que Thrawn veía o deducía, era muy simple una vez que lo explicaba—. Entonces, ¿podríamos haber regresado inmediatamente al hiperespacio?

—En efecto —respondió Thrawn—. Más bien, pudimos haber regresado hasta que alcanzáramos el siguiente proyector en la fila. En realidad, eso fue exactamente lo que sucedió durante nuestro primer viaje por esta región. Varios proyectores estaban dispuestos a lo largo del hipercarril para alterar todo el tráfico. —Señaló el objeto distante—. El desafío para encontrarlo estaba en que el pozo gravitatorio no era esférico, sino que lo proyectaban asimétricamente para cubrir la mayor parte posible del hipercarril. Necesitaba encontrar la orilla del campo desde varias direcciones para calcular la asimetría y definir su posición precisa.

La lenta deriva del proyector se volvió abruptamente un rápido acercamiento cuando el rayo tractor del *Chimaera* lo bloqueó y empezó a arrastrarlo. Vader recordó los primeros intentos de pasar a través del hipercarril, las horas de viaje y los repetidos y fallidos intentos de regresar al hiperespacio.

—¿Por qué? —quiso saber.

Thrawn se dio media vuelta hacia él.

—Explíquese.

—¿Por qué hacen esto los grysks? —preguntó Vader—. ¿Qué esperan ganar bloqueando la ruta a Batuu?

—Aún no sé si el propio Batuu tiene alguna importancia para ellos —contestó Thrawn—. El sellado del corredor de Batuu podría ser un proyecto de prueba, el primer paso para cerrar esta parte de las Regiones Desconocidas a la incursión imperial.

—Así que desean evitar el poder del Imperio.

—Desean bloquear la incursión imperial —afirmó Thrawn—. No es necesariamente lo mismo.

—¿Por qué no?

—Los hipercarriles no son la única manera de entrar y salir de las Regiones Desconocidas —explicó Thrawn—. Un método de salto por salto también puede abrir una brecha en la frontera. Pero ese método es mucho más lento y lo más significativo es que no se presta al avance de una armada.

Ahora, finalmente, allí estaba.

—No, por supuesto —admitió—. ¿Así que teme que cuando estos grysks ataquen a su gente, no podrá traer fuerzas imperiales para defenderlos?

—Esa es una consideración —concedió Thrawn—. Hay otras.

—Pero ninguna tan cercana a lo que piensa.

Thrawn guardó silencio por un momento.

—Hablamos antes de lealtad —dijo—. También el Emperador preguntó alguna vez dónde recaerían mi corazón y mis pensamientos si se presentaba la elección entre defender a la Ascendencia Chiss o al Imperio.

—¿Su respuesta?

—Entonces mi respuesta para él fue la misma que mi respuesta a usted ahora —afirmó Thrawn—. Soy un guerrero. Un guerrero puede retirarse, no huye. Puede caer en una emboscada, no se oculta. Puede experimentar la victoria o la derrota, no deja de servir.

—Pero ¿servir a quién? —contratacó Vader—. Esa es la pregunta que aún no responde.

—No creo que deba hacer una elección —respondió Thrawn—. Creo que en este caso podemos servir a ambos.

—*Nosotros* no servimos a ambos —advirtió bruscamente Vader moviendo un brazo para abarcar al *Chimaera* y toda su tripulación—. *Nosotros* solo servimos al Imperio y, mientras se encuentre a bordo de esta nave, ese es su deber también.

—Los grysks son una amenaza para ambos, mi señor —insistió Thrawn—. Creo que puedo demostrar por qué nuestro servicio al Imperio requiere su derrota.

Vader negó con la cabeza.

—No es suficiente, almirante.

Una vez más, Thrawn permaneció en silencio. Vader se extendió en la Fuerza para tratar de leer las percepciones del ser que estaba de pie junto a él. Pero las ideas del chiss se mantenían tan cerradas para él como siempre.

—Hace muchos años, serví brevemente al lado del General Anakin Skywalker —explicó Thrawn al final.

Vader sintió que una sensación poco placentera recorría su espalda. ¿El chiss iba a invocar el nombre de «el jedi» *justo entonces?*

—Llegó un momento en que ya había completado la tarea que la Ascendencia Chiss me había encomendado —continuó Thrawn—. En ese momento, quedé libre para dejar que se ocupara de sus propios objetivos. —Volteó para encarar a Vader—. Usted tiene la misma libertad de elección. Le estoy pidiendo que permanezca a mi lado.

Vader se quedó mirando esos ojos rojos y brillantes. No, era imposible. La relación entre él y «el jedi» era uno de los secretos más oscuros e impenetrables de la galaxia. Era impensable que el chiss se hubiera abierto paso a través de las barreras. A menos que el Emperador le hubiera dicho.

En el cinturón de Vader, su sable de luz se agitó: una reacción a través de la Fuerza ante la oleada de emociones que de pronto hervían dentro de él. No, eso era aún más imposible. El lazo entre maestro y aprendiz era inquebrantable. No importaba la profundidad de las confidencias que el Emperador le hubiera hecho a Thrawn, no importaba la cercanía que ambos hubieran desarrollado con los años; había un límite que el maestro de Vader nunca cruzaría.

Frunció el ceño mientras reprimía la emoción. Ese no podía ser el sentido que el chiss había querido dar al comentario. Vader simplemente lo había malinterpretado, eso era todo.

—Anakin Skywalker está muerto —dijo.

—Es lo que me han informado —replicó Thrawn. Inclinó la cabeza ligeramente por reconocimiento o tristeza, Vader no logró distinguir por cuál—. Por él, y por la República a la que servía y el Imperio en que la República se convirtió, le pido que me devuelva la deuda por mi servicio para recuperar un adecuado equilibrio.

Vader apretó los dientes. Equilibrio para la deuda. *Equilibrio en la Fuerza.* Sin saberlo, Thrawn estaba usando todas las palabras que para Vader eran una provocación y, en el proceso, despertaba demasiados recuerdos indeseables de «el jedi».

—No hay deuda —indicó—. Usted tuvo elección. Tomó su decisión. El Imperio no le debe nada.

—No, por supuesto —respondió Thrawn.

Por un largo momento, se miraron a los ojos en silencio.

—Seguiremos adelante —informó Vader—. Por ahora. ¿Cuál es su plan?

Thrawn inclinó la cabeza. Esta vez la intención no fue ambigua: era un gesto de respeto y gratitud.

—La tripulación del carguero grysk se esforzó demasiado por destruir toda evidencia de su hogar y su base —explicó—. Necesitaremos otra fuente de la que extraer esa información.

—¿Conoce esa fuente?

Thrawn sonrió.

—Así lo creo —comentó—. ¿Recuerda su sugerencia de que los grysks estaban sorprendidos por el *Chimaera* porque nunca habían visto una nave de guerra de ese tamaño?

—Sí —confirmó Vader con el ceño fruncido—. ¿Sugiere que estaba equivocado?

—Pronto lo descubriremos —dijo Thrawn—. Vamos. Examinemos nuestro nuevo botín y luego reunamos a los demás.

Sentado en el asiento del copiloto del carguero, Kimmund miró al cielo del hiperespacio. Por ahí, en algún lugar, si el Gran Almirante Thrawn tenía razón, encontrarían su blanco. Mentalmente, negó con la cabeza. Esto era una locura.

Junto a él, Tephan murmuró algo como para sí.

—¿Qué fue eso? —preguntó Kimmund.

—Dije que este carguero aplastado es tan fácil de manejar como un ladrillo caído —gruñó la piloto—. Pensaba que sería como una caja sorpresa llena de trucos.

—Supuse que todos los fantásticos complementos estaban fuera de la vista —comentó Kimmund—. Armadura extra, escudos y todo eso. —Señaló una sección del tablero de Tephan—. Sin mencionar un par de cañones bláster vinculados que se disparan con un solo gatillo.

—Esos no los podemos usar.

—Bueno, aún no, en todo caso —concedió Kimmund—. Eso no significa…

Aunque lo estaba esperando, el súbito cambio del cielo a líneas de estrellas lo tomó por sorpresa. Evidentemente, también a Tephan.

—¡Uuuf! —resopló ella—. Supongo que Thrawn tenía razón.

—Así parece —concedió Kimmund mientras activaba un barrido de sensores y daba un golpe al intercomunicador—. Estamos aquí —anunció—. Entrando… dos naves. Forma elíptica, del tamaño de fragatas clase Corona. —El carguero se agitó cuando un par de explosiones láser quemaron una sección del casco—. Y con armamento pesado —agregó secamente Kimmund—. ¿Daño?

—Disparó directamente sobre el hiperdrive —informó Tephan—. Daño… casco exterior, nada más. Bueno, maldita sea, supongo que esta cosa *sí está* truqueada.

—Eso parece —convino Kimmund—. Da la impresión de que una se queda quieta y la otra viene al abordaje. —Le dio un golpecito a Tephan en el hombro mientras apartaba las correas sujetadoras—. Voy atrás a vestirme —afirmó levantándose del apretado asiento—. No olvides parecer asustada, en caso de que miren por la ventana.

—Correcto, me sentaré aquí con aspecto de vagabunda —se quejó Tephan.

—No seas snob —la reprendió Kimmund mirando el traje de comerciante sucio de la piloto—. La mayoría en la galaxia siempre tiene que vestirse así. Permanece alerta.

Treinta segundos después, estaba en la sala de preparación. Dos minutos más tarde, estaba enfundado en una armadura completa de stormtrooper. En el minuto siguiente,

estaba de pie con sus compañeros de la Primera Legión en la escotilla de carga del carguero.

Diez segundos después de tomar su lugar, escuchó un chirrido metálico cuando la fragata atacante se enganchaba al costado del carguero, seguido por otro par de golpes secos cuando el túnel de abordaje se bloqueó con un sello de aire hermético alrededor de ambas escotillas. Kimmund esperó…

Con una repentina lluvia múltiple de chispas cruzadas alrededor de los bordes y a través de la escotilla, los atacantes empezaron a quemarla para entrar.

—Prepárense —murmuró Kimmund en el intercomunicador—. Recuerden, solo limpiamos la escotilla.

La pasta incendiaria alcanzó un *crescendo* y, con un chillido de metal tenso, la escotilla se desintegró. Una docena de grysks armados se lanzaron a la carga por la apertura y todos ellos pusieron una rodilla en el suelo justo después de entrar, mientras empezaban a intercambiar fuego con los stormtroopers que los esperaban. Un conjunto de reflectores en el fondo de la bodega cobró vida, iluminó a los atacantes y brilló directamente en sus ojos. A través de ese resplandor, tal vez solo visible como una sombra indistinta, avanzó Lord Vader.

Era dudoso que los grysks, completamente ocupados en el combate con los stormtroopers, lo vieran siquiera venir. Pero a medida que los atacantes empezaron a caer bajo el fuego concentrado de los defensores, Vader llegó a la línea de fuego y, con la hoja roja de su sable de luz, rebanó al enemigo a medida que avanzaba entre ellos como una guadaña a través del trigo maduro. Dos grysks cerca de la orilla de la batalla lo observaron y giraron sus armas; el Señor Oscuro contratacó moviendo una mano en dirección a uno de ellos para aplastarlo contra el borde de la escotilla, y luego bloqueó los disparos del otro con el sable de luz y giró en el aire para aterrizar sobre la cubierta, a los pies de Kimmund.

Los grysks apenas tuvieron tiempo suficiente para levantar sus armas en un acto reflejo, con los ojos abiertos por la incredulidad y la confusión, cuando el bláster de aturdimiento de Kimmund terminó su parte de la batalla.

—Asegúrenlo —ordenó Kimmund a Viq levantando la vista de nuevo. Una vez que se había encargado de la ola inicial, Vader avanzaba dentro de la nave enemiga directo al puente, con el sable de luz encendido.

—¡Soldados, a los flancos! —ordenó Kimmund y les hizo una señal para que avanzaran mientras corría de prisa detrás del Señor Oscuro.

—Comandante, la segunda fragata está acercándose con las armas preparadas —informó Tephan—. ¿Órdenes?

—Ya tenemos una —indicó Kimmund—. De acuerdo con las órdenes del Almirante Thrawn, sigan adelante y háganla polvo.

—Sí, señor.

Mientras Kimmund y el resto del escuadrón se agachaban para entrar en la nave enemiga, a la zaga del sable de luz ardiente que iba delante de ellos, sintió que una

amplia sonrisa llegaba hasta sus mejillas. Que los grysks trataran de destruir todos los datos y la evidencia esta vez. Que lo intentaran tan solo.

En realidad lo intentaron. Solo que no tuvieron éxito.

«Las curvas en la mitad izquierda del casco denotan una persona con gracia, tal vez con una cercana afinidad con las criaturas del aire y el mar de su mundo. El lado derecho del casco ha sido distorsionado y desfigurado con herramientas de metal, las secciones de color reciben especial atención. Más de la mitad del casco está distorsionada, pero las marcas no son recientes, lo que indica que se logró el nivel deseado de degradación».

—¿Y bien? —preguntó Vader—. ¿Esto será suficiente?

—Por supuesto —contestó Thrawn—. Usted y su legión han tenido un éxito brillante.

—Como el Emperador ordenó, servimos al mando del gran almirante —«El tono manifiesta deferencia o tal vez orgullo»—. ¿Cómo supo que vendría un ataque?

—No estaba seguro, pero lo sospechaba —explicó Thrawn—. Aunque el objetivo principal de los proyectores de gravedad es bloquear el tráfico por el hipercarril, es raro que los merodeadores ignoren una oportunidad de saquear. Cuando el *Chimaera* encontró la trampa por primera vez, su tamaño desalentó a quienes esperaban lanzar un ataque. Razoné que una nave más pequeña, que se acercara por el lado opuesto del carril, ofrecería un botín más atractivo y haría que el enemigo saliera de su escondite.

—Y que, con una respuesta militar apropiada, podríamos capturar sus registros intactos —comentó Vader. «Su voz manifiesta satisfacción o tal vez comprensión»—. La otra razón de que los prisioneros del carguero quedaran sorprendidos al ver el *Chimaera* no fue el tamaño, sino que lo habían visto en el hipercarril y no esperaban verlo de nuevo en Batuu.

—En efecto —confirmó Thrawn—. Tal vez esa fue también la razón por la que todas las naves grysks llegaron juntas. Sus líderes temieron que alguien hubiera tomado nota de su presencia y ordenaron una rápida retirada de la región de Aguja Negra.

—Sí. —Vader señaló la fila de cascos y armas en la pared de la estancia—. ¿Cómo interpreta esto?

—Tal vez es la clave que los chiss han buscado desde hace mucho tiempo —respondió Thrawn—. Creo que esta es la colección de trofeos de este grupo de merodeadores grysks. Si suponemos que es representativa de la historia militar general de los grysks, puedo usarla para descubrir la ubicación de su hogar.

—Explíquese.

—¿Ve cómo cada arma o casco ha sido desfigurado ritualmente en el lado derecho? —preguntó Thrawn—. Especulo que el grado de destrucción se relaciona con la profundidad de la animosidad que los grysks sienten por esa especie en particular, o tal vez indica la duración y el encono de ese conflicto en específico.

—También parecen estar en orden cronológico —añadió Vader—. Los daños del extremo izquierdo muestran más señales de antigüedad.

—De acuerdo —dijo Thrawn—. Hay relatos de algunas de las guerras de los grysks, una historia que trataré de conectar con estos artefactos.

—Los relatos y las historias a menudo carecen de exactitud.

—Es verdad —admitió Thrawn—. Pero dos de estos cascos pueden aligerar algunas de esas dificultades. Supongo que estará consciente de que tengo cierta habilidad para anticipar las tácticas del enemigo a partir del estudio de sus obras de arte.

—Así es.

—Esa habilidad también funciona a la inversa —explicó Thrawn—. Si estoy familiarizado con las tácticas de un guerrero, puedo en alguna medida identificar sus obras de arte.

—Interesante. ¿Ha luchado antes contra alguna de estas especies?

—Los chiss tienen registros de muchas batallas. Algunas en las que participamos, otras que meramente observamos. Creo que conozco a las especies relacionadas con estos dos cascos. Si estoy en lo correcto, puedo relacionar esta parte de la cronología de los grysks con hechos históricos conocidos.

—¿Eso le indicará su ubicación?

—Reducirá las opciones —afirmó Thrawn.

—¿Y luego? —«La voz de Vader manifiesta interés o tal vez sospecha».

—No atacaremos, si esa es su preocupación —puntualizó Thrawn—. No lo haremos con un solo destructor estelar. En todo caso, nuestra primera responsabilidad es ubicar su base local y liberar a los prisioneros que tomaron de Batuu.

—Los que crearon la perturbación en la Fuerza.

—Sí.

—Dijo que me indicaría quiénes eran.

—Si los tomamos vivos, se lo contaré —confirmó Thrawn—. Si no, no hay razón para que los conozca siquiera.

—No estoy de acuerdo —afirmó Vader—. El asunto es de interés para el Emperador y, por tanto, para mí.

—Le revelaré el secreto si los liberamos —repitió Thrawn—. Es todo lo que puedo hacer.

—¿*Todo* lo que puede hacer? —«La voz de Vader expresa una advertencia o tal vez una amenaza directa»—. Ha jurado lealtad al Emperador, almirante. ¿Su lealtad es a él o a sus propios intereses?

—No son incompatibles, mi señor.

—Eso dice usted —replicó Vader. «Su voz manifiesta impaciencia e ira crecientes. Su mano se estira hacia el gancho de su cinturón, cerca del sable de luz»—. Pero no ha ofrecido pruebas.

—El Emperador siente gran interés por las Regiones Desconocidas, mi señor —le recordó Thrawn—. Este secreto está fuertemente relacionado con ese interés y con su objetivo último en esta parte del espacio.

«Vader aprieta su puño sobre el cinturón».

—¿Esa será siempre su excusa, almirante? —preguntó Vader—. ¿El Emperador y sus objetivos? El Emperador es mi maestro, al igual que el suyo. ¿Sugiere que yo lo traicione?

—No, en absoluto, mi señor —le aseguró Thrawn.

—Entonces me lo dirá —ordenó Vader—. Todo.

«La postura corporal de Vader manifiesta amenaza, pero su mano no se acerca al sable de luz. La voz manifiesta amenaza, pero también autocontrol».

—Le ofrezco una solución intermedia, mi señor —propuso Thrawn—. Le diré parte de la verdad ahora y el resto cuando se recupere a los prisioneros.

«Vader se queda en silencio por cuatro segundos. Su mano no se mueve en ese tiempo».

—Pide mucha confianza, almirante —dijo. «Su voz tal vez expresa ligeramente menos amenaza»—. No se burlará de mí ni jugará conmigo.

—No me burlo, mi señor —aseguró Thrawn—. Cuando escuche la verdad, comprenderá mis razones y mis preocupaciones, al igual que las del Emperador.

«Una vez más, Vader guarda silencio. Pero esta vez solo por dos segundos».

—Muy bien. El Emperador le tiene confianza. Honraré esa confianza. Por ahora.

—Gracias, mi señor. —Thrawn encendió su intercomunicador—. Comodoro Faro.

—Faro, almirante. —«Su voz manifiesta expectación».

—Traiga el *Chimaera* a nuestra ubicación —ordenó Thrawn—. Tenemos diecisiete prisioneros grysks más, a quienes asegurará en el bloque que está preparado en estribor.

—¿No en los calabozos, señor?

—No —respondió Thrawn—. No deseo que se comuniquen con los demás grysks.

—Sí, señor.

—También hará los preparativos para traer a bordo la fragata de los grysks, que requerirá un examen posterior —pidió Thrawn—. No tengo duda de que sus secretos pronto serán nuestros.

—Sí, señor.

Thrawn cortó la comunicación.

—Ahora, mi señor —se dirigió a Vader—, le diré todo lo que pueda.

CAPÍTULO 13

Los pilotos de los TIE en el bloque de preparación de estribor no se pusieron felices porque los echaran de su salón y sus cuarteles para que la Comodoro Faro pusiera a un montón de prisioneros grysks allí. Por fortuna para ellos, compartieron su frustración con la Primera Legión cuando los expulsaron a ellos de sus propios cuarteles al lado del hangar.

La Maestra de Hangar Xoxtin estaba molesta por ambas situaciones, aunque sobre todo porque su rutina y su pequeño feudo privado habían sido alterados. Se rumoraba que tampoco se había mostrado tímida al expresar esa molestia a la Comodoro Faro.

—Esto es ridículo. —El Sargento Aksind echaba humo ante Kimmund mientras golpeaba su colchoneta contra la cubierta de la sala de reunión del *Darkhawk*—. ¿Qué cree Thrawn que está haciendo, poniéndolos en cuarteles del personal en lugar de en el calabozo del *Chimaera*?

—Dijo que no quería que recorrieran la nave hacia los calabozos —indicó Kimmund. Tampoco estaba precisamente feliz con esto, pero parte de su trabajo como comandante de la Primera Legión consistía en suavizar lo mejor posible las órdenes de los superiores ante sus stormtroopers.

Bajo el liderazgo de Vader, eso a menudo significaba suavizar mucho. No siempre lo había hecho popular, pero lo había mantenido con vida. Aun así, esa era la manera en que las cosas se presentaban en la moderna flota imperial. Demasiados comandantes estaban ocupados jugando a la política, trataban de destacar sobre los demás o tan solo eran pequeños tiranos por derecho propio. Todos los demás a bordo de esas naves tenían pocas opciones, aparte de bajar la cabeza y tratar de sobrevivir sin convertirse en el peón o el chivo expiatorio de alguien.

Excepto, aparentemente, a bordo del *Chimaera*. Había tanto que un visitante podía aprender en una nave del tamaño de un destructor estelar, incluso en el tiempo limitado que Kimmund y sus stormtroopers llevaban a bordo. Pero aun desde el principio, la actitud de los oficiales y la tripulación le había parecido única. La nave tenía su dotación de tiranos de mando medio, evidentemente, y Xoxtin era un ejemplo obvio. Al mismo tiempo, ninguno de los oficiales superiores tenía el egoísmo de los hombres y las mujeres que solo ven por sí mismos ni la inercia mortal de la gente que simplemente hace las cosas porque sí. Todos, de Faro hacia abajo, mostraban su intención de trabajar en equipo para realizar las tareas asignadas poniendo en juego todas sus habilidades.

La razón, por supuesto, era obvia: Thrawn. El gran almirante era inteligente y sutil, pero nunca usaba su brillantez para avergonzar o humillar a alguien. Exigía resultados, pero nunca perfección, y tenía cantidades asombrosas de paciencia con quienes realmente

ponían en acción todas sus habilidades. Se preocupaba por su gente, al punto de defenderlos aun contra la desaprobación de hombres poderosos como Lord Vader.

Eso no significaba que tolerara a los perezosos ni a quienes le hacían perder el tiempo o simplemente sentían poco interés en dar lo mejor de sí al Imperio. Kimmund había escuchado historias de la tripulación del *Chimaera* sobre la forma en que esos costales de papas eran enviados lejos lo antes posible, por lo general con comandantes que tampoco estaban interesados en dar lo mejor de sí. En algunas ocasiones, terminaban de regreso en Coruscant para comparecer ante tribunales militares, para gran alivio de quienes habían tenido que soportarlos.

El resultado era notable: un grado de lealtad que Kimmund rara vez había visto, excepto con las tropas de su propia Primera Legión. Era una pena que el estilo de liderazgo de Thrawn no se extendiera al resto de la armada. Aun así, evidentemente estaba ejerciendo influencia en los oficiales más jóvenes. Si duraba el tiempo suficiente, tal vez esas lecciones se convertirían algún día en un estándar militar. Sospechaba que, si llegaba a suceder, el Imperio sería eterno.

—¿El calabozo está a qué, a tres cubiertas completas de distancia? —se burló Aksind.

—Los prisioneros del carguero están allí —le recordó Kimmund—. Tal vez no quiere que los dos grupos hablen entre sí.

—Simplemente debió tratar de encerrarlos en diferentes secciones —gruñó Aksind.

—Tienes libertad para unirte a los demás en el comedor de los pilotos —ofreció Kimmund—. Debe de ser más cómodo.

—Lo que plantea la pregunta obvia —dijo Aksind alzando las cejas.

—Porque no me gustaría dejar el *Darkhawk* sin vigilancia con prisioneros alienígenas en el corredor —comentó Kimmund con amargura—. Como dije, no tienes que quedarte.

—No, está bien —contestó Aksind—. Debo seguir a mi oficial al mando hasta el infierno, la muerte y el dolor de espalda. Inspiración para las tropas y todo eso.

—Me siento honrado —comentó Kimmund—. Pero ¿por qué aquí, en lugar de tu contenedor de popa?

—Porque siento que me asfixio allí —respondió Aksind—. Aquí hay más espacio. Además, si no puedo dormir, la mesa de juegos está justo ahí.

—De la que probablemente Tephan ya se apoderó.

—Está bien —dijo Aksind—. Interrumpir los juegos de Tephan es casi tan divertido como jugar conmigo mismo. Y hablando de… —Unió las manos dejando un hueco en medio—. ¿Tephan? —gritó.

—¿Qué? —La voz de la piloto llegó desde un lugar distante de popa.

—¿Tienes algo de comida allá atrás?

—¿A esta hora? —preguntó Tephan—. ¿Dónde crees que estás, en Coruscant? Si quieres un bocadillo nocturno, ven a hacértelo tú.

Aksind olisqueó el aire.

—Sí, está cocinando algo —afirmó—. ¿Quiere una tercera parte de lo que sea?

—Tomaré una cucharada —aceptó Kimmund con sequedad—. Las habilidades culinarias de Tephan no son exactamente… —se interrumpió, con el ceño fruncido, cuando llegó un sonido apagado de la otra dirección—. ¿Escuchaste eso?

—¿Una especie de golpe seco y suave? —Aksind le regresó el ceño fruncido. Recargó un lado de su cabeza contra el mamparo de la sala de reunión—. No escucho… Espere un segundo. Suena como si alguien se estuviera moviendo allí afuera.

Kimmund sacó su intercomunicador y lo activó para hablar con Tephan.

—Tephan, deja lo que estás haciendo y sube aquí —murmuró—. Trae un par de E-11.

—Probablemente solo es alguien que olvidó algo —sugirió Aksind en voz baja, pero ya estaba avanzando, inclinándose al lado del corredor de la escotilla, donde tendría algo de cobertura. Se oyó otro golpe seco, un poco más fuerte esta vez. Kimmund contuvo el aliento mientras una débil brisa pasaba junto a él: alguien había abierto una de las escotillas del *Darkhawk*.

Entró otro soplo de aire, y se dio vuelta para ver a Tephan, que se acercaba detrás de ellos con tres rifles bláster E-11 en los brazos.

—¿Qué es? —murmuró mientras entregaba uno a Kimmund y otro a Aksind.

—Compañía —le susurró Kimmund como respuesta colocando el rifle en posición de combate y quitaba el seguro—. Todavía no sé quién es. Tomaré la punta, Tephan a retaguardia.

Avanzaron lo más silenciosamente posible. Cruzaron el resto de la sala de reunión y pasaron por la escotilla hacia el compartimiento de equipaje en medio de la nave; era un pasillo estrecho con casilleros y gabinetes a ambos lados. Un mal lugar para que los atraparan si había problemas, y Kimmund los apresuró para que entraran al corredor del otro extremo y llegaran a la sala de preparación. Esta, que había sido la vieja bahía de carga del *Darkhawk*, era más ancha que el compartimiento, pero en cierto modo estaba más apiñada. Había arneses colgando del techo para los soldados que estaban a punto de lanzarse al ataque, en el centro un par de largas bancas que compartían el respaldo, y debajo de los asientos casilleros estrechos para equipo. Por el momento, lo más importante eran las grandes escotillas a ambos lados de la nave que los stormtroopers usaban para los despliegues rápidos. Si quienes fueran los visitantes habían entrado por allí… No lo habían hecho. Ambas escotillas seguían selladas, sin signos de que las hubieran abierto.

—¿Más adelante? —murmuró Aksind.

Kimmund asintió y lanzó un último vistazo a las escotillas. Había mirillas en ambas y, por un momento, se preguntó si deberían hacer una pausa y usarlas para ver al otro lado, pero el ángulo de las ranuras no les permitiría ver la proa del *Darkhawk*, que era donde la intrusión claramente había tenido lugar.

Por supuesto, levantar una de las escotillas les permitiría salir al hangar y les ofrecería la opción de llegar por detrás de quien hubiera avanzado hacia la parte delantera de la nave. Pero como solo eran tres, las maniobras de ataque por los flancos estaban fuera de discusión.

Los guio alrededor de la banca de estribor y siguieron adelante. Justo después de esa escotilla final había un corredor corto que llegaba más allá de la esclusa de aire delantera, hasta la cabina de mando. Iba a medio camino cuando la escotilla se deslizó para abrirse y entró un grysk que sostenía un E-11.

Kimmund ya había adivinado que los intrusos eran los guerreros enemigos. Por otra parte, el grysk pareció completamente sorprendido de terminar de cara a un oponente. Esa fracción de segundo de duda le costó la vida, porque Kimmund envió un par de rayos de bláster a su torso.

La pequeña victoria duró poco. Mientras el alienígena colapsaba sobre la cubierta, Kimmund vio que varios más venían detrás de él. Con el destello y el grito de soprano de los disparos de bláster, toda la multitud había sido alertada.

—¡Atrás! —gritó Kimmund, mientras disparaba a la masa sombría que ahora avanzaba hacia la escotilla.

Solo había retrocedido un par de pasos cuando las sombras desaparecieron y los grysks se lanzaron a ambos lados para cubrirse. Los stormtroopers habían dado unos tres pasos más cuando una descarga de fuego de bláster hizo erupción a ambos lados de la escotilla.

—¡Atrás! —gritó Kimmund de nuevo y retrocedió lo más rápido posible mientras seguía disparando, esforzándose para no encogerse cuando el fuego de respuesta de Aksind y Tephan pasó ardiendo demasiado cerca de él. Hasta el momento, los disparos de los grysks no eran tan precisos, pero tenía pocas dudas de que aprenderían, con suficiente rapidez, la técnica necesaria para manipular el armamento imperial robado.

Por fortuna, los tres stormtroopers habían retrocedido hasta la bodega cuando la puntería de los grysks empezó a mejorar. Kimmund siguió retrocediendo, mientras abría algunas de las puertas de los gabinetes al pasar, con la idea de usarlas como bloqueo parcial contra el ataque del enemigo y ganar unos segundos adicionales de espacio para respirar. Solo se trataba de un ardid temporal en el mejor de los casos. La bodega era un cuello de botella de diez metros de largo, y él y los demás necesitaban regresar a la sala de reunión, donde por lo menos tendrían la protección parcial de los lados de las escotillas.

Los últimos segundos fueron impredecibles mientras los grysks llegaban a tenerlos a su alcance. Pero los tres stormtroopers llegaron a la sala de reunión sin recibir más que unas cuantas quemaduras menores. Un segundo después, terminaron agachados junto a la escotilla abierta, Kimmund y Aksind en lados opuestos y Tephan detrás de Aksind.

—¿Tephan? —preguntó Kimmund, mientras los grysks cruzaban la sala de preparación y se reunían a los lados del corredor que llevaba a la bodega.

—Ya lo intenté —dijo Tephan—. Han intervenido nuestros intercomunicadores.

Kimmund susurró una maldición. Ahora que habían superado cualquier seguridad que Thrawn había dispuesto fuera de las celdas improvisadas, el único que vigilaba la bahía del hangar sería el oficial de servicio. Si él no había lanzado aún una alerta, significaba

que no había notado que los alienígenas se habían deslizado por la cubierta a través de su territorio. Lo que significaba que Kimmund y sus soldados dependían de sí mismos.

—Muy bien —murmuró—. Debe de haber un par de trajes en la bahía de mantenimiento. Ve a ponerte una armadura, Aksind y yo los contendremos aquí.

—De acuerdo. —Thepan luchó para ponerse de pie de nuevo, corrió hacia popa a través de la sala de reunión y desapareció por el corredor de la escotilla.

—Hay muchos E-11 allí arriba —advirtió Aksind—. Si los encuentran, estaremos en problemas, con armadura o sin ella.

—Sí, gracias, lo comprendo —respondió Kimmund mientras trataba de pensar.

Como Aksind había señalado, la mayor parte de sus armas y armaduras estaban en el compartimiento de equipaje y el área de preparación, sectores en disputa o ya bajo control del enemigo. Todo lo que Tephan encontraría en la bahía de mantenimiento serían un par de armaduras que estaban allí para reacondicionamiento, algunos paquetes de energía adicionales que se estaban recargando y, si tenían *demasiada* suerte, tal vez un bláster pesado E-Web que Elebe o Dorstren habían regresado para colocarles mirillas.

Pero en los confines cerrados del *Darkhawk*, la cantidad de combatientes probablemente sería un factor más decisivo que las armas pesadas. Aunque los grysks tuvieran deseos de dejar las cosas en un empate.

Con un sonido de metal contra metal que les hizo rechinar los dientes, aparecieron dos de las cajas de equipo que estaban debajo de los asientos del área de preparación y que habían empujado a través de la escotilla.

La primera idea de Kimmund fue que los grysks trataban de bloquear la entrada de los stormtroopers para mantenerlos neutralizados en el fondo de la nave. Pero un segundo después las cajas se movieron cuando los dos grysks que se encontraban detrás de ellas empezaron a empujarlas por el corredor.

Kimmund hizo una mueca. No eran una barrera, sino un escudo móvil. Demasiado para que los grysks se conformaran con un empate. Aun así, las cajas no llenaban el corredor y había otros grysks detrás de la vanguardia. Kimmund cambió de fuego concentrado a francotirador disparando cuidadosa y deliberadamente entre las cajas y arriba de ellas, tratando de darle a cualquier cosa que estuviera detrás de ellas y que se descuidara lo suficiente para presentar un blanco. Los grysks contratacaron con fuego propio desde las orillas de las cajas. Aksind siguió con su propia andanada de fuego, concentrando su ataque en la caja del extremo derecho, en un intento de hacerla añicos o, si no, de inutilizarla como escudo.

Kimmund sabía que eso solo demoraría la confrontación final. Abrir un lado del corredor podría permitirles atrapar a un grysk adicional, o dos, antes de que los otros pudieran retirarse, pero había otras seis cajas debajo del asiento que el enemigo podía usar como escudos de reemplazo.

De pronto, a medio camino entre los stormtroopers y los grysks, una de las puertas de los gabinetes de almacenamiento se abrió un poco, luego se cerró.

La primera idea de Kimmund fue que lo había imaginado; la segunda, que el fuego de los blásters había hecho saltar de alguna manera la cerradura. Pero eso no explicaba por qué la puerta se había vuelto a cerrar. Luego, mientras trataba de concentrarse de nuevo, sucedió una vez más: la puerta se abrió apenas lo suficiente para que viera la apertura y se cerró.

Contuvo el aliento. Ese gabinete, si visualizaba de modo correcto el *Darkhawk*, daba directamente a uno de los casilleros exteriores de armas de la nave. Uno de los *grandes* casilleros de armas.

Los grysks seguían moviéndose, abriéndose paso lentamente por el corredor detrás de sus escudos, y Kimmund decidió que lo estaban haciendo con *demasiada* lentitud. Bueno, él podría corregir eso.

—Retrocede —ordenó a Aksind—. Reagrúpate en la escotilla de la cocina.

—¿Qué? —preguntó Aksind, confundido.

—Me escuchaste —indicó Kimmund—. Ve. Yo te cubriré.

—Correcto.

Aksind se alejó del mamparo y retrocedió por la sala de reunión mientras seguía disparando. Kimmund contó hasta cinco, luego también retrocedió sin dejar de disparar.

No engañó a los grysks. A pesar del fuego de bláster continuo, vieron que los stormtroopers se estaban retirando. Su fuego de represión por las orillas de las cajas se intensificó, y el chirrido de metal contra metal aumentó de volumen mientras aceleraban el paso, empujando de prisa hacia delante con la esperanza de atrapar a los stormtroopers en un espacio abierto antes de que llegaran al siguiente punto de defensa.

Había una buena oportunidad de que lo lograran, además. El escudo móvil había pasado ahora el gabinete que se abría solo, y únicamente faltaban unos tres metros antes de que los grysks que se cubrían con él llegaran al extremo del corredor. Detrás, Kimmund escuchó el jadeo y la maldición de Aksind cuando lo alcanzó uno de los disparos de los grysks.

Abruptamente, el avance del enemigo se detuvo. Se escucharon dos disparos más sin puntería y luego sus blásters quedaron en silencio. Kimmund dejó de disparar. Hubo un solo grito ahogado, seguido por un par de golpes, y luego nada.

—Maldita sea. —Una voz tamizada surgió detrás de él. Miró hacia atrás a Tephan, ahora en armadura completa, mientras se agachaba junto al cuerpo de Aksind.

—¿Muerto? —preguntó Kimmund.

—Sí —respondió Tephan mientras se enderezaba—. ¿Acabó con el resto?

—Yo no lo hice —explicó Kimmund—. ¿Recuerdas esa puerta trasera secreta a la nave, la que nunca fuimos capaces de encontrar?

—¿Qué? —exclamó Tephan con un poco de desconcierto.

—Bueno, creo que acabamos de hallarla —explicó Kimmund.

Justo en ese momento, uno de los escudos de los grysks se derrumbó hacia delante en la cubierta. Detrás, entre los grysks inconscientes o muertos, balanceando una vara de combate en cada mano de manera casual, se encontraba Rukh.

—¿Qué demonios? —gruñó Tephan—. Pensé que lo había echado de la nave.

—Es una ocasión especial —dijo Kimmund. Bajó su E-11 y corrió hacia el noghri—. Bienvenido a bordo. ¿Cómo lo supiste?

—Vi fuego de blásters a través de las mirillas —explicó Rukh. Sus ojos se fijaron en el cuerpo de Aksind, y Kimmund percibió que la expresión del noghri se había endurecido un poco—. Pensé que necesitarían ayuda.

—Evidentemente no se va a rechazar —admitió Kimmund mirando por encima del hombro de Rukh.

Había seis grysks tirados por la cubierta de la bodega, una combinación del ataque furtivo de Rukh en su retaguardia, más el fuego inicial de los stormtroopers entre los escudos. Los extremos de las varas de combate del noghri tenían un leve brillo (probablemente eran las mitades de su electrobastón habitual), pero, aun sin esa mejora, Kimmund no tenía duda de que el guardaespaldas de Thrawn se hubiera encargado bien de sus oponentes.

Así que seis aquí, sumados a los tres o cuatro que él y los otros stormtroopers habían derribado en el primer intercambio…

—Me imagino que quedan siete u ocho adelante —calculó—. Tal vez hasta once, si trajeron consigo a los prisioneros del carguero.

—No los conté —dijo Rukh—. Pero vi algunos en la cabina, de pie sobre los tableros de control.

—Tratan de descubrir cómo volarlo —comentó Kimmund sombríamente.

—Oh, no, no lo harán —gruñó Tephan—. *No* se van a llevar mi nave.

—Claro que no —exclamó Kimmund mientras tomaba una rápida decisión.

Hasta que los grysks de adelante se dieran cuenta de que habían dejado fuera de combate a sus fuerzas aquí, los imperiales contaban con el elemento sorpresa. Si lo usaban bien, valía la mitad de un escuadrón de stormtroopers con armadura completa en cualquier momento.

—Los golpearemos con fuerza. Justo ahora, de inmediato y por completo.

—Mientras esperan que sus amigos regresen e informen de nuestras muertes —indicó Tephan—. Muy bien. Hagámoslo.

—¿Qué quieren que haga?

Kimmund frunció el ceño en su dirección.

—¿Así que ahora recibes órdenes mías?

—Siempre he acatado sus órdenes. —Rukh movió una vara para abarcar el *Darkhawk*—. Nave de la Primera Legión, órdenes de la Primera Legión. De otro modo, hubiera salido a atacar el carguero, aunque usted dijo que no.

—Hubiera sido bueno saberlo antes —murmuró Tephan.

—Bueno, ahora lo sabemos —dijo Kimmund—. ¿Tienes tu dispositivo de encubrimiento personal contigo?

—No —indicó Rukh—. Pero no lo necesitaré.

—Tal vez no —replicó Kimmund—. Está bien. Nosotros entramos en caliente, manteniendo nuestro fuego arriba. Tú vas por abajo allá donde veas una apertura, creando el mayor desastre posible.

Rukh le lanzó una sonrisa malévola y dio vuelta a una de sus varas de combate hábilmente entre los dedos.

—Puedo crear un gran desastre —prometió.

—Lo crearemos juntos —afirmó Kimmund—. Recuerda que queremos salir de esta mientras la nave conserva su capacidad de volar. Tal vez Lord Vader quiera usarla de nuevo algún día.

Desde el momento en que los diecisiete grysks escaparon de su celda improvisada hasta que abordaron el *Darkhawk* pasaron aproximadamente cuatro minutos. Desde entonces hasta que el Comandante Kimmund y sus fuerzas recapturaron la nave, casi transcurrieron otros ocho minutos. Regresar a los prisioneros supervivientes (cuatro de ellos) tomó otros diez minutos. En total, el incidente abarcó menos de media hora.

Faro pensó con tristeza que había todos los indicios de que la muerte y la destrucción apenas comenzaban. Por lo general, el Gran Almirante Thrawn dominaba cada lugar en que se encontraba; esta vez no. Solía portar un aire de calma que se extendía a todos los que lo rodeaban; ahora no. Siempre parecía tener un control completo de todo; ya no era así. Parado ahí, en el reducido espacio de la cabina de mando del *Darkhawk*, enfrentado a Lord Vader apenas a unos treinta centímetros de distancia, parecía pequeño e indefenso, un hombre que estaba afrontando, él mismo, la muerte. Sin embargo, allí estaba.

—No se puede culpar al Comandante Kimmund por sus acciones —afirmó Thrawn mirando con calma el casco negro sin rostro—. Por el contrario, sus acciones y las de sus stormtroopers fueron ejemplares.

—Lo que no cambia el hecho de que arruinaron todo el plan —exclamó Vader con fiereza.

—Le advertí que mantener en secreto tanto el encarcelamiento marginado de los prisioneros como las señales de rastreo tendría consecuencias indeseables —explicó Thrawn.

—Era necesario para que la tripulación del *Chimaera* se comportara de manera normal —replicó Vader. Aunque a Faro le pareció sorprendente que Thrawn estuviera reprendiendo al Señor Oscuro, lo fue aún más que Vader en realidad se quedara quieto—. Los prisioneros necesitaban creer que su huida era genuina.

—No estoy en desacuerdo —puntualizó Thrawn—. Simplemente sugiero que se pudo usar un término medio. Se debió confiar al Comandante Kimmund, por lo menos, además de a cualquier trooper o stormtrooper que estuviera entre las celdas de los prisioneros y su fragata.

Vader no respondió. Pero no había mucho que pudiera decir. Faro había asistido a la reunión privada en la que Vader propuso este plan. Thrawn estuvo de acuerdo con él y, en realidad, agregó unas cuantas pequeñas sugerencias. Ninguno de ellos podía saber que Kimmund y sus stormtroopers se interpondrían sin saberlo.

Evidentemente tampoco podían anticipar que la Maestra de Hangar Xoxtin decidiría enviar a tres miembros de la tripulación fuera de servicio a esa precisa sección justo cuando los grysks realizaron la fuga. Xoxtin estaba furiosa. Por una vez, Faro no la culpó. Cuatro muertos… y sin haber obtenido nada a cambio.

Los técnicos del *Chimaera* habían hecho una búsqueda completa en la computadora del *Darkhawk*. Solo mostraba la ruta del terreno de caza de los grysks hasta Batuu, donde aparentemente habían establecido una base, sin referencias a ningún otro sistema. El análisis de Thrawn de todo el arte a bordo de la nave había arrojado algunos temas interesantes, pero no les había indicado nada acerca de la base local de los grysks.

—Sin embargo, hasta un éxito parcial puede arrojar resultados de largo alcance —sugirió Thrawn en medio del incómodo silencio—. En este sentido, hemos aprendido mucho sobre nuestros enemigos.

—¿Como el hecho de que no tienen dientes? —expresó Vader, con un atisbo de amargura.

—Eso también —convino Thrawn—. Extraer los dientes de un guerrero y reemplazarlos con moldes superiores e inferiores que contienen armas, comunicadores y quebradores de cerraduras modulares es muy ingenioso. Las señales ultrasónicas que enviaron a sus colegas a través de mamparos de metal también es una tecnología que en el futuro podría ser útil para el Imperio.

—Nada de eso nos ha acercado a nuestro objetivo.

—En realidad, mi señor, creo que sí. —Thrawn se dio vuelta hacia Faro—. Comodoro, usted tiene el registro de las comunicaciones entre los dos grupos de prisioneros. ¿Cuánta información estima que pudo haber pasado durante ese tiempo?

Faro se sobresaltó. Esperaba, aunque fuera poco probable, que Thrawn la hubiera llevado a la cabina de mando tan solo para que atestiguara la conversación. Al observar que la amenaza de Vader seguía oscureciéndose, había esperado aún más que su presencia se terminara olvidando. En cambio, Thrawn acababa de lanzar una granada conversacional a su regazo. ¿Cómo demonios se suponía que iba a responder esa pregunta?

—Estuvieron en comunicación, de un lado al otro, un total de dos minutos y ocho segundos —respondió—. No podemos saber ahora mismo cuál señal se originó en cada grupo de prisioneros. Además, sin conocer el método de cifrado que usaban o, para el caso, siquiera su idioma, es imposible saber cuánto pudieron decir.

—Comprendido —dijo Thrawn—. Así que supongamos un idioma claro, con el código que usaran para hablar, pero sin cifrado, para no sobrecargar o alargar el mensaje. Bajo esos parámetros, ¿qué información podría transferir *usted* en ese tiempo?

Faro sintió que se formaba un nudo en su garganta. Por lo general, no le importaban los juegos mentales de Thrawn. Le ayudaban a ampliar su razonamiento, y valía la pena buscar cualquier cosa que la convirtiera en una mejor oficial. Pero ¿hacerlo justo en ese momento y en ese lugar? Sobre todo con Vader a punto de destruir todo el lugar.

«Todo el lugar». Pasó la vista por la cabina de mando con nuevos ojos. Tener esta conversación a bordo del *Darkhawk* había sido idea de Thrawn, no de Vader. Y Thrawn nunca hacía nada sin una razón. Se dio vuelta hacia Thrawn. El almirante tenía una sonrisita en el rostro, la indicación de que una vez más estaba cómodamente por delante de ella.

—Podría informar a los guerreros grysks acerca de esta nave —comenzó a decir—. Una breve descripción, además, de dónde se localizaba en la bahía del hangar.

—¿Junto con instrucciones de cómo volarla? —interrogó Thrawn.

—No, señor —indicó Faro con firmeza—. No hay una sola posibilidad de que lo logre en dos minutos.

—Gracias, comodoro —dijo Thrawn inclinando la cabeza hacia ella y volteando de nuevo hacia Vader—. El transporte personal de usted estaba más cerca de la prisión. Su propia fragata estaba más lejos, pero con la ventaja de que sabían volarla. Sin embargo, eligieron el *Darkhawk*. —Señaló el tablero de control—. Más que eso: vimos que ya habían activado los motores y empezado la secuencia previa al vuelo cuando se les detuvo. —Hizo una pausa, al parecer esperando que Vader hablara. Pero el Señor Oscuro permaneció en silencio con la mirada en el tablero—. El *Darkhawk* está equipado con armas y equipo modernos —continuó Thrawn—. Los prisioneros del carguero grysk lo habían visto en combate y sabían que sería un botín digno de ser capturado. Al mismo tiempo, es en esencia una reliquia de las Guerras de los Clones y solo hay un lugar en esta región donde pudieron haber estudiado este tipo de carguero y aprendido a operarlo.

Vader murmuró algo como para sí.

—Mokivj.

—Por supuesto, mi señor —confirmó Thrawn—. Más específicamente, la fábrica de separatistas en Mokivj que una vez asaltamos nosotros.

Vader se enderezó desplegando toda su altura.

—Que *usted* una vez asaltó —corrigió—. Nadie más a bordo del *Chimaera* estuvo siquiera allí.

—Por supuesto —dijo Thrawn e inclinó la cabeza—. Lo expresé mal.

Por un largo momento, se miraron uno al otro en silencio. Faro terminó conteniendo la respiración al percibir que un nuevo brote de tensión crepitaba en el lugar. Algo estaba pasando ahí, algo muy por debajo de la superficie. Solo que no tenía idea de qué era.

—Usted es el comandante —recalcó Vader, finalmente—. Si cree que esta fábrica es la clave, allí es donde comenzaremos.

—Gracias, mi señor. —Thrawn se dio vuelta de nuevo hacia Faro—. Comodoro, prepare la ruta a Mokivj. Partimos en dos horas.

—Sí, señor —confirmó Faro.

—Eso le dará tiempo, mi señor —agregó Thrawn mientras veía a Vader—, para hablar con el resto de los prisioneros. Si lo decide así.

—Por supuesto, almirante. —La voz de Vader retumbó de manera tal que hizo que un nuevo escalofrío recorriera la espalda de Faro—. Usted ha descubierto algunos de sus secretos. *Yo* descubriré el resto.

CAPÍTULO 14

Padmé dedicó otros veinte minutos a revisar cada centímetro de los tres pisos del ala oeste de la fábrica, en busca de algo útil que los anteriores ocupantes hubieran dejado. Pero habían limpiado por completo todo el lugar.

Sin embargo, las barreras bajas que marcaban el espacio en la antigua área de trabajo de LebJau estaban sostenidas por postes de metal: varillas resistentes, huecas, atravesadas por secciones cuadradas transversales de cinco centímetros. En uno de los postes, los tornillos estaban lo suficientemente flojos para sacarlos con las uñas. Una vez que liberó una barra, pudo usar el extremo para desatornillar las otras.

Aun con esa ayuda, muchos de los tornillos estaban demasiado apretados para liberarlos. De todos modos, al final reunió veintitrés varillas. Tuvo que sacrificarlas todas, pues acabaron rotas o dobladas, para abrir haciendo palanca la tapa de la trampilla y poder escurrirse por ella.

No sabía con exactitud dónde se encontraba la trampilla correspondiente en el ala sur, pero si habían dispuesto los puntos de acceso simétricamente, podría encontrarla. Después de eso, la siguiente tarea sería abrirla. Con suerte, el comentario de LebJau acerca de lo pesadas que eran las trampillas y lo difícil que sería abrirlas sin alimentación eléctrica significaba que las tapas del ala sur *sí* la tenían, y que los controles estaban en algún lugar al que Padmé podría acceder. Si no, iba a necesitar algo de creatividad.

Por la confianza con que LebJau había recorrido el piso de servicio, supuso que los droides no venían aquí con mucha frecuencia. Aunque, no era una suposición por la que deseaba apostar su vida. Usó su vara de luz de manera esporádica mientras se abría paso por el piso de permacreto; la mantuvo a la intensidad más baja y la encendía por medio segundo, más o menos, cada docena de pasos, tan solo para asegurarse de no irse directo contra un pilar o un montón de escombros. Mejor pecar de precavida.

Fue una suerte que lo hiciera. Había recorrido la mitad del camino hasta el lugar por donde ella y LebJau habían entrado cuando distinguió un leve brillo a la distancia.

Se quedó congelada, presionada contra el pilar que estaba junto a ella, con ojos y oídos muy atentos. El brillo seguía ahí y se desplazaba ligeramente al ritmo de alguien que camina. No podía escuchar nada, pero la luz estaba tan lejos que aun las voces suaves probablemente resultarían inaudibles.

Voces suaves, o el ruido metálico y amortiguado de los pies de un droide contra el permacreto. De modo que podrían ser LebJau o sus amigos que regresaban al ala sur, o una patrulla de droides de batalla que volvían finalmente al ala este. En todo caso, se encontraban en la dirección en la que necesitaba ir. Respiró a fondo y se dirigió allí usando su propia luz aún más esporádicamente.

Casi la había alcanzado cuando la luz se detuvo de pronto y giró hacia arriba. Padmé aminoró el paso y segundos después percibió la brisa familiar que provocaba la apertura de una trampilla.

Ahora, finalmente, estaba a la distancia suficiente para escuchar un par de voces amortiguadas mientras las figuras trepaban por la escalera. La tapa se cerró y la oscuridad y el silencio regresaron.

Padmé avanzó de prisa, sin preocuparse por apagar su luz. Adelante, distinguió el cono y la escalera con la tapa. Rodeó el último pilar… y casi dejó caer su vara cuando un par de brazos la rodearon por los hombros y la jalaron con fuerza hacia atrás, contra un torso duro y musculoso. Los brazos se desplazaron hacia arriba y a la derecha de ella, tratando de arrojarla al suelo, mientras una rodilla se clavaba con fuerza en la parte posterior de la rodilla derecha de Padmé, amenazando aún más su equilibrio.

—Quienquiera que seas… —murmuró una voz en su oído y se interrumpió cuando Padmé sacó su bláster de la funda en su cadera, lo giró y, tras pasarlo sobre su hombro izquierdo, presionó el cañón contra la garganta de él.

—Será mejor que me sueltes ahora —susurró como respuesta.

Todo el cuerpo de él se contrajo, los brazos se aflojaron pero no la soltó por completo.

—¿*Padmé*?

—Sí, Huga —confirmó ella, ahora que había reconocido su voz—. Lo digo en serio. Suéltame.

Esta vez, por fin, los brazos de él se apartaron. Padmé dio un paso adelante y se giró, mientras levantaba el bláster y la vara de luz hacia él.

—¿Cómo les fue de pesca hoy? —preguntó.

Él tenía los ojos bien abiertos y la quijada casi le colgaba.

—¿Cómo entraste aquí? —quiso saber.

Arriba de ella, la trampilla se abrió.

—¿Lo atrapaste? —La voz de Cimy surgió de arriba.

—Algo así —le respondió Padmé.

—¿*Padmé*? —jadeó Cimy—. Pero si estabas afuera.

—Ya no —gruñó Huga—. LebJau hizo esto, ¿verdad? Él te dejo entrar. Que se escarche ese idiota, arruinará todo. —Movió el dedo en dirección de su salida secreta—. Vete. Ahora.

—Todavía no —exclamó Padmé—. Necesito su ayuda.

—No me importa —profirió Huga—. Debes irte antes de que los cabeza de metal te atrapen.

Padmé sintió un nudo en el estómago. ¿Así que los droides *sí* venían aquí?

—Todavía no —repitió. Tuvo entonces una súbita inspiración—. El tío Anakin está aquí —informó—. Pero se encuentra en la sección de droides…

—¿Está *aquí*? —la interrumpió Cimy—. ¿Ya? ¡Eso es estupendo!

—¿Tiene nuestro dinero? —agregó Huga.

—Por supuesto —exclamó Padmé. Anakin tendría consigo por lo menos un *poco* de dinero—. Tan solo necesito un par de cosas para entrar y salir de allí.

—Claro, pero no puedes hacer eso —aseguró Cimy mientras su entusiasmo se desvanecía—. Me refiero a entrar.

—Tiene razón —coincidió Huga mientras se quedaba viendo el bláster—. A menos que hayas planeado abrirte paso a disparos.

—Creo que podemos idear algo un poco más prometedor —le aseguró Padmé—. ¿Dónde está LebJau? Nos podría ayudar en esto.

—Se encuentra en las barracas —informó Huga, con una voz que de pronto pareció casual—. Pero podemos hacerlo sin él.

En otras palabras, ¿era mejor dividir la recompensa entre dos que entre tres?

—Bien —dijo ella—. Necesitaré tomar prestadas algunas ropas de una de las mujeres, estas no son exactamente locales —agregó señalando su atuendo—. Luego necesitaré hacerme de una de esas pulseras.

—No tenemos ninguna de sobra —indicó Cimy—. Y, una vez que se apagan, ya no vuelven a servir.

—¿De verdad? —comentó Padmé—. ¿Cómo lo sabes?

Hubo un momento de silencio incómodo.

—Uno de los trabajadores murió hace unas semanas —comentó Cimy, finalmente—. Pensamos que podríamos traer a alguien más y darle su trabajo. Pero no logramos que los extremos coincidieran bien.

—¿No bastó con que solo la pegaran?

—Tratamos —explicó Huga sombríamente—. El primer cabeza de metal que la revisó se dio cuenta de que era robada. O tal vez de que era de la persona equivocada. No sé cuál de las dos. Beppi trató de correr y le dispararon.

Padmé sintió un nudo en la garganta.

—Lo siento.

—Aún la tenemos —le ofreció Cimy—. Nos regresaron el cuerpo para enterrarlo y tomamos la pulsera. Pero es inútil.

—¿Creen que podamos seguir esta conversación escaleras arriba? —preguntó Huga mirando nerviosamente a su alrededor—. Se supone que no debemos estar aquí abajo.

—Por supuesto —concedió Padmé—. Pueden empezar por encontrarme algunas ropas nuevas. Después de eso, quiero ver esa pulsera inútil.

Anakin había dicho a Thrawn que esperarían dos horas antes de salir de sus celdas. Sin embargo, en realidad, prácticamente desde el momento en que Solha y su séquito se fueron, se había dedicado a planear cómo lo harían. Ahora, una vez transcurridas las dos horas, no estaba más cerca que al principio de encontrar una solución.

La puerta era maciza. Las espigas estaban bien empotradas y fuera de su vista, al otro lado de la puerta. Sin la posibilidad de verlas, no podía agarrarlas firmemente con la Fuerza para soltarlas. Las paredes de la celda parecían viejas, y por un momento esperó tener la opción de empezar con una de las rendijas de ventilación y romperla en pedazos, hasta abrir un agujero lo suficientemente grande como para escurrirse por él. Pero habían pulido el material alrededor de las aperturas y, una vez más, no pudo tener el agarre suficiente en las orillas. El catre era demasiado frágil para usarlo como palanca y demasiado ligero para convertirlo en un misil efectivo.

—Interesantes estructuras. —La voz de Thrawn surgió de la celda contigua y creó un eco extraño en las duras superficies—. Me pregunto qué solían almacenar aquí.

—No había pensado realmente en eso —expresó Anakin con sequedad y estiró una mano hacia la puerta para concentrarse. Si usaba la Fuerza para jalarla y luego la empujaba de inmediato…

No sirvió. Un truco como ese necesitaba cierta holgura para tener la posibilidad de crear inercia en una dirección antes de enviar la puerta abruptamente en la otra. Pero el ajuste aquí era casi perfecto, con no más de un milímetro de holgura. No era suficiente ni de cerca.

—Ya pasaron las dos horas.

—Sí, lo sé —respondió Anakin con un gruñido, mientras volvía a pasear la vista por la celda. Todavía nada.

—¿Has encontrado una salida?

—No —admitió Anakin con los dientes apretados—. Pero no te preocupes. Encontraré algo.

—Tal vez esto ayude.

Con el ceño fruncido, Anakin volteó hacia la otra celda y se quedó maravillado al ver cómo una cuerda gruesa, de dos metros de largo, se deslizaba por la ventila de aire y aterrizaba en el suelo.

—¿De dónde sacaste esto? —quiso saber mientras se acercaba y la recogía. Estaba hecha con delgadas tiras de ropa trenzadas entre sí y tenía un nudo corredizo en un extremo.

—La hice con las fibras de mi ropa —explicó Thrawn.

—Estupendo —exclamó Anakin. Había escuchado un sonido amortiguado de ropa rasgada en su prisión, pero las ropas que habían tomado del *Larkrer* les quedaban un poco ajustadas y supuso que Thrawn tan solo se estaba poniendo más cómodo.

—Como las espigas son cónicas, pensé que podrías enredarla en la parte de arriba y retirarlas.

—Vale la pena intentarlo. Aguarda.

Anakin llevó la cuerda a la puerta y cuidadosamente la pasó por la apertura de ventilación. Tenía el largo suficiente para sostenerse por un extremo mientras bajaba el otro hasta el pasador del lado izquierdo. No necesitaba ser tan largo, por supuesto: Thrawn había olvidado que podía manipular una cuerda más corta con la Fuerza; eso, o el

chiss solo quiso hacerlo a conciencia. Pasó el nudo corredizo alrededor de la espiga, jaló la cuerda con suavidad para apretarlo y tiró de ella con cuidado.

Nada. Jaló un poco más fuerte, con un poco más de músculo dedicado a la tarea, consciente de que una cuerda improvisada como esa no podía tensarse demasiado antes de romperse. Pero la espiga cónica estaba muy apretada.

—Tal vez si tratas de hacer que la puerta oscile un poco, puedas aflojarla —sugirió Thrawn.

Anakin sonrió. No, no necesitaba que oscilara, sino lubricarla.

—¿Tienes otra tira de ropa a la mano? —inquirió—. No es necesario que sea tan grande.

—¿Esta servirá?

Un cuadro rasgado de ropa, tal vez de cinco centímetros por lado, pasó por la ventila y cayó al piso.

—Perfecto —exclamó Anakin, mientras lo atrapaba en el aire con la Fuerza y lo enviaba a través de la ventila de su puerta.

Estiró una mano para concentrarse y lo dejó caer en el suelo, fuera de la prisión, sobre la primera gota de aceite que R2-D2 había dejado. Permitió que el trapo absorbiera la gota por completo, luego lo movió a la siguiente y así, hasta donde la vista se lo permitía en el corredor. Entonces lo atrajo de regreso, lo recargó contra la espiga, debajo del nudo corredizo. Movió la puerta una vez, volvió a jalar con suavidad la cuerda y, con ese tirón final, la espiga se soltó.

—Lo conseguí —informó a Thrawn mientras la espiga colgaba de la cuerda a la vista. Quitó el nudo corredizo y pasó la cuerda y el trapo con aceite a la del otro lado de la puerta. Treinta segundos después, estaba libre.

—Excelente —exclamó Thrawn.

—No lo hubiera hecho sin ti —reconoció Anakin empujando cuidadosamente la puerta para abrirla y mirando por el corredor.

El hecho de que nadie lo hubiera interrumpido durante su trabajo con la puerta sugería que Solha no había dejado droides de guardia dentro del lugar. Tenía razón: el corredor estaba vacío y habían cerrado la única puerta, en el extremo.

Aun así, dudaba que su captor hubiera sido tan descuidado como para dejarlos sin vigilancia. Eso significaba que habría droides fuera de la puerta, y no tenía manera de saber de qué tipo eran o cuántos había. Era hora de remediar eso.

—Prepárate —le pidió a Thrawn, mientras colocaba las palmas contra la puerta—. Va a producirse un poco de ruido aquí.

La primera mujer de la talla adecuada que encontraron ya estaba dormida. Huga no se preocupó por despertarla; simplemente la privó de la túnica, la faja y las botas sobrantes y

le entregó todo a Padmé. La siguiente parada fue más tétrica: un rincón sin usar donde estaban almacenadas las antiguas posesiones de los trabajadores difuntos.

—¿La gente muere con frecuencia aquí? —preguntó mientras se vestía. La túnica de la trabajadora era áspera y olía a sudor. Pero ella también.

—Uno cada tanto —comentó Huga secamente, mientras Cimy buscaba entre el montón de sobrantes—. Vamos, vamos.

—Era peor al principio —explicó Cimy mientras Padmé se anudaba la faja alrededor de la cintura—. Su líder, el Duque Solha, presionaba a todos…

—¿El Duque *Solha*? —lo interrumpió Padmé sintiendo que sus ojos se abrían mucho—. ¿Solha está aquí?

—¿Lo conoces? —quiso saber Huga, con la voz cargada repentinamente de suspicacia.

—Lo vi una vez —respondió Padmé recordando una de esas excursiones diplomáticas previas a la guerra, que llegó a parecerle que representaban la mayor carga de su trabajo como senadora—. Hace mucho tiempo.

—¿Tanto que no te reconocerá? —la presionó Huga—. Porque, si va a saber quién eres, nos hacemos a un lado desde ahora.

—Estaré bien —le aseguró Padmé—. Tan solo entremos allí, ¿te parece?

—Hey, *yo* no soy quien está retrasando las cosas —gruñó Huga—. Cimy, tienes diez segundos para encontrar eso o te juro…

—Aquí está, aquí está. —Cimy le regresó el gruñido—. Dame un segundo. En todo caso, el Duque Solha presionaba demasiado a todos. Especialmente para cargar y transportar, y en ocasiones era demasiado peso.

—Lo siento —murmuró Padmé.

—Es mejor ahora —comentó Huga—. Ah, por fin.

—Esta es —dijo Cimy, mientras se ponía de pie de nuevo y le ofrecía a Padmé la pulsera descartada—. Como dijo antes Huga, no podemos pegarla.

—No me sorprende —comentó Padmé luego de mirar la pulsera bajo la vara de luz. Era plastoide simple y delgado, amarillo brillante, con un par de alambres apenas visibles que corrían por las orillas—. Hay un bucle de inducción incrustado en el material. Si los extremos no se alinean correctamente, o si hay pegamento o algo que bloquee el circuito, no dará el eco correcto cuando se encienda.

—¿Podemos superponer los extremos y usar cinta o algo? —preguntó Cimy.

—La cinta común no se pegará bien a esto —respondió Padmé—. Y tendrían que asegurarse de que los extremos del circuito estén sólidamente unidos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —quiso saber Huga.

Padmé frunció los labios. Era riesgoso, pero por el momento era todo lo que se le ocurría.

—Hay algunos cabeza de metal patrullando esta ala, ¿verdad?

—Unos cuantos —confirmó Huga—. Sobre todo en las orillas, para evitar que salgamos.

—¿Patrullan solos o en parejas?

—Solos, casi todos —contestó Huga.

—Los que vigilan las puertas en el ala este lo hacen en parejas —añadió Cimy.

—Ella no preguntó sobre los guardias de las puertas, tonto —lo regañó Huga.

—No, también necesito saber de esos —afirmó Padmé—. Dijeron que trabajan en grupo. ¿Ustedes tienen un nombre o una designación numérica?

—¿Una desig… qué? —preguntó Cimy.

—Se refiere a un número para todos nosotros —explicó Huga—. Claro, somos la Brigada de Mantenimiento Herf Dos. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Matar dos pájaros de un tiro —respondió Padmé, mientras se enredaba la pulsera, sin apretarla, en la muñeca izquierda. Deslizó su bláster S-5 en uno de los bolsillos laterales de la túnica y metió el más compacto ELG-3A en la faja, en la parte baja de la espalda, donde quedaría fuera de la vista pero sería fácil sacarlo—. Vayamos a encontrar uno de los que patrullan solos.

Anakin empujó la puerta casi un metro, luego la soltó y saltó de nuevo al interior de la celda, permitiendo que se cerrara de un portazo.

El golpe fue más leve de lo que había esperado, pero debió ser lo suficientemente audible. Si no, tendría que intentarlo de nuevo.

—Si esperas que los guardias entren, ten en cuenta que es poco lo que puedo hacer mientras siga encerrado —le advirtió Thrawn.

—No hay problema —indicó Anakin—. Y todo lo que necesitas hacer es echarte hacia atrás y disfrutar el espectáculo.

El plan de Padmé daba por hecho que, con un jedi aparentemente suelto, el Duque Solha tendría patrullas por toda la fábrica, pero no era así. Cuando ella y sus dos acompañantes recorrieron todo el camino hasta el ala este, no vieron ni una sola. Por lo que se podía observar, lo más probable era que Solha se hubiera atrincherado en su fortaleza con la esperanza de que el jedi al final se cansara y se fuera.

Sin embargo, eso no significaba que dejara los accesos a esa fortaleza sin vigilancia. Dieron vuelta en una última esquina y encontraron a dos droides B1 que flanqueaban una puerta de aspecto macizo, con los blásters E-5 apuntados hacia delante.

—¡Alto! —gritó uno de ellos cuando aparecieron los tres seres humanos—. ¿A dónde van?

—¿Qué hacemos? —susurró Cimy a un lado de Padmé—. Dijiste que solo necesitábamos *un* cabeza de metal.

—No te preocupes, haremos que funcione —murmuró como respuesta. Irguió los hombros y se dirigió a los droides—. Brigada de Mantenimiento Herf Dos —gritó—. Tenemos órdenes de venir a limpiar algo en el primer piso.

Los droides se miraron entre sí.

—No nos alertaron —expuso el primer droide—. ¿Quién les dio esta orden?

—Uno de los otros —indicó Padmé mientras seguía caminando al frente—. No sé cuál de ustedes, todos son iguales.

—¿Dónde está tu pulsera? —quiso saber el segundo droide.

—Justo aquí —informó Padmé. Se detuvo enfrente de él y echó hacia atrás la manga de su túnica para mostrar la banda que se balanceaba en su muñeca.

—No es correcta —afirmó el droide. Levantó el bláster para apuntar al pecho de ella—. Vendrás conmigo para revisión.

—¿Y ellos? —preguntó Padmé señalando a Huga y Cimy con la mano derecha—. Tenemos que hacer un trabajo, ¿recuerdan?

—Esperarán aquí —ordenó el primer droide apuntando su bláster de un lado a otro entre ellos para dar énfasis—. Llamaré a un supervisor.

—Está bien, pero dijeron que nos diéramos prisa —comentó Padmé.

Se echó a caminar de nuevo mirando a ambos droides de soslayo. El primero apuntaba el E-5 a los dos hombres mientras abría la cerradura de la puerta. El segundo volteó hacia Padmé, con su bláster aún en movimiento, con la intención evidente dejarla avanzar y seguirla. Ella dio un paso para ubicarse directamente entre los droides y se detuvo abruptamente. Por un instante, el bláster del segundo droide, que seguía su movimiento, la perdió de la mira.

Fue entonces cuando ella empujó el bláster con el antebrazo izquierdo para que siguiera apuntando lejos, sacó el ELG de su faja, metió el cañón bajo la larga quijada del droide hasta la intersección de la cabeza y el cuello y disparó.

El droide quedó inutilizado, con el procesador vaporizado. Padmé no esperó a verlo caer, sino que se dio vuelta para enfrentar al otro droide, que trataba de apuntar su propio bláster, pero el arma se encontraba muy lejos del blanco. Antes de que pudiera darle media vuelta siquiera, ella hizo el segundo tiro mortal.

En el silencio, el doble ruido metálico del colapso de ambos B1 sonó como un estallido que cubrió a medias la sorprendida maldición de Huga.

—¿Están muertos? —interrogó Cimy, atemorizado—. No sabía que podías hacer eso.

—Necesitas un bláster con suficiente impacto —le explicó Padmé agachándose junto al segundo droide. Su disparo había quemado directamente la parte superior de la cabeza y dejó un agujero humeante de borde rojo—. Ven aquí y échame una mano.

—¿Qué necesitas? —quiso saber Cimy mientras ponía cautelosamente una rodilla en tierra junto a ella.

—Sostén el otro extremo —le indicó tomando una orilla de su pulsera y señalando la otra—. Apriétalo un par de centímetros atrás. Ahora detenlo con firmeza.

Cuidadosamente, Padmé puso en contacto su extremo con el de Cimy, asegurándose de que los delgados alambres del bucle de inducción quedaran alineados. Luego, mientras sostenían los extremos juntos, colocó el plastoide sobre la orilla incandescente del agujero de bláster.

—Que me *krinken* —murmuró Huga mirando por encima del hombro de Padmé—. ¿Eso va a funcionar?

—Estamos a punto de descubrirlo —comentó ella olisqueando el aire. Había un leve olor a plastoide quemado—. Vamos a soltarla… Adelante, hazlo, Cimy.

Así lo hizo, y Padmé levantó su muñeca para echar un vistazo más de cerca.

—Se ve bien. Adentro descubriremos si lo hice correctamente.

—Guau —exclamó Huga—. ¿Qué quieres decir con *descubriremos*? Cimy y yo no vamos a entrar allí.

—Pensé que iban a ayudarme a sacar a Anakin —comentó Padmé poniéndose de pie.

—Estábamos ayudándote a entrar —explicó Huga—. No vamos a meternos sin órdenes. —Le dio un puntapié a uno de los droides—. Menos después de esto.

Padmé se quedó mirando a Cimy.

—¿Cimy?

—Lo siento —explicó—. Estoy con Huga en esto.

—Comprendo —aceptó Padmé sintiendo una punzada de culpa. Estas eran tan solo personas normales que trataban de sobrellevar sus vidas y sobrevivir bajo el yugo de los separatistas. Ahora, gracias a ella, estaban arriesgando seriamente sus vidas y las de sus amigos—. ¿Dónde están exactamente estos contenedores?

—¿Las celdas? —Cimy señaló la puerta—. Adentro, das vuelta a la izquierda y la puerta exterior está en una pared simple de permacreto, unos quince metros adelante y a tu derecha.

—Gracias —dijo Padmé—. Un favor más. ¿Podrían encontrar a LebJau y contarle a dónde he ido?

Huga resopló.

—¿Por qué? ¿Porque todavía cree que hay una recompensa?

—¿A qué te refieres? —preguntó Padmé—. Lo prometí.

—Eso fue cuando necesitabas que tu tío supiera dónde encontrarte —afirmó Huga—. Pero él está aquí *ahora*, antes siquiera de recibir tus mensajes, por lo que supongo que te encontró por su cuenta. Así que dime que puede ver el futuro y sabía que debía traer dinero con él. Vamos, dímelo.

Padmé suspiró. Habían puesto sus vidas en peligro *y* ahora estaban convencidos de que no obtendrían nada a cambio.

—Tan solo díganle a LebJau —les pidió—. Y no se preocupen: les *conseguiré* su dinero.

La puerta que los B1 estaban resguardando se había vuelto a cerrar en algún momento del último par de minutos. Pero, como LebJau había sugerido, su pulsera recién restaurada abrió el cerrojo cuando se acercó, de modo que bastaba con empujarla para

colarse al interior. Metió el ELG de nuevo en la parte trasera de la faja y sacó el S-5 más poderoso, abrió la puerta y entró.

Se oyó un golpe seco a lo lejos, se sintió un soplo a través de las rendijas de ventilación en la puerta de Anakin y un suave golpe metálico de pies de droides que corrían: los guardias habían llegado.

—¡De prisa! —exclamó Anakin al volumen suficiente para que los droides lo escucharan, pero tan bajo que los llevara a pensar que hablaba con Thrawn o alguien más—. ¡Ya vienen!

Se preparó… y entonces allí estaban: dos B1, con sus E-5 levantados. Avanzaban corriendo para ver qué había producido el ruido que escucharon afuera. Llegaron a las puertas de la celda y se detuvieron. Movieron las cabezas de un lado a otro, confundidos, y mientras permanecían allí Anakin se extendió en la Fuerza y lanzó hacia atrás por el estrecho corredor al primer droide, que terminó golpeándose fuertemente contra la pared de permacreto detrás de él. El segundo droide apenas logró levantar el bláster y apuntar antes de que Anakin lo convirtiera en otro montón de metal enredado junto al primero.

—Impresionante —reconoció Thrawn.

—Gracias —dijo Anakin empujando la puerta para abrirla y saliendo al corredor.

Uno de los E-5 había quedado dañado cuando el droide que lo sostenía golpeó la pared; levantó el otro y lo apuntó a la puerta del bloque de celdas. Si se había escuchado la conmoción, tendrían compañía en cualquier momento. Pero el corredor estaba vacío, y la puerta en el extremo aparentemente se había cerrado sola detrás de los droides. Sabía que eso no duraría, pero por lo menos debían tener un poco de espacio para respirar.

—Parece despejado —comentó y siguió atento a la puerta mientras se adelantaba a la celda de Thrawn y jalaba las espigas.

—Gracias —dijo Thrawn—. Las historias que contamos de los jedi no les hacen justicia plena.

—Trataremos de enviarte de regreso con material nuevo —comentó Anakin cuando el chiss empujó la puerta y se deslizó fuera de su celda—. Está bien. La primera tarea consiste en tener de regreso mi sable de luz. Después, echaremos un vistazo alrededor y descubriremos lo que Solha y sus amigos están haciendo.

—¿Tienes un plan para recuperar el arma? —preguntó Thrawn mientras se dirigían a la puerta.

—En realidad no —reconoció Anakin—. Probablemente dependerá de lo fácil que sea subir al techo. Lo dejé justo al lado de uno de los reflectores, así que no debió verlo ninguno de los droides buitres.

—Esperemos que no haya patrullajes a pie por los techos.

—No vi a nadie allá arriba cuando llegamos.

—Entonces no hay ningún jedi suelto.

—Acertaste —concedió Anakin—. Lo resolveremos.

Empujó la puerta para abrirla. Lo primero que vio fue un bláster apuntado a él a un metro de distancia, lo segundo fue que, arriba del bláster…

—¡Ani! —exclamó Padmé, con los ojos muy abiertos y los labios separados en una sonrisa de alivio—. ¿Estás bien?

—Muy bien —le aseguró Anakin apartando su bláster de ella. Concentrado en el problema de su sable de luz, había pasado completamente por alto la cercanía de Padmé—. ¿*Tú* estás bien?

—Bastante —confirmó y comenzó a avanzar con los brazos abiertos para un abr…

—Te presento a Thrawn —dijo Anakin retorciéndose una mano como advertencia—. Está aquí para ayudarme a encontrarte. Ah, y habla meese caulf.

—Ah —susurró Padmé dejando caer los brazos rápidamente y mirando más allá del hombro de Anakin—. Gracias —agregó en meese caulf.

—Fue un placer —contestó Thrawn con seriedad—. Obviamente, usted es la Embajadora Padmé. ¿Es un arpeo lo que hay en su arma?

Padmé bajó la vista hacia su bláster, y un parpadeo de sorpresa cruzó por su rostro. Por supuesto, no estaba familiarizada con las habilidades de observación de Thrawn.

—Sí —respondió ella—. Es una combinación de bláster y un instrumento para ascender integrado por varios garfios en la punta que le permiten engancharse a cualquier saliente.

—Entonces el plan es obvio —indicó Thrawn—. *Usted* y yo viajaremos al techo para recuperar el sable de luz del General Skywalker. Él permanecerá aquí y alejará de nosotros la atención del enemigo.

—Espera un minuto —protestó Anakin con el ceño fruncido—. ¿*Tú* y Padmé? ¿No tendría más sentido que *yo* subiera y lo recuperara?

—No podemos crear una distracción tan amplia como tú —señaló Thrawn.

Abruptamente, en algún lugar a la distancia, empezó a sonar una alarma.

—Bueno, *eso* va a despertarlos —comentó Anakin.

En realidad no le agradaba la idea de dejar que Padmé fuera sola con el chiss, pero tenía razón. Como la Fuerza le permitía lanzar objetos y hasta disparar blásters a la distancia, podía lograr que los separatistas pensaran que enfrentaban a todo un ejército. Ni siquiera Padmé y Thrawn juntos podrían hacer eso. Y no era que Padmé no pudiera cuidarse sola.

—Muy bien —gruñó—. Si Padmé lo acepta.

—No hay problema —confirmó ella mientras veía detenidamente a Thrawn—. Me han dicho que hay una enorme línea de ensamble que ocupa el primer y el segundo pisos, debajo del vestíbulo. La escalera está justo detrás de mí.

—Yo la revisaré —se ofreció Anakin, la tomó del brazo y la hizo girar para alejarla de la entrada—. Subiremos juntos y luego podrán dirigirse al techo.

—Será mejor para nosotros que salgamos por el agujero en el piso de servicio del ala sur —sugirió Padmé—. Hay un par de trampillas que llevan debajo de esa ala y que los

locales usan para entrar y salir sin que los noten. No creo que los droides sepan de ese agujero, y podemos subir por el exterior del edificio y recuperar tu sable de luz. Está en el techo del ala este, ¿verdad?

—Sí, junto a uno de los reflectores —explicó Anakin. Era todo lo que podía hacer para no tomarla en brazos… pero Thrawn estaba ahí, y el chiss ya sospechaba de su relación. Aunque ¿por qué debería preocuparse siquiera de que él supiera? No era muy probable que Thrawn pudiera ir a Coruscant y contarle a alguien.

—Te lo traeremos —prometió Padmé—. ¿Segundo piso de la línea de ensamble?

Anakin asintió. Confiaba en que Padmé captara rápidamente todos los detalles y su importancia táctica. El segundo piso de una operación de dos pisos le daría la mejor vista general, y lanzar un ataque en la línea de ensamble era su mejor garantía para evitar que el Duque Solha buscara en algún otro lugar de su pequeño reino.

—Haré una maniobra *marg sabl* de un solo hombre.

—Suena bien —convino Padmé—. Ten cuidado. —Se retorció la mano, como si ella también estuviera combatiendo la necesidad de un rápido abrazo. Luego se dio vuelta y se alejó de prisa.

Anakin tomó a Thrawn por el brazo cuando se disponía a seguirla.

—Protégela —le pidió en voz baja mientras le entregaba el E-5 del droide.

—Lo haré —prometió el chiss, y luego se fueron.

Pese a la alarma, que seguía repicando, Anakin escuchó un sonido de voces y pasos que se apresuraban. Respiró a fondo, se forzó a poner la vida y la seguridad de Padmé en manos de la Fuerza y se preparó para el combate.

CAPÍTULO 15

Padmé y Thrawn habían pasado junto a los dos droides caídos e iban a medio camino de la trampilla a la que pretendían llegar cuando de pronto LebJau dio vuelta en la esquina, frente a ellos.

—¡Cuidado! —gritó el hombre grande y saltó hacia ella.

—No te preocupes —intervino Padmé rápidamente, mientras extendía su palma derecha hacia fuera y levantaba el bláster, con el cañón arriba, enfrente de Thrawn. Lo último que quería era una batalla entre dos aliados, en especial si ella estaba en medio—. Es un amigo.

—No me parece un amigo —retumbó la voz de LebJau—. Ni un tío.

—Es un amigo del tío Anakin —explicó Padmé—. Escucha, tengo un trabajo para ti. Este lugar está a punto de volverse peligroso. Necesito que despiertes a todos y los saques de aquí.

—¿Qué? —exclamó LebJau—. ¿De qué estás hablando? —Entrecerró los ojos—. ¿Qué planeas?

—Lo siento, pero me temo que debemos acabar con esta fábrica —explicó Padmé—. Necesito que lleves a todos al río…

—No —la interrumpió LebJau cerrando los puños—. Se trata de *nuestra* fábrica, *nuestros* trabajos, *nuestro* mundo. No puedes simplemente venir aquí y… ¡Escarcha!, Padmé, esto no es justo. No es correcto.

—Permíteme explicarte tus opciones —intervino Thrawn—. Tu fábrica va a ser destruida. Esto no es negociable.

—¿Quién te crees tú…?

—Tus únicas opciones son —continuó Thrawn—: contemplar esa destrucción desde la distancia o desde el interior.

Un escalofrío recorrió la espalda de Padmé. La voz de Thrawn había sonado medida, sin emoción ni énfasis. Pero tenía una convicción y un ímpetu absolutos, que rara vez había oído aun en los discursos más llenos de pasión en el Senado.

LebJau también escuchó esa convicción. Pasó saliva con dificultad, miró furtivamente a Padmé y luego asintió con renuencia.

—Muy bien —aceptó con voz un poco temblorosa—. Yo solo… ¿Cuánto tiempo tengo?

—Te daremos tanto tiempo como podamos —respondió Thrawn—. Pero comprende que ese tiempo no depende demasiado de nosotros.

—Solo vete —agregó Padmé—. Por favor.

Los labios de LebJau se comprimieron brevemente. Luego asintió de nuevo y se alejó de prisa.

—¿Dónde está la trampilla de la que habló? —inquirió Thrawn. Padmé percibió, con otro escalofrío, que su tono no había cambiado.

—Por aquí —indicó ella mientras seguía adelante—. ¿Realmente planean destruir toda la fábrica?

—Esa es una decisión suya y del General Skywalker —comentó Thrawn—. Esta es su guerra, son sus enemigos. Sin embargo, los trabajadores necesitan estar preparados para lo peor.

—Supongo —aceptó Padmé. Bajo esa luz, no sonaba tan cruel, pero la voz y el tono aún la molestaban—. Por aquí —señaló, y se paró junto a la trampilla.

—¿Por aquí subió? —preguntó Thrawn agachándose para mirar de cerca la tapa.

—No, subí por la del otro extremo de esta ala —aclaró Padmé—. Pero esta se encuentra más cerca. En caso de que podemos abrirla.

—Vamos a descubrirlo.

Thrawn dejó el E-5 en el suelo, apretó la tapa y jaló hacia arriba. Para alivio de Padmé, se abrió sin problema o siquiera un chirrido notable.

—Esta ha sido usada recientemente —afirmó él mientras recuperaba el bláster y miraba abajo por la abertura—. ¿Tiene una luz?

—Justo aquí —contestó Padmé sacando la vara de luz y ofreciéndosela.

Él no se movió para tomarla.

—Usted conoce la ruta —dijo—. Vaya delante.

—Bien —aceptó Padmé, e hizo una mueca mientras se aferraba a la escalera y empezaba a bajar. Una vez más, era razonable, pero tener a un desconocido armado a su espalda no aliviaba exactamente su sentido de vulnerabilidad. Aun así, Anakin respondía por él. Eso contaba mucho.

Una vez más, el piso de servicio parecía desierto. Con Thrawn detrás de ella, Padmé se dirigió a la salida secreta de LebJau. Se sentía un poco extraña por la falta de oposición. Antes había especulado que el Duque Solha se podría haber atrincherado en la línea de ensamble principal. Si eso era cierto, tal vez acababa de enviar a Anakin al centro mortal de un ejército de droides. Solo y sin su sable de luz siquiera.

—¿Qué es una «maniobra *marg sabl*»?

Padmé parpadeó para alejar sus miedos súbitos.

—¿Qué?

—El General Skywalker dijo que haría una maniobra *marg sabl* de un solo hombre —le recordó Thrawn—. ¿A qué se refería?

—Ah —exclamó Padmé tratando de recordar los detalles. Había pasado mucho tiempo desde que Anakin le contó de una maniobra inspirada en Ahsoka—. Es una táctica de batalla inventada por su antigua aprendiz padawan. Una nave de guerra aleja del atacante la bahía de su hangar y lanza sus cazas sin que los vean. Permanecen bajo la sombra visual de la nave mientras se forman y aceleran a la velocidad de ataque. Luego rodean su nave por todos lados y atacan al enemigo desde todas las direcciones a la vez.

—Interesante —murmuró Thrawn—. Ya veo cómo puede ser útil contra ciertas especies. En particular, las que tienen dificultades para concentrarse en más de una dirección.

—Funcionaba muy bien contra los cazas droides que Ahsoka enfrentaba en esa época —explicó Padmé—. Anakin me dijo que una *marg sabl* es una especie de flor togrutana que abre sus pétalos cada mañana de una manera que hace recordar al sol cuando sale repentinamente de una nube, a lo que llaman una explosión solar.

—Ya veo —comentó Thrawn—. Así que la maniobra *marg sabl* de un solo hombre a la que se refería incluirá su aparición con golpes desde todas las direcciones.

—Probablemente —concedió Padmé sintiendo una nueva punzada de preocupación. En este momento, cualquier cosa de un solo hombre sonaba arriesgada—. ¿Notó cómo era el techo cuando llegaron volando? Me pregunto si hay algún parapeto en que se pueda enganchar un arpeo.

—No, no lo hay —contestó Thrawn—. La superficie es ligeramente cóncava, por el desnivel hacia un tubo de drenaje que está en el centro. Hay un pequeño borde en la orilla, pero no lo bastante grande para fijar apropiadamente un garfio. Necesitaremos un plan alterno.

—No se preocupe —dijo Padmé—. Tengo uno.

Anakin había esperado que el Duque Solha mantuviera juntos a Thrawn, R2-D2 y a él para el interrogatorio apresurado que suponía que seguiría al espectáculo de sable de luz en el patio. Sin embargo, apartar a R2-D2 de los demás siempre había sido una posibilidad, razón por la que Anakin había planeado, en primer lugar, lo del goteo de aceite.

Siguió el rastro que salía de la puerta y seguía por el corredor más ancho que se dirigía al norte, a lo largo del lado oeste del ala este. Hasta donde desparecía, tras una puerta cerrada y blindada en una sólida pared de permacreto.

Anakin frunció el ceño mientras estudiaba la puerta. Todas las demás por las que él y Thrawn habían pasado desde que dejaron el patio eran puertas batientes, con bisagras y pestillos, probablemente el equipo original de la fábrica, al que no habían agregado ningún sistema de seguridad especial. Al parecer, a Solha no le preocupaba que los locales a los que había mencionado Padmé pudieran entrar o salir de esas áreas.

Sin embargo, la cámara principal de ensamble era un tema distinto. Por un momento, Anakin consideró regresar a la escalera que Padmé había señalado y ver si era más fácil burlar la seguridad allí. Pero, a menos que Solha fuera increíblemente estúpido, la puerta tendría una protección tan buena como esta.

Aun así, era probable que ocasionalmente necesitaran traer trabajadores y, por supuesto, los droides guardias también deberían entrar y salir. En un lugar remoto como

este, trabajando entre seres primitivos que tal vez nunca habían escuchado siquiera de los separatistas, tal vez cierta falta de seguridad quedaba compensada con las ventajas.

Desde hacía mucho tiempo, Anakin había aprendido que los droides de batalla eran más pesados de lo que la gente pensaba. En ocasiones, eso resultaba útil, como cuando él o sus soldados clones necesitaban retener a un prisionero para recogerlo más adelante y no contaban con esposas. Un par de B1 caídos, acomodados alrededor de los brazos y las piernas de los cautivos, solía cumplir esa función.

Por supuesto, nada de ese peso le importaba a un jedi. Con el uso de la Fuerza, Anakin hizo que uno de los droides a los que había derribado en el bloque de celdas flotara por las escaleras hasta el segundo piso. Tuvo que cruzar mentalmente los dedos para maniobrar con el torso del droide de modo que pasara por la puerta.

Estaba todavía a un metro de distancia cuando escuchó el leve crujido de una cerradura que se abría. Sonrió ampliamente al empujar la puerta y hacer que el droide pasara flotando por ella. No iba a cometer el mismo error que Solha de renunciar a un poco de seguridad a cambio de las ventajas. Cerró la puerta detrás de sí y acomodó al droide contra ella de este lado. Su transpondedor debería estar lo suficientemente cerca para mantener la puerta sin seguro cuando Padmé y Thrawn regresaran, pero al abrir la puerta, empujarían al droide y causarían ruido suficiente para alertarlo.

La puerta daba a un corto vestíbulo que terminaba en una sección de andamio. Se mantuvo agachado, mientras su mano se estiraba con voluntad propia hacia el sable de luz, que no estaba allí; luego avanzó a la orilla del andamio y miró hacia abajo.

Con los años, él y la 501a habían atacado gran cantidad de fábricas de ensamble de droides, y casi todas seguían alguno de unos cuantos patrones estándar. Esta no. La línea de ensamble estaba creando una versión de superdroides de batalla B2: eso era evidente por los moldes y el tamaño de los trasportadores, sin mencionar a los ocho B2 terminados que permanecían rígidamente contra una pared lejana. Pero, a diferencia de otras fábricas de droides, las secciones de armadura no venían de forjas de inyección al rojo vivo; en cambio, estaban dispuestas a lo largo de un par de cinturones separados que solo contenían, a la vista, moldes de plastoide a baja temperatura. Entre los cinturones había contenedores con metales, bolitas de plastoide y algo de aspecto vagamente fibroso. Tal vez el material que él y Thrawn habían visto en el patio, aunque aún no tenía idea de qué podía ser. El proceso de ensamble también estaba muy fuera de la norma, y consistía en lo que parecía un proceso adhesivo o catalítico para unir las piezas en lugar de los usuales sopletes de soldadura. Un conjunto de pilares de soporte recorría el centro del salón, tal vez a diez metros de distancia entre sí, y se preguntó brevemente si habría sorpresas poco placenteras acechando detrás de cualquiera de ellos.

Los únicos ocupantes eran tres hombres y dos mujeres que trabajaban fervorosamente ante una larga mesa de control cerca del centro. Un droide B2 permanecía inmóvil junto a ellos; un grueso cable iba de la consola al puerto de acceso de programación, bajo el brazo izquierdo del droide. Tres B2 más permanecían cerca y en guardia, aunque no quedaba claro si estaban protegiendo a los técnicos o impidiendo que se fueran.

R2-D2 se encontraba en el lado opuesto de la mesa y, por un instante, Anakin se preguntó si los técnicos también le estarían haciendo algo. Una mirada más atenta le permitió ver que el pequeño astromecánico no estaba conectado al resto del sistema por cable alguno. Al parecer, los técnicos trataban de cargar la programación apropiada en el cerebro de los B2, y R2-D2 simplemente estaba estacionado allí, fuera del camino de todos.

Anakin frunció el ceño. La programación solía ser parte del proceso completo de ensamblado de droides, y los nuevos droides salían de la línea de ensamble con funciones completas y listos para pelear. Este lote, al parecer, había sido creado en blanco, y la programación se les agregaría más tarde.

Quizá se trataba de una decisión de la que Solha se estaba arrepintiendo. Todos los B1 que Anakin había visto en el patio (menos los que había destrozado) se encontraban aquí, junto con siete pesados B2, aparte de los tres que estaban en la mesa de control. Solha se estaba protegiendo, y el hecho de que tuviera a sus técnicos activando a sus nuevos droides en blanco evidenciaba que no se sentía particularmente seguro.

Por otra parte, si el duque se estaba asustando, ¿por qué no se encontraba aquí, donde los droides podrían protegerlo? Para el caso, cuanto más estudiaba a los B2, más le parecía que los que no estaban en la mesa se había desplegado para defender primordialmente los contenedores de material fibroso que se hallaban al lado de los moldes de placas de armadura.

Thrawn había señalado el transporte minero en el patio, sugieriendo que este y su carga eran importantes. Pero entonces Anakin había estado demasiado preocupado con la coreografía de su truco del jedi que desaparecía como para prestar demasiada atención.

Al otro lado del salón, se abrió la puerta blindada del fondo… Anakin se quedó boquiabierto. Acababa de entrar en la fábrica, como si fuera el dueño del lugar, con un bláster apretado en una mano y un par de B2 detrás, un trooper clon.

La primera y disparatada explicación que se dio Anakin fue que estaba imaginando cosas; la segunda, que era una coincidencia loca y que de alguna manera este mundo lejano había logrado crear una armadura que imitaba la de los soldados de la República.

Ninguna era correcta. La persona que caminaba por allí vestía una genuina armadura de trooper clon. No solo eso, sino que por las marcas parecía de la 212, la unidad de Obi-Wan Kenobi.

Así que eso lo hacía… ¿qué? ¿Un clon leal que de alguna manera había terminado mezclado en todo esto, aunque era inocente? ¿O un clon desleal que trabajaba deliberadamente para Solha y los separatistas? ¿O era un señuelo y se encontraba aquí para crear justo la confusión y la incertidumbre que Anakin estaba sintiendo en este momento?

El trooper se acercó a la mesa de programación. Colocó el bláster de regreso en su funda y se quitó el casco. No se trataba de un clon de unidad alguna. Era el Duque Solha.

Anakin dejó escapar un suspiro silencioso. Al menos, eso aclaraba por qué Solha no estaba ahí. Al parecer, había permanecido fuera, buscando protección adicional.

¿De dónde había sacado una armadura de clon? Era una pregunta completamente distinta, pero ahora mismo Anakin no tenía tiempo para investigar por qué el duque tenía esos recursos a la mano. Mientras Solha dejaba su casco en la orilla del escritorio, la puerta se abrió de nuevo y entraron dos figuras más con armaduras de clon. Este par conducía a un grupo de B1 que cargaban contenedores con más material fibroso, mientras que otro par de B2 cubría la retaguardia.

Mientras la puerta se cerraba tras ellos, los dos soldados se quitaron los cascos: eran el otro hombre y la mujer que estaban en el patio. Los B1, por su parte, se dirigieron al transportador de armaduras y los demás contenedores, seguidos por los B2 para reforzar la guardia de droides que ya estaban allí. Solha dejó la mesa y cruzó el lugar para acercarse a los otros serennianos, a quienes encontró a medio camino, y los tres se detuvieron para entablar una callada pero evidentemente intensa conversación.

Anakin frunció los labios. Todo esto empezaba a ponerse más complicado de lo que esperaba. Aun así, aguardaría para descubrirlo hasta que Padmé regresara sana y salva a su lado.

La mejor manera de asegurar ese regreso era mantener a Solha y a sus droides ocupados aquí. Así que se extendió en la Fuerza y se concentró en uno de los B1 que estaba cerca de la puerta. Un empujoncito a la mira de su bláster, una pequeña contracción en el gatillo…

La explosión hizo eco en el techo alto, mientras el rayo golpeaba a uno de los B2 que mantenían una guardia estoica junto a los contenedores. Fue un golpe brusco, y los B2 apenas se encogieron al recibir el impacto. Pero mientras el B1 gritaba confundido, los reflejos programados de los superdroides de batalla se activaron, voltearon y elevaron el brazo derecho, rastreando la fuente del ataque con sus blásters duales de muñeca. Por fortuna para el B1, Solha fue más rápido.

—¡Alto! —gritó, interrumpiendo su conversación y sacando su propio bláster.

Por un instante, Anakin pensó en quitárselo, luego decidió que sería mejor mantener el mayor tiempo posible la confusión acerca de lo que estaba ocurriendo en realidad. Por desgracia, Solha también fue rápido en adivinarlo.

—¡Es el jedi! —gritó, mientras se movía lentamente en círculo y pasaba la mirada de un lado a otro—. Está aquí, en algún lugar, haciendo que se disparen entre sí. Dispérsense y encuéntrenlo.

Anakin supo entonces que en ese momento las cosas se pondrían divertidas.

Lo primero en la lista era crear un poco de desorden. Se estiró hacia los interruptores que estaban junto a la puerta más distante y apagó las luces.

Cuatro de las diez lunas de Mokivj estaban en lo alto del cielo nocturno cuando Padmé pasó por la salida oculta. Eran lunas pequeñas, más que cualquiera de las tres de Naboo. Pero aun a través de la atenuación del escudo de energía, la luz que reflejaban era

suficiente para brindar una vista clara de la pared exterior del ala sur, que se levantaba ante ellos.

—¿Cuál es su plan? —quiso saber Thrawn, que salía detrás de ella.

—Las ventanas del ala oeste estaban cubiertas con una malla de metal protectora —le explicó, colgándose la mochila de un hombro y sacando su monocular—. Igual que estas —confirmó al tiempo que observaba por el dispositivo—. La malla está lo suficientemente abierta como para que se enganche allí el arpeo, y debe ser lo bastante fuerte como para sostener el peso de los dos. Disparamos el arpeo, se engancha y luego el motor en la empuñadura nos eleva.

—¿Cuántos arpeos tiene?

—Tres, pero no necesitamos más que uno —indicó Padmé apartando el monocular—. El cilindro de la mira telescópica gira noventa grados y se bloquea, y está reforzado para funcionar como un segundo asidero. Usted cuelga de ese, yo del principal, y subimos juntos.

—Una vez que subamos por la cuerda, ¿cómo se propone llegar al techo?

Padmé miró de nuevo la pared. En realidad, era una buena pregunta. La parte de arriba de la ventana superior estaba a un metro del techo y no veía ningún lugar donde pudieran apoyar los pies.

—Supongo que uno de nosotros tendrá que pararse en los hombros del otro para llegar al techo.

—Una maniobra difícil —advirtió Thrawn—. Dudo que pueda soportar mi peso, y los músculos de mi propio pecho y hombro están de alguna manera comprometidos.

—¿Por…?

—Fuego de armas enemigas —explicó Thrawn—. Sugiero que, en cambio, enganche un arpeo en cada una de las dos ventanas adyacentes. Si su arma de ascenso es lo suficientemente robusta, los cables formarán una «V» que uno de nosotros podría usar como apoyo para los pies mientras se estira hacia el techo.

Padmé midió las distancias con la vista.

—Sí, eso debería funcionar —estuvo de acuerdo. Su mochila seguía colgando de una sola correa. Empezó a acomodarla en la posición adecuada en la espalda…

—Yo la llevaré —afirmó Thrawn mientras la retiraba hábilmente del hombro de ella.

—Se queda conmigo —replicó Padmé tratando de recuperarla. Pero él siguió manteniéndola fuera de su alcance mientras se la acomodaba—. *Thrawn…*

—Necesito estas —explicó él, pasando entre las correas el bláster E-5 que Anakin le había dado. Padmé se dio cuenta de que hizo una pequeña mueca cuando el arma se deslizó por su pecho—. Sus armas son más pequeñas y puede asegurarlas sin usar las manos. La mía no.

Lo fulminó con la mirada, pero, una vez más, el argumento tenía sentido.

—Bien —aceptó—. Pero me la regresará en cuanto lleguemos arriba.

—Estoy de acuerdo. —Señaló la pared—. Cuando quiera, embajadora.

Padmé nunca había tratado de usar dos cuerdas y arpeos diferentes desde el arma de ascenso al mismo tiempo, pero recordaba que el manual decía que era posible, y la operación terminó sin contratiempos. La siguiente parte, trepar ese último metro hasta el techo, fue un poco más difícil, aunque parecía que Thrawn había hecho algo así antes. Mientras Padmé colgaba del arma, él uso las cuerdas para trepar hasta su punto de intersección, equilibrado sobre la boca del cañón del S-5; luego siguió colgando de una cuerda mientras subía la mano por la pared hasta alcanzar un punto de apoyo en el estrecho borde del techo. Una vez que subió allí, puso el E-5 y la mochila a un lado y se recostó en la orilla del techo, para jalar una de las cuerdas hasta que el arma quedó a su alcance. Después de eso, tan solo se trató de asir a Padmé por la muñeca, darle un firme tirón hacia arriba hasta que ella logró poner la otra mano encima; luego recuperó el S-5 y los arpeos. Un momento más tarde, mientras Thrawn iba por delante con su E-5, y Padmé lo seguía con la mochila y el S-5 una vez más en modo de bláster, avanzaron por el techo iluminado por la luz de la luna.

Padmé había imaginado que esta sería la parte más peligrosa del viaje. Aunque el Duque Solha no hubiera enviado a ninguno de sus B1 aquí arriba, los droides buitre seguramente vigilarían de cerca la fábrica. Pero ella y Thrawn alcanzaron la orilla este del ala sur y siguieron hacia el techo del ala este sin ver a un solo buitre y mucho menos enfrentar que alguno los desafiara. A Thrawn también debió parecerle extraño. Seis pasos por delante de ella, iba murmurando algo en un idioma desconocido, como si tratara de descifrar el acertijo en voz alta.

Llegaron a la fila de reflectores. Padmé levantó la vista e hizo un rápido barrido visual del cielo. Tarde o temprano, por lo menos uno de los buitres debía aparecer.

—Espere un minuto —exclamó Padmé, con el ceño fruncido porque algo le llamó la atención. A la distancia, por el este, una esfera pequeña y de un blanco brillante caía lentamente del cielo—. Thrawn: por allá.

Señaló mientras volvía a mirar alrededor. Con evidente tensión, recorrió el horizonte con la mirada. A varios kilómetros de distancia a la redonda, estaban cayendo más esferas levemente brillantes. Tres… cinco… diez… *doce*.

—¡Thrawn! —volvió a gritar.

Entonces, sin quitar la vista de ellas, dos de las esferas que estaban directamente en su línea de visión explotaron de repente lanzando llamas de luz verde. Se encendieron brevemente y desaparecieron. No sin iluminar antes, con un resplandor mortecino, unas formas oscuras que pasaban disparando junto a ellas. Los droides buitre habían finalmente entrado en el juego.

—No se preocupe —gritó Thrawn mientras los buitres distantes daban vuelta y disparaban a otra de las esferas.

Padmé miró atrás. Él estaba agachado junto a uno de los reflectores, con el sable de luz de Anakin en la mano.

—Vamos —gritó haciéndole una señal para que se reuniera con él.

Para el momento en que Padmé llegó a su lado, dos esferas más habían sido destruidas.

—¿Qué son? —preguntó ella.

—Señuelos —explicó—. Deme el arma de ascenso.

—¿Señuelos para qué? —quiso saber, e hizo una mueca cuando tres esferas más fueron atrapadas por el fuego de los buitres. Aun así, había por lo menos quince más a la deriva por el cielo.

—Mi nave —informó mientras tomaba el arma de ascenso de sus manos—. ¿La ve?

Padmé exploró el horizonte y prestó particular atención a las zonas oscuras, donde no caía ninguna de las esferas. La doctrina militar convencional era poner señuelos donde se quería que el enemigo buscara. Pero no logró distinguir nada.

—¿Dónde? —inquirió.

—No allí —indicó enganchando uno de los arpeos en los puntales de un reflector y apretando el arma de ascenso—. Arriba.

Padmé levantó la vista. Allí estaba, una forma rodeada de sombras, visible solo cuando bloqueaba la luz disminuida de las estrellas, que caía directamente del cielo hacia ellos.

—¿Qué dem…?

Thrawn ya no estaba allí. Se había lanzado de espaldas por la orilla del techo y bajaba a rapel por la pared hacia el patio. Y se había llevado el sable de luz.

En un ejercicio de rapel de dos personas en una sola cuerda, el manual militar de Naboo recomendaba que la primera persona en llegar al suelo regresara el arma de ascenso al modo de elevación y dejara que subiera por sí sola hasta la persona que seguía arriba. Padmé no tenía intención de esperar tanto tiempo. Se quitó la mochila, enredó las correas alrededor de la cuerda para protegerse las manos, se aferró bien y se echó por la orilla del techo.

Al parecer, Thrawn tenía aún más prisa. En el momento en que Padmé llegó al suelo, ya estaba en el centro del patio.

—¡Deténgase! —le gritó recogiendo el S-5 de donde él lo había dejado y cortando la cuerda—. ¿A dónde cree que va?

Un segundo después, tuvo la respuesta. Thrawn se detuvo junto al generador del escudo, miró por un momento el sable de luz y la hoja brillante cobró vida con un destello.

Padmé se detuvo de golpe y levantó el bláster. Su primer y horrorizado pensamiento fue que Thrawn estaba a punto de volver el sable de luz contra ella. Pero mientras se preguntaba dónde habría aprendido a usar esa arma, la hoja cayó y perforó el suelo junto al generador. Thrawn dio un paso al lado y lo dejó caer de nuevo.

Padmé arrugó la nariz. Por supuesto. La nave de Thrawn venía por él, y el escudo de la fábrica estaba bloqueando su paso. Así que allí estaba él, empleando el sable de luz de Anakin para cortar los cables de energía. Por encima de ella, la luz de las estrellas se volvió súbitamente brillante cuando el escudo colapsó.

Entonces, para sorpresa de Padmé, Thrawn se agachó y pasó a hacer un corte horizontal, rebanando la base de permacreto debajo del generador.

—Ya dejó de funcionar —le gritó ella.

—Lo sé —le contestó. Terminó el corte, miró al cielo sobre su cabeza, apagó el sable de luz y se acercó a Padmé.

—El arma del General Skywalker —dijo él extendiéndole el sable de luz con la mano derecha—. Y su intercomunicador —agregó, mientras le ofrecía el aparato con la izquierda.

Padmé se quedó mirando el arma y el intercomunicador. Así que no estaba hablando para sí mismo en el recorrido por el techo. Se había preguntado cómo supo su nave que debía venir por él en este momento preciso.

—¿Qué está haciendo? —susurró, sin intención de tomar ninguno de los dos dispositivos.

—Se me dio una misión, Embajadora Padmé —explicó—. Habíamos observado esta fábrica desde lejos, y vimos el generador del escudo que la protegía. No tenemos nada que contenga toda esta potencia en una forma tan compacta. Se me ordenó que lo obtuviera y lo llevara a casa.

—Anakin dijo que vino a ayudarlo a encontrarme.

—Habíamos observado la llegada de su compañera a Batuu —comentó Thrawn—. Pero no fuimos capaces de discernir su destino, porque yo estaba observando el planeta al que llegó el General Skywalker. Me pareció que nos podíamos ayudar mutuamente en nuestras respectivas misiones.

—¿Él sabe que *esta* era su verdadera misión? —preguntó Padmé, mientras el estómago se le retorcía por el dolor, demasiado familiar, de la traición.

—No —confesó Thrawn. Levantó el sable de luz unos cuantos centímetros—. Él necesitará esto, y la necesitará a usted.

—Entonces, ¿tan solo se va? —Padmé exigió una respuesta—. El Duque Solha se trae algo entre manos aquí, algo terrible. ¿No nos ayudará a descubrir qué es?

—Se me dio una misión.

—Lo necesitamos —insistió Padmé, mientras una parte de ella se preguntaba por qué dedicaba tanto esfuerzo a esto. Contar con un aliado renuente era peor que carecer de aliados, pero algo en su interior simplemente le impedía dejar de intentarlo—. ¿Así es cómo su gente hace las cosas? ¿Tan solo acompañan hasta que obtienen lo que quieren y luego abandonan a todos los demás?

—¿Así es como su República hace las cosas? —contratacó Thrawn.

—Esto no es sobre política —replicó Padmé—. Es sobre individuos. Personas. Honor.

—La política está construida con individuos —afirmó Thrawn—. Los separatistas deseaban dejar la República. ¿Por qué no permitieron simplemente que se fueran?

—Porque nos atacaron. *Ellos* empezaron la guerra. —Padmé agitó una mano por el aire entre ellos para desechar la discusión—. Ese no es el asunto aquí.

—Tal vez sí —replicó Thrawn—. Necesitamos comprenderlos a ustedes y saber qué los motiva.

—Justo ahora, lo que me motiva es mi… amigo. Anakin va a morir allí si no lo ayudamos —afirmó Padmé—. No podemos hacer esto solos, Thrawn. Necesitamos su ayuda.

—Mi misión está primero —afirmó Thrawn—. Mi pueblo está primero.

Por un largo momento, Padmé miró el interior de esos ojos rojos y brillantes, pero en ellos no había emoción ni culpa, vergüenza o triunfo. Solo era un soldado que obedecía órdenes, sin satisfacción ni arrepentimiento. Muy bien podría ser un droide de batalla.

—Me despediré por usted —espetó Padmé. Tomó el intercomunicador y el sable de luz de sus manos y se dio vuelta.

—La puerta del extremo sur es la más cercana a donde él estará —gritó Thrawn mientras ella corría hacia el ala este.

Padmé no respondió. Tal vez tenía razón: ella y Anakin no podían hacerlo solos, pero tendrían que intentarlo.

CAPÍTULO 16

—Allí —exclamó Faro señalando por el ventanal principal del *Chimaera*—. Esa luna, justo allí.

—La veo —respondió Thrawn con calma.

Con calma, pero Faro pudo sentir la severidad bajo sus palabras. Detrás de ellos se oyó un conjunto de fuertes pisadas.

—¿Hemos llegado? —quiso saber Lord Vader.

—Sí, mi señor —informó Thrawn—. ¿Hemos llegado a tiempo?

Vader se paró junto a Thrawn, con su larga capa echada sobre los hombros, y por un momento miró por el ventanal en silencio, o al menos Faro supuso que lo estaba mirando. Hasta donde podía saberse por la placa facial de su casco, podía estar tomando una siesta.

Mentalmente se dio una cachetada. «Deja eso». Se rumoraba que el Señor Oscuro podía leer los pensamientos de la gente, y ese *no* era un pensamiento que quisiera que él conociera. Entonces Vader se inquietó.

—Sí —expresó—. Están allí.

—Excelente —murmuró Thrawn—. Esperaba que los grysks se creyeran a salvo escondidos aquí. ¿Puede decir con precisión dónde están?

—A esta distancia, no —respondió Vader—. Necesitaremos acercarnos.

—¿Comodoro? —preguntó Thrawn.

—Velocidad sin cambio, señor —reportó Faro—. ¿Desea que activemos el impulsor?

Thrawn se quedó viendo el planeta distante.

—Aún no —indicó—. Acortemos la distancia un poco más antes de anunciar nuestra presencia.

—Esas naves —dijo Vader elevando una mano enguantada para señalar el ventanal—. ¿Qué están haciendo?

—Lo que han hecho por lo menos cuatro veces antes —respondió Thrawn—. Están tomando una de las lunas.

Vader guardó silencio un momento más.

—Eso no tiene sentido.

—Al contrario, mi señor, tiene mucho —lo contradijo Thrawn con voz oscura—. Ya hemos visto su objetivo de cerrar esta región al viaje fácil y rápido por el hiperespacio. Los proyectores de gravedad son efectivos pero costosos, y solo tienen una vida y un rango limitados. A largo plazo, es mucho más eficiente mover masas del tamaño de lunas o planetas a hipercarriles, donde seguirán interrumpiendo el viaje durante las décadas o los siglos por venir.

—¿Cómo se logra eso? —quiso saber Vader. Por una vez, hasta el Señor Oscuro sonó asombrado. Faro supuso que no sucedía con mucha frecuencia—. ¿Cuál es su tecnología?

—No lo sé —contestó Thrawn.

—Como sea, no tengo dudas de que caerá bajo el fuego de los turboláseres —retumbó la garganta de Vader.

—Estoy de acuerdo —convino Thrawn—. Pero aún no.

Faro sonrió para sí misma. Por supuesto que aún no. No había nada que Thrawn valorara más que la información y el conocimiento. No habría ataque alguno, en absoluto, hasta que ideara una manera de infiltrar a un equipo en la red de naves que rodeaban la luna y recobrara los secretos de los grysks.

—¿Comandante Hammerly? —llamó Thrawn.

—Aún no, señor —respondió la oficial de sensores desde su posición en el foso de la tripulación.

—¿Qué está esperando? —quiso saber Vader.

Mentalmente, Faro sacudió la cabeza. Estaban esperando, por supuesto, que Thrawn desarrollara su plan de infiltración.

—La luna que están moviendo aún pone en riesgo el planeta —informó Thrawn—. Debemos esperar hasta que le hayan dado velocidad de escapatoria.

Faro frunció el ceño. Poner en riesgo Mokivj… Eso no importaría si Thrawn estuviera simplemente colándose a hurtadillas en la flota enemiga. ¿En realidad estaba pensando…?

—Despejado, señor —confirmó Hammerly—. Velocidad de escapatoria alcanzada. La luna ya no puede impactar la superficie.

—En espera para atacar —ordenó Thrawn—. Comodoro, ¿mi nave está lista?

—Sí, señor —confirmó Faro, mientras sentía que el universo se inclinaba un poco a su alrededor.

Cuando le había ordenado que preparara el *Chimaera* para el combate, había supuesto que era solo un plan de contingencia, en caso de que su plan real se alterara de alguna manera. ¿Esto significaba que el verdadero plan *era* simplemente lanzarse allí y destruir a las fuerzas grysks?

—Activen todos los sistemas —ordenó Thrawn.

—Activando todos los sistemas, señor —repitió Faro, y repasó el tablero de estatus. Las luces cambiaban rápidamente de anaranjado a verde a medida que los sistemas que habían estado en espera cobraban vida mientras el *Chimaera* navegaba hacia el planeta sin ser visto—. Preparados para el combate en veinte segundos.

Thrawn movió la cabeza de arriba abajo en señal de aceptación.

—Lord Vader, necesitaré saber lo antes posible en qué naves están localizados los prisioneros.

Los veinte segundos habían pasado, y el *Chimaera* ya había encendido sus propulsores y se dirigía hacia las distantes naves grysks antes de que Vader respondiera.

—Una pequeña cantidad se encuentra a bordo de las naves. Dos, tal vez tres. El resto están en el planeta.

—Comprendido —dijo Thrawn—. Comodoro Faro, iniciará un ataque contra las fuerzas grysks. Lord Vader, le pido un favor: que asigne al *Darkhawk* y un escuadrón de stormtroopers de la Primera Legión para que me acompañen a la superficie.

—¿Y sus deberes en el *Chimaera*? —replicó Vader.

—La Comodoro Faro es más que capaz de manejar el asalto —aseguró Thrawn—. Comodoro, la respuesta del enemigo a su ataque probablemente será lanzar múltiples contrataques desde…

—Son innecesarias órdenes precisas a la comodoro, almirante —interrumpió Vader—. Usted permanecerá en el *Chimaera* y liderará el ataque.

—Mi señor…

—*Yo* llevaré la Primera Legión a Mokivj —continuó Vader—. Usted se encargará de las naves, Almirante Thrawn; yo, del planeta.

Por un momento, Thrawn se quedó en silencio. Luego inclinó la cabeza.

—Muy bien, mi señor —aceptó—. Prepare a sus stormtroopers. La batalla empieza ahora.

Vader había notado que existía una extraña simetría en la Fuerza, un equilibrio que a menudo se manifestaba en patrones, resonancias y reuniones raras. Gente separada desde hacía mucho tiempo se reunía de nuevo inesperadamente, hechos importantes tendrían ecos en hechos nuevos, lugares que habían sido visitados en el pasado atraían de nuevo a una persona para crear nuevos recuerdos, para bien o para mal.

Mokivj: el lecho seco del río que Padmé había descrito a «el jedi» aún estaba allí, y coincidía con los datos que Vader acababa de extraer de los prisioneros grysks. Lo recorrió a zancadas, ignorando los speeders aéreos que pasaban por encima de su cabeza e intercambiaban fuego con sus stormtroopers. Evidentemente, los vehículos no habían esperado este tipo de ataque y solían ser los perdedores en el intercambio: a menudo estallaban en llamas justo allí y se estrellaban en algún lugar fuera de la vista.

Vader apenas lo notaba. Toda su atención estaba concentrada en una sensación que se acercaba de manera constante: el remolino de ideas y emociones, la mezcla de esperanzas y miedos, todo ello se dispersaba como ondas por el espacio a través de la sensibilidad a la Fuerza de los prisioneros.

A través de todo, se entretejían los recuerdos de «el jedi»… y la ira a fuego lento, porque Vader debió haber reconocido desde hacía mucho qué era realmente la perturbación del Emperador.

No había visto esto antes. Pero «el jedi» sí. Mucho tiempo antes, pero *ya* lo había visto.

La entrada secreta a la fábrica era muy estrecha. Vader ni siquiera aminoró el paso, sino que hizo una larga abertura con su sable de luz para atravesarla. Dos de sus stormtroopers, el Comandante Kimmund y el Sargento Viq, se deslizaron delante de él

mientras los demás ocupaban el piso de servicio; ambos tomaron posiciones de vanguardia delante de Vader y el resto del escuadrón.

No había defensas ni otros obstáculos ahí abajo. No era que Vader los estuviera esperando. Los separatistas a los que enfrentó «el jedi» habían sellado el ala este contra la invasión por ese lado, y los grysks indudablemente habían confirmado la seguridad de esa protección cuando se mudaron.

Estaba fuera de duda que el enemigo *se encontraba* en el ala este. Vader podía percibir las mentes de los chiss, que ahora se encontraban directamente enfrente de él. La misma sensación que «el jedi» había percibido a bordo de la nave de Thrawn en su primera reunión sobre Batuu.

Entonces Thrawn la había identificado como un piloto, pero era evidente ahora que había allí mucho más en juego. Estos chiss eran sensibles a la Fuerza, y era muy probable que también la usaran.

¿Era eso sobre lo que Thrawn y el Emperador guardaban tantos secretos en sus conversaciones privadas? ¿Había jedi chiss en las Regiones Desconocidas? ¿Eran una de las amenazas sobre las que Thrawn había prevenido al Emperador en su primera reunión, una amenaza que estuvieron considerando juntos? ¿Estaba a punto de empezar otra vez la guerra contra los jedi, que habían ganado hace tanto tiempo y que había sido tan dolorosa? ¿O podría ser que los chiss sensibles a la Fuerza fueran sith?

Eso sería aún más desastroso. La Regla de Dos era todo lo que había salvado a los sith de la República de un nivel de guerra interna que podría haber provocado una autodestrucción total. ¿Se estaba presentando un eco de esa misma guerra ahora mismo en los mundos chiss?

Vader frunció el ceño, el hilo de sus ideas se vio detenido cuando de repente lo comprendió. Antes, cuando el *Darkhawk* aterrizó cerca del río, había percibido ocho mentes chiss en la vieja fábrica. Ahora, de alguna manera, el remolino de pensamientos había disminuido, y las mentes que quedaban habían pasado al terror abrumador que había percibido en Batuu.

Los grysks los estaban regresando a las cámaras de hibernación, o algo peor.

—Adelante —ordenó a los stormtroopers y recobró el paso. Quienes fueran estos chiss, *lo* que fueran, le había prometido a Thrawn que los traería de regreso. Ningún grupo de soldados grysks iba a detenerlo.

El lecho seco del río era exactamente como Lord Vader lo había descrito a Kimmund y los demás stormtroopers. Al igual que la entrada al piso subterráneo y el piso subterráneo mismo. Evidentemente, el interrogatorio de los grysks había rendido buenos frutos.

Por supuesto, si Vader tenía razón en todo esto, probablemente también la tendría en que el área de su objetivo en el ala este estaba llena de maquinaria y otros objetos grandes que al enemigo le permitirían ocultarse. Kimmund había estado en suficientes misiones

de combate urbano para saber que estas se contaban entre las más peligrosas que un stormtrooper pudiera encarar.

Sus tropas la afrontarían, por supuesto, y la superarían con éxito. La cantidad de soldados que perdería Kimmund en el camino habría de depender en gran medida de la exactitud con que Vader hubiera anticipado a sus oponentes, y de que el arma secreta que Podiry y Tephan arrastraban detrás de ellos funcionara tan bien como Vader afirmó.

Con suerte, ninguno de los carros aéreos con que se habían enfrentado antes había tenido los sensores necesarios para hurgar en aquella caja del tamaño de un ataúd. Las armas secretas nunca funcionaban bien cuando el enemigo sabía que se acercaban.

La trampilla que era su objetivo estaba justo adelante, y su escalera aún sobresalía de un tapón de permacreto que había sido sellado a su alrededor. A una orden de Vader, Kimmund y Viq se hicieron a los lados para dejarlo pasar, luego miraron cómo encendía su sable de luz y lo clavaba hacia arriba, en el material, para perforar un círculo. Terminó su corte y mantuvo el tapón en su lugar el tiempo suficiente para apartarse del camino antes de soltarlo y que se estrellara en el suelo.

La escalera seguía colgando precariamente de la orilla del agujero. Pero era evidente que Vader no estaba de humor para ir más lento. Kimmund sintió que algo invisible se enredaba a su alrededor, y un segundo después se encontró volando hacia arriba, a través del agujero. Atisbó un equipo oscuro, medio arruinado, y cajas de almacenamiento dispersas alrededor de un salón grande y de techo alto.

Se hizo a un lado cuando una sacudida de último segundo por parte de Vader lo envió más allá de la apertura y lo dejó caer sobre el piso sólido. Al encender los escáneres, notó al menos una docena de puntos activos que representaban enemigos ocultos, mientras Viq volaba y aterrizaba al otro lado del agujero. Cuando Dorstren voló detrás de él, con su pesado DLT-19 en los brazos, y aterrizó junto a Viq, el salón entero estalló en una explosión de relámpagos de orillas azules.

Kimmund se agachó a un lado y sintió un súbito hormigueo cuando uno de los relámpagos le erró por muy poco. Un segundo después, perdió el equilibrio mientras algo pequeño y duro golpeaba su armadura. No tenía idea del origen del proyectil; el arma de relámpagos, en contraste, dejó marcado un rastro evidente hasta el gatillero. Kimmund envío una ráfaga de fuego de bláster a ese punto mientras surgía otro relámpago, ahora dirigido a Viq. Kimmund cambió su mira hacia el origen de ese disparo y una vez más regresó el fuego.

Este último disparo se desvió, mientras que otro par de impactos dio contra su pecho y hombro. Al parecer, se trataba de una especie de arma de perdigones; por fortuna, la armadura de la Primera Legión tenía la resistencia suficiente para bloquearlos.

Gruñó en voz baja. Quien estuviera encargado de la defensa aquí sabía lo que estaba haciendo. Las armas de relámpagos eran difíciles de apuntar, pero tenían la capacidad de causar importantes daños si daban en el blanco. Las pistolas de perdigones no provocaban mucho daño, pero salían de la nada y podían mantener a los stormtroopers fuera de balance, lo que impediría su capacidad para permanecer lejos del alcance de las armas

más peligrosas. Además, los destellos de los relámpagos sobrecargaban brevemente los sensores de las miras de los stormtroopers, lo que hacía que fuera mucho más difícil distinguir y eliminar a quienes disparaban perdigones. De reojo, Kimmund vio que Morrtic aparecía volando y lanzando fuego de encubrimiento a ciegas con su E-11 de BlasTech a todo lugar al que podía alcanzar. Ella cayó al suelo, desplazó su fuego láser a otro de los nidos de armas de rayos… y entonces, con un dramatismo que nunca dejaba de hacer que un escalofrío recorriera la espalda de Kimmund, él apareció allí.

Al instante las armas cambiaron de blanco, pero en vano. La armadura negra eludió los destellos de relámpagos con facilidad, y Kimmund apenas pudo ver las pequeñas sacudidas causadas por los impactos de perdigones. La figura avanzó como algo sacado de un mito oscuro, directo hacia la pila más cercana de maquinaria oxidada: un lugar que los sensores de Kimmund habían marcado como el escondite de, por lo menos, cuatro de los atacantes. Como los grysks habían desviado su atención, los otros stormtroopers empezaron a surgir por la abertura y añadieron su poder de fuego a la batalla.

Entonces, luego de una andanada final de relámpagos, como una explosión surgida de las sombras oscuras, al fondo del lugar donde se daba la batalla principal, aparecieron media docena de nubes de insectos.

La figura se detuvo, con el sable de luz levantado como si desafiara a los insectos a atacar. Por un par de segundos zumbaron casi sin destino y luego, como si siguieran una orden silenciosa, se abalanzaron al frente.

Kimmund sonrió ampliamente detrás de su placa facial. Una vez más, Lord Vader lo había logrado. Los grysks estaban siguiendo el mismo plan de ataque que usaron en Batuu: enjambres de insectos, dirigidos por controladores invisibles, que portaban cargas de piedra líquida para inmovilizar. Aunados a las pistolas de perdigones y las armas de relámpagos, eran una estrategia que los alienígenas probablemente consideraban imbatible.

Solo que habían olvidado algo: esta vez iba acompañado por un escuadrón de stormtroopers que eran buenos para la evasión y el contrataque, que además tenían sensores mejorados en sus cascos y que sabían que este exacto momento habría de llegar.

—¿Viq? —gritó Kimmund en su intercomunicador.

—Los tengo —indicó Viq con oscura diversión—. Transmitiendo coordenadas ahora.

La primera ola de insectos alcanzó su objetivo, y la armadura negra y brillante se vio cubierta por múltiples salpicaduras grises mientras los insectos entregaban sus cargas y morían. En la pantalla de visualización superpuesta del visor de Kimmund aparecieron seis marcas rojas borrosas: las ubicaciones donde habían surgido los enjambres, al parecer de la nada.

—Blancos marcados —indicó—. Derríbenlos.

Toda la cámara se iluminó cuando los stormtroopers abrieron fuego, concentrando todo en los grysks encubiertos.

A los insectos no les importó, por supuesto. Siguieron su ataque sin sentido mientras sus amos aparecían súbitamente a la vista, se ahogaban, gritaban o vociferan, y morían.

Las armas de perdigones abrieron fuego de nuevo, tardíamente, pero las explosiones de relámpagos permanecieron en silencio, mientras sus propietarios titubeaban evidentemente ante la opción de disparar a través del enjambre y tal vez socavar el ataque de los insectos.

No era que hubiera mucha necesidad de preocuparse por el resultado. Ahora, casi toda la armadura estaba cubierta de gris y cada ola sucesiva agregaba nuevas capas, hasta el punto de que apenas tenía forma humana. Solo el sable de luz permanecía sin ser tocado, pero la hoja estaba congelada en su lugar mientras ardía inútilmente, apuntando al techo.

La ola final de insectos se aplastó a sí misma y murió. Kimmund repasó con la vista el lugar con todo detenimiento, mientras sentía los impactos de los perdigones y sabía que las armas de relámpagos pronto abrirían fuego de nuevo. Con los stormtroopers fijos en su lugar y la mayor amenaza completamente cubierta de piedra, sin duda los grysks se sentirían confiados de su victoria.

Habían olvidado que Vader ya había visto su ataque. Tal vez nunca percibieron que el Señor Oscuro era, por cuenta propia, un maestro de la táctica. Y quizá nunca sabrían que Vader tenía dos juegos completos de armaduras.

Las armas de relámpagos empezaron a abrir fuego una vez más cuando el Señor Oscuro de los sith apareció desde abajo, esta vez el real. Dio un paso al frente, atrajo su sable de luz del apretón ahora suelto de la armadura hueca que había caminado convincentemente por la cámara, hacia la trampa de los grysks.

Alguien oculto entre la maquinaria lanzó un grito de sorpresa, pero era demasiado tarde. Aunque las pistolas de relámpagos desplazaron su furia total hacia Vader, él siguió caminando hacia ellas, desviando los rayos en dirección al techo mientras usaba la Fuerza para alterar el blanco de sus armas y lanzaba su sable de luz para tirar secciones de maquinaria sobre el enemigo, aferrando a cualquiera que surgiera a la vista y lanzándolo hacia los rápidamente menguantes relámpagos.

—Encuentren a los prisioneros. —La voz de Vader brotó en el auricular de Kimmund.

—Sí, Lord Vader —respondió Kimmund poniéndose de pie y mirando alrededor.

A su derecha, metido detrás de otra pared de maquinaria oxidada, había un puñado de puntos activos. Mientras se mantenía un poco atento a la batalla y se aseguraba de que el resto de su escuadrón hacía su trabajo de disparar fuego de encubrimiento, se dirigió hacia el punto activo. Cuando pasó junto a ellos, hizo una señal a Viq y Elebe para que se le unieran, y les indicó también con la mano que se dirigieran al fondo del escondite. Esperó hasta que estuvieran en posición y dio un paso a un lado.

Entonces sintió que sus ojos se agrandaban. En cuclillas, en posiciones defensivas, con las pistolas de relámpagos apuntadas en direcciones opuestas para cubrir el acercamiento por ambos lados, había un par de grysks. Entre ellos, sentadas, juntas y encogidas, con las caras rígidas por el miedo y el horror, estaban las prisioneras: cinco niñas chiss. ¿Chiss? ¿Niñas*?*

Un pequeño rincón de la mente de Kimmund tomó nota de que hubiera estado bien que Vader les hubiera anticipado por lo menos algo. Sin embargo, algo tan simple e inesperado no haría que los stormtroopers de la Primera Legión se desviaran del plan de batalla.

—¡No disparen! —gritó, se detuvo y elevó su E-11 para apuntar al techo—. ¡No disparen!

El grysk que estaba frente a él movió su pistola de relámpagos para apuntarle. El enemigo que estaba mirando al otro lado echó un vistazo sobre su hombro por reflejo, en respuesta al súbito grito. Ninguno de los dos tuvo tiempo de hacer nada más antes de que Viq y Elebe aparecieran por la esquina opuesta y, con toda frialdad, pusieran un solo disparo en el cráneo de cada uno de los grysks.

—Todo está bien —indicó Kimmund manteniendo la mira de su E-11 lejos de las niñas y aganchándose junto a ellas.

Se le quedaron mirando, con las caras de piel azul pellizcadas por el miedo y los brillantes ojos rojos entrecerrados, echadas hacia atrás, contra la maquinaria que estaba a sus espaldas. Una de ellas, tal vez más valiente que las otras, levantó un dedo titubeante para señalar algo al otro lado.

Kimmund miró en esa dirección, mientras sentía que el estómago se le ponía duro. Enclavados debajo de una saliente de vieja maquinaria, había más dispositivos familiares: ocho cámaras de hibernación como las que Vader y Thrawn habían recuperado de Batuu. Tres parecían activas, lo que probablemente explicaba por qué todavía había cinco niñas sentadas aquí, en lugar de los ocho prisioneros que Vader había dicho que podrían estar presentes.

—¿Los tienes? —La voz de Vader surgió a través de la bocina del casco.

—Sí, mi señor —confirmó Kimmund—. Cinco niñas chiss. Tal vez haya tres más en cámaras de hibernación.

—Bien —dijo Vader. Kimmund observó que no hubo asomo de sorpresa en su voz. Por lo menos él s*abía* a qué habían ido ahí—. ¡Prepárelas para el viaje! —ordenó Vader—. ¿Siguen activas las defensas del patio que detectó al acercarnos?

—Así lo creo, mi señor —indicó Kimmund, apartando las dudas y volviendo a concentrarse en la situación táctica—. Ahora que estamos adentro, podríamos tomarlas por detrás.

—Hágalo, comandante —convino Vader—. Cuando haya asegurado el patio, llame al *Darkhawk* para que nos encuentre allí. No deseo llevar el botín del Almirante Thrawn por los pasajes subterráneos.

—Comprendido, mi señor —afirmó Kimmund—. ¿Drav?

—Estoy en ello, comandante —contestó enérgicamente el Sargento Drav—. Tendremos todo despejado para volar en diez minutos, mi señor.

Kimmund hizo una seña a Viq y Elebe.

—Vayan y apoyen —ordenó. Los miró irse, luego se acercó a las niñas y puso una rodilla en el suelo—. No tengan miedo —trató de tranquilizarlas.

No hubo respuesta. Tal vez no comprendían una palabra del idioma básico. Aun así, Thrawn podría hablar con ellas. Una vez que estuvieran a bordo del *Chimaera*, podrían decirles a las niñas que ya no eran prisioneras de los grysks. Mientras tanto, se le había ordenado que las preparara para el viaje.

—Vamos —indicó, poniéndose de pie y señalando por encima de su hombro. Miró a su alrededor para buscar un lugar seguro dónde ubicarlas en caso de que la batalla por el patio se extendiera hasta ahí. Y entonces sintió que sus labios se fruncían. A un lado, muy lejos de donde los Grysks trabaron batalla, había un largo cinturón transportador flanqueado por varias piezas de equipo de ensamble. En el cinturón, en distintas etapas de construcción, había cinco más de los proyectores de gravedad que los grysks habían usado para cerrar el hipercarril a Batuu.

Era un proyecto al que evidentemente los grysks habían dedicado mucho tiempo y esfuerzo, un equipo que presuntamente dudarían en dañar. Por tanto, se trataba de un buen lugar para poner a alguien a quien no se quiere que disparen.

—Vamos. —Hizo una seña a las niñas y se dirigió hacia el cinturón transportador.

Decidió que se rebasaría la capacidad de carga del *Darkhawk* para llevar todo eso al *Chimaera*. Pero estaba bien. Una vez que Vader y el resto de los stormtroopers despejaran las defensas del patio, tendrían todo el tiempo del mundo.

—Dos naves rompiendo a los lados —gritó la Oficial de Armas Pyrondi—. Intentan maniobra de flancos.

—Ordene a los Escuadrones Tres y Cinco que intercepten —indicó Thrawn. «Las naves que flanquean no atraviesan la red, sino que maniobran alrededor de ella para atacar. Posibles conclusiones: la red no puede romperse fácilmente, no puede cerrarse en secciones individuales o la mantienen en su lugar con fines adicionales. Quizá los grysks quieren mantener sus opciones abiertas mientras ponen a prueba la resolución imperial, aún con la esperanza de escapar con su botín».

—Escuadrones Tres y Cinco moviéndose para interceptar —confirmó la Comodoro Faro—. Parece que están lanzando cazas.

«Las naves más pequeñas salen de su nave anfitriona en una sola fila. La escotilla de la nave anfitriona no está blindada. La aceleración de las naves más pequeñas es baja, porque se hacen a los lados para permitir la salida de las que están detrás. Hay mucho espacio entre las boquillas de sus propulsores para otorgar mayor capacidad de maniobra, y son demasiado largas».

—No son cazas, comodoro. Es más probable que se trate de remolques —advirtió Thrawn—. Tal vez para ubicar los nodos de la red.

—No vienen a pelear, sino a distraernos y a mantener ocupados a los TIE para que no puedan ir tras sus objetivos reales —informó Faro. «Su voz manifiesta entendimiento»—. Entonces, ¿los pasamos?

—Correcto —respondió Thrawn—. Apúnteles con los turboláseres del *Chimaera*, pero no dispare sin orden. Los TIE seguirán hacia la red y las naves más grandes.

—Sí, señor —afirmó Faro. «Su voz y su postura corporal evidencian cautela y suspicacia crecientes»—. Me preocupa, almirante, que aún no hayan abandonado la luna y tratado de huir. Seguramente saben que no pueden ganarnos una batalla.

—El lanzamiento de remolques para tratar que nos acerquemos a menor velocidad parece indicarlo así —comentó Thrawn—. ¿Por qué se quedarían?

—Estoy pensando que tal vez esperan refuerzos.

—Esa es una posibilidad. ¿Otra?

—Piensan que pueden escapar con la luna a cuestas —propuso Faro—. Deben de estar muy lejos ahora de la gravedad de Mokivj. A pesar de que es difícil que un hiperdrive funcione con algo tan grande, unos poco minutos más podrían bastarles.

—En efecto —convino Thrawn—. Hay una tercera posibilidad.

—Una tercera —murmuró Faro. «Su voz manifiesta concentración. Los TIE pasan en enjambre al grupo de remolques y siguen hacia la luna y la red grysk».

—Tal vez sea una pregunta injusta —sugirió Thrawn—. No posee todos los datos.

«La espalda y los hombros de Faro se ponen rígidos. Su postura corporal manifiesta nueva comprensión».

—Los prisioneros chiss —dijo ella. «Su voz evidencia la satisfacción de haber resuelto el acertijo»—. Quieren la luna, pero quieren más a los prisioneros. La nave que los contiene quiere escapar, pero su hiperdrive aún no está preparado. Además, sigue en el pozo gravitatorio de la propia luna. Hasta que estén preparados, no se atreverán a huir, porque eso nos mostraría en cuál nave los tienen.

—Muy bien, comodoro —la felicitó Thrawn—. ¿Y cuál es la razón por la que no hacen una escapatoria grupal de todas las naves, lo que les permitiría seguir ocultando a los prisioneros?

—Porque no pueden —indicó Faro. «Su voz evidencia una oscura diversión»—. Las dos naves que pusieron en acción estaban en las orillas de la red. Las otras están más adentro y no pueden simplemente desengancharse. La nave que queremos está en la orilla… —«Se interrumpe, su postura corporal manifiesta un nuevo grado de entendimiento»—. O está abrazando la red, pero en realidad no se encuentra dentro. —«Eleva la voz lo suficiente para que la escuchen en los fosos de la tripulación»—. ¿Hammerly?

—Sí, comodoro —contesta en voz alta la jefa de sensores—. Rastreo de acuerdo con las órdenes del almirante. Las emisiones de la red aún interfieren con las lecturas, pero se están aclarando a medida que nos acercamos.

—¿Cuánto tiempo? —quiso saber Thrawn.

—Dos minutos —informó Hammerly—. Tal vez menos.

—Transmítaselo al Teniente Skerris —ordenó Thrawn—. Lancen ahora el escuadrón de defensores.

—Escuadrón de defensores: lanzamiento.

«Los TIE pasan junto a los remolques. Estos, a su vez, giran unos cuantos grados y accionan sus propulsores a toda potencia. Las emisiones explotan entre los cazas, pero no los afectan. Una momentánea ola de impulso aumenta la velocidad hacia delante de los remolques, que siguen en sus vectores actuales».

—Destruyan todos los remolques enemigos —ordenó Thrawn—. Ahora.

«Los turboláseres del *Chimaera* abren fuego contra los remolques».

—¿Señor? —Faro se dirigió a él. «Su tono evidencia confusión».

—Si su objetivo era interceptar o desacelerar a los TIE, se hubieran dado vuelta y atacado a los escuadrones desde atrás —explicó Thrawn—. No lo hicieron. Por tanto, su supuesto ataque contra los TIE fue un engaño.

—Están armados —propuso Faro. «Su voz manifiesta entendimiento»—. O llevan bombas.

—Sospecho lo último —dijo Thrawn—. Su comandante sabrá ahora que busco información y que prefiero la captura a la simple destrucción. Busca usarlo contra mí.

«Los remolques se empiezan a desintegrar ante la ráfaga de turboláseres. Las explosiones son más grandes de lo esperado por la detonación de reactores o impulsores. Conclusión: en efecto, llevan bombas».

—Sí, ya veo —comentó Faro—. Ahora que eso ha fallado y que los defensores se dirigen a ellos…

—Almirante, una de las naves se está apartando —gritó Hammerly—. Fuera de la red… no podíamos saberlo hasta ahora. Está acelerando y se dirige a la sombra de la luna.

—Defensores: intercepten e inhabiliten —indicó Thrawn—. No destruyan. Repito: *no* destruyan.

«Los defensores rodean la superficie de la luna en su persecución. Detrás de la luna, la nave grysk no es visible, pero el navegador ha proyectado el rumbo y el vector en la pantalla de visualización táctica. Los defensores están cerrando la brecha. La interceptarán antes de que la nave grysk escape del pozo gravitatorio de la luna. Dos áreas en el borde de la luna se desintegran y envían densas nubes de polvo y roca a las rutas de acercamiento de los defensores».

—Turboláseres: apunten arriba y abajo de la luna —ordenó Thrawn—. Baja potencia, fuego continuo.

—¿Han cambiado de vector? —quiso saber Faro.

—Eso supongo —comentó Thrawn—. Los fragmentos de esas explosiones no pudieron dañar a los defensores en su rango de fuego. Por tanto, concluyo que el objetivo fue crear una obstrucción visual mientras la nave grysk se desviaba de su ruta proyectada.

—Señal de Skerris, almirante —gritó el Teniente Lomar desde la estación de intercomunicadores. «Su voz manifiesta tensión y frustración»—. La nave grysk ha saltado a la velocidad de la luz. Los defensores no alcanzaron a interceptarla.

—Entendido —exclamó Thrawn. «La red alrededor de la luna se está desintegrando. Las naves grysks se mueven hacia fuera en un intento de escapar del pozo gravitatorio»—. Escuadrones de cazas, turboláseres: ataque pleno. Destrúyanlas todas.

«Los turboláseres abren fuego. A través del paisaje de estrellas, los TIE entablan batalla con el enemigo».

—¿Debemos tratar de tomar algunos prisioneros, señor? —preguntó Faro. «Su voz evidencia una preocupación cautelosa».

—Los grysks ya han tratado de atraernos a una trampa mortal —expuso Thrawn—. No podemos arriesgarnos a que lo hagan de nuevo.

—Sí, señor. —«Faro se queda en silencio por un momento. Su postura corporal sigue evidenciando preocupación»—. Señor… los prisioneros chiss. Si no tomamos una de las naves grysks, ¿cómo los encontraremos?

—Tal vez no lo logremos —dijo Thrawn—, o tal vez sí. Teniente Lomar, ¿hay noticias de Lord Vader?

—Acaba de reportarse el Comandante Kimmund, señor —informó Lomar—. Tienen a los prisioneros y han echado al enemigo del patio. Están llevando ahora el *Darkhawk* para recogerlos, y se espera que estén de regreso en el *Chimaera* en una hora. También solicitan un transporte para equipo adicional.

—Solicitud denegada —indicó Thrawn—. Informe al Comandante Kimmund que quedaremos satisfechos tan solo con los prisioneros. Ordene que se preparen cuarteles para ellos e informe a Lord Vader que deseo hablar con él inmediatamente después de su regreso.

CAPÍTULO 17

Cuando Vader y el *Darkhawk* regresaron al *Chimaera* con las niñas liberadas, las naves grysks habían sido destruidas y la luna errante estaba a la deriva en ruta hacia la eternidad. Se habían preparado estancias para las niñas cerca de la propia *suite* de Thrawn, y el gran almirante se había tomado unos minutos para hablar con ellas.

Vader no comprendía lo que decían y sus mentes resultaban tan opacas como la de Thrawn, pero sí podía percibir la lenta calma de las emociones de las niñas cuando finalmente comprendieron que su pesadilla había terminado. Una de ellas hablaba un poco de sy bisti; la Comodoro Faro localizó a un técnico asistente de mantenimiento, quien también conocía algo de ese oscuro idioma comercial, y dejó a las niñas a su cuidado. Así que era hora de que Thrawn enfrentara el juicio.

—Me mintió —afirmó Vader, cuando estuvieron una vez más a solas en la oficina del almirante.

—Yo no mentí, mi señor —replicó Thrawn con la cabeza inclinada.

—Retuvo parte de la verdad —contradijo Vader conteniendo su ira con firmeza y extendiéndose en la Fuerza.

Las palabras y las acciones del almirante habían soplado continuamente sobre el puente de arena por el que Thrawn había caminado sin cesar desde que llegaron por primera vez a Batuu. Ahora la erosión lo había convertido en algo peligrosamente delgado. Un mal paso más, una evasión o mentira más, y Vader olvidaría que el Emperador aún encontraba útil a esta persona.

—Eso es lo mismo que mentir.

—Le conté lo que podía —indicó Thrawn—. Lo que estimé que el Emperador me permitiría revelar.

—Entonces, ¿el Emperador conoce toda la verdad?

Thrawn titubeó, y el ordenado conjunto de su mente se dobló un poco bajo la tensión de la mirada y la presencia de Vader.

—No se la he contado —concedió el almirante—, pero no tengo duda de que ya la sabe.

Vader sintió que sus pulgares se apretaban en su cinturón. En eso, el chiss quizá tenía razón.

—Me contará todo —ordenó—. Ahora.

—Como lo prometí —respondió Thrawn, una vez más con la cabeza inclinada.

Vader pudo percibir que la deferencia era real, lo mismo que la precaución detrás de ella. El almirante sabía exactamente dónde estaba parado y reconocía que su vida colgaba de un hilo. ¡Bien!

—En primer lugar, entenderá que se encuentra entre los secretos mejor guardados de la Ascendencia Chiss —afirmó—. Como indiqué cuando llegamos por primera vez a esta región del espacio, hay unos cuantos hipercarriles estables para entrar y recorrer las Regiones Desconocidas. Debido a esto, casi todas las especies permanecen cerca de sus propios sistemas y prefieren viajar por carriles más cortos y tienen pocos deseos de tomarse el tiempo necesario para el viaje mucho más lento, salto por salto.

—Pero ¿los chiss no desean estar tan limitados?

—No, en efecto —confirmó Thrawn, y un atisbo de rebeldía se infiltró en su voz—. A pesar de todos sus pronunciamientos de no interferir en las actividades de otros, los Aristocras tienen un profundo deseo de saber en qué consisten esas actividades. Nuestros exploradores se extienden a lo ancho y lo largo, entrando aun en partes del espacio que alguna vez fueron reclamadas por la República, y ahora lo son por el Imperio. —Hizo un gesto—. Como bien lo sabe.

—Así me lo ha informado el Emperador —aclaró Vader con rigidez. Una vez más, Thrawn estaba hurgando incómodamente cerca de la orilla—. Cuénteme de las niñas.

—No tenemos computadoras de navegación capaces de trazar rutas seguras a través del caos del hiperespacio de las Regiones Desconocidas —comentó Thrawn—. Ni los chiss producen cantidades apreciables de seres sensibles a la Fuerza, aunque nosotros llamamos a su don Tercera Vista. Pero cuando esos individuos raros *nacen*, llegan a nosotros con una sola habilidad: la precognición.

De pronto Vader lo comprendió. La misma habilidad que le permitía ver el futuro con la suficiente anticipación para saber cuándo y dónde iba a venir un ataque era usada por los chiss para percibir los peligros que acechaban delante de una nave a tiempo para evitarlos.

—Ellas navegan y pilotean sus naves —sugirió—. Encuentran y trazan hipercarriles temporales, aun mientras recorren nuevas rutas.

—Exactamente. —Thrawn movió una mano en dirección de las estancias de las niñas—. Ahora puede apreciar la razón de nuestro misterio. Un enemigo que desee imitar nuestro éxito no puede simplemente robar una computadora o un programa. Debe robarnos estos raros y preciosos seres vivos. —Sus ojos se entrecerraron—. Eso no puede permitirse.

—Y ahora su secreto ya se conoce, y sus miedos se han hecho realidad.

—En efecto —dijo Thrawn con pesadez—. Es necesario enfrentar a los grysks y enseñarles a no poner a prueba la voluntad de la Ascendencia Chiss.

Así como era necesario enseñar esa misma lección a los rebeldes dentro del Imperio.

—¿Por qué niñas? —quiso saber Vader—. ¿Todas son mujeres?

—Desafortunadamente, la capacidad se desvanece con el tiempo —explicó Thrawn—. Ninguna cantidad de capacitación o práctica puede cambiar eso. Los adultos jóvenes retienen quizá la mitad de las fortalezas de su infancia; los adultos de mayor edad solo una pequeña fracción. Únicamente los niños tienen suficiente poder precognitivo para guiar con seguridad nuestras naves a las velocidades que los Aristocras exigen. En cuanto

al género —hundió ligeramente los hombros—, quienes tienen el don casi siempre son mujeres. Hay excepciones, pero esa es la regla general. Nadie sabe por qué.

—Ya veo —murmuró Vader. Los recuerdos de «el jedi» pasaron a la deriva por su visión: entrenamiento con Obi-Wan, observación de la enseñanza y la práctica de los niños y jovencitos en el Templo, el logro gradual de cada paso en el largo camino hacia la fortaleza y la pericia.

Al parecer, no ocurría así entre los chiss. Quienes eran sensibles a la Fuerza trabajaban y entrenaban por años solo para ver que sus fortalezas flaqueaban y sus logros se desvanecían.

—Entonces se les hace a un lado —dijo. Ni siquiera los jedi eran tan crueles con sus esclavos elegidos.

—Sí —confirmó Thrawn—. El sacrificio… la mayoría lo hace por voluntad propia, por el bienestar de la Ascendencia. Pero todos los que tienen la habilidad deben hacerlo. —Por un momento, su vista pareció desenfocarse, como si enfrentara ideas y recuerdos poco placenteros. Luego su mente regresó—. Pero eso no es lo que nos preocupa ahora. Debemos encontrar la base de los grysks y recuperar a las niñas antes de que se dé la alarma y logren montar una respuesta a nuestro ataque. —Se puso de pie—. Vamos, mi señor.

—Un momento —exclamó Vader sin hacer movimiento alguno para seguirlo—. ¿Qué es exactamente lo que se propone?

—¿No me oyó? —preguntó Thrawn con el ceño fruncido—. Debemos encontrar la base de los grysks.

—¿Que está en lo profundo de las Regiones Desconocidas?

—Es de suponer que no tan en lo profundo —dijo Thrawn—. Se cree que su mundo de origen y principal centro de poder se halla a una distancia considerable. Pero difícilmente usarán ese lugar para llevar a cabo una operación en la frontera del espacio imperial. —Se acercó a la puerta—. Vamos.

—No —replicó Vader.

Thrawn se detuvo.

—¿Mi señor?

—Propone que pongamos en riesgo una nave de guerra y a personal del Imperio en un asunto que solo le atañe a su propio pueblo —le recordó Vader—. No puedo hacer eso y no lo permitiré.

—El Emperador me colocó *a mí* al mando de esta misión.

—Al igual que aceptó su palabra de que su primera lealtad era con el Imperio —replicó Vader—. Al parecer, ese ya no es el caso. Por supuesto, si alguna vez lo fue.

Por un largo momento, Thrawn se quedó inmóvil. Luego desanduvo sus pasos hasta su silla y volvió a sentarse.

—Si no reaccionamos con rapidez, todo se habrá perdido —afirmó en voz baja y fervorosa—. Se alertará a los grysks. Abandonarán esa base y se reubicarán en cualquier

otro lugar. Las niñas desaparecerán en sus dominios y nunca regresarán a sus hogares, con sus familias.

«Sus familias». Un remolino de recuerdos de «el jedi» pasó ante los ojos de Vader. La madre de «el jedi»… la esposa y el hijo perdido de «el jedi»… Se sacudió los pensamientos. Eran los recuerdos de «el jedi», no los suyos.

—Esa es la preocupación de su pueblo —afirmó—. No la suya. A menos que pretenda romper su juramento de lealtad al Emperador.

—Los grysks ya han irrumpido en el espacio imperial —señaló Thrawn—. Su cierre del hipercarril a Batuu es evidentemente una maniobra de agresión.

—Batuu no es, por mucho, un sistema imperial importante.

—¿Y su intento actual de mover lunas de Mokivj para bloquear más permanentemente el movimiento imperial?

—No hay prueba de que su intención vaya más allá de protegerse ante posibles amenazas.

—Sin embargo, esa posible amenaza es parte del diseño del Emperador —señaló Thrawn—. Está muy interesado en extender sus dominios a las Regiones Desconocidas.

Vader frunció el ceño. ¿Thrawn acababa de decir…?

—De lo que usted, por supuesto, sabe mucho.

Thrawn pareció retirarse, como si tardíamente se diera cuenta de que habló demasiado.

—Como expliqué, la Ascendencia Chiss busca saber todo lo que sucede a su alrededor.

Vader asintió para sí mismo. Así que eso era. Todas esas reuniones privadas, todas esas conversaciones secretas. El Emperador estaba aprovechando el conocimiento de Thrawn para preparar la siguiente gran expansión imperial.

—Un tema que es irrelevante —indicó—. Pedí una prueba de que esta misión le atañe al Imperio. Hasta ahora, esa prueba no ha surgido.

—Tengo un largo historial de servicio al Imperio y el Emperador —afirmó Thrawn—. ¿Alguna vez le he fallado a usted?

—¿Qué me dice de Atollon? —contratacó Vader—. Fue incapaz de detener a los rebeldes allí. Ahora me tocará encontrarlos y destruirlos.

—Mi guerra con los rebeldes aún no termina —explicó Thrawn en voz baja—. Los voy a derrotar.

—Bien —exclamó Vader—. Regresemos a Coruscant para que su campaña pueda comenzar.

Thrawn se quedó en silencio un momento más.

—Habló de pruebas —dijo—. Si pudiera probar que los grysks son una amenaza para el Imperio, al igual que para los chiss, ¿me ayudaría a recuperar a las niñas y destruir su centro local de operaciones?

—¿Cuál es esta prueba?

—Se encuentra a bordo del *Chimaera* —afirmó Thrawn—. Con el tiempo, espero que la evidencia esté lo suficientemente completa como para establecer una prueba concluyente. Pero si esperamos hasta entonces, me temo que se perderá a las niñas. Debo pedirle una vez más que confíe en mí.

«Confianza». Era algo que Thrawn seguía pidiendo, que «el jedi» había valorado muchísimo y también una cualidad con la que el propio Vader tenía poca experiencia.

—Tuve razón en cuanto a los generadores de gravedad —continuó Thrawn—. Le pedí que confiara durante un poco más de tiempo.

Vader se le quedó mirando. «Confianza». Tan poca experiencia… Aun así, el Emperador confiaba en Thrawn. Confiaba en él lo suficiente para ascenderlo a gran almirante y darle la Séptima Flota. Si el maestro de Vader tenía deseos de darle al chiss tanta autoridad, ¿también Vader debía hacerlo? «Confianza».

—Muy bien —aceptó—. Puede localizar y atacar esta base y tratar de rescatar a las niñas. Pero si va perdiendo en la batalla, retrocederá.

—Estoy de acuerdo —dijo Thrawn con la cabeza inclinada—. Gracias, mi señor. —Titubeó—. Pero necesitaré más de usted que su mero permiso. Necesitaré su ayuda directa, además.

Vader frunció el ceño.

—¿De qué manera?

—Venga al puente —pidió Thrawn poniéndose nuevamente de pie—. Le mostraré.

Vader bajó la vista a la consola desde la pasarela de mando. Escuchó la explicación de Thrawn de lo que quería y se preguntó si el gran almirante se había vuelto loco.

—No hay otra manera —explicó Thrawn. Si percibió el desagrado de Vader, no dio muestras de ello—. Los grysks nos llevan mucha ventaja. Pero deben depender de las niñas chiss para que los conduzcan de regreso a su base.

—Niñas que han hecho esto muchas veces —le recordó Vader—. Tenemos niñas de ese tipo a bordo. ¿Por qué no nos sirven como lo hacen con los grysks?

—Porque las que vienen a bordo del *Chimaera* no son más fuertes en la Fuerza que las que están en manos de los grysks —explicó Thrawn—. Debemos llegar a la base antes que ellos, y nuestras navegadoras chiss no pueden lograrlo.

—Sin embargo, ¿cree que yo sí puedo?

—Las niñas no son tan poderosas en la Fuerza como usted —explicó Thrawn—, que tiene la misma capacidad de precognición, pero cuenta con más fortaleza y resistencia. —Señaló el foso de la tripulación—. Debe tener la capacidad de superar con suficiencia la velocidad del enemigo.

La tripulación del puente se había quedado muy callada. El timonel evitaba levantar la vista hacia Vader o su almirante de manera estudiada. La Comodoro Faro estaba

eludiendo con mucho cuidado unirse a la conversación. El resto de la tripulación tenía el aspecto de que preferiría estar en cualquier otro lugar.

—¿Y si está equivocado?

—Entonces llegaremos después de los grysks —aseguró Thrawn—. Aún entablaremos batalla con ellos, pero habremos perdido el elemento sorpresa.

—¿O habremos llegado tan tarde que habrán escapado?

Los brillantes ojos rojos de Thrawn se desplazaron al ventanal y el campo de estrellas que destellaban en la oscuridad.

—Sí —susurró.

—Aun así, me pide que lo haga en lugar de usar navegadoras de habilidad comprobada.

—Sí.

Vader se extendió en la Fuerza. Nunca había intentado algo como esto. En realidad, nunca se le había ocurrido la idea de navegar sin una computadora o un droide astromecánico. Thrawn le estaba pidiendo que lo intentara. Con el *Chimaera* y todos los recursos imperiales a bordo en riesgo.

El puente seguía en silencio. ¿Pensaban que él desafiaría la orden de su almirante y se negaría? ¿Creían que no lo haría? ¿Pensaban que no *podía* hacerlo? Irguió los hombros debajo de su armadura.

—¿Cómo sabré nuestro destino?

—Ha tocado la mente de las niñas que estuvieron allí —explicó Thrawn. No había regodeo en la voz ni asomo de satisfacción por haber vencido la resistencia de Vader. Todo lo que este pudo percibir fue alivio, tal vez hasta gratitud—. Ese conocimiento, además de la guía de la Fuerza, deben mostrarle a dónde están llevando a las demás niñas. En cuanto al resto, su habilidad y poder en la Fuerza lo conducirán por la ruta más rápida y segura.

—Muy bien —aceptó Vader.

Arrastró su capa detrás de él y caminó de regreso por la pasarela hasta las escaleras que llevaban al foso de la tripulación. Mientras pasaba, los oficiales que estaban allí se acercaron aún más a sus consolas. El timonel ya había dejado su silla y retrocedido para dar espacio suficiente al Señor Oscuro. Vader alcanzó la consola del timón y se dejó caer en la silla.

La silla estaba ajustada a su altura. El timonel la había acomodado mientras Vader iba en camino, o Thrawn ya la había dispuesto para el futuro ocupante, más alto. Vader frunció el ceño. Otra muestra de la abundante confianza en sí mismo del chiss, o tal vez de su confianza en Vader.

Estiró la mano para tomar los controles de la nave. No importaba tanto como el hecho de que Thrawn necesitaba algo, Vader podía proporcionarlo y el Imperio se beneficiaría de sus acciones. Al menos, el Imperio obtendría *mejores* beneficios de eso.

—En espera para entrar a la velocidad de la luz —gritó Thrawn desde la pasarela de mando—. Sistemas despejados.

Vader escuchó la cadencia familiar en las varias estaciones que confirmaban que estaban preparadas. No era muy diferente de las cuentas regresivas que «el jedi» había escuchado a bordo de los cruceros de ataque de la República durante las Guerras de los Clones. Las naves de guerra capitales siempre eran todas iguales, sin importar quién las mandaba.

Hubo un parpadeo en la percepción de Thrawn. Vader levantó la vista y vio una leve sonrisa en su rostro.

—¿Le parece divertido esto, almirante? —lo desafió.

—No, no en absoluto, mi señor —se apresuró a asegurarle Thrawn—. Simplemente estaba recordando algo. Le conté que los chiss llaman a este talento Tercera Vista, lo que aún no le he explicado es el título que se da a esos navegadores una vez que toman sus puestos.

—¿Cuál es?

—La palabra en cheunh es *ozyly-esehembo* —comentó Thrawn—. En básico, se traduce por «Skywalker». —Otra leve sonrisa—. Imagine mi momentánea confusión cuando me encontré por primera vez con el General Anakin Skywalker.

Vader asintió. Él también había olvidado que «el jedi» quedó intrigado por la reacción de Thrawn en esa reunión. Un pequeño misterio, aclarado de una vez por todas.

La repetición de confirmaciones terminó.

—Lord Vader, el *Chimaera* espera su guía —indicó Thrawn.

Eso, al menos, fue diferente. Vader se extendió en la Fuerza y accionó el hiperdrive.

«Doble visión: un objeto cometario que se acercará a la proa de estribor…».

No era muy peligroso, pero un leve desvío del rumbo evitó cualquier posible problema. Adelante, percibió los límites del sistema de Mokivj cuando el *Chimaera* entró una vez más en el espacio interestelar.

«Doble visión: un objeto grande, del tamaño de una estrella por encima de la nave…».

Una vez más, un pequeño toque en el impulsor evitó el riesgo de colisión. Dos estrellas más pasaron destellando, sin disparar advertencia alguna.

«Doble visión: la nave que se inclinará a babor…».

¿La dirección correcta para llevarlos a la base grysk? Vader dejó que su mente se hundiera más en la Fuerza, buscando confirmación.

«Doble visión: la nave que se inclinará a babor…».

Tocó los controles de nuevo, mientras realineaba el *Chimaera* en el vector de su visión. Nunca había hecho esto antes, pero aparentemente sí podía lograrlo.

«Confíe en mí», Thrawn había vuelto a suplicarle. «¿Alguna vez le he fallado?».

«Doble visión: una enana blanca delante…».

Una vez más, ajustó el rumbo. Luego se acomodó para el largo viaje que los esperaba.

CAPÍTULO 18

Los droides de batalla B1 no eran muy inteligentes, pero sí razonablemente rápidos para reaccionar ante objetos que caían o que eran lanzados y ante cambios súbitos en la iluminación o la visibilidad. Los B2 más grandes eran aún más tontos y lentos, aunque contaban con mayor potencia de fuego. Ambos tipos eran igualmente persistentes. Y no ayudaba el hecho de que el Duque Solha y sus dos cohortes estuvieran allí para exigirles más esfuerzos.

Solo habían pasado unos minutos, pero la superioridad numérica ya empezaba a notarse. Sin su sable de luz, las opciones de Anakin eran peligrosamente limitadas. Lo único que lo había mantenido vivo todo este tiempo era su movilidad y el hecho de que los serennianos parecían extremadamente renuentes a dañar la instalación de su línea de ensamble.

Por lo menos, su pequeña cacería de jedi debería mantenerlos demasiado ocupados para que les preocuparan Padmé y Thrawn. Esa era la parte importante. Sin embargo, aun dada la logística necesaria para subir al techo, a Anakin le parecía que ya deberían haber regresado. Con suerte, tan solo estaban actuando con cuidado.

Los droides se acercaban, y Anakin buscaba otro buen lugar al cual moverse, cuando oyó un golpe sordo a lo lejos. Los serennianos y los droides también lo escucharon. Por un momento, el fuego de los blásters se volvió vacilante mientras todos hacían una pausa para escuchar. Hubo un segundo golpe y un tercero. Anakin contuvo el aliento. Algo o alguien (ahora eran varios) estaba golpeando en el lado del patio del ala de la fábrica. ¿La estaban atacando?

Hubo un cuarto golpe sordo. Abruptamente, el fuego de los blásters cesó mientras Solha gritaba algunas órdenes frenéticas. En el piso de abajo, los droides se dieron vuelta y se dirigieron a toda velocidad hacia las dos puertas de salida del salón. Otra orden, y los cuatro B1 que habían subido al segundo piso para tratar de cazar a Anakin se dieron vuelta y también se alejaron.

Anakin se agachó aún más en su actual cubierta, todavía alerta. Esto podría ser un ardid, si Solha planeaba revertir las órdenes en cuanto apareciera Anakin para convertir el supuesto éxodo en una trampa.

No lo era. Un momento después los únicos que quedaban eran los cinco técnicos que seguían trabajando en la programación de los B2, y los tres B2 que los vigilaban.

Anakin se quedó mirando a los droides. Tres contra uno. Evidentemente, era la mejor posibilidad que había tenido hasta el momento, pero sin su sable de luz…

Se quedó congelado mientras se extendía en la Fuerza, cuando una súbita brisa tocó un lado de su rostro. La puerta por la que recién habían salido los droides se acababa de abrir nuevamente. Se dio vuelta en esa dirección, buscando algo apropiado para lanzar…

—¿Anakin? —dijo la suave voz de Padmé.

—Aquí —susurró con el volumen suficiente para que lo oyera.

Echó un último vistazo a los B2 en el piso e hizo un salto bajo de regreso al área junto a la puerta donde había empezado este juego. Padmé estaba en la orilla de la plataforma, agachada bajo la cobertura parcial de un contenedor oxidado, con el bláster S-5 en una mano y el sable de luz en la otra. Se quedó atenta al percibir el movimiento de él y algunas de las arrugas de tensión se suavizaron en su rostro al distinguirlo. Empezó a levantarse, él le indicó con la mano que permaneciera donde estaba y se acercó de prisa.

—¿Estás bien? —preguntó él, agachándose junto a ella.

—Sí —respondió, y le pasó el sable de luz.

—¿Dónde está Thrawn? —quiso saber, mientras levantaba el arma. Era agradable sentir el peso en su mano.

—Se fue. —Lo dijo en pocas palabras—. ¿Qué pasa aquí?

—Solha y casi todos los droides salieron de prisa para hacer frente al otro ataque —explicó Anakin con el ceño fruncido. Había un tono de cansada amargura que apenas había percibido anteriormente en ella—. Si hubieras llegado medio minuto antes, quizá te hubieran pasado por encima.

—Sí, me tuve que esconder de un grupo de B1 que se dirigía al patio —relató Padmé con el ceño fruncido—. ¿Qué otro ataque?

—¿Escuchaste los golpes secos? Creo que alguien está disparando en la pared externa. ¿A qué te refieres con que se fue?

—Trajo su nave, robó el generador del escudo y se fue —explicó Padmé—. Supongo que solo vino a eso.

Anakin sintió que él estómago se le encogía. Debió saber que el chiss no había hecho equipo con él por la bondad de su corazón.

—Bueno, al menos fue lo bastante útil para hacer unos cuantos disparos como distracción mientras se alejaba —comentó—. Voy abajo. Espera aquí hasta que me deshaga de esos droides y entonces podrás ayudarme a descubrir de qué se trata todo esto.

—Muy bien —convino Padmé, y apretó la mano de él brevemente—. Ten cuidado.

—Siempre.

Anakin se extendió en la Fuerza para adquirir fortaleza, se levantó y saltó de la plataforma hacia un lugar vacío sobre la mesa de control que lo pondría fácilmente al alcance de los tres B2. Un aterrizaje en cuclillas, tres rápidos movimientos con el sable de luz y todo terminaría.

Los técnicos, absortos en su trabajo, no lo vieron venir. Los cinco saltaron violentamente hacia atrás cuando cayó de repente sobre la mesa que estaba enfrente de ellos. Los B2, tal vez igual de sorprendidos, ni siquiera se movieron. Mientras Anakin encendía su sable de luz, levantaron los brazos para extender sus blásters de muñeca. Él deslizó el sable a través del torso superior del droide más cercano, pero la hoja azul y brillante se esfumó.

Por medio segundo, Anakin se quedó simplemente mirando el espacio vacío, confundido. Había unas cuantas armas, como los electrobastones, que podían bloquear un sable de luz, pero nunca había pasado que el arma simplemente se apagara.

Los droides seguían levantando sus blásters de muñeca. Anakin encendió de nuevo su sable y lanzó un segundo ataque. De nueva cuenta, la hoja desapareció antes de hacer algo más que dejar un rayón en la piel metálica del droide.

No había tempo para descubrir lo que estaba pasando. Los blásters de muñeca ya casi llegaban al blanco; se extendió en la Fuerza, saltó hacia arriba, pasó por encima de uno de los droides, aterrizó a cinco metros de distancia y encendió de nuevo el sable de luz.

Se dieron vuelta para encararlo, girando los brazos. El primero que tuvo su bláster apuntado disparó.

«Doble visión: rayos que vendrán al torso, al torso…».

Anakin hizo girar la hoja, atrapó los dos disparos e hizo que rebotaran contra las paredes. Por lo menos *eso* seguía funcionando. Se hizo a un lado cuando el segundo droide lo tuvo en la mira y añadió el fuego de su bláster al del primero.

«Doble visión: rayos que vendrán al torso, a la cabeza, al torso, al torso…».

Dejó que la precognición y la Fuerza guiaran sus manos y desvió la andanada mientras trataba de pensar. Muy bien. De alguna manera la armadura de los B2 era capaz de apagar su sable de luz, pero tal vez lo que producía ese efecto no sería tan bueno para bloquear los rayos de bláster. Hora de descubrirlo.

«Doble visión: varios rayos que vendrán al torso, al torso, a la cabeza, al torso, al torso, al torso, a la cabeza…».

Una vez más, Anakin bloqueó la andanada. Solo que esta vez, en lugar de enviar los disparos al otro lado del lugar, los rebotó directo hacia sus atacantes.

No resultó. Los impactos parecieron extraños, al golpear los rayos provocaron una especie de salpicaduras brillantes en lugar hundirse en la superficie. Pero no había daño visible. Evidentemente, los droides no estaban reduciendo el ritmo. Los rayos de bláster llegaban más rápido ahora que los tres B2 lo tenían en la mira. Anakin se escurrió a la derecha, todavía bloqueando los disparos. Un par de ellos llegaron desde arriba cuando Padmé abrió fuego con su S-5, y sus ataques provocaron la misma salpicadura extraña y la misma falta de daño.

Anakin siguió esquivando y rechazando los rayos mientras trataba de pensar. Los rayos de bláster no afectaban a la nueva marca de B2 de Solha. Eso ya era muy malo, pero el hecho de que pudieran apagar, de alguna manera, los sables de luz era mucho peor. Sin embargo, los droides debían tener alguna vulnerabilidad. Si no se les podía detener, entonces los separatistas ganarían. Anakin no aceptaría eso. Se escurrió de nuevo, saltando a la izquierda esta vez y mirando a los ojos de rejilla de los droides mientras ellos apuntaban de nuevo sus blásters hacia él…

«Los blásters».

Supo que las posibilidades eran mínimas, porque dependía de un disparo casi imposible de hacer, pero justo ahora era todo lo que tenía.

Por desgracia, también lo obligaba a estar mucho más cerca, al menos, de uno de los atacantes. Se escurrió a la izquierda de nuevo, todavía bloqueando sus disparos; luego saltó y pasó por encima de los droides con un giro a medio vuelo y aterrizó de nuevo en la mesa de control. Directamente detrás del B2 inmóvil que seguía conectado a la consola. Observó que los cinco técnicos, sabiamente, habían huido del área de combate.

Los tres atacantes de Anakin se dieron vuelta hacia él, pero ahora, como estaba parcialmente protegido detrás del B2 en blanco, solo uno de ellos podía apuntar su bláster. Lo giró para apuntar.

«Doble visión: un rayo de bláster en su torso…».

Anakin se agachó poniendo los ojos a la altura de la muñeca del droide, y mientras el rayo chirriaba hacia él, dejó caer su sable de luz y lo envió directamente hacia atrás, al cañón del bláster.

La explosión del impacto fue sorprendentemente callada, pero el resultado fue todo lo que podía esperar. El bláster de muñeca quedó completamente destrozado, y envió una lluvia de pequeñas piezas en cascada al suelo. El propio droide no pareció notarlo, sino que siguió avanzando con el brazo extendido como si el bláster continuara escupiendo muerte hacia su blanco.

«Doble visión: rayos que vendrán de los otros dos droides al torso, a la cabeza…».

Anakin los rechazó y eludió, una vez más haciendo lo mejor posible para mantener al B2 inmóvil entre él y los atacantes todavía funcionales. Solo que de pronto se le ocurrió que tenía *dos* escudos disponibles. Rebotó una última ráfaga hacia los blásters de los atacantes (falló todos los tiros) y saltó enfrente del droide, que todavía trataba de atacarlo con el arma destrozada. El B2 surgió frente a él y su bláster de muñeca casi chocó contra el pecho de Anakin, quien, con un súbito impulso, clavó la punta de la hoja de su sable de luz directamente en el ojo fotorreceptor derecho del droide.

Había soldados clones en su 501a que aseguraban haber derribado B2 disparándoles al ojo. Anakin nunca había sabido a ciencia cierta si esas historias caían en la categoría de hecho, alarde o deseo. Ahora, por primera vez, sabía que las historias *podían* ser verdad. Porque lo acababa de hacer.

El B2 trastabilló hacia atrás como un alborotador golpeado en la quijada. Anakin sacudió la muñeca con la intención de hacer un corte más profundo en la cabeza y destruir una porción mayor del procesador del droide; una vez más, mientras la hoja golpeaba las orillas de la órbita del ojo, el sable de luz se apagó. Anakin dio un largo paso hacia atrás mientras las rodillas del droide se doblaban y este caía hacia el frente estrellándose contra el piso.

«Doble visión: rayos que vendrán al torso, a la cabeza, al torso…».

Anakin giró y encendió de nuevo su sable de luz mientras los otros B2 sorteaban los obstáculos y regresaban a una distancia que les permitiera disparar. Uno ya estaba caído, faltaban dos. Se movió a la derecha, se puso en posición para saltar una vez más a la sombra del B2 en blanco, donde, con suerte, podría derribar a los droides restantes, de uno en uno.

Estaba a tres pasos de hacer su jugada cuando de arriba, a la altura de donde se encontraba Padmé, surgió un relámpago que iba directamente hacia uno de los droides. El efecto fue sorprendente y vagamente cómico. En lugar de caer simplemente al frente, los brazos y las piernas del B2 se separaron por completo a ambos lados, convirtiendo al droide en una bizarra caricatura de un niño que hiciera un ángel en la arena. Mantuvo esa pose por un segundo antes de, sin equilibrio, derrumbarse al suelo.

No terminaba de caer cuando un segundo relámpago explotó en el aire convirtiendo al último B2 en su propio ángel de arena y derribándolo.

Por un momento, Anakin tan solo miró a los droides, mientras el acre olor del plastoide quemado anidaba en sus fosas nasales. Luego levantó la vista. Padmé estaba de pie en la orilla de la plataforma del segundo piso, con su S-5 sostenido apenas en posición de francotirador a dos manos, con la boca abierta y asombrada por la vista de lo que yacía debajo de ella. Dos pasos atrás y a un lado de Padmé, estaba Thrawn, con un largo rifle colgado al hombro bajo su axila. Mientras Anakin los miraba, el chiss dio un paso al frente, echándose el rifle a la espalda y tomando de manera casual el S-5 de las manos de Padmé. Enganchó el arpeo alrededor de un puntal cercano, saltó de la plataforma y cayó suavemente en el piso de abajo. Restableció el modo de ascenso y envió de nuevo el bláster arriba.

—Bien hecho —lo felicitó mientras caminaba hacia Anakin. Sus brillantes ojos rojos iban de un lado a otro—. Interesante variable de las máquinas de combate habituales de los separatistas.

—Me da gusto que hayas disfrutado el espectáculo —exclamó Anakin, mientras veía el arma poco familiar cuando el otro se paró frente a él—. Gracias por el apoyo. La próxima vez, siéntete con la libertad de unirte antes a la pelea.

—Si lo hubiera hecho, no hubieras aprendido a derrotarlos —señaló Thrawn—. Además, esta arma en particular solo tiene tres tiros.

Anakin sintió que su labio se contraía. Así que el chiss *pudo* haber derribado a los tres B2. En cambio, se había mantenido a la espera mientras Anakin corría como loco tratando de que no le volaran la cabeza. Aun así, debió admitir que Thrawn tenía razón. Si toda esta fábrica estaba orientada a crear más droides invulnerables, la República necesitaría saber cómo luchar contra ellos.

—Bueno, gracias, de todos modos. —Señaló con la barbilla al droide que él había derribado—. ¿Tienes idea de cómo están haciendo esto?

—Me lo imagino —comentó Thrawn—. Examinemos los contenedores.

Padmé se les unió en el camino.

—Pensaba que se había ido —le comentó a Thrawn con mirada hostil, aunque no era seguro que su tono de voz fuera de enojo, alivio o una combinación de ambos.

—Nunca dije que me iba —explicó Thrawn con calma—. Simplemente dije que se me había enviado por el generador del escudo y que mi primer deber era con mi pueblo. Una vez cumplida esa tarea, tuve la libertad de regresar a ayudar al General Skywalker.

—¡Hey! —gritó una voz desde un costado.

Por reflejo, Anakin giró mientras encendía el sable de luz y su conciencia periférica le indicaba que Thrawn había girado su propia arma de regreso a la posición de disparo.

Un hombre grande venía hacia ellos desde la puerta del primer piso, con un bláster E-5 de droide de batalla en las manos. Se detuvo de golpe, con los ojos bien abiertos, al ver la hoja del sable de luz.

—¡Guau! —exclamó agachándose precipitadamente y depositando el E-5 en el suelo.

—Está bien —intervino Padmé de prisa—. Es LebJau, me ha estado ayudando.

—¿Qué quieres? —preguntó Anakin y se quedó viendo al intruso al otro lado de la hoja pulsante. Por lo general, confiaba en el juicio de Padmé, pero el hombre había cargado hacia ellos sin avisar y llevaba un arma de los separatistas.

—Estoy sacando a todos, como ella dijo —explicó LebJau, cuya mirada parecía anclada en el sable de luz—. Tan solo pensé que ella podría necesitarme, es todo.

—Les prometí a él y sus amigos una recompensa económica si no me entregaban al Duque Solha —agregó Padmé.

—¿El pago de rescate por una embajadora es una práctica común en la República? —quiso saber Thrawn.

Los ojos de LebJau se agrandaron un poco más.

—¿Embajadora? No nos dijiste que fueras una embajadora.

—No te preocupes por eso —comentó Anakin—. Esos. —Señaló al grupo de técnicos que seguían escondidos detrás de la fila de B2 en blanco—. Siguen aquí. Deshazte de ellos.

—Por supuesto. —LebJau hizo una seña a los técnicos—. Ya oíste al hombre, Vipke. Váyanse. Dije que se vayan.

En silencio, los técnicos se despegaron de la pared y atravesaron el lugar. Anakin observó que sus expresiones iban de nervios a miedo y enojo.

—Escárchense —murmuró uno de ellos lanzándole una mirada fulminante cuando pasó junto a Anakin—. Has arruinado todo.

—Muévete —gruñó LebJau. Sin dejar de mirar a Anakin, se agachó y recogió de nuevo, con cuidado, el bláster. Cuando pasó el último técnico, se colocó detrás de ellos con el bláster preparado en las manos. Thrawn se dirigió de nuevo a los contenedores, y Anakin y Padmé lo siguieron.

—¿Saben? Pudimos preguntarles a *ellos* sobre los droides —comentó Padmé en voz baja.

—Sí, pudimos hacerlo —estuvo de acuerdo Anakin—. En realidad no los quería por aquí. Está bien, Thrawn: escuchémoslo.

—Un experimento. —Thrawn señaló al contenedor con el material fibroso—. Toca esto con tu sable de luz.

Anakin lo hizo. Una vez más, la hoja se desvaneció al instante.

—A este material se le llama cortosis —explicó el chiss—. Es muy raro. He escuchado historias de él, pero nunca lo había visto. Se rumora que tiene coeficientes de

absorción y transmisión de energía anormalmente altos, hasta el punto de que muchos rayos de armas de energía se disiparán a lo largo de las fibras sin dañarlas.

—Por eso los disparos de bláster no les hicieron nada —murmuró Padmé.

—Sí —confirmó Thrawn—. También es suave y frágil, inútil para construir una armadura u otros materiales protectores.

—Al parecer, Solha ha resuelto ese problema —sugirió Anakin.

—En efecto —confirmó Thrawn—. Aparentemente, han encontrado un método para tejer el cortosis en una red con una matriz protectora. Por tanto, un impacto de energía se disipa a través de toda la red y la capa de armadura del droide.

—También han recubierto las paredes con él —indicó Padmé—. Los rayos de bláster que rechazaste hicieron el mismo efecto de estallido de sol, como los que enviaste a los B2.

—Imagino que se necesitó una experimentación considerable para aprender a usar una cantidad mínima de cortosis en un patrón de tejido en que cada fibra toque al menos una de las otras —dijo Thrawn—. Parece que usaron sus fallas para agregar protección adicional a su fábrica.

—¿Así que los blásters no funcionarán, a menos que produzcan una sacudida realmente enorme? —preguntó Anakin viendo a los dos droides con aspecto de ángeles de arena que Thrawn había derribado con su pistola de relámpagos.

—Tal vez una sacudida muy específica —contestó Thrawn—. Un disparo de bláster es un solo pulso de energía que puede disiparse a través de la matriz. El cañón de arco entrega un perfil de energía prolongado que sobrecarga incluso la capacidad de disipación del cortosis.

—Sin mencionar que pone una carga enorme en la piel que hace que las extremidades se repelan entre sí. —Señaló Padmé—. Eso es un toque agradable.

—Completamente inesperado, se lo aseguro —aclaró Thrawn—. Los efectos colaterales del combate pueden ser impredecibles.

—¿Qué es lo que pasa con mi sable de luz? —preguntó Anakin—. También entrega un perfil prolongado de energía.

—Sobre eso solo puedo especular, porque las historias del cortosis no incluyen esas armas —respondió Thrawn—. Sospecho que es análogo al funcionamiento de un superconductor. Casi todos esos materiales se sobrecargan con una corriente que sea lo suficientemente grande. Es probable que un gradiente de energía mucho más agudo en el borde de la hoja del sable bloquee momentáneamente el efecto de cortosis, lo que envía la energía de rebote a la hoja. Debe de haber algo en el perfil de regreso que hace que el mecanismo se apague.

—Eso no tiene ningún sentido —insistió Anakin—. Puedo rebotar contra otra hoja de sable de luz sin que nada de eso pase.

Thrawn negó con la cabeza.

—Como dije, solo puedo especular, pero evidentemente la capacidad de bloquear sables de luz tendría una importancia fundamental para los separatistas.

—La tendría —estuvo de acuerdo Anakin enfáticamente, mientras encendía de nuevo el sable de luz. Se veía, sentía y sonaba exactamente como solía hacerlo—. Así que lo que necesitamos hacer es destruir todo esto. —Señaló el recipiente de cortosis—. Para que no puedan fabricar más de esos superdroides de batalla.

—Puedes hacerlo —estuvo de acuerdo Thrawn—. Pero es posible que haya más material disponible del que tenemos a nuestro alcance.

—También hay una mina —informó Padmé—. Allí es donde lo obtienen.

—Entonces la debemos inutilizar también —afirmó Anakin con impaciencia—. Así que empecemos.

—Un momento —pidió Thrawn entrecerrando sus ojos brillantes, concentrado—. En lugar de tratar de destruir la fábrica, una mejor solución sería dejar que desperdicien su tiempo y sus recursos en un proyecto fatalmente fallido.

Anakin se quedó mirando a Padmé. Parecía tan confundida como él.

—¿Cómo propones que lo hagamos?

—Tenemos a nuestra disposición el sistema de control de la línea de ensamble —explicó Thrawn señalando la mesa de control—. Tenemos tu droide astromecánico. ¿Por qué no reprogramamos a los droides de guerra para que fallen?

—¿Se refiere a dejar algunos lugares abiertos para que los rayos de bláster puedan penetrar? —cuestionó Padmé—. ¿No lo notarán?

—Sugiero algo más sutil —dijo Thrawn—. La malla abarca casi toda la superficie del droide. Podemos simplemente extenderla un poco agregando unas cuantas hebras a través del condensador de descarga, dentro de los cilindros de emisión del bláster.

Anakin frunció el ceño, y luego lo comprendió.

—¿Para que, cada vez que dispare, envíe una ráfaga de energía propia al sistema?

—Exactamente —confirmó Thrawn—. Si también cambiamos la ruta de algunas de las hebras de la malla interna para que se acerquen más al procesador de control…

—Entonces cuanto más disparen, más rápido se freirá su cerebro —indicó Padmé, mientras un cauteloso entusiasmo se flitraba en su voz—. Solo que lo hará con tanta lentitud que no lo notarán. Se verá bien y pasará todas las pruebas.

—Después de cinco minutos en combate empezarán a desmoronarse —indicó Anakin—. Parece un buen plan. Conectemos a R2 y veamos qué puede hacer.

El protocolo estándar de la República obligaba a que la memoria de los droides astromecánicos se borrara después de cada misión. Así, en caso de que lo capturaran los separatistas, se evitaría que entregaran al enemigo un tesoro de información clasificada. Anakin había ignorado de manera rutinaria esa orden, a pesar del problema que ocasionalmente le causaba tanto con el liderazgo militar como con el Concejo Jedi. Como resultado, R2-D2 todavía tenía todas las piezas y los fragmentos extraviados que había recolectado con el paso de los años. Uno de esos fragmentos de procedimiento incluía la arquitectura de fábricas y la rescritura gráfica.

—Muy bien, ya está en eso —anunció Anakin mientras el droide silbaba su confirmación—. ¿Otra sugerencia?

—Solo que se apresure —pidió Thrawn ladeando la cabeza—. El ataque de distracción de mi piloto ha terminado. Pueden regresar en cualquier momento.

—Pensé que dijiste que no ibas a traer tu nave —indicó Anakin, concentrándose en los sonidos de alrededor. Por supuesto, el golpeteo rítmico anterior había cesado.

—Dije que no deseaba arribar con ella —le recordó Thrawn—. Tal vez necesitemos crear una distracción para permitir que la Embajadora Padmé y el droide terminen su tarea.

—LebJau dijo que filtraban y clasificaban el cortosis en el extremo oeste del ala norte —informó Padmé—. Luego lo llevan al ala noreste y lo traen aquí, al ala este.

—Aquí están fabricando B2 imparables —exclamó Anakin—. ¿Alguna idea de qué están haciendo en el ala norte?

—No lo dijo. Tal vez no lo sabe.

Anakin alzó una ceja en dirección de Thrawn.

—¿Te gustaría descubrirlo?

—Sería un lugar tan bueno para una distracción como cualquier otro —convino Thrawn.

Anakin reprimió una mueca mientras atravesaba el lugar hacia la puerta norte del ala. Ahora que su misión *real* se había completado, ¿el chiss había perdido interés en cualquier otra cosa que los separatistas estuvieran haciendo ahí?

No importaba. A Anakin seguía importándole. Con más razón, si Thrawn realmente había enviado lejos su nave, su carguero prestado todavía era el único medio que tenía el chiss para salir de Mokivj. Pero no solo necesitaba el carguero, también a Anakin. La única razón para que Thrawn tuviera un piloto era que no podía volar una nave por sí mismo. Interesado o no, aún tenía que acompañarlo.

—Bien —confirmó Anakin—. Lo tomaré en cuenta. Trata de mantener el paso.

Como Padmé había señalado, las paredes eran por lo menos parcialmente inmunes a los sables de luz. Por fortuna, la puerta que conducía al ala norte no lo era. Mientras miraba desde el escritorio de control, Anakin cortó cuidadosamente la cerradura y las bisagras. Un giro de su mano, y el pesado panel flotó hacia atrás, fuera del marco. Anakin y Thrawn pasaron por ella; el primero con el sable de luz preparado, el segundo con su arma de rayos todavía colgada a la espalda.

Padmé observó mientras desaparecían de la vista, con la mente agitada por sentimientos encontrados. Estaba contenta de que Thrawn hubiera regresado, sobre todo porque Anakin podría haber muerto si no lo hubiera hecho. Pero aún la irritaba el hecho de que, al parecer, habría sido perfectamente capaz de abandonarlos una vez que tuvo lo que necesitaba.

Tal vez eso no era ilógico. Tal vez en su lugar ella hubiera hecho lo mismo y lo que realmente le molestaba era su sugerencia de que la República y los separatistas jugaban

con las mismas reglas. Porque ella había visto demasiadas veces que eso pasaba. Diplomáticos, senadores, gobernadores, sistemas planetarios enteros: en el instante en que tenían lo que querían, se iban sin un solo pensamiento para nadie más. ¿Así eran siempre las cosas?

Un movimiento le llamó la atención. La puerta de la que Anakin acababa de deshacerse estaba regresando a la abertura. Justo antes de que bloqueara la vista de Padmé, tuvo un atisbo de Anakin al otro lado, con una mueca de molestia en los labios. Lo que probablemente significaba que volver a poner la puerta había sido idea de Thrawn, no suya. Padmé sonrió. Anakin nunca había sido alguien que aceptara las órdenes con gracia. Algunos días, hasta las sugerencias lo fastidiaban.

R2-D2 lanzó un bip.

—¿Entraste? —preguntó Padmé mirándolo—. ¿Cuánto tiempo?

El droide silbó un estimado: diez a quince minutos.

—Bien —respondió Padmé.

Eso les daría tiempo suficiente a Anakin y Thrawn para descubrir lo que Solha estaba haciendo en esa ala. Con suerte, podrían encontrar una solución tan inteligente como el plan de Thrawn para los B2. Estiró una mano y tocó con suavidad el brazo del superdroide de batalla. Se sentía un poco más caliente que las armaduras usuales de metal; aparte de eso, no había mucha diferencia.

Por lo menos ahora sabía por qué los separatistas habían instalado su fábrica de droides ahí en lugar de enviar el cortosis a algún otro sitio de su territorio. Una nave capturada que llevara un material desconocido despertaría sospechas e investigaciones. Una nave capturada que transportara superdroides de batalla no haría siquiera que alguien alzara una ceja; simplemente se enviaría a algún otro lugar para aplastar o desmantelar su carga. Había posibilidades de que los trabajadores o los droides que realizaran esa tarea nunca hubieran notado algo inusual en ellos.

Sin aviso, el B2 se contrajo. Padmé retiró la mano de un tirón.

—¿R2? —jadeó—. Tú *interrumpiste* la transferencia de datos, ¿verdad?

No estaba segura de haber comprendido por completo la respuesta del astromecánico, pero sonaba como si la transferencia ya se hubiera completado y el B2 simplemente estuviera esperando que su procesador interno organizara los datos e instalara la programación interna.

—¿Cuánto tiempo? —quiso saber.

La respuesta fue casi inevitable: diez a quince minutos.

—Estupendo —murmuró mientras veía al gran droide—. Apúrate, R2.

Él lanzó un bip ligeramente presumido: por supuesto que estaba trabajando a toda velocidad.

—Bien —replicó Padmé y sonrió. No importaba qué peligro acechara; a pesar de estar en medio del caos, R2-D2 tan solo seguía haciendo lo que tenía que hacer. Era una lección que resultaría beneficiosa para muchas personas a las que conocía.

Pasó la vista por la fila de B2 que seguían de pie contra las paredes. Tardíamente, se le ocurrió que el pequeño truco de manos de Thrawn (eso era, de manera casi literal) serviría, con suerte, para cualquier futuro droide de batalla. Pero si salían, esos ocho terminados podrían darles a las fuerzas de la República serios problemas.

Tal vez había alguna manera de que ella pudiera sabotearlos, o por lo menos marcarlos para que los clones y los jedi los vieran acercarse. Dejó a R2-D2 con su tarea y cruzó hacia los B2. Estudió sus torsos, preguntándose si se atrevería a poner rayones en ellos…

—Hola, jedi. —Una voz tranquila surgió al otro lado del lugar.

Padmé se quedó rígida, resistiendo la urgencia de ir por uno de sus blásters.

Por la dirección de la voz, quizás había entrado por la puerta sur. Por el sonido de sus pasos, iba caminando de manera despreocupada hacia ella. Si tenía su propia arma preparada, e indudablemente la tenía, Padmé nunca estaría en posición de hacer un disparo antes de que él le diera.

Frunció el ceño. *Un solo* juego de pisadas. Más importante aún: un juego de pisadas que no iba acompañado por el distintivo sonido metálico y amortiguado de los droides de batalla. ¿Había venido solo?

—Buenas noches —le contestó, mientras pensaba rápido.

Anakin había dicho que el Duque Solha estaba a cargo de esta operación, y ese era definitivamente acento serenniano. Pero enfrentar solo a un jedi rebasaba incluso la famosa arrogancia cultural de la nobleza serenniana. Encima de eso, algo no parecía correcto con su voz. Padmé frunció el ceño…

—Veo que está admirando mi obra —continuó la voz, mientras los pasos seguían avanzando en su dirección—. Sea buena y le contaré… —Abruptamente, las pisadas vacilaron—. ¿Qué dem…?

Padmé sonrió ligeramente.

—Supongo que usted ha observado *mi* obra —contratacó.

Se dio vuelta y entonces contuvo el aliento. El acertijo de la voz extraña, al menos, ahora quedaba respondido. En lugar del noble al que había visto desde su puesto de observación oculto en el ala oeste, un hombre vestido elegantemente con una túnica y una capa serenniana, se encontraba frente a un trooper clon con armadura completa. Sostenía un rifle bláster hacia ella (no era el DC-15 de uso estándar en la República, lo que pareciera extraño, sino un E-5 de droide de batalla), pero su casco estaba girado a un lado, hacia los tres B2 que Anakin y Thrawn habían destruido.

—Imposible —exclamó, como si hablara consigo mismo—. Me aseguraron… ah —suspiró, y la confusión de pronto desapareció de su voz—. Muy inteligente. ¿Dónde encontró un cañón de arco para usarlo contra ellos?

—Tengo muchos recursos —presumió Padmé. Así que él sabía que la pistola de relámpagos de Thrawn podría acabar con los droides. Interesante—. Droides de batalla invulnerables. Muy impresionante.

Él volteó repentinamente y se inclinó hacia delante como si mirara la cara de Padmé con atención.

—¿Senadora Amidala?

—Sí —respondió ella—. ¿Duque Solha?

Por un momento, el hombre titubeó. Luego, mientras mantenía apretado su E-5, levantó amabas manos y se quitó torpemente el casco. Era el duque, por supuesto. Pero no como lo recordaba. Mientras que el viejo Solha tenía el aspecto de alguien cuyas ambiciones y deseos habían sido empequeñecidos a cada paso, los ojos y el rostro de este nuevo Solha echaban fuego, rebosantes de esperanza, propósito y expectativas.

—Así que me recuerda —comentó Solha—. Estoy impresionado. Tantos en la República y el Senado me consideraban una broma, o no me veían en absoluto.

—Eso no es verdad —expresó Padmé con todo cuidado.

Solha estaba trabajando evidentemente con Dooku, pero en ese tipo de alianza siempre había una posibilidad de persuadir a alguien de cambiar de bando. De todos modos, ella necesitaba entretenerlo para ganar un poco de tiempo; también podría usar ese tiempo para tratar de sembrar unas cuantas semillas de duda.

—Se le veía como uno de los más callados pero más sólidos partidarios de la justicia y el orden.

—¿Querrá decir, cuando recordaban mi nombre? —se mofó Solha—. Bueno, eso cambiará. Después de la victoria final de la Confederación, *todos* sabrán mi nombre.

—Estoy segura de que así será —le aseguró Padmé—. Sin embargo, debo advertirle que Dooku ha prometido la victoria cualquier cantidad de veces, y de alguna manera la República aún se las ingenia para sobrevivir.

—Ojalá recuerde ese alarde mientras espera juico por crímenes contra la Confederación —dijo Solha—. Una vez que Dooku tenga un ejército de estos droides, más un par de otras sorpresas… —Sonrió taimadamente—. Su preciosa Gran Armada quedará condenada. Si tiene suerte, tal vez el conde permitirá que la República siga existiendo. Si no… —Se encogió de hombros de nuevo—. En todo caso, imagino que se eliminará a los miembros más molestos del gobierno.

—Eso supongo —estuvo de acuerdo Padmé, quien lanzó una mirada subrepticia a la puerta sur. Todavía no había signo de ningún droide. ¿Qué estaba esperando Solha?—. Aunque, como una política profesional, tengo que decirle que realmente no es productivo elevar el tono de sus amenazas en este momento.

Al parecer, la mirada no había sido tan subrepticia.

—Si espera que mis hermanos y mis droides hagan su aparición, está mirando en la dirección equivocada —advirtió Solha—. Algunos siguen en el patio, asegurándose de que el carguero robado en que llegaron sus amigos no vuele de nuevo, por lo menos en un tiempo cercano. Los otros… —Le lanzó una sonrisa malévola—… están abriéndose paso por el ala norte. Una vez que se encarguen de sus amigos, entrarán por la otra puerta, que queda allá… —Se interrumpió con una repentina expresión de comprensión en el

rostro—. Por supuesto —exclamó—. Skywalker. Pensé que ese ladrón de cargueros me parecía familiar. Pero no pude identificar su rostro. Oh, qué desafortunado.

—¿Por qué? ¿Porque está perdido? —sugirió Padmé—. Puedo ofrecerle buenos términos de rendición, si lo hace ahora.

—No, no —respondió Solha—. Es desafortunado porque significa que un gran héroe de la República morirá aquí, sin que nadie sepa siquiera lo que le pasó. —Su rostro se endureció—. Al igual que usted, por supuesto.

CAPÍTULO 19

En lugar de una línea de ensamble, el área de la fábrica en el ala norte parecía el estudio de un artesano, más pequeño y lleno de mesas; ocupaba, además, un solo piso. Pero el trabajo que se hacía allí les resultó muy familiar.

—Así que es por esto que Solha llevaba una armadura de trooper —comentó Anakin, mientras él y Thrawn permanecían junto a una sección de la mesa de ensamble—. Tienen el mismo sistema aquí que con los B2.

—Sí —murmuró Thrawn—. Esto es un acertijo, general.

—¿Cómo?

—Afirmaste que los droides de batalla que se fabrican en el ala este luchan por los separatistas —le recordó Thrawn—. Sin embargo, esta armadura la portan los clones que pelean por la República. ¿Por qué querrían los separatistas armaduras resistentes a sables de luz para sus enemigos?

—Eso es obvio —le explicó Anakin sombríamente—. Dooku debe de estar planeando una infiltración masiva de las fuerzas de la República. —Señaló con la barbilla las filas de armaduras completadas que estaban alineadas en ganchos a lo largo del centro del salón—. En realidad, ahora ya tiene suficientes para pasarle por encima a todo el distrito del Senado.

—¿Los separatistas también tienen soldados humanos?

—Los suficientes para llenar todos estos trajes —afirmó Anakin—. Tal vez es por eso que Dooku tiene a Solha a cargo de la fábrica, para empezar. Un operación dirigida por serennianos, con tropas serennianas con armadura, y Dooku abrirá la primera grieta en lo mejor que Coruscant tiene por ofrecer, una vez que haya acabado con el Senado.

—¿Y también eliminado a los jedi? —inquirió Thrawn—. Son los únicos en la República que usan sables de luz, ¿o no?

—Así es —confirmó Anakin mientras se le formaba un nudo en la garganta—. Tienes razón, armaduras como estas serían perfectas para atacar el Templo Jedi. Si Dooku pudiera destruir a los jedi y el Senado, además de capturar, tal vez, al Canciller Palpatine… —Se interrumpió cuando una súbita corriente de emociones lo inundó—. Padmé está en problemas —exclamó, se dio vuelta y se dirigió de prisa a la puerta. Se detuvo a media carrera, porque Thrawn lo tomó del brazo.

—¡No!

—Vamos —dijo Anakin soltando su brazo del apretón del chiss. Thrawn lo contrarrestó dándose media vuelta y tomando firmemente a Anakin por el cuello de la túnica con la otra mano—. Dije *vamos.*

—No puedes —afirmó Thrawn, con firmeza—. *Este* es el peligro para tu República. *Aquí* es donde debes concentrar tus esfuerzos.

—Reprogramaremos esta fábrica como R2 lo está haciendo con la otra —explicó Anakin, levantando el brazo y dirigiendo su antebrazo a la muñeca de Thrawn para tratar de romper el otro apretón. Thrawn lo contrarrestó soltándolo solo cuando el brazo de Anakin pasó zumbando sin causar daño, luego lo volvió a agarrar—. Detente, maldita sea: ella va a *morir*.

—No podemos reprogramar aquí —comentó Thrawn—. Los clones no tienen las armas integradas de los droides.

—No puedo abandonarla.

—No lo haremos —prometió Thrawn—. Pero tu misión, tu *verdadera* misión, debe estar primero.

«Mi verdadera misión es Padmé», quiso gruñir Anakin. Pero una vez más, no pudo. Thrawn no sabía la verdad, y Anakin no se atrevía a contársela. Además, en el fondo sabía que el chiss tenía razón. No serviría de mucho rescatar a su esposa aquí tan solo para verla ejecutada en una purga por parte de los separatistas, después de la caída de Coruscant.

—¿Tienes un plan?

—Sí —dijo Thrawn—. Veamos si nuestros oponentes nos dan tiempo suficiente.

—Estoy segura de que hará lo mejor posible —afirmó Padmé esforzándose para que su voz permaneciera tranquila.

Si el resto de los B2 de Solha eran tan invulnerables como los tres con que Anakin y Thrawn ya habían combatido, su esposo enfrentaba un peligro mortal. Detrás de Solha, el domo de R2-D2 se dio vuelta para encararla. Entonces, se dio cuenta de algo que no se le había ocurrido. Por la manera en que la mesa de control estaba colocada, Solha no había visto el brazo de datos de R2-D2 al avanzar por el lugar. Más importante aún: no había tenido posibilidades de ver que el brazo estaba insertado en la conexión de datos, pero lo *vería* ahora si tan solo se daba vuelta. A toda costa, Padmé tenía que evitarlo.

—¿Por qué no me cuenta el gran plan de Dooku? —preguntó en voz alta—. Creo recordar que las costumbres serennianas le permiten a un prisionero condenado una última petición.

—Cuánto dramatismo, senadora —bromeó Solha—. En realidad, se lo contaría si pudiera, pero creo que el conde aún está trabajando en los detalles.

—Ah —exclamó Padmé con sequedad.

Correcto. El Conde Dooku que conocía ya tendría en este momento todo planeado hasta el último centímetro y milisegundo. Era muy probable que así fuera, y que Solha no fuera entonces tan importante como para hacerlo partícipe de esa información.

—En realidad, el plan debe ser obvio —continuó Solha—. Droides de batalla invulnerables para destruir sus ejércitos de clones…

Con un sonido metálico, el B2 que estaba junto a R2-D2 cobró vida repentinamente. Solha se dio media vuelta hacia él, y entonces Padmé sacó su S-5, apuntó al lado izquierdo de las costillas inferiores de Solha, un tiro que llamaría su atención sin herirlo seriamente, y disparó. El rayo explotó en la orilla de la placa pectoral y desapareció.

Solha se sacudió y se dio vuelta con una expresión de sorpresa en el rostro.

—¿Me *disparó*?

Padmé volvió a disparar, más al centro de su pecho esta vez. De nuevo, sin efecto alguno. Aunque esta vez distinguió el efecto distintivo de quemadura de sol. Como la de los B2, la armadura de Solha estaba cubierta con fibras de cortosis.

—Basta de conversación civilizada —gruñó Solha mientras desaparecía su arrogancia desinteresada. Deslizó el casco sobre su cabeza una vez más y extendió los brazos a ambos lados—. Adelante, haga su mejor disparo. Luego tal vez aceptará el hecho de que la República está condenada.

Padmé fijó la mirada más allá de su hombro para ver cómo R2-D2 retiraba el brazo de datos de la consola. La reprogramación había terminado. Era hora de irse de ahí.

—Si insiste —confirmó y se concentró de nuevo en Solha.

Envió un disparo final de bláster, y esta vez el estallido de sol rebotó de su casco, nuevamente sin daño. Entonces movió el selector del S-5 con el pulgar, se preparó y disparó su último arpeo directamente entre los ojos de él.

El impacto lanzó su cabeza hacia atrás y lo hizo trastabillar mientras luchaba por recuperar el equilibrio. Padmé corrió hacia delante, al tiempo que recuperaba el arpeo. Solha retomó su posición y empezó a girar su E-5 de nuevo hacia ella, pero cayó de espaldas cuando lo golpeó en su casco con el arpeo. Mientras lo recuperaba de nuevo, se acercó a él y pateó el bláster para alejarlo de su mano.

Él la agarró por el tobillo y empezó a ponerse de pie. Padmé golpeó la placa facial con el arpeo una última vez, con lo que hizo rebotar la parte trasera del casco contra el piso. Esta vez, Solha colapsó y se quedó quieto.

—Vamos —dijo e hizo una seña a R2-D2 mientras se daba vuelta y corría hacia la puerta norte. El hermano y la hermana de Solha estaban allí afuera, en algún lugar, y Anakin y Thrawn no sabían que su armadura de clon era tan invulnerable como las de los B2.

Iban a medio camino hacia la puerta cuando Padmé escuchó la agitación del superdroide de batalla, que acababa de despertar detrás de ella. Hizo un extraño sonido en lo profundo de sí mismo y empezó a abrirse paso hacia ellos.

—Llénalo por completo —indicó Thrawn.

Anakin parpadeó mientras veía el casco del trooper clon que tenía en sus manos. Solo estaba lleno a medias.

—Correcto. —Accedió, y lo dejó caer nuevamente en el recipiente de cortosis mientras su concentración plena estaba en las sensaciones que le llegaban desde el ala este. Padmé aún estaba viva, ilesa, y su ansiedad había quedado una vez más bajo control. Pero eso era todo lo que podía ver. Desesperadamente, quería dejarle a Thrawn el resto del trabajo de preparación y correr en su ayuda, pero no podía. Thrawn tenía razón: debían combatir esta cosa aquí y ahora, o la República estaría en peligro mortal. Además, ya se escuchaban los sonidos de los droides que se acercaban por el extremo oeste del ala norte. Él y el chiss estaban quedándose sin tiempo.

—¿Estás seguro de que esto funcionará? —preguntó colocando el casco en el piso, con los demás.

—No estoy seguro de nada —admitió Thrawn—. Las historias y las leyendas son útiles para calibrar una cultura, pero no siempre resultan fuentes confiables de datos tácticos. Sin embargo, por lo que he visto, creo que esto ofrece una buena oportunidad de éxito.

—Bueno, si no es así, nunca dejaré que escuches el final —afirmó Anakin.

Los sonidos de pisadas de droides se estaban acercando. Se produjo un repentino golpe sordo detrás de ellos. Giró, atrajo y encendió su sable de luz en un solo movimiento. Para su alivio, era Padmé con R2-D2, que se impulsaba por el aire detrás de ella.

—¡Padmé! —gritó.

Ella se dio vuelta hacia la voz, y su zancada vaciló por una fracción de segundo al verlos a él y a Thrawn enfundados en su nueva armadura de trooper clon; luego corrió hacia Anakin.

—El otro B2 —gritó con voz tensa—. Está detrás de mí.

Anakin silbó entre dientes. Un B2 invulnerable detrás, una cantidad desconocida de droides de batalla al frente. Estupendo.

—Me encargaré de él —afirmó acercándose a ella.

—Espera —gritó Thrawn tras él—. Debes inhabilitar al droide de manera que bloquees la puerta.

—No te preocupes, ninguno de los otros droides en blanco ha sido activado —indicó Padmé.

—El bloqueo es para nosotros —afirmó Thrawn—. No deben preguntarse después de esto por qué no regresamos a esa cámara y la destruimos.

—Sí, claro, comprendo —dijo Anakin con impaciencia. Por desgracia, ni siquiera un voluminoso superdroide de batalla cubriría toda la entrada—. ¿Sugerencias?

—Trata de extenderlo como águila, como lo hice con los dos que derribó mi cañón de arco —sugirió Thrawn.

—¿Por qué no lo hace *usted*? —inquirió Padmé—. Aún le queda un tiro, ¿verdad?

—Necesitamos ese aquí —explicó Anakin, pensando rápido—. Está bien, lo conseguiré. Padmé, quédate aquí y échale una mano: estamos llenando la mayor cantidad posible de cascos con cortosis. R2, quédate conmigo.

—No dejes que el B2 vea tu sable de luz —gritó Padmé detrás de él.

—Está bien —dijo Anakin.

Retiró la parte superior de la placa pectoral, dejó caer el arma entre su pecho y la armadura y corrió hacia la puerta, sintiéndose decididamente incómodo y más que un poco claustrofóbico. Por lo general, luchaba con una armadura mínima, como Thrawn ya lo había observado, y con los brazos y las piernas libres para moverse. Entrar en batalla completamente revestido de esta manera era una experiencia nueva y no particularmente placentera.

Un desarmador que yacía en el piso a unos metros le llamó la atención, y usó la Fuerza para atraerlo a su mano. Un par de rápidas instrucciones a R2-D2…

El pequeño droide silbó una advertencia.

—Correcto —convino Anakin y se deslizó el casco: ahora se sentía incómodo, claustrofóbico y ciego. Estupendo.

Los B2 no eran aterradoramente rápidos, por fortuna, y el droide de batalla estaba aún a unos cuantos pasos cuando Anakin y R2-D2 llegaron a la puerta. El B2 distinguió a Anakin y se detuvo, elevando su bláster de muñeca.

—Identifíquese —exigió con voz plana.

Anakin sonrió dentro del casco. De modo que eso era lo que había querido decir Padmé. Los tres serennianos también usaban armaduras de clon y tal vez no habían tenido tiempo de establecer un sistema de cifrado de identificación apropiado con sus droides. Siempre y cuando el B2 no viera su sable de luz, no podía saber que no era uno de sus amos.

—Duque Solha —afirmó, tan solo para ver lo que haría.

El B2 se detuvo por un momento, pensativo o quizá confundido.

—¿R2? —murmuró Anakin y movió la barbilla en dirección del droide.

R2-D2 trinó y rodó hacia delante, poniendo a funcionar sus pequeñas ruedas a todo lo que daban. Alcanzó velocidad máxima, siguió avanzando y golpeó las piernas del B2.

Dada la diferencia en tamaño y peso, Anakin no había esperado que el astromecánico derribara al droide de batalla. Seguro, el B2 trastabilló con el impacto, pero permaneció de pie. Miró abajo, como si estuviera sorprendido por la imprudencia total de R2-D2, y Anakin aprovechó la distracción para estirarse hacia arriba y clavar el extremo del desarmador en la pared, justo arriba del dintel de la puerta, mientras usaba el impulso de la Fuerza para empujarlo a través de la cerámica casi hasta la empuñadura.

El B2 deslizó su brazo izquierdo hacia abajo para hacer a un lado a R2-D2, y avanzó de nuevo hacia la entrada. Anakin retrocedió un par de pasos, luego invirtió la dirección y corrió hacia el droide. Llegó a la entrada y saltó hacia arriba, se aferró al desarmador y lo usó como pivote para balancearse hacia delante. Apartó el desarmador, se arqueó brevemente en el aire y golpeó con los pies por delante el torso del B2.

El droide de batalla casi cayó en ese momento, y apenas logró mantener el equilibrio. Anakin aterrizó de espaldas en el piso y se impulsó para ponerse de pie.

«Doble visión: disparo que vendrá al torso…».

Justo en el momento en que el B2 disparó su bláster de muñeca a toda potencia hacia su pecho, Anakin retrocedió agitado, mientras sentía que un brillo cálido se extendía rápidamente desde su torso y envolvía todo su cuerpo. El droide volvió a disparar mientras Anakin retrocedía y pasaba por la puerta; esta vez el brillo fue casi dolorosamente caliente. Parecía que hasta el cortosis tenía sus límites.

El B2, una vez restablecido su equilibrio, empezó a avanzar de nuevo, mientras su bláster seguía el pecho de Anakin. Detrás del droide, aparentemente sin ser notado, R2-D2 se preparaba para otra carrera contra sus piernas. Anakin observó al B2, a la espera de su momento.

—¡Ahora, R2! —gritó y volvió a cargar hacia delante.

En general, los B2 no eran muy brillantes, pero este quizás era más inteligente que los demás. Más importante aún: ya había probado el modo de ataque preferido de su oponente. Mientras Anakin corría de prisa hacia delante, alcanzó la puerta y extendió los brazos a ambos lados, aferrándose al marco como preparación para el impacto inminente. Detrás de él, R2-D2 graznó una especie de grito de batalla y aceleró; el B2 respondió extendiendo las piernas también a ambos lados, afianzando los pies contra la puerta, para prepararse contra el ataque adicional del pequeño astromecánico. Se había puesto, por tanto, en la posición exacta que Thrawn le solictó.

Anakin saltó hacia el desarmador, lo aferró con la mano izquierda y golpeó sus pies contra el torso del B2. Con los brazos y las piernas sujetos del marco, el droide ni siquiera tembló un poco. Agarrándose aún al desarmador y con los pies apoyados contra el torso del B2, Anakin arrancó su placa pectoral con la mano derecha, tomó el sable de luz antes de que cayera, metió el extremó en el ojo derecho del droide y encendió la hoja.

Un estremecimiento recorrió la estructura del B2. La reacción pasó y el droide pareció hundirse en su lugar. Por un segundo, Anakin pensó que se caería, pero se había afianzado demasiado bien y permaneció erguido en la entrada, que quedó sellada ante cualquier avance, tal como lo había querido Thrawn.

Por desgracia, quedó sellada con R2-D2 atrapado en el otro lado. La sonrisa de satisfacción de Anakin se desvaneció.

—¿R2? —gritó, titubeante. El droide lanzó un gruñido exasperado—. Sí, lo siento —se disculpó Anakin, cayendo al piso—. Aguanta, te sacaré de allí.

—¡Anakin! —gritó Padmé con urgencia—. Ya vienen.

—Corrección: ya llegaron —agregó Thrawn fríamente.

Anakin miró atrás. Una puerta que llevaba al pasillo oeste del ala norte se había abierto, y estaba entrando una fila de droides de batalla B1 con los blásters en alto y las cabezas moviéndose de un lado a otro como si buscaran un blanco. Detrás de ellos, visibles por encima de la multitud, había siete B2. Hizo una mueca. ¿Y si los siete eran del tipo indestructible?

—¡Allí! —gritó uno de los B1, apuntando su bláster hacia Anakin—. ¡Tú! ¡Detente para interrogatorio!

—No disparen —gritó Anakin, acercándose a ellos con las manos detrás de la cabeza y su sable de luz fuera de la vista.

El líder de los B1 había pasado la fila de los nueve cascos llenos de cortosis, posiblemente desinteresado de su presencia y evidentemente inconsciente de su significado. Todo lo que Anakin tenía que hacer ahora era entretenerlos lo suficiente para que todos los B2 dejaran libre la entrada. Hizo una mueca. Nueve cascos. Siete B2. Esto sería difícil.

Los droides seguían avanzando; la mitad de los B1 estaban concentrados en Anakin y la otra mitad seguía su barrido visual a ambos lados. Los B2 aún se encontraban detrás de ellos, con los brazos levantados y moviendo de un lado a otro los blásters de muñeca. Todos los superdroides de batalla estaban dentro ahora, con otro escuadrón de B1 en la retaguardia.

Sin aviso, un rayo de bláster chisporroteó por el lugar y fue a estrellarse contra uno de los B2. Al instante, los droides se dieron vuelta con las armas dirigidas al tirador. Pero antes de que pudieran disparar, un segundo rayo llegó hasta ellos desde el otro lado del lugar; este se dispersó con una salpicadura en un B2 diferente.

«Salpicadura». Anakin sonrió ampliamente. Por supuesto, Padmé y Thrawn estaban disparando a los B2 en orden, para observar el signo revelador de la armadura de cortosis.

Los droides regresaban el fuego ahora, pero seguían llegando los rayos de bláster de los atacantes, cada vez desde un lugar diferente, porque, cuando Padmé y Thrawn disparaban, cambiaban rápidamente de posición para evitar el contrataque de los droides. Uno… Dos… Tres…

El séptimo y último disparo dividió el aire. Anakin llevaba la cuenta. Tres de los siete B2 eran del tipo normal. Los otros cuatro, apiñados en el centro de la formación, eran los invulnerables.

—¡Listo! —gritó, mostrando de nuevo las manos y el sable de luz mientras encendía el arma. Uno de los B1 lanzó un chillido ante la vista de la hoja azul, y toda la fila frontal abrió fuego.

Anakin desvió los disparos, mientras se dirigía a uno de los pilares de apoyo y trataba de atraer lo más posible la atención hacia él. Solo tenían un tiro a su disposición. Alcanzó el pilar, se agachó detrás de él e instantáneamente se desplazó en la misma posición al otro lado, mientras el fuego de bláster arrancaba pedazos de cerámica de la orilla de la que acababa de desaparecer. Por un medio segundo fatal, los B1 habían errado el blanco.

Ese medio segundo era todo lo que necesitaba. Se extendió con la Fuerza, levantó los nueve cascos y los acomodó sobre los cuatro B2 invulnerables. Otra leve torsión y los cascos se dieron vuelta, derramando sus fibras de cortosis en una nube que flotó y se arremolinó sobre las cabezas de los droides. Desde el otro lado del lugar, el disparo final de la pistola de relámpagos de Thrawn atravesó el aire.

Un instante después, los cuatro B2 estaban cubiertos con una nube destellante, retorcida y pulsante de energía, mientras las fibras que caían se conectaban con las otras,

desconectadas y ahora reconectadas, para enviar la energía hacia las hebras incrustadas en la armadura de los droides.

Thrawn esperaba que la súbita corriente de energía destruyera a los droides. Anakin no estaba convencido de que eso sucediera. Pero tampoco le había importado. Todo lo que le preocupaba era deslumbrar a los B2 el tiempo suficiente para entrar en acción antes de que se recuperaran. Rodeó el pilar y se lanzó a la carga contra la formación de droides, cortando y destrozando a todo B1 que encontraba en el camino. Llegó a los cuatro B2 invulnerables, saltó en el aire y acuchilló fatalmente a dos de ellos arqueándose al pasar. Cayó al piso, se dio vuelta mientras los primeros dos se volcaban y saltó sobre los hombros del tercero. Dos estocadas más y los cuatro quedaron derribados. Cayó al piso de nuevo, y se encontró con que los droides restantes, no tan afectados por la tormenta de relámpagos como la versión de cortosis, se daban vuelta para atacar.

«Doble visión: rayos que vendrán al pecho, a la cabeza, a las piernas, a la cabeza, al pecho…».

En total, tal vez eran veinte, entre B1 y B2. No importaba. Anakin se encontraba en lo profundo de la Fuerza: giraba, bloqueaba, oscilaba y destruía. Débilmente, a través de la neblina del combate, podía percibir otros fuegos de blásters entre la revuelta: Padmé y Thrawn seguían poniendo fuera de combate a los B1 más vulnerables, donde podían.

La amenaza para Padmé… el peligro para la República… el asesinato de Duja…

«Doble visión: rayos al pecho, a la cabeza…».

Siguió su ataque, mientras un recuerdo se arremolinaba entre la niebla: la carnicería de los moradores de la arena, los Tusken Raiders, que habían torturado y asesinado a su madre. Antes se había hecho justicia, ahora era la guerra.

«Doble visión: un rayo al pecho…».

Desvió el rayo solitario y levantó el sable de luz. Antes de que pudiera atacar, cayó el último B1, con el torso quemado por el disparo del S-5 de Padmé. Miró a su alrededor. Estaban derribados. Destruidos. Todos ellos.

—¿Estás bien? —preguntó Padmé corriendo de prisa hacia él.

—Seguro —contestó Anakin, que respiraba con más fuerza de la debida. El resultado de pelear con una armadura completa, sin duda—. ¿Thrawn? —preguntó y se dio vuelta.

—Aquí —respondió Thrawn. Salió de su protección y se acercó a ellos con el bláster ELG-3A de Padmé en la mano—. ¿Aún deseas destruir este lugar?

Anakin miró por encima la fila de armaduras de clon tejidas con cortosis. El plan definitivo de Dooku para la victoria.

—Por supuesto —respondió.

—Entonces hazlo —dijo Thrawn—. La Embajadora Padmé y yo revisaremos el carguero.

Anakin miró a Padmé inquisitivamente.

—Adelante —dijo ella—. Ahora Dooku puede tener sus droides de batalla, para lo que le servirán. Pero esto…

—Comprendo —indicó Anakin—. Tengan cuidado. Yo salgo en seguida.

La armadura podría ser inmune a su sable de luz, pero los pilares que sostenían el techo y el piso de arriba no lo eran.

Empezó en el del extremo este para sellar esa entrada lo más rápido posible, en caso de que Solha tratara de sacar a los B2 por la puerta. El pilar era más fuerte y estaba mejor diseñado de lo que esperaba, y necesitó seis cortes para finalmente derribarlo, pero cuando cayó, lo hizo de una forma espectacular. Al parecer, los constructores nunca soñaron que el pilar colapsaría, de modo que lo habían anclado firmemente al techo y al suelo. El resultado fue que, cuando la parte superior del pilar se derrumbó, arrastró una enorme sección del techo. Aun con velocidad de jedi, Anakin apenas pudo apartarse a tiempo.

Los escombros aún rebotaban y el polvo grueso seguía en el aire, cuando empezó con el segundo pilar. En el momento en que llegó al final de la cámara, había discernido las características estructurales con la suficiente exactitud para derribar el último pilar directamente sobre el lugar donde colgaban las armaduras de clones.

Dedicó un momento a mirar lo que quedaba de la cámara, entre las nubes de polvo; examinó su trabajo y se aseguró de que no hubiera posibilidad de que alguien pudiera recuperar lo suficiente para darle algún uso. Luego, cruzó la cámara hacia la puerta del extremo este abriéndose paso entre los escombros.

Padmé y Thrawn estaban afuera, agachados debajo de una sección de permacreto roto que, al parecer, había caído del techo y el último piso del ala este.

—¿Terminaste? —preguntó Padmé mientras Anakin se agachaba junto a ellos—. Hizo bastante ruido, por cierto.

—Quemado, aplastado y destrozado —confirmó Anakin. Dio unos golpecitos a la pila de mampostería rota delante de ellos—. ¿Qué pasó aquí?

—¿Olvidaste el ataque de distracción de mi nave? —preguntó Thrawn.

—Supongo —dijo Anakin. Al otro lado del patio, otros cuatro B2 montaban guardia al pie de la rampa de su carguero—. Déjame adivinar. ¿Los otros serennianos y el resto de los droides están dentro?

—Es lo más probable —contestó Thrawn.

—Solha afirmó que lo iban a deshabilitar —informó Padmé—. Tal vez ya no les quedó tiempo suficiente para hacerlo.

—Tal vez —estuvo de acuerdo Anakin—. ¿Ahora qué?

—Nos preparamos para dejar este mundo —informó Thrawn—. La Embajadora Padmé y yo iremos allí. —Señaló otra pila de escombros, a medio camino de la pared del ala este—. Tú, general, irás al lugar donde solía estar el generador del escudo y enfrentarás los droides de batalla. No avances, sino permanece en ese lugar y solo defiéndete. Nosotros haremos el resto.

Anakin frunció el ceño. Solo estaba abierta la única escotilla del carguero y no había manera de que nadie pudiera colarse entre los B2, sin importar lo comprometidos que estuvieran. Además, aunque Thrawn y Padmé entraran, no sería fácil deshacer el sabotaje de manera oportuna sin saber exactamente dónde y cómo la sabotearon, para empezar.

—¿Puedo preguntar cómo van a lograr eso?

—No hay tiempo —comentó Thrawn mirando las estrellas—. Ve. Ahora.

Anakin respiró a fondo.

—Está bien. Solo recuerda lo que dije antes: que nunca dejaría que escucharas el final. —Se preparó, encendió el sable de luz y se lanzó a la carga hacia el patio.

Los B2 giraron al verlo y apuntaron sus blásters de muñeca.

«Doble visión: rayos al pecho, al pecho, a la cabeza, al pecho, a la cabeza…».

Se colocó en posición de defensa, mientras dejaba que la Fuerza guiara sus manos. La batalla se intensificó, él intensificó su defensa.

—Anakin.

La voz pareció surgir del fondo de un pozo. Se dio media vuelta mientras entregaba toda su defensa a la Fuerza. Para su asombro, observó que, cuando estaba concentrado en el carguero y los B2, otro carguero más pequeño había aterrizado en el patio detrás de él. La rampa estaba abierta, y dos hombres yacían muertos o aturdidos en el suelo junto a ella, donde aparentemente habían caído. Padmé le estaba haciendo una señal desde la parte superior de la rampa; él confirmó que la veía, así que ella asintió y desapareció en el interior. Thrawn estaba de pie junto a la rampa y la usaba como protección mientras disparaba a los droides con el S-5 de Padmé.

—Adentro, general —gritó.

Una vez más, de alguna manera el chiss había hecho algo de magia. Anakin les dio la espalda a los droides y retrocedió hacia su nuevo transporte. Siguió bloqueando los ataques mientras caminaba. Llegó a la rampa, esperó a que Thrawn se deslizara junto a él y entrara en la nave, y comenzó a retroceder él mismo…

—¡Alto! —gritó una voz.

Anakin se arriesgó a mirar a un lado. El amigo de Padmé, LebJau, iba tambaleándose hacia él, con R2-D2 cargado en brazos.

—Se enredó en algún plastoide roto —gritó.

Anakin hizo una mueca.

—Mételo —indicó—. Lo siento, R2.

Esperó hasta que LebJau y el pequeño droide pasaron por la escotilla y quedaron a salvo, luego él mismo recogió la rampa y entró. Golpeó el control de la escotilla.

—¡Vámonos! —gritó.

Se agarró de una manija cuando Padmé hizo que la nave saliera disparada hacia arriba, alejándose a toda potencia, girando y ladeándose para evitar el fuego de los B2. Esperó hasta que avanzó en línea recta y luego se dirigió hacia delante.

Cuando llegó, Thrawn ya estaba sentado en el asiento del copiloto.

—Me rindo —comentó Anakin apretando el respaldo de la silla de Padmé—. ¿De qué sombrero te sacaste *esta*?

—¿No la reconoces? —preguntó Thrawn—. Es una de las otras naves que estaban en el área de aterrizaje de Aguja Negra.

Anakin frunció el ceño.

—¿Entonces…? Ah. Los separatistas que dejamos en Batuu nos sirvieron de algo.

—Exacto —respondió Thrawn—. Recuerda mi comentario de que, siempre y cuando llegaran unas horas detrás de nosotros, todo estaría bien.

—Así que esperabas que vinieran.

—Por supuesto —confirmó Thrawn, con el mismo tono que Obi-Wan usaba cuando pensaba que Anakin no comprendía las cosas con suficiente rapidez—. Son soldados. No abandonarían simplemente su deber.

—Por supuesto que no —replicó Anakin con amargura—. ¿Y sabías que aterrizarían donde tú y Padmé pudieran dispararles desde abajo de la rampa porque…?

—Era el lugar más cercano del patio desde donde podrían atacarte por detrás sin arriesgarse a caer en el fuego cruzado de sus propios droides.

—Hablando de droides, ¿era LebJau quien acaba de entrar con R2? —quiso saber Padmé.

Anakin asintió.

—R2 estaba en problemas y LebJau lo sacó. Allí, adelante, ¿esa es el área de la mina de cortosis?

—No lo sé —respondió Padmé—. Sin embargo, parece el lugar indicado.

—Lo es —confirmó Thrawn.

—Llévanos allí, Padmé —pidió Anakin—. Aún está pendiente un trabajo más.

—Te exhorto a que lo reconsideres —comentó Thrawn—. La presencia de extraños ya ha dañado este mundo lo suficiente.

—Hey, no fuimos *nosotros* quienes les hicimos esto —replicó Anakin—. No lo empezamos, pero necesitamos terminarlo.

—¿De qué hablan? —quiso saber Padmé, con tono de perplejidad.

—El General Skywalker planea destruir la mina —susurró Thrawn—. De nuevo, lo exhorto a que…

—Allí —lo interrumpió Anakin, señalando por encima del hombro de Padmé una construcción alta, en ángulo, en medio de la oscuridad, con las luces apagadas y aparentemente desierta—. Ese debe de ser el agujero principal.

—Anakin, ¿estás seguro de que es una buena idea? —preguntó Padmé, con todo cuidado.

Anakin miró la parte superior de la cabeza de ella, mientras un destello de ira lo recorría.

—¿Ahora estás tomando partido por él? —exigió una respuesta.

—No estoy tomando partido por nadie —protestó ella—. Tan solo estoy tratando de imaginar si es lo más inteligente que se puede hacer. Hemos reprogramado a los droides, ¿recuerdas? ¿Por qué no dejar que desperdicien el cortosis?

—¿Y si lo descubren? —conjeturó Anakin—. El simple hecho de que Thrawn dijera que el cortosis es raro no significa que no encuentren otra veta secreta en algún otro lado. Además, no podemos arriesgarnos a que hagan más armaduras de clon.

—Habrá mineros allá abajo —murmuró LebJau desde el corredor, detrás de ellos.

Anakin se dio vuelta. La cara de LebJau estaba marcada por unas arrugas tensas, y su garganta subía y bajaba.

—Los sacaremos primero —prometió—. Thrawn y yo podemos hacer eso. O tal vez tú y Thrawn. Yo necesito encontrar y colocar algunos explosivos.

Por un largo momento, LebJau miró en silencio el edificio que se levantaba enfrente de ellos. Bajó la vista al sable de luz en el cinturón de Anakin y suspiró.

—Seguro —dijo—. No parece que tengamos otra opción. En realidad, nunca hemos tenido ninguna.

—Bien —exclamó Anakin dándose vuelta—. Parece que la puerta principal está en el sur. Bájanos junto a ella.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —murmuró Padmé.

—Lo sé. —Anakin estiró la mano hacia el respaldo de la silla y tocó su hombro—. Confía en mí.

CAPÍTULO 20

—¿Lord Vader? —La voz de Thrawn surgió de entre la negrura—. Regrese, mi señor.

Vader abrió los ojos. Para su leve sorpresa, seguía sentado en el timón del *Chimaera*.

—No me he ido, almirante —dijo con cierto tono de advertencia en la voz—. No hay necesidad de regresar.

—Disculpe, mi señor —se excusó Thrawn e inclinó la cabeza.

Vader miró a su alrededor. El chiss había sido lo bastante sensato para despejar esta sección del puente, para evitar que alguien lo mirara, ya fuera en el foso de la tripulación o en la pasarela de mando, por encima de ellos. Por fortuna para Thrawn, y aún más para cualquier persona sin suerte.

—Están preparando el *Chimaera* para el ataque —respondió Thrawn a una pregunta no planteada.

—Ya veo —comentó Vader volviendo a las lecturas del timón. Habían llegado.

—Sí —confirmó Thrawn—. El sistema no tiene nombre entre los chiss ni tiene mundos habitados. A la distancia, adelante, se encuentran dos naves en deriva de estacionamiento. Lo más probable es que sean parte del grupo de transporte de la luna. Están en gran parte inactivas, supuestamente esperando el regreso de las naves de Mokivj.

—¿Hay una base?

—No hay nada, excepto naves.

—Tal vez los grysks son nómadas, después de todo. ¿Seguimos sin ser detectados?

—Hasta hora, así parece. —Thrawn titubeó—. Tengo un plan, mi señor. Requerirá su participación, si lo desea.

Vader lo miró detenidamente. Por lo menos esta vez el chiss estaba pidiendo, en lugar de ordenar o suponer.

—Dígame su plan —pidió.

—Deseo que usted y su Primera Legión vayan a bordo del *Darkhawk*. Interceptará a la nave grysk, la abordará…

—No —se negó Vader.

Thrawn se mostró sorprendido.

—¿Perdón, mi señor?

—No iré a bordo de la nave —anunció Vader—. El Comandante Kimmund y la Primera Legión son más que capaces de manejar una misión de incursión y rescate por su cuenta.

Los labios de Thrawn se comprimieron, solo un poco y por un momento.

—Sin embargo, de todos nosotros, mi señor, usted es el único que puede utilizar la Fuerza.

—¿Eso le preocupa, almirante? —preguntó Vader—. La criatura que describió en Atollon. Casi lo derrotó porque no logró comprenderla.

—Al final, fue vencida.

—¿Lo fue? —replicó Vader.

Los labios de Thrawn volvieron a comprimirse.

—Este no es el momento apropiado para discutir esos temas.

—Es el momento perfecto. —Vader señaló el ventanal y las dos naves grysks a la distancia—. Usted propone usar el *Chimaera* contra un pueblo al que el Emperador aún no ha declarado como enemigo. Propone hacerlo sin órdenes y en una acción que beneficia a su gente y no al Imperio.

—Ya hemos discutido esto —comentó Thrawn—. Mantengo que sirve a ambos.

—¿De verdad? —preguntó Vader—. Estamos en una misión para el Imperio, almirante. Llevar a buen fin la misión y conseguir la victoria es lo único que importa.

—El futuro de mi pueblo también importa.

—No —dijo Vader, sin matiz en la voz—. La victoria es el objetivo.

—¿No la venganza?

—No la venganza —aseguró Vader—. Ni siquiera el rescate.

Por un momento, Thrawn se quedó en silencio.

—Comprendo —dijo—. Pero creo que podemos llevar a cabo ambas.

Vader se extendió en la Fuerza. De nuevo, Thrawn parecía tan seguro, tan confiado de que tenía razón. No podía detenerlo, aunque tal vez *debería* intentarlo. Pero ya había visto esta confianza, mucho tiempo antes, en «el jedi». Él también había tenido la seguridad perfecta de que estaba haciendo lo correcto y lo necesario.

Una vez más, Vader se vio llevado por la curiosidad de ver si Thrawn podía lograr realmente todo lo que había prometido.

—Muy bien —exclamó—. Pero comprenda esto: toda la fortaleza de la criatura que enfrentó en Atollon palidece en comparación con el poder del Emperador. ¿De veras desea arriesgarse a desatar su ira?

—No hay riesgo —afirmó Thrawn, llanamente—. Esta misión contará, en efecto, con la aprobación final del Emperador.

—Tal vez —dijo Vader.

Por supuesto, podía no ser así. Pero una vez más, la callada certidumbre del chiss era inconfundible. Ya fuera que Thrawn estuviera en lo cierto o no sobre la aprobación final del Emperador, no cabía duda de que él mismo creía que esa aprobación sería inminente.

—Muy bien, permitiré este ataque.

—Pero *así* es como se realizará…

—Informes del puente listos, almirante —confirmó Faro. «Su voz manifiesta tensión; la postura corporal, azoro. No está convencida de que la batalla pueda o llegue a ganarse»—. Todos los sistemas de armas en espera, listos para activarse cuando lo ordene.

—Gracias, comodoro —replicó Thrawn—. ¿Y el *Darkhawk*?

—En posición, señor. —«Su voz evidencia una nueva capa de incertidumbre».

—No cree que podamos alcanzar la victoria, comodoro.

«Ella duda, su expresión manifiesta reluctancia».

—He visto los informes del escáner, señor —explicó—. He contado la cantidad de emplazamientos de armas. Cada nave es casi tan grande como la nuestra… y hay dos.

—En efecto —admitió Thrawn—. Pero tenemos una ventaja.

—¿Cuál, señor?

—Los grysks han estado estudiando al Imperio —explicó Thrawn—. Por tanto, deben conocer las naves y las armas imperiales. Usaremos ese conocimiento contra ellos.

—¿Y, con suerte, sus propios puntos ciegos culturales? —sugirió Faro.

—¡Entrando! —gritó de pronto la Oficial de Sensores Hammerly—. Acaban de salir de la velocidad de la luz justo delante de nosotros. Configuración… Es la nave que perseguimos en el sistema Mokivj, almirante.

—Muy bien —dijo Thrawn. «Ahora la expresión de Faro evidencia un grado menos de incertidumbre»—. Proceda, comodoro. Veamos cómo podemos voltear su ventaja numérica contra ellos.

—Sí, señor —confirmó Faro. «Su postura aún manifiesta tensión, pero su voz solo confianza y resolución»—. Comuníquelo a Lord Vader y el *Darkhawk* —gritó ella hacia la estación de comunicaciones—. Dígales que su objetivo va en camino.

—*Chimaera*, reconocimiento —gritó Kimmund hacia el intercomunicador del puente, con la mirada en la pantalla de visualización táctica del *Darkhawk*. La nave grysk se dirigía hacia las dos naves a la deriva de delante, recorriendo un vector que los colocaría en el rango de tiro de los imperiales, que permanecían en silencio y en la oscuridad directamente enfrente de ellos—. Lord Vader, tenemos confirmación del blanco.

—Muy bien, comandante. —La voz de Vader surgió de la bocina—. Permanezcan preparados.

—Permanezcan preparados —repitió Kimmund.

La nave grysk se acercó, rebasó la marca y, sin advertencia, el fuego de los motores de un defensor TIE destelló directamente detrás de ella. El caza saltó hacia delante, con el cañón láser disparando a los propulsores de los grysks, quienes fueron atrapados completamente desprevenidos. Vader logró una doble descarga en los propulsores antes de que el piloto tardíamente diera un bandazo, en un esfuerzo por burlar la mira de su atacante.

Demasiado poco, demasiado tarde. Aunque la nave grysk trató de saltar adelante, su aceleración falló y se desvaneció, dejándola en un sector fijo.

—¿Tephan? —llamó Kimmund.

—Lista —confirmó la piloto.

Accionó los propulsores del *Darkhawk*, llevándolos a aceleración plena. El disparo de los grysks pasó a un lado; el *Darkhawk* igualó su velocidad, luego empezó a alcanzarla. La distancia entre ellos se acortó; Tephan ajustó de nuevo la aceleración y, con un violento golpe, el *Darkhawk* golpeó contra la nave grysk y rebotó una vez contra su escotilla antes de que sus arpeos se engancharan y fijaran a las dos naves juntas.

—¡Vamos! —gritó Kimmund.

Se quitó las correas de seguridad, salió de la cabina de mando y se echó a correr hacia la escotilla. Llegó allí justo cuando la pasta incendiaria estallaba, quemando la escotilla de los grysks y enviando el metal ondulado y ennegrecido a girar hacia la nave enemiga.

Había sido uno de los abordajes más rápidos que Kimmund hubiera lanzado. Aun así, los grysks estaban en posición, presionados contra paredes y entradas hundidas. Abrieron fuego, y le dieron a Drav y a Jid cuando se agachaban dentro de la protección parcial de la propia escotilla del *Darkhawk*.

Mientras los estallidos del fuego de los blásters y las pistolas de relámpagos de los grysks iluminaban el corredor, Kimmund distinguió una ligera burbuja de distorsión producida por una figura encubierta que se deslizaba desde el *Darkhawk* y viajaba ahora, sin ser notada y sin obstáculos, por el corredor. La formación de defensa de los alienígenas empezó a deshacerse desde la retaguardia, a medida que Rukh se abría paso hacia las filas del frente y ponía fuera de combate a los grysks, uno por uno. Casi la mitad del ejército enemigo ya había caído antes de que la vanguardia siquiera se diera cuenta.

Para entonces era demasiado tarde. Con Rukh en la retaguardia y Drav y Jid al frente, toda la defensa se desintegró.

—¿Rukh? —gritó Kimmund, guiando al resto de los stormtroopers por encima de los cuerpos de los grysks—. Vamos, noghri: señálame una dirección.

Hubo un parpadeo y la diminuta criatura reapareció.

—Por aquí —retumbó su voz, mientras hacía un gesto con el electrobastón—. Huelo a las chiss por este camino.

Kimmund asintió enérgicamente.

—Viq, Dorstren, a la punta. Rukh, quédate detrás de ellos y da las instrucciones. Mantén tu dispositivo de encubrimiento activo: si necesitamos lanzarte contra ellos, no quiero que sepan siquiera que estás allí.

—Comprendido —respondió Rukh. Hizo algo en su pecho y se desvaneció de nuevo.

Mentalmente, Kimmund negó con la cabeza. *Diablos*, cuánto quería uno de esos.

—Muy bien, stormtroopers, salgan de aquí —ordenó—. Mostremos al gran almirante lo que la Primera Legión puede hacer.

La nave grysk había sido golpeada, deshabilitada y abordada. Hasta ahora, el plan del Gran Almirante Thrawn había salido exactamente como se predijo. Faro sabía que ahora se acercaba la prueba real.

—Aumentadas las emanaciones de potencia de los *bogeys* uno y dos, almirante —gritó enérgicamente Hammerly—. Han visto la pelea y vienen a toda velocidad.

—Muy bien —indicó Thrawn—. Comandante TIE, lance cazas en secuencia designada.

—Sí, señor.

Faro observó la pantalla de visualización táctica. Tres escuadrones de cazas TIE estaban saliendo de la bahía del hangar del *Chimaera*, expandiéndose a formación completamente de costado y ordenándose en tres olas bien espaciadas. Las dos grandes naves grysks seguían acercándose, preparadas para combate total, pero ya estaban reaccionando a las naves entrantes, y el *bogey* uno retrocedió un poco mientras el *bogey* dos se movía hacia los TIE. Una maniobra que evidentemente no perdió de vista Thrawn.

—Comandante TIE, todas las naves sobre el *bogey* dos —ordenó—. Ola Dos, abra fuego en cuanto estén en rango.

Faro frunció el ceño.

—La Ola Uno estará en rango antes, señor —indicó en voz baja.

—En efecto —reconoció Thrawn—. Tengo una teoría, comodoro, que deseo probar.

Los TIE seguían fuera de rango de disparo cuando un par de escotillas se abrieron en el *bogey* dos y aparecieron dos naves del tamaño de cruceros ligeros. Se formaron en un par escalonado y se dirigieron a los TIE.

—Interesante —murmuró Thrawn—. Observe, comodoro, cómo los *bogeys* tres y cuatro toman la misma formación adelante-atrás que las propias naves principales. El *bogey* tres se presenta como el blanco principal, mientras que el *bogey* cuatro permanece ligeramente detrás, en reserva.

—Sí, señor —corroboró Faro con el ceño fruncido. Era una formación obvia que ella había visto docenas de veces. Difícilmente valía la pena comentarla.

—TIE: tomen como blanco al *bogey* tres —indicó Thrawn—. Repito, el único blanco es el *bogey* tres. Segunda ola, disparen cuando estén listos.

Los TIE y cruceros siguieron acercándose unos a los otros.

—¿Y los defensores, señor? —quiso saber Faro.

—Escuadrones de cazas TIE Cuatro y Cinco, permanezcan listos —gritó Thrawn en respuesta—. Defensores, permanezcan listos. ¿Lord Vader?

—Estoy aquí, almirante —se oyó la voz de Vader—. No creo que tres olas de TIE sean suficientes para enfrentar el poder de fuego de dos cruceros ligeros.

—Ni yo, mi señor —convino Thrawn—. TIE, mantengan su curso.

Faro respiró a fondo. Thrawn era conocido por su eficiencia y porque usaba sus tropas con el cuidado de un avaro usando sus créditos. Pero también era conocido por su rudeza y su deseo de hacer lo que fuera necesario para lograr sus objetivos. Justo ahora,

Faro no podía saber bajo cuál categoría caía esta operación. Se encontraban casi en el rango de fuego…

Los grysks estaban listos. Una fracción de segundo antes de que los TIE alcanzaran el rango, el crucero líder abrió fuego, que rastrilló la línea frontal de las naves imperiales con destellos láser.

Tres de los TIE se desintegraron en la andanada inicial y otros dos quedaron fuera de la formación, luego de sufrir la pérdida de un panel solar cada uno. Un instante después, la segunda línea de TIE abrió fuego con sus propios cañones láser, que atravesaron el *bogey* tres ardiendo, como se ordenó, tomando como blanco específicamente los grupos de armas del crucero. Este respondió con otra andanada que dejó fuera de combate a otros dos de la primera ola de TIE.

—¡Rompan formación! —interrumpió Thrawn—. Todos los TIE: rompan formación y tomen maniobras evasivas de regreso al *Chimaera*.

Se dio vuelta hacia Faro, con una leve pero satisfecha sonrisa.

—¿Lo vio, comodoro?

Faro se quedó con la vista en la pantalla de visualización táctica, mientras el estómago se le encogía. ¿Qué era lo que pretendía Thrawn? ¿Saber que los cruceros tenían una potencia superior de fuego? ¿Que los TIE solo habían causado un daño mínimo a la capacidad de pelea del crucero líder?

—Lo siento, señor —admitió ella—. Me parece que no.

—Todos los TIE: lanzamiento —ordenó Thrawn—. Tres olas, defensores en la Ola Tres. Fórmense con olas iniciales y esperen órdenes de blanco. —Recibió reconocimientos y se dio vuelta hacia Faro—. Dos cosas, comodoro —indicó, bajando la voz—. Primera: el crucero abrió fuego justo antes de que los TIE alcanzaran su propio rango. ¿Qué sugiere eso?

Faro posó la vista de nuevo en la pantalla de visualización táctica, observando la salida de TIE y defensores hacia el campo de batalla. Thrawn había sugerido que los grysks se dedicaron a observar al Imperio…

—Están familiarizados con el rango de fuego de los TIE —dijo lentamente—. Por tanto, permitieron que se acercaran lo suficiente para que sus propias armas tuvieran el máximo impacto, pero asegurándose de tener la primera andanada.

—¿Qué significa eso?

—Que saben mucho de armas imperiales —respondió Faro. Como él ya había sugerido.

—En efecto —corroboró Thrawn—. ¿Y el segundo hecho?

Los dos grupos de TIE estándar y los defensores se habían reunido y estaban ordenándose de acuerdo con las instrucciones de Thrawn.

—Lo siento, señor —confesó Faro—. No lo vi.

—Sí lo vio, comodoro —le aseguró Thrawn—. ¿A cuáles TIE tomó como blanco el crucero?

Faro frunció de nuevo el ceño y de pronto lo comprendió.

—Los grysks dispararon a la primera fila —exclamó—. Pero era la *segunda* la que les estaba disparando.

—Exacto —confirmó Thrawn, y no cabía duda del tono de satisfacción de su voz—. Lo había sospechado a partir de nuestros primeros encuentros, pero necesitaba confirmación. El punto ciego cultural de los grysks es que consideran que el enemigo más cercano es el más peligroso, y ajustarán su estrategia de combate para adecuarse a ese prejuicio.

—Y hemos alimentado ese prejuicio al atacar solo al más cercano de los dos cruceros —comentó Faro, quien sintió que una sonrisa afloraba a sus labios.

—Exacto —exclamó Thrawn—. Así que ahora tenemos dos armas para usar contra ellos.

—¿*Dos* armas, señor?

Thrawn miró por el ventanal del frente.

—Creen que conocen las armas imperiales, comodoro —explicó con gran satisfacción—. Pero nunca han encontrado un defensor TIE.

De acuerdo con las especificaciones que Sampa le había mostrado, el aclamado manto de invisibilidad personal de Rukh supuestamente duraba por lo menos tres minutos completos. En realidad (Kimmund se tomó la molestia de cronometrarlo), la cosa lo traía de regreso después de dos minutos y veinte segundos. Y ahora el arma secreta de la legión había desaparecido.

Kimmund frunció el ceño para sí mismo mientras su formación seguía por el laberinto de corredores. Esta nave era mucho más grande que el simple carguero que habían atacado antes, y contaba con mucho más espacio de cubierta y capacidad para tripulantes o pasajeros.

Hasta el momento, no habían enfrentado mucha oposición. Eso indicaba que habían tomado a los grysks por sorpresa y aún trataban de organizar una defensa apropiada, o simplemente estaban ganando tiempo y atrayendo a los stormtroopers a una trampa. Kimmund estaba muy seguro de que la segunda opción era la que terminaría presentándose.

—Muy cerca —murmuró Rukh.

Kimmund había acelerado el paso de la legión y el noghri respondió comenzando una especie de carrera de primate, corriendo a gatas con su electrobastón atado a la espalda. Lo hacía parecer aún más bestial de lo que ya era.

Adelante, un grysk saltó de la orilla de un compartimiento lateral y disparó con su pistola de relámpagos; la explosión dio a Jid en la parte superior derecha del pecho y lo hizo tambalearse hacia atrás. Morrtic giró su E-11 y regresó el fuego, pero el grysk ya se había agachado y estaba fuera de la vista. Morrtic corrió rápidamente hacia delante, pero la escotilla se cerró frente a ella. Maldijo en voz baja y metió la mano en la mochila.

—Demora eso —le gritó Kimmund, poniendo una rodilla en el suelo junto a Jid. Aunque sería muy satisfactorio volar la puerta y luego freír al grysk, no tenían tiempo que perder—. Tan solo séllalo y déjalo allí. ¿Jid?

—Estoy bien, comandante —informó Jid con los dientes apretados mientras Morrtic daba al control de la escotilla dos disparos de bláster a quemarropa—. Maldita sea, eso apesta.

—¿Puedes caminar? —preguntó Kimmund. Sus primeras escaramuzas con armas de relámpagos grysks le habían mostrado que un disparo cercano podría alterar los músculos y el sistema nervioso de un stormtrooper e incapacitarlo temporalmente.

—Aún no —gruñó Jid—. Déjenme aquí, les cuidaré las espaldas.

Kimmund gruñó una maldición en silencio. De los diez stormtroopers con que había dejado el *Chimaera*, ya no contaba con cuatro de ellos: dos se quedaron de guardia en el *Darkhawk* y dos más se habían perdido bajo el fuego enemigo. Si ahora también tenía que dejar atrás a Jid, se reducirían a cinco stormtroopers y un noghri. Solo era la mitad de su fuerza, y aún faltaba que los grysks hicieran saltar su trampa principal.

Era obvio que Elebe estaba pensando algo similar.

—Señor, dependiendo de lo que encontremos adelante, podríamos terminar en una ruta diferente de regreso al *Darkhawk* —susurró—. Si lo dejamos aquí, tal vez no podamos recuperarlo cuando hayamos terminado.

—No se preocupen por eso —afirmó Jid—. Sigan adelante. Yo los alcanzaré.

—Claro —comentó Kimmund. O algún otro grysk llegaría hasta él mientras aún era incapaz de apuntar y lo dejaría fuera de combate con un solo disparo a placer. Pero a Kimmund no le quedaba otra cosa que hacer al respecto. No podía darse el lujo de dejar a otro hombre para proteger a Jid mientras se recuperaba.

—Yo puedo cargarlo —se ofreció Elebe.

—¿Cargarme y disparar también? —se burló Jid—. Tu rango de disparo ya es bastante malo cuando no tienes obstáculos. Estaré bien.

—Bien —aceptó Kimmund con renuencia. Dejar a otro hombre atrás… pero la misión tenía que anteponerse a todo—. Elebe, tú y Morrtic van a la punta. ¿Rukh?

—Ese corredor, a la derecha —indicó el noghri y señaló adelante.

—Vamos —ordenó Kimmund. Mientras Elebe y Morrtic iban tres pasos por delante, le hizo una señal a Rukh para que se adelantara y marchó detrás de él.

—¿Cómo demonios puede saber eso? —gruñó Drav detrás de Kimmund, mientras emprendían el camino.

—Las corrientes de aire cambian —explicó Rukh por encima de su hombro, poniéndose a gatas de nuevo—. El olor viaja en las corrientes.

—Tan solo asegúrate de no confundir las direcciones —advirtió Kimmund—. No podemos vagar por la nave todo el día.

—Un corredor —prometió Rukh.

Morrtic llegó a la esquina y dio vuelta a la derecha con el E-11 preparado. Se detuvo una fracción de segundo, luego hizo un giro completo para enfrentar el otro lado del corredor.

—Despejado —murmuró.

Permaneció en posición mientras Elebe giraba en la esquina al lado de ella, junto con el largo cañón de su pesado rifle bláster DLT-19, y apuntaba a la derecha, la dirección que Rukh había indicado.

—Una escotilla a veinte metros, directamente al frente —informó—. Sellada, sin acceso lateral.

—Allí —indicó Rukh—. En ese compartimiento.

Kimmund murmuró una maldición. Veinte metros de corredor despejado, sin cubiertas ni ningún lugar a dónde correr. Las trampas no podían ser más obvias. Pero tenía órdenes. Thrawn quería a las niñas chiss fuera y Vader no había estado en desacuerdo, así que eso era lo que la Primera Legión iba a hacer.

—Morrtic, Drav: retaguardia —ordenó. Ya era bastante malo caminar hacia una trampa. No tenía sentido darle al enemigo la oportunidad de caer sobre ellos también por detrás—. Permanezcan alertas.

Dio vuelta a la esquina mientras Drav tomaba posición con Morrtic. Los dos stormtroopers quedaron de pie, espalda contra espalda y mirando cómo los otros se acercaban. Elebe se formó a la derecha de Kimmund y ligeramente detrás de él, mientras Sampa se ubicaba a la izquierda. Rukh se encontraba por algún lugar, pero toda la atención de Kimmund estaba puesta en la escotilla y no tenía tiempo para revisar a dónde podría haber ido el noghri.

Morrtic tenía razón. Corredor descubierto, sin protección ni salida. Kimmund miró alrededor, a la búsqueda de señales de troneras ocultas, pero las paredes, la cubierta y el techo parecían sólidos. Solo era la escotilla, entonces, que supuestamente se abriría en el momento en que lo decidieran los grysks, para desatar una tormenta de fuego cuidadosamente preparada.

La Primera Legión se cuidaba mucho de mantener sus armaduras en perfectas condiciones y, como resultado, solían ser capaces de bloquear casi cualquier cosa, excepto un disparo a quemarropa de un bláster fuerte y tal vez ilegalmente mejorado. Por desgracia, ya habían visto que esos disparos de relámpagos de los grysks no tenían que penetrar la armadura para dejar a un stormtrooper fuera de combate.

Kimmund decidió que, en realidad, estar vivo pero ser incapaz de ayudar mientras veía cómo diezmaban a sus fuerzas sería peor que ser asesinado de inmediato. Ese era probablemente el escenario exacto que estaba por desplegarse. Si todos los grysks faltantes estaban detrás de la escotilla, o si planeaban emboscar a los stormtroopers en su camino de regreso al *Darkhawk*, el resultado sería el mismo. Todo por un par de niñas que ni siquiera eran del Imperio.

Kimmund estaba preparado para dar su vida por sus stormtroopers, su comandante y su Imperio. No le entusiasmaba darla por niñas alienígenas. Maldijo a Thrawn.

Estaban a tres pasos de la escotilla, y Kimmund tenía preparado en la mano un tapón explosivo para volar la puerta, cuando la escotilla se deslizó de pronto y mostró una triple fila de grysks: dos pecho tierra, dos de rodillas, dos de pie. Los seis tenían las armas apuntadas, y mientras Kimmund apretaba el gatillo de su E-11, los alienígenas abrieron fuego contra los stormtroopers… Más bien, trataron de hacerlo.

Aun antes de que la escotilla estuviera abierta por completo, las armas de los tiradores del suelo se desviaron inexplicablemente a los lados, una a la izquierda, una a la derecha, y sus disparos dibujaron un arco inofensivo por las paredes del corredor, en lugar de dar en sus blancos. Una fracción de segundo después, las cabezas de los dos grysks arrodillados se fueron simultáneamente hacia atrás y la parte trasera de sus cascos golpeó los torsos de los soldados que estaban de pie detrás de ellos. Las cuatro explosiones también erraron por completo su blanco, mientras las pistolas de relámpagos eran apartadas de la fila. De pronto Kimmund lo comprendió.

—¡Disparos a la cabeza! —gritó a sus hombres, desplazando su mira al grysk que estaba de pie a la izquierda. El alienígena, que empezaba a recuperarse del impacto anterior contra su torso, se desmoronó sobre la cubierta cuando dos disparos de bláster destrozaron su placa facial y penetraron quemantes en su cráneo. Los dos grysks en el suelo quedaron igualmente incapacitados cuando Elebe y Sampa dispararon rayos de bláster simultáneos contra sus cascos. Una explosión de bláster pasó quemando el casco de Kimmund cuando Drav abrió fuego desde la intersección del corredor y derribó al grysk que quedaba de pie. El alienígena que estaba de rodillas, a la izquierda, cayó sacudiéndose a un lado, con el arma girada hacia el techo; Kimmund desplazó su mira al otro arrodillado y lo envió hacia atrás con sus compañeros. Antes de que pudiera girar su E-11 hacia el último grysk, la espalda del alienígena se retorció y cayó a cubierta.

Entonces, aunque a Kimmund no le sorprendió, Rukh apareció a la vista, con su electrobastón todavía presionado contra la garganta del último grysk.

Kimmund exploró rápidamente el lugar detrás de los restos desmoronados de la defensa grysk. Era algún tipo de área de control, tenía las paredes cubiertas con consolas marcadas con arcos y círculos de luz suave. En el centro, medio ocultas detrás de una consola grande, dos niñas chiss de piel azul lo miraban a hurtadillas, sin ocultar su ansiedad. No había otras escotillas visibles en el compartimiento, y tampoco más grysks.

—Pensaba que tu juguetito se había quedado sin pilas —comentó, parándose junto a los cuerpos de los alienígenas y caminando de regreso a las niñas.

—Es lo que quería que pensara —indicó Rukh, que se colocó un paso detrás de él. Kimmund olisqueó: un olorcillo a piel quemada se abrió paso por su nariz. Aparentemente, a pesar de su intento de mantener al noghri a salvo del tiroteo al ordenar a sus soldados disparos a la cabeza, Rukh había recibido un rozón de uno de los rayos de bláster—. También era lo que quería que pensara cualquier grysk que vigilara nuestro avance.

—Muy bien hecho —comentó Kimmund y se le quedó viendo. Ahora que se fijaba bien, pudo notar una ligera cojera en la pierna derecha del noghri que antes no tenía—. ¿Te sientes bien?

—Puedo viajar —aseguró Rukh.

—Viajar sin recibir disparos también sería agradable —comentó Kimmund. Las dos niñas se habían puesto de pie, pero seguían medio escondidas detrás de la consola, como si eso les ofreciera protección real—. Está bien —susurró—. Somos amigos, el Gran Almirante Thrawn nos envió a rescatarlas.

No hubo siquiera un parpadeo de respuesta. Evidentemente, tampoco este par entendía básico.

—Vengan con nosotros —lo intentó Kimmund de todos modos, y les hizo una seña para que se acercaran—. Vamos, no tenemos todo…

Abruptamente, los brillantes ojos rojos de ambas niñas se abrieron mucho. Una de ellas se dio media vuelta y dirigió con fuerza un dedo hacia una sección de la pared entre dos consolas. Kimmund desplazó la mirada y frunció el ceño mientras seguía el dedo de ella: una tronera oculta se abrió de pronto y el cañón de un arma de rayos salió por ella.

Con una maldición, Kimmund giró su E-11 hacia la tronera, pero Sampa ya se estaba encargando de eso. Mientras la pistola de relámpagos se dirigía hacia los tres stormtroopers, envió dos disparos de bláster a la abertura. La pistola se agitó, apuntó brevemente al techo y luego se perdió de vista.

Kimmund se dio vuelta hacia las chiss, y vio que la otra niña señalaba de pronto a la pared que estaba detrás de él. Esta vez, Kimmund se aseguró de que su bláster estuviera alineado con la tronera cuando empezara a abrirse, y disparó a través de ella antes de que el grysk colocara siquiera su propia arma en posición.

—Ven el futuro —explicó Rukh con voz rasposa.

—Así es —exclamó Kimmund, curvando sus labios en una sonrisa macabra que mostraba por completo sus dientes—. Así es. —Hizo una nueva seña—. Vamos, niñas. Salgamos de aquí. —Apuntó a las dos troneras—. Y ustedes van a señalar cada ataque antes de que suceda. ¿Comprenden?

Extendió una mano. Titubeantes, las dos niñas salieron de detrás de la consola. Una de ellas miraba la mano extendida…

—Muéstreles que usted es un ser humano —sugirió Elebe.

Kimmund metió el E-11 en su funda, levantó su casco y lo puso bajo su brazo izquierdo.

—¿Ven? —expresó y les lanzó a las niñas su mejor sonrisa—. No soy un grysk. Ni siquiera un droide. Humano. —Una vez más, extendió su mano. Esta vez, una niña extendió la suya y lo tocó—. Salgamos —ordenó Kimmund en voz baja, y le ofreció a la segunda niña su otra mano—. Drav y Morrtic a la punta; las niñas chiss detrás de ellos, Elebe y Sampa las siguen, Rukh y yo en la retaguardia. El trabajo de la vanguardia y la retaguardia es bloquear cualquier ataque contra las niñas; el trabajo de Elebe y Sampa es apuntar los blásters a cualquier cosa que las niñas señalen. Vámonos.

Mientras recorrían el camino de regreso por los corredores, y los ataques de los grysks, cada vez más llenos de pánico, eran rechazados con firmeza o bloqueados prácticamente antes de que pudieran ser lanzados siquiera, una idea suelta resonó en la mente de Kimmund: realmente se podría acostumbrar a este tipo de combate.

—Comandante Kimmund, almirante. —La voz de Kimmund surgió en el casco de Vader—. Las prisioneras chiss han sido recuperadas, las fuerzas imperiales han regresado al *Darkhawk*.

—Gracias, comandante —oyó que dijo la voz de Thrawn como respuesta. Vader percibió que era una voz tranquila, que no estaba sorprendida ni impresionada por el éxito de la Primera Legión. Porque eso era, después de todo, simplemente lo que Thrawn había ordenado y lo que esperaba que hicieran—. Ahora los grysks han perdido su capacidad de navegar por regiones poco familiares.

—¿Quiere que destruyamos la nave antes de abandonarla, señor? —quiso saber Kimmund.

—Es innecesario —indicó Thrawn—. Está suficientemente incapacitada para mayores combates, y necesito los recursos del *Darkhawk* en otro lugar.

—Sí, señor —confirmó Kimmund—. Despegando ahora.

—Bien hecho, comandante —continuó Thrawn—. Ahora, Lord Vader, puede preparar su ataque. El enemigo se cree superior a las fuerzas imperiales. Demostrémosle que está equivocado.

—Lo haremos —prometió Vader—. Escuadrón de defensores: fórmense delante de mí.

De modo que las niñas estaban a salvo. Niñas sensibles a la Fuerza, niñas chiss, vivas y sanas.

Mentalmente, Vader negó con la cabeza. Todas esas reuniones privadas. Todas esas conversaciones secretas. Todas sus dudas personales de lo que Thrawn y el Emperador estaban haciendo. Ahora se daba cuenta de que no tenía nada que temer. Las lealtades de Thrawn siempre se dividirían entre el Imperio y su propio pueblo, un hecho que el Emperador indudablemente sabía. No importaba lo alto que Thrawn ascendiera en las jerarquías militares, no tendría nunca la estatura necesaria para desafiar la posición de Vader al lado del Emperador.

—Lord Vader, usted liderará el escuadrón de defensores como Ola Tres —continuó Thrawn—. Igualará la velocidad y el poder de fuego con los TIE, y no usará misiles ni escudos hasta que se indique que lo haga.

—Entendido —indicó Vader.

El Capitán Skerris había argumentado largo y tendido contra esa parte del plan. Tanto que Vader lo habría puesto de rodillas si el hombre hubiera estado bajo su mando.

Thrawn había sido más paciente e indulgente. Por un instante, Vader se preguntó si la actitud del piloto algún día se volvería contra él.

—Todos los TIE: ataquen —ordenó Thrawn—. Dejen fuera a los cruceros y concéntrense en el *bogey* dos.

—Comprendido —indicó el comandante—. Muy bien, imperiales. El Gran Almirante Thrawn quiere ver una carnicería. Démosle gusto.

Los TIE saltaron adelante y se dirigieron hacia la nave grysk a toda velocidad. Vader dejó pasar las dos primeras olas y entonces llevó a su escuadrón de defensores detrás de ellas.

El primer ataque había sido una prueba, un tiro gratis que Thrawn había ofrecido a los grysks para confirmar el análisis de sus tácticas. Esta vez el enemigo iba a tener que trabajar mucho más para obtener el botín. Cuando los cruceros abrieron fuego, los TIE se desviaron de sus vectores, volaron hacia los lados y se volvieron a formar en parejas para caer como enjambre sobre los cruceros.

Cada ataque que estos lanzaron se dirigió al caza líder de cada par. Vader asintió para sí mismo. Así que Thrawn tenía razón sobre el patrón táctico de los grysks. Ahora, con los cruceros completamente trabados en combate, era hora de ver si podían cambiar ese patrón o no.

—Defensores y TIE Cuatro: síganme —ordenó. Barrió hacia arriba, pasó sobre los cruceros, condujo a su defensor fuera de la batalla y se dio vuelta hacia el *bogey* dos, la nave líder de los grysks. Alrededor de él, los otros defensores se organizaron a un costado mientras el cuarto escuadrón de TIE recorría su formación y se colocaba delante de ellos.

—¿Almirante? —llamó Vader.

—Coloco a los defensores bajo su mando, mi señor —indicó Thrawn—. Puede actuar a su propia discreción.

Vader reflexionó sobre que alguna vez hubiera considerado ese comentario casual, como una pista velada de que esa parte de la misión no era tan importante como para que el gran almirante se preocupara personalmente de ella. Pero luego de ver las interacciones de Thrawn con la Comodoro Faro y de escucharlo darle órdenes idénticas, ahora sabía que no era así. Lo que Thrawn estaba indicando a Vader era que confiaba en él para que tomara bajo su mando esa parte de la operación.

Si la confianza de un chiss en un sith representaba un insulto sutil, eso no era lo importante, y Vader no pensó que, en todo caso, hubiera pretendido insultarlo. «El jedi» había visto lo suficiente del estilo y la manera de hablar de Thrawn para comprender que simplemente así era.

—Muy bien, almirante —confirmó—. TIE Cuatro: prepárense para desviarse. Defensores, prepárense para levantar escudos y lanzarse a toda velocidad.

El *bogey* dos estaba presentándose ominosamente adelante. Esta vez, la nave más grande no esperó a que los TIE estuvieran cerca de su propio rango de disparo antes de abrir fuego. Sus láseres arremetieron…

—¡Desvíense! —exclamó Vader—. Evadan y ataquen. Defensores, marquen troneras.

El *bogey* dos disparó una vez, otra vez y una más. Los TIE pasaron barriendo, esquivando los láseres y regresando el fuego con la mayor precisión posible. Dos más fueron tocados y se desintegraron en escombros llameantes. Vader concedió a los grysks una andanada más y, cuando la explosión final de fuego láser salía de la enorme nave, finalmente tuvo todos los datos que necesitaba.

—TIE: retirada —ordenó—. Defensores: escudos y potencia plena. ¡Vamos! —Accionó los escudos y jaló el acelerador todo lo que fue posible.

Un Señor Oscuro de los sith nunca jadeaba por la sorpresa, pero si Vader hubiera sido alguien más, lo hubiera hecho. Evidentemente, «el jedi» hubiera reaccionado al ser empujado contra el respaldo de su asiento. Solo en el TIE prototipo X1 avanzado había tenido alguna vez semejante potencia en un caza, o el increíble equilibrio entre velocidad y agilidad. Una ráfaga láser ardió directo hacia él…

Se incendió en la nada, y su único efecto fue una breve ola de luz que vaciló alrededor de la orilla del escudo del defensor. Con eso, Vader supo que habían ganado.

—Todos los defensores: ataquen —ordenó—. Despejen los emplazamientos de armas. TIE Cuatro, fórmense de nuevo y muévanse a los espacios que hemos despejado. *Darkhawk*, entre detrás de los TIE Cuatro: concéntrense en cualquier cosa que parezca la escotilla de un crucero o caza. Si hay otras naves enemigas, quiero que permanezcan dentro.

Respiró a fondo mientras escuchaba el coro de reconocimientos. La sensación de un caza, la emoción, la carga y la satisfacción del mando… Pero esos eran recuerdos de «el jedi». No suyos.

Otro disparo de láser quedó salpicado en sus escudos. Armó un misil y lo envió al centro del emplazamiento. Una llamarada de escombros voló en el espacio. Armó un segundo misil, escogió su blanco y disparó.

Fue justo entonces cuando, en la orilla de los sensores del defensor, justo detrás de las principales naves de guerra grysks, Vader distinguió otra nave, pequeña, del tamaño de un transporte de mensajería, diferente de cualquiera de las configuraciones que hubiera visto antes. Estaba haciendo lo posible por escabullirse.

Miró otra vez la batalla. Entre el *Chimaera*, el *Darkhawk*, los defensores y los TIE estándar, los grysks estaban a minutos de la derrota, sus defensas se hacían añicos frente a él. A partir de este momento, Vader y su caza no tendrían nada que añadir o quitar a lo inevitable. Dio vuelta a su defensor para tomar una ruta de intercepción y se lanzó a la caza.

Alguien desde el *Chimaera* gritó su nombre, una vez, luego otra, ahora con más apremio. Ignoró ambos llamados. La nave misteriosa lo había distinguido ahora, pero en lugar de darse vuelta para enfrentarlo, aumentó su velocidad, dirigiéndose al espacio profundo. Lenta pero constantemente, el defensor fue cerrando la brecha…

Sin embargo, el tiempo fue demasiado corto, la ventaja de la otra nave era demasiado grande. Mucho antes de que Vader alcanzara una distancia de tiro, la nave escapó al hiperespacio.

Por un largo momento, Vader se quedó viendo el lugar donde había desaparecido, mientras las posibilidades y las implicaciones agitaban su mente. Luego dio vuelta al defensor y regresó a la batalla. Los imperiales ganarían hoy y, luego, él y Thrawn tendrían una conversación. Una conversación muy larga y seria.

—El *bogey* dos está totalmente comprometido —reportó Faro. «Su voz manifiesta nueva confianza y su postura evidencia anhelo»—. El *bogey* uno está retrocediendo.

—Entendido, comodoro —dijo Thrawn—. Mueva el *Chimaera* para atacar al *bogey* uno. Mantenga distancia del *bogey* dos.

—Porque mientras los TIE estén atacando al *bogey* dos, serán su principal amenaza —murmuró Faro. «Su voz manifiesta entendimiento».

—En efecto —confirmó Thrawn—. Se preguntaba antes cómo derrotaríamos a dos naves casi tan grandes como la nuestra. ¿Ahora tiene una respuesta?

—Sí, señor —respondió Faro. «Su voz evidencia una sombría expectación»—. Los persuadimos de que nos dejaran atacarlos uno por uno.

—Muy bien —indicó Thrawn—. Mueva el *Chimaera* a posición y comience el ataque.

—Defensor Cuatro, hay un emplazamiento a estribor del arma que Defensor Seis destruyó —se oyó que decía la voz de Vader desde la bocina. «La voz es diferente, pero manifiesta la misma intensidad y concentración. Los patrones de palabras son diferentes, pero la cadencia y la entonación son las mismas. La insolencia se ha abatido, pero el firme sentido de lealtad es el mismo».

—¿Señor? —Faro se dirigió a él con titubeos.

—Sí, comodoro.

—Lo siento, señor. —«La voz de Faro evidencia disculpa y preocupación»—. La manera en que estaba bloqueando al *bogey* uno… ¿Está en lo correcto, señor?

—Lo estoy —comentó Thrawn—. Estaba pensando en el problema de las lealtades confundidas y las decisiones que en ocasiones uno debe tomar. Teniente Lomar, salude a los grysks.

—Sí, señor. —«La voz del oficial de comunicaciones no manifiesta confusión ni preocupación. Pero no es tan astuto como la Comodoro Faro»—. Listo, almirante.

—Nave de guerra grysk. Habla el Almirante Mitth'raw'nuruodo —saludó Thrawn en meese caulf—. A partir de este momento se les comunica que deben regresar a sus mundos de origen y abandonar sus ambiciones de extender su dominio más allá de sus fronteras. Si se empeñan en estas tentativas, tengan por seguro que se les derrotará y destruirá. —«No hay respuesta. Pero el silencio grysk evidencia furia y malicia»—. Fin de la transmisión —indicó en básico.

—¿Señor? —«La voz de Faro manifiesta precaución»—. ¿Puedo?

—Di mi nombre y les advertí que cesaran las operaciones contra nosotros —comentó Thrawn.

—¡Ah! —«La expresión de Faro manifiesta confusión»—. Supongo que no está esperando que escuchen.

—Los sobrevivientes de esta batalla pueden tomar muy en serio la advertencia —explicó Thrawn—. Sus amos, por desgracia, no lo harán.

—Ya veo. —«Faro mira por el ventanal. Su postura y expresión evidencian determinación»—. Bueno, entonces, cuando vengan por nosotros también los venceremos.

«El defensor de Vader sigue barriendo al *bogey* dos, alternando entre misiles y fuego de cañón láser. Gira el caza en una curva apretada y se dirige hacia otro blanco, haciendo una voltereta completa entre tanto. Es una maniobra familiar realizada con una precisión familiar: es él. Sin aviso, se desvía, dirigiéndose de la zona de batalla hacia una nave que escapa. El control del TIE lo llama una vez, luego dos, pero es ignorado. La configuración de la nave que Vader está persiguiendo…».

—Admiro su confianza, comodoro —afirmó Thrawn—. Esperemos que esa confianza no sea injustificada.

—Sí, señor —respondió Faro—. Pero no estoy preocupada. Lo tenemos a usted y tenemos a Lord Vader. Lo que sea que los grysks nos lancen, lo derrotaremos. —«Ella se endereza, su determinación crece»—. Empezando con este grupo de aquí. Turboláseres: ya vieron dónde están las troneras del *bogey* dos. Empiecen a apuntar a las mismas posiciones del *bogey* uno.

EPÍLOGO

ANTES

Los trabajadores de la mina de cortosis que regresaron a la superficie arrastrando los pies a la orden de LebJau se mostraban, en su mayoría, temerosos, enojados o simplemente titubeantes. Pero *sí* salieron, todos ellos. Pasaron en fila junto a LebJau, Thrawn y Padmé, mientras lanzaban miradas a Anakin, quien iba de un lado a otro entre los cobertizos de equipo, recolectando las herramientas y los explosivos necesarios para destruir la mina. Unos cuantos mineros trataron de preguntarle a LebJau qué estaba pasando, o de acusarlo de colaborar con sus opresores, pero casi toda su ira o miedo se desvaneció rápidamente y dio paso a una cansada resignación.

—No creo que el General Skywalker haya pensado bien todo esto —murmuró Thrawn a Padmé cuando el último grupo de mineros pasó caminando y se dirigió a los vehículos desgastados en el área de estacionamiento. Había intranquilidad en su expresión, y Padmé percibió desaprobación debajo de su tono—. Sería mejor permitir que los separatistas gasten sus recursos que forzarlos a buscar en otra parte.

—Estoy de acuerdo —indicó Padmé, sintiendo una punzada de culpa por cada minero de aspecto abatido que pasaba—. Pero he visto a Anakin de este humor. —Lo miró de soslayo—. Estoy segura de que usted también.

—En efecto —afirmó Thrawn—. Pero él siente algo por usted. ¿No podría persuadirlo de que volviera a pensar esta acción?

—¿A qué se refiere? —quiso saber Padmé, con una combinación de inocencia y negación demasiado familiar que brotaba por reflejo a sus labios.

—Comprendo su reticencia —explicó Thrawn—. Pero el tiempo para eso ya pasó. Los he observado a ambos y sé lo que están escondiendo. El plan del General Skywalker podría crear una seria amenaza para este mundo. Debe detenerlo.

Padmé negó con la cabeza, mientras sus ideas regresaban a ese terrible día, ese terrible momento congelado en que Anakin había confesado la matanza de los moradores de la arena.

—No me escuchará —afirmó, pestañeando para contener las lágrimas—. Una vez que ha decidido algo, no escucha a nadie.

Thrawn se quedó en silencio por un momento.

—Entonces no hay realmente nada que podamos hacer.

Padmé lo miró con detenimiento. Había percibido algo nuevo en la voz.

—¿Hay algún problema? —preguntó—. Me refiero a otro problema.

—No hay problema —respondió Thrawn—. Mi tarea aquí se ha completado. Si me presta de nuevo su intercomunicador, los dejaré a usted y a su… —Miró a Anakin—. Y a su socio.

—Por supuesto —respondió Padmé y deslizó la mochila de su espalda. Hurgó para sacar el intercomunicador y se lo entregó.

—Gracias —dijo, lo encendió y marcó un código corto—. Esta ha sido una experiencia interesante, Embajadora Padmé. Confío en que los pueblos de ambos hayamos ganado con nuestra breve alianza.

—¿Hay alguna posibilidad de persuadirlo para que regrese a Coruscant con nosotros y hable en persona con el Canciller Supremo Palpatine? —preguntó mientras recibía de regreso el intercomunicador y lo ponía a un lado—. Nuestros pueblos deben llegar a conocerse. Hay muchas cosas que podemos lograr juntos.

—Me temo que hay otros deberes que debo atender —afirmó Thrawn—. Además, no estoy en posición de tomar parte en comunicaciones oficiales. —Su mirada pasó por encima del hombro de Padmé—. General Skywalker, debo irme.

—Comprendo —dijo Anakin. Padmé se dio vuelta e hizo una mueca ante el montón de explosivos que había reunido y envuelto—. Realmente deberías reconsiderar el ofrecimiento de Padmé. La República va a ganar esta guerra y el Canciller Palpatine es quien nos llevará a esa victoria. La Ascendencia Chiss haría bien en establecer buenas relaciones con él.

—Tal vez algún día —sugirió Thrawn—. Por ahora, debo partir.

Levantó la vista. Padmé siguió su mirada. Por encima de ellos, una forma oscura iba cayendo.

—Esperaré en órbita hasta que partan para protegerlos de ataques adicionales —continuó Thrawn, mientras una nave elegante se posaba en el suelo, cerca de allí—. Les deseo un viaje seguro a ambos.

—Espero que nos volvamos a encontrar —dijo Padmé—. Gracias por su ayuda.

—Y por la de ustedes —replicó Thrawn, inclinando la cabeza ante ella.

La rampa de la nave bajó mientras caminaba hacia ella, y la escotilla de abajo se abrió deslizándose. Caminaba por la rampa cuando hizo una pausa.

—Una idea final —anunció, y se dio vuelta para quedar frente a ellos—. Estoy preocupado por la sugerencia de que los separatistas planean infiltrarse en las oficinas de su gobierno disfrazados con armaduras de clon mejoradas. Para que ataques de ese tipo tengan éxito, por lo general requieren cantidades de seres que los separatistas difícilmente podrán colocar en esa posición.

—Hay una gran cantidad de clones vagando por el Senado y la Cancillería —explicó Padmé.

—Sin embargo, una sola infiltración masiva atrae la atención, mientras que una infiltración gradual presenta el riesgo de un descubrimiento prematuro —señaló Thrawn—. No puedo sino preguntarme si la armadura tiene algún otro propósito.

—*Tenía* —corrigió Anakin haciendo énfasis en la palabra—. *Tenía*. Cualquier cosa que Solha y Dooku tuvieran planeado, ya no es relevante.

—Tal vez —replicó Thrawn—. Aun así, sería aconsejable que pensara en ello, general.

Se dio vuelta, subió por la rampa y desapareció en el interior. La escotilla y la rampa se sellaron, y la nave ascendió de nuevo al cielo.

—¿Crees que podría tener razón? —quiso saber Padmé, mientras suprimía un escalofrío. Había algo en la sinceridad de Thrawn que hizo que una ola de oscuridad la recorriera.

—No lo sé —indicó Anakin—. Y, justo ahora, no me importa. Regresa a la nave y asegúrate de que esté lista. Armaré esta cosa y nos iremos de aquí.

—Anakin…

Pero ya se había ido. Luego de una última mirada que quedó fija durante unos momentos en las estrellas, Padmé se dirigió de regreso a su nave prestada.

LebJau se le unió en la rampa.

—Esperaba que pudieran darme un aventón a algún lado —dijo.

—¿No vas a regresar con tu gente? —preguntó Padmé con el ceño fruncido.

—¿Te refieres a la gente que probablemente me colgará si me quedo? —replicó con amargura.

—No es tan mala —afirmó Padmé, tratando de sonar positiva—. La mayoría de los trabajadores de la fábrica podrán regresar. Aún necesitarán que trabajes en la línea de ensamble de los superdroides de batalla.

—*Si* el duque nos deja —comentó LebJau—. Hay buenas posibilidades de que no sea así. Especialmente… —Se interrumpió, mientras señalaba con una mano los edificios de la mina—. Aunque lo haga, los mineros no van a recuperar *sus* trabajos.

«Esta es la guerra», el viejo cliché llegó automáticamente al cerebro de Padmé.

Pero esta no era la guerra de Mokivj. O no lo era antes de que los arrastraran a ella. El hecho de que fueran los separatistas quienes lo hicieron y no la República servía poco de consuelo. Y no representaría ninguno para el pueblo de LebJau.

—Lo sé —susurró ella—. Lo siento. —Suspiró—. Sí, por supuesto, puedes venir con nosotros. ¿Te servirá Batuu? De todos modos, tenemos que ir allí para recoger mi nave.

—Seguro —exclamó LebJau, con los ojos todavía fijos en la mina—. Conozco a algunos tipos que fueron allí alguna vez. Suena bien.

—Si conoces a gente que ha ido allí, sería aconsejable que cambiaras tu nombre.

—Sí, no es gran problema. —Señaló la nave—. Supongo que podría conservar esa nave cuando hayan terminado con ella. Sé que es robada, pero no creo que le importe a mucha gente en Batuu. Probablemente pueda venderla por algo.

—Por supuesto que puedes quedártela —afirmó Padmé—. Es lo menos que podemos hacer. —Elevó el cuello cuando Anakin reapareció en la entrada de la mina—. Aquí viene.

—Está bien —dijo Anakin, mientras la apuraba—. Entra en la nave. LebJau, necesitas ponerte a cubierto…

—Lo llevamos a Batuu —lo interrumpió Padmé.

Anakin arrugó el ceño en dirección de ella y luego de LebJau.

—Está bien. Claro. En ese caso, entren en la nave.

Tres minutos después iban a medio kilómetro en el aire, flotando a un kilómetro de distancia del grupo de edificios de la mina.

—Diez segundos —los previno Anakin—. Aunque no debe haber mucho que ver.

—¿Qué se supone que sucederá? —preguntó Padmé.

—Solo hice que colapsaran los túneles —respondió Anakin—. Debe de haber algunas fracturas en el suelo, tal vez algo de polvo…

Un instante después el área explotó en un géiser ardiente de fuego y humo. Padmé jadeó mientras Anakin movía la palanca de control con fuerza, para tratar de alejarse del géiser. Algo golpeó la nave por debajo. Produjo una ligera sacudida en la maniobra, y unas cuantas brasas ardientes aterrizaron en el casco, cerca del ventanal de la cabina de mando.

—¿Qué escarcha es eso? —gritó LebJau.

—No lo sé —contestó bruscamente Anakin, luchando con los controles a medida que más fragmentos pegajosos golpeaban las orillas superiores e inferiores de la nave.

—No me salgas con que «no lo sé» —gruñó LebJau—. ¡Es mi mundo el que está allá abajo! ¿Qué escarcha hiciste?

—Tan solo colapsé los túneles —explicó Anakin. La nave se estaba nivelando ahora, fuera del borde de la fuente que seguía brotando de la mina—. No debía… Mira, ya he derribado minas antes. Sé cómo hacerlo.

—Pero esta no es solo una mina —indicó Padmé, mirando al más grande de los pegotes brillantes en el casco de la nave y comprendiéndolo súbitamente—. Es una mina de *cortosis*.

—¿Qué es eso…? —interrumpió Anakin—. No… esa es una locura. Solo se suponía que redirigía la energía de los blásters.

—Supongo que también puede redirigir el calor de los explosivos —sugirió Padmé, mientras se le hacía un nudo doloroso en el estómago—. Eso es *lava*, Anakin. Sin embargo, el cortosis lo hizo: envió tu explosión directamente hacia abajo, a través de la corteza, hasta el magma.

Por un largo momento, ninguno dijo una palabra. No había nada que decir.

—No parece que se esté acercando a tu pueblo —observó Padmé al final. Aun para sí misma, el intento de consuelo sonaba lamentable—. También está soplando lejos de la fábrica.

—No, simplemente está derramando lava en nuestro mejor campo de cultivo —comentó LebJau con amargura—. Y las cenizas y el humo… van a estar en el aire, el campo y el agua por años. Tal vez eternamente.

Padmé miró a Anakin. Su quijada estaba trabada, los ojos concentrados adelante. «Daño colateral», el otro cliché surgió en su mente.

Daño colateral. Un planeta lleno de gente, tan solo tratando de vivir su vida. El tipo de civiles comunes que ella y Anakin alguna vez se habían dedicado a proteger.

Daño colateral. Tampoco había empezado aquí. Ella lo había estado haciendo desde que llegó a Mokivj. Había engatusado, sobornado y eso, además de insistir en que LebJau

y sus amigos trabajaran para ella, que arriesgaran todo por una extraña que había caído en medio de ellos.

Daño colateral. ¿Había perdido toda capacidad de respuesta emocional y estaba tan harta de la guerra que ni siquiera veía lo que estaba haciendo a todos los que la rodeaban?

—Pero supongo que no hay nada que podamos hacer sobre eso ahora —continuó LebJau. La amargura se había ido, dejando solo cansancio detrás.

—Hablaré al Senado —prometió Padmé—. *Hablaremos* al Senado —enmendó, mientras se quedaba viendo a Anakin—. Tal vez puedan enviar alguna ayuda.

Anakin no respondió. Sabía tan bien como ella que las palabras carecían de importancia. El Senado tenía demasiadas exigencias y recursos muy limitados como para tomar nota siquiera de la existencia de Mokivj, mucho menos para ayudar a su gente: *daño colateral.*

—Sí —dijo LebJau. A él tampoco lo engañaban—. ¿Podemos irnos de aquí ahora?

—Seguro —afirmó Anakin—. ¿Batuu?

—Es un buen lugar, como cualquier otro, para iniciar una nueva vida —afirmó LebJau. Padmé observó que sus ojos seguían fijos todavía en el géiser de magma.

—Siempre puedes intentarlo en la cantina de Aguja Negra —comentó Anakin—. Supongo que pasan muchos cantineros por ese lugar.

—Seguro —confirmó LebJau—. Lo tomaré en cuenta.

EPÍLOGO

AHORA

La nave de guerra chiss se alejó del *Chimaera* y regresó a su vector original. Una pausa momentánea; luego, con un parpadeo de pseudomovimiento, se fue.

Por un momento, Vader se le quedó viendo por el ventanal principal. La nave no era tan grande como un destructor estelar, pero por lo que había visto de sus armas en el flanco, sería un oponente formidable.

Percibió la presencia de Thrawn detrás de él antes de escuchar sus suaves pasos en la pasarela de mando.

—¿Todo está bien? —preguntó al chiss.

—Todo bien —confirmó Thrawn—. El Almirante Ar'alani regresará las niñas a sus familias, y ha prometido reforzar las defensas del mundo colonial de donde las tomaron.

—Sí —confirmó Vader—. Ha llegado el momento, almirante.

—¿El momento?

—Prometió pruebas de que los grysks son una amenaza para el Imperio. —Vader se dio vuelta para encarar a Thrawn—. En caso de que esas pruebas existan.

—Nos aguardan en mi oficina —le aseguró Thrawn—. Cuando lo crea conveniente.

Vader pasó junto a él por la pasarela, con su capa arremolinándose. La oficina de Thrawn estaba en la parte trasera del puente de estribor; se extendió con la Fuerza para abrir la puerta con un movimiento de la mano y entró.

Tendida en medio de la cubierta, ocupando la mitad del espacio disponible, había una sección de maquinaria medio desensamblada.

—¿Esta es la prueba? —preguntó, mientras Thrawn cerraba la puerta y cruzaba al otro lado de la cubierta.

—Lo es, mi señor —confirmó Thrawn—. Es el mecanismo de acoplamiento de potencia interno de uno de los proyectores de gravedad de los grysks. ¿Observa la malla que envuelve los tres polos y los vincula con el escudo del campo?

Vader frunció el ceño. El material le parecía familiar… Se puso rígido.

—¿*Cortosis*?

—En efecto —confirmó Thrawn—. Para esto es para lo que los grysks usan el material: acoplamientos de potencia y manejo de energía. No puede disipar el gradiente agudo de potencia de sus armas de cañón de arco, como vio, y, por tanto, no tiene uso para ellos como armadura.

—¿Cómo prueba esto la interferencia de los grysks con el Imperio?

—Propongo dos preguntas —expuso Thrawn—. Primera: ¿cómo supieron los grysks que el cortosis sería una defensa efectiva contra blásters y sables de luz?

Vader se quedó mirando el tejido de cortosis, mientras más recuerdos de «el jedi» se colaban de nuevo en su conciencia.

—¿Sugiere que nos estaban estudiando desde las Guerras de los Clones?

—Así es, mi señor. —Una leve sonrisa iluminó el rostro del chiss—. Después de todo, los chiss han estado vigilándolos. ¿Por qué no los grysks? Mi segunda pregunta: una vez que los grysks conocieron el valor del cortosis contra blásters y sables de luz, ¿cómo obtuvieron ese conocimiento los separatistas?

Vader estiró la mano y tocó la orilla del cortosis con un dedo enguantado. Tantos recuerdos oscuros…

—¿Sugiere que los grysks se pusieron en contacto con Dooku, y que le ofrecieron droides de batalla invulnerables como una manera de asegurar la victoria de los separatistas?

—En efecto —dijo Thrawn—. Creo que su plan era ofrecerle una probada de esa victoria, luego retirarla hasta que hubieran obtenido su servidumbre. Pero él los sorprendió.

—¿De qué manera?

—Hemos visto ahora el patrón de dominación de los grysks, mi señor —puntualizó Thrawn—. En Batuu forzaron a los darshis a prestarles obediencia al retener sus dagas ceremoniales como rehenes. Con los chiss, están tratando de hacer lo mismo al tomar a nuestras niñas. Robar el pasado atesorado y honrado de una especie; robar el futuro atesorado y vital de otra especie. Sin embargo, Dooku los sorprendió. En lugar de simplemente crear armaduras para droides de batalla, las creó para estos y para clones. Creo que fue esa sorpresa, y que la posterior reconsideración a la que los empujó fue lo que demoró el avance de los grysks al Imperio hasta ahora.

—Sí —murmuró Vader.

Solo que no había sido Dooku quien había creado ese plan. Lo que Vader sabía ahora (lo que «el jedi» nunca había sabido) era que la fábrica había sido secretamente supervisada por el Canciller Palpatine, quien vio en el cortosis una garantía adicional de éxito para su inminente Orden 66.

—Dijo antes que se estaban encerrando a sí mismos —recordó Vader.

—Estaba equivocado —reconoció Thrawn—. Más bien, mi conclusión fue incompleta. Creo que ahora están listos para hacer su jugada, y que el propósito de aislar la región alrededor de Batuu es desalentar el viaje de los imperiales allí mientras dan sus pasos finales en el aprendizaje de cómo manipular a los seres humanos de la manera en que lo hacen con los darshis y los chiss.

—¿Por qué no pueden ser ambas opciones? —interrogó Vader—. Buscan aislar a Batuu para estudiar y también para cerrar todas las avenidas convenientes que el Imperio podría usar para actuar contra ellos. Sus observaciones de las batallas de las Guerras de los Clones y las posteriores operaciones imperiales les habrán enseñado que nuestra estrategia preferida es traer grandes cantidades de naves y una fuerza abrumadora.

—En efecto —aceptó Thrawn, pensativo—. Sí. Su propio patrón de combate, de acuerdo con la leyenda, consiste en usar muchos grupos pequeños de naves de guerra, cada uno integrado por unas cuantas naves. Es una estrategia diseñada para infiltrarse en un área grande en lugar de llevar a cabo una conquista inmediata y masiva.

—Sobre todo cuando esa infiltración está acompañada por aliados renuentes entre su población de destino.

—En efecto. —Los ojos de Thrawn adquirieron una nueva intensidad—. Recordará mi sugerencia de que usar la armadura para clones de cortosis para infiltrarse no sería una táctica efectiva para que los separatistas la usaran contra la República. En retrospectiva, eso podría indicar la mano de los grysks en el modelado de esta estrategia separatista en particular.

Vader se le quedó mirando. Él *lo sabía*.

—No me hizo esa sugerencia —aseguró. Un gesto hueco, pero que estaba obligado a hacer.

—Ah —exclamó Thrawn, y Vader percibió un cambio sutil en sus ideas. ¿Duda? ¿Confirmación?—. Me equivoqué. Estaba pensando en un incidente de mi pasado. Mi suposición permanece: los grysks siguen preparados para empezar su infiltración en el Imperio. La única solución consiste en eliminar la amenaza antes de que estén completamente preparados.

Allí estaba: la razón, aunque tal vez simplemente era una justificación, para encargarse del gran almirante justo aquí y ahora. La traición, abierta o sutil, era motivo de ejecución.

—Así que propone desperdiciar recursos imperiales contra los grysks —comentó—. Por lo tanto, protegerá a su propia Ascendencia Chiss a costa del Imperio.

—Cuestiona mi lealtad —indicó Thrawn. Era una afirmación, no una pregunta.

—Así es —confirmó Vader, viendo la garganta del gran almirante. Una rápida contracción, un chasquido del cuello…

—Lo malinterpreta, mi señor —murmuró Thrawn—. ¿Ha escuchado la transmisión que envié a la nave grysk, el mensaje que sabía que transmitirían los sobrevivientes de la batalla?

—¿Eso marcaría una diferencia?

Thrawn estiró la mano a su computadora y presionó unas cuantas teclas: «Nave de guerra grysk. Habla el Almirante Mitth’raw’nuruodo», las palabras en meese caulf surgieron de la bocina de la computadora. «A partir de este momento se les comunica que deben regresar a sus mundos de origen y abandonar sus ambiciones de extender su dominio más allá de sus fronteras. Si se empeñan en estas tentativas, tengan por seguro que se les derrotará y destruirá».

Thrawn tocó otra tecla y la grabación terminó. Miró a Vader, a la espera.

Vader repasó las palabras una vez más en su mente… y entonces lo vio.

—Usted se identificó como Mitth’raw’nuruodo —mencionó en voz baja—. Un nombre chiss. Y los grysks siempre atacan primero a su enemigo más cercano.

—Sí —afirmó Thrawn, y Vader sintió una nueva capa de emoción en su voz—. La invasión se acerca, Lord Vader. Pero ahora he conseguido tiempo para que el Imperio se preparare.

—Quizás —aceptó Vader—. Pero aquí no termina todo.

Los ojos de Thrawn se entrecerraron ligeramente.

—¿A qué se refiere?

—Sabe exactamente lo que quiero decir. —Vader hizo un gesto hacia el mamparo y la galaxia que quedaba más allá de él—. Vi la nave, almirante. La nave que escapó de la batalla. —Hizo una pausa, pero Thrawn no respondió—. Supongo, por su silencio, que también la vio. Era una nave de mensajería. Una nave de mensajería *chiss*.

—Tal vez se confundió —comentó Thrawn.

—No —dijo Vader, sin matiz en la voz—. Hay más. El dispositivo de encubrimiento personal vestido por los grysks. Su función es idéntica a la de su asesino Rukh. Supongo que todos son de diseño chiss.

Por otro momento, Thrawn permaneció en silencio. Luego respiró lentamente, con medida.

—Sí —aceptó—. Aunque irónicamente esos dispositivos no se usan entre nuestra propia gente. Sí, fue un transporte chiss el que vio, mi señor. Pero mi mensaje a los grysks, y su importancia para el Imperio, aún permanecen.

—¿De verdad? —contradijo Vader—. ¿Su mensaje fue para advertir a los grysks que se alejen del Imperio? ¿O fue una advertencia para cualquier grupo de chiss que esté trabajando con ellos de que está al tanto de su presencia?

Thrawn sonrió levemente, pero Vader percibió el dolor detrás de la sonrisa.

—¿Por qué no puede ser ambas cosas?

—¿*Eran* ambas?

Thrawn se dio vuelta.

—Había agitación por conflictos políticos cuando dejé a mi pueblo para quedarme en el Imperio, hace muchos años —explicó—. Suponía que los Aristocras arreglarían sus diferencias, como lo han hecho muchas veces antes. Ahora, quizá no pudieron. O los grysks han hecho incursiones más profundas en nuestra cultura de lo que esperaba.

Vader miró al chiss y sintió una oscura ironía en lo profundo de él.

—¿Así que ustedes, que nunca han ocultado su desprecio por la manera en que la República manejó las Guerras de los Clones, ahora se encuentran al borde de la guerra civil?

—O ya hemos dado los primeros pasos en ella —supuso Thrawn—. Si un lado ya se encuentra bajo el control de los grysks… —Negó con la cabeza—. Quizá su idea inicial estaba más cerca de la realidad de lo que sabía. Tal vez el verdadero objetivo de cerrar la frontera era evitar que *yo* trajera al Imperio para oponerse a ellos.

Vader pensó que era una sugerencia intensamente arrogante. Aun así, cuando ya había visto las habilidades de Thrawn, muy bien podía creer que alguien quisiera mantenerlo lejos de sus planes.

—¿Qué pretende hacer sobre eso?

—¿A qué se refiere?

—Probablemente, el momento es crítico para su pueblo —expuso Vader—. ¿Dará la espalda al Emperador y llevará el *Chimaera* a sus mundos para ayudar a su supervivencia?

—Dudo que sea posible —comentó Thrawn, dándose vuelta para enfrentarlo—. Usted, evidentemente, se opondría a esa decisión.

—¿Espera que yo crea que un táctico de sus habilidades no ha pensado ya en una manera de matarme?

Otra leve sonrisa.

—Lo he pensado, en realidad, de *tres* maneras. —La sonrisa se desvaneció—. Prometí servir al Emperador, Lord Vader, tal como una vez prometí ayudar a Anakin Skywalker. Algún día, en efecto, regresaré con mi gente. Pero no hasta que se haya tratado con las amenazas al Imperio.

Por un largo momento, permanecieron juntos en silencio. Vader pensó en su secreto… en la lealtad de Thrawn… en la continua necesidad que el Emperador tenía de él. Tal vez todo el Imperio lo necesitaba…

—Anakin Skywalker está muerto —afirmó.

Thrawn bajó la cabeza.

—Lo sé.

Vader asintió lentamente. «Lo sé». No «Así lo he escuchado». No «Así se me ha informado». Sino «Lo sé».

—No hablaremos de él de nuevo —afirmó—. No hablará de nuevo de él.

—Comprendo, mi señor —confirmó Thrawn—. Pero siempre honraré su legado.

Vader guardó silencio un momento más.

—Se me ha dicho que usted cree que la armada debe concentrarse en una pequeña nave caza.

Un destello de algo cruzó por la cara de Thrawn.

—Así es, mi señor.

—El defensor es una nave excelente —indicó Vader—. Hablaré con el Emperador a favor de ese proyecto. —Elevó un dedo—. Pero necesita ser más rápido y contar con armamento más pesado —consideró—. Los controles también deben ser más simples. No todos los pilotos imperiales son tan hábiles como el Capitán Skerris.

—O como usted mismo —aseguró Thrawn, con la cabeza inclinada—. Excelentes sugerencias. Transmitiré esas instrucciones a la fábrica de Lothal en cuanto regresemos a Coruscant.

—Bien —dijo Vader—. ¿Hemos terminado aquí?

Thrawn bajó la cabeza en una reverencia respetuosa.

—Sí, Lord Vader —concluyó—. Hemos terminado.

ACERCA DEL AUTOR

TIMOTHY ZAHN es autor de más de cuarenta novelas, más de cien cuentos y novelas cortas y cinco colecciones de ficciones cortas. En 1984 ganó el Premio Hugo a la Mejor Novela Corta. Zahn es conocido por sus novelas de Star Wars (*Thrawn*, *Heir to the Empire*, *Dark Force Rising*, *The Last Command*, *Specter of the Past*, *Vision of the Future*, *Survivor's Quest*, *Outbound Flight*, *Allegiance*, *Choices of One* y *Scoundrels*), de las que se han impreso más de ocho millones de ejemplares. Otras obras incluyen *StarCraft: Evolution*, las series *Cobra* y *Quadrail*, además de la serie para jóvenes *Dragonback*. Zahn es licenciado en física por la Universidad Estatal de Michigan y maestro en ciencias por la Universidad de Illinois. Vive con su familia en la costa de Oregón.

Facebook.com/TimothyZahn